

EL CALLEJON DE LOS MILAGROS

Nahguib Mafhuz



En los primeros años de la década de los cuarenta la situación social y política de Egipto era conflictiva en extremo. A la corrupción en el gobierno del rey Faruk, que favorecía a los terratenientes mientras las clases bajas morían de hambre, se unía un sometimiento de la nación a los intereses de la Gran Bretaña. El recrudecimiento de la Segunda Guerra había llevado a que se empezaran a incorporar soldados egipcios al ejército británico. Las costumbres y los avances de la civilización occidental se abrían paso en la sociedad de Egipto.

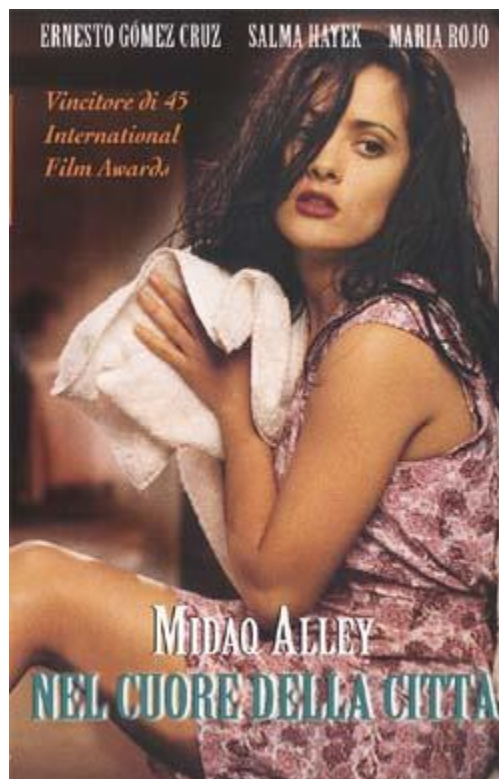
Es ése el país en que habitan los protagonistas de esta novela, todos ellos residentes en el Callejón de Midaq, situado en un humilde barrio del centro de El Cairo. Sus vidas se desarrollan en medio de grandes dificultades económicas, pero ellos saben ingeniárselas para substituir, rebuscando oficios inverosímiles —como el de fabricar lisiados para que mendiguen por las calles de la ciudad—, o sosteniendo pequeños negocios que producen apenas lo necesario para sobrellevar una existencia tranquila, alejada de la política y de los cambios en la sociedad.

En medio de tal aletargamiento, sólo los jóvenes ven la necesidad de salir de esa situación. Sin embargo, el cambio que desean nunca va más allá de buscar una salida para sí mismos, un medio de huir al destino que les espera si se quedan en el callejón. La posibilidad de entrar al ejército británico se plantea como una tabla salvadora, que les permitirá conocer las comodidades de la vida occidental y percibir buenos ingresos. Hamida, una muchacha bella y ambiciosa, tomará un camino más peligroso.

Para el lector occidental, esta novela brinda el medio de acceder a un mundo desconocido, heredero de un pasado esplendoroso, sometido a una religión llena de exigencias y normas rigidísimas. Un mundo en el que, sin embargo, los conflictos que vive el hombre son los mismos que han

ocupado a la humanidad desde el principio de los tiempos. Naguib MaMouz nació en el año de 1911 en Jamaliyyah, una zona del sector antiguo de El Cairo. De origen humilde, estudió filosofía en la Universidad de esta ciudad, para luego ejercer como funcionario en diversos organismos de la administración de su país. Ha publicado más de treinta obras, entre novelas y libros de relatos, muchas de las cuales han sido adaptadas al teatro y la televisión. Es considerado el padre de la prosa árabe contemporánea. En 1972 recibió el prestigioso "Premio Nacional de las Letras Egipcias" y se le otorgó el "Collar de la República", el cual constituye el más alto honor de su nación. Su entrada definitiva al mundo de las letras occidentales se realizó en 1988, cuando se le otorgó el Premio Nobel. Título del original: Midaq Alley Traducción: Helena Valentí Ediciones Martínez Roca, S.A.

Naguib Mahfuz and Trevor Le Gassick 1966 and 1975 © Ediciones Martínez Roca, S.A. 1988



Muchos son los detalles que lo proclaman: el callejón de Midaq fue una de las joyas de otros tiempos y actualmente es una de las rutilantes estrellas de la historia de El Cairo. ¿A qué El Cairo me refiero? ¿Al de los fatimíes, al de los mamelucos o al de los sultanes? La respuesta sólo la saben Dios y los arqueólogos. A nosotros nos basta con constatar que el callejón es una preciosa reliquia del pasado. ¿Cómo podría ser de otra manera con el hermoso empedrado que lleva directamente a la histórica calle Sanadiqiya? Además tiene el café que todos conocen como el Café de Kirsha, con muros adornados de coloridos arabescos. De los del callejón, actualmente desconchados, todavía se desprenden los olores de las antiguas drogas, populares especias y remedios de hoy y de mañana...

Aunque el callejón está totalmente aislado del bullicio exterior, tiene una vida propia y personal. Sus raíces conectan, básica y fundamentalmente, con un mundo profundo del que guarda secretos muy antiguos.

Los ruidos del día se habían apagado y se comenzaban a oír los del atardecer, susurros dispersos, un «Buenas noches a todos» por aquí, un «Pasa, es la hora de la tertulia» por allá. «¡Despierta, tío Kamil y cierra la tienda!» «¡Cambia el agua del narguile, Sanker!» «¡Apaga el horno, Jaada!» «Este hachís me duele en el pecho.» «Cinco años de apagones y bombardeos es el precio que hemos de pagar por nuestros pecados.»

Dos tiendas, sin embargo, la del tío Kamil, el vendedor de dulces, a mano derecha de la entrada del callejón, y la barbería de enfrente, no cerraban hasta después de la puesta del sol. El tío Kamil tenía la costumbre de sentarse a la puerta de su tienda y de dormir con un matamoscas sobre el pecho. No se despertaba hasta que no entraba un cliente, a no ser que Abbas, el barbero, lo hiciera con una de sus bromas. Era un hombre corpulento, con dos piernas como troncos y un enorme trasero redondo como la cúpula de una mezquita: la parte central reposaba en la silla y el resto desbordaba por los lados. Tenía la barriga como un tonel y los pechos parecían melones. El cuello no se veía, pero de entre los hombros salía un rostro redondo, hinchado e inyectado en sangre, con los rasgos desdibujados por la dificultosa respiración. Remataba el conjunto una cabeza pequeña, calva y de piel pálida y rubicunda como la del resto del cuerpo. Jadeaba constantemente, como si acabara de correr un maratón, y no era capaz de vender un solo dulce sin que volviera a vencerle el sueño. La gente le decía que se moriría el día menos pensado, con el corazón asfixiado bajo la grasa. Y él no los contradecía, sino al contrario. ¿Qué más le daba morir, si se pasaba la vida durmiendo?

La barbería, aunque pequeña, era considerada como algo especial. Tenía un espejo y un sillón, además de los instrumentos propios del oficio. El barbero era un hombre de estatura mediana, tez pálida y con tendencia a echar carnes. Tenía los ojos algo saltones y el pelo liso tirando a amarillo, a pesar de que era de piel morena. Llevaba traje y nunca se quitaba el delantal, quizá para imitar a los grandes de la profesión.

Ambos personajes permanecían en sus tiendas después de que el bazar contiguo a la barbería cerrara sus puertas y los empleados hubieran desfilado camino de sus casas. El último en salir era el dueño, Salim Alwan. Elegantemente arropado con un caftán, se dirigía con paso airoso hacia el final del callejón donde le aguardaba un carruaje. Subía a él con agilidad y llenaba el asiento con su rolliza figura, precedida de unos hermosos bigotes caucasianos. El cochero golpeaba con el pie la campana que sonaba con estrépito, y el coche, tirado por un caballo, se ponía en movimiento por la calle de Ghouriya para tomar luego por la de Hilmiya.

En el fondo del callejón dos casas habían cerrado los postigos para protegerse del fresco de la hora. De sus rendijas salía la luz de las lámparas. El callejón de Mi-daq hubiera quedado en completo silencio, de no ser por el Café de Kirsha, iluminado por luz eléctrica, cuyos cables estaban cubiertos de moscas.

El café se había empezado a llenar. Era una sala cuadrada, bastante destartalada. Sin embargo las paredes estaban adornadas de arabescos. Los únicos indicios de su gloria pasada eran su antigüedad y los pocos divanes que había repartidos por la sala. En la entrada del café, un operario se aplicaba en fijar un viejo aparato de radio a la pared. En los divanes había unos cuantos clientes fumando el narguile y bebiendo té.

Cerca de la puerta había un hombre sentado, de unos cincuenta años, vestido con una *galabieh* cuyo cuello prolongábalo una de esas corbatas que gustan de lucir los señores que se precian de vestir a la occidental. Sobre la nariz se posaban unas gafas de montura de oro, de aspecto muy caro. Se había quitado las sandalias y las había dejado a un lado, junto a sus pies. Estaba erecto como una estatua y callado como un muerto. No miraba ni a derecha, ni a izquierda, como absorto en otro mundo.

Entró entonces un viejo decrepito, al que el paso de los años no había dejado un solo miembro sano. Un muchacho lo conducía de la mano izquierda y bajo el brazo derecho llevaba un violín y un libro. El viejo saludó a los presentes y se encaminó al diván del centro de la sala. Se acomodó en él ayudado del chico que se sentó a su lado. Dejó el instrumento y el libro entre los dos y miró a los allí reunidos, como queriéndose cerciorar del efecto de su presencia. Fijó los ojos apagados y

enrojecidos en Sanker, el joven camarero, con cierta aprensión. Al poco rato, y después de haber estudiado la indiferencia con que le había acogido el camarero, rompió el silencio gritando:

—¡Un café, Sanker!

El joven se volvió ligeramente hacia él y después de un instante de vacilación, le dio la espalda en silencio, sin hacer caso de su petición. El viejo comprendió el gesto que, en el fondo, ya se había esperado. Pero el cielo acudió en su ayuda, porque en aquel momento entró un hombre que había oído la petición del anciano y observado la indiferencia del camarero. Se dirigió a éste con voz autoritaria y le dijo:

—¡Tráele un café al poeta, grosero!

El poeta miró al recién llegado con agradecimiento y en tono ligeramente amargo dijo:

—Dios se lo pague, doctor Booshy.

El «doctor» lo saludó y se sentó junto a él. Iba ataviado con un inadecuado conjunto de *galabieh*, gorro y zuecos de madera. Era dentista, pero había aprendido el oficio con la práctica, sin haber asistido jamás a una escuela de odontología, ni de ninguna otra clase. A fuerza de observación e inteligencia había llegado a dominar excelentemente el oficio. Se había labrado una reputación por sus sensatos remedios, aunque lo que él prefería era arrancar muelas, porque, en su opinión, era la mejor cura. Y era inevitable que en su clínica dental la extracción de una muela comportase una dolorosa operación, aunque costaba muy poco dinero: una piastra para los pobres y dos para los ricos (los del callejón de Mabeq, se entiende). Si se producía una hemorragia, lo que solía suceder con bastante frecuencia, era atribuido a la voluntad divina, de la que se esperaba que previniera peores accidentes. A Kirsha, el dueño del café, le había puesto una dentadura de oro por sólo dos guineas. En el callejón y por los alrededores lo llamaban «doctor», y seguramente era el primero de su clase que debía su título a la buena voluntad de sus pacientes:

Sanker llevó el café al poeta, tal como se lo había exigido el «doctor». El viejo levantó la taza a los labios, soplando para que se enfriara. Luego se puso a beber con pequeños sorbos. Cuando lo hubo apurado y dejado la taza a un lado, se acordó de la grosería del camarero. Lo miró de reojo y murmuró con indignación:

—¡ Maleducado!

Tomó el violín y se puso a afinarlo, evitando las miradas furiosas que le dirigía Sanker. Tocó unas notas introductorias, las mismas que el café de Kirsha había escuchado todas las noches desde hacía veinte años, y

meció el cuerpo al ritmo de la música. Acto seguido se aclaró la garganta, escupió y dijo:

—En nombre de Dios. —Y elevando la ronca voz prosiguió—: Hoy empezaremos con una oración al Profeta. A nuestro profeta árabe, del más puro linaje de Adnan. Abu Saada, el Zanaty, dijo...

Fue interrumpido por alguien que acababa de entrar y que le gritó sin contemplaciones:

—¡Cállate! ¡Ni una palabra más!

El anciano alzó sus débiles ojos del instrumento y topó con los adormecidos y sombríos de Kirsha, el alto, flaco y oscuro dueño del café. Lo miró con tristeza y vaciló un instante, como si le costara dar crédito a sus oídos. Tratando de pasar por alto las desagradables palabras de Kirsha, volvió a recitar:

—Abu Saada, el Zanaty, dice que...

El dueño del café gritó con exasperación:

—¿Nos obligarás a que te escuchemos? ¡Es el colmo, el colmo! ¿No te lo advertí la semana pasada?

El rostro del viejo se ensombreció y dijo en tono de reproche:

—Me parece que has abusado del hachís, por eso te descargas en mí.

Pero el otro, sin bajar el tono, replicó:

—Sé lo que he dicho y por qué motivos. ¿Encima de pretender actuar en mi café, me insultas públicamente?

El anciano poeta dulcificó un poco la voz con ánimos de apaciguar al hombre furioso y dijo:

—Este café también me pertenece. ¿No he recitado en él durante los últimos veinte años?

El dueño fue a sentarse a su sitio habitual, detrás de la caja, y contestó:

—Nos sabemos tus historias de memoria y no nos hace falta escucharlas de nuevo. La gente ya no quiere poetas. Hoy me piden una radio y en este momento es tán instalando una. Así que lárgate y déjanos en paz. Que Dios te ampare...

El rostro del anciano se volvió a ensombrecer al recordar que el café de Kirsha era el último local que le quedaba, su última fuente de ingresos, fuente que no le había ido nada mal hasta entonces. No tenía ningún otro sitio donde ganarse la vida. La noche anterior le habían despedido del Café de la Ciudadela. A sus años y sin medios ¿qué sería de él? ¿De qué serviría enseñarle a su hijo una profesión que se había convertido en inútil, un oficio que ya nadie quería? ¿Qué futuro les esperaba a él y a su pobre hijo? Se descorazonó todavía más al ver la expresión cerrada, impaciente y decidida del dueño. Entonces suplicó:

—Despacio, despacio, señor Kirsha. Los recitadores públicos todavía tienen un papel que desempeñar. La radio no nos sustituirá jamás.

El dueño le respondió con voz cortante:

—Eso es lo que tú dices, pero los clientes piensan algo muy diferente. Estamos hartos de que nos aburras. Las cosas han cambiado.

A lo que el anciano poeta replicó con desesperación:

—¡Generaciones enteras, desde los tiempos del Profeta, han escuchado nuestras historias!

Kirsha golpeó enérgicamente la mesa y gritó:

—¡Las cosas han cambiado!

Entonces, por primera vez, el estatuario individuo de aire absorto, con *galabieh* y corbata y gafas de oro, se movió y alzó los ojos al techo. Dio un suspiro tan hondo que los asistentes llegaron a temer por la integridad de sus entrañas al paso del aire, y después dijo con voz soñadora:

—Sí, todo ha cambiado. Todo, excepto mi corazón que continúa colmado de amor por los miembros de la familia del Profeta.

Inclinó lentamente la cabeza, haciéndola oscilar a derecha e izquierda, con un movimiento pendular que fue reduciéndose poco a poco hasta volver a su anterior posición. Los asistentes, que lo conocían de sobra, no le habían hecho caso, con excepción del poeta que al ver en él a un aliado, le preguntó:

—¿Y eso le agrada, jeque Darwish?

El otro, sin embargo, permaneció ensimismado y en silencio. Justo en aquel instante entró otra persona que todos acogieron con sumo respeto y admiración, respondiendo con creces a su saludo.

Radwan Hussainy impresionaba por su aspecto. Era alto y de ancha espalda y llevaba el corpachón arropado por un manto negro de amplio vuelo, del que salía su rostro blanco con manchas rojizas, orlado de una barba pelirroja. Su frente irradiaba luz y todo el semblante despedía dulzura y fe. Andaba sin prisas, con la cabeza un poco gacha. En los labios, una sonrisa traicionaba su amor a los hombres y al mundo. Fue a sentarse cerca del poeta, que en el acto comenzó a contarle sus penas. Radwan Hussainy lo escuchó bondadosamente. Conocía la situación y, de hecho, más de una vez había intentado disuadir a Kirsha, el dueño del café, de su intención de despedirlo. Pero siempre inútilmente. Cuando el viejo hubo terminado de quejarse, Hussainy hizo todo lo que pudo por consolarle y le prometió que procuraría encontrar un trabajo para su hijo. Luego le puso unas monedas en la mano y le susurró al oído:

—Todos somos hijos de Adán. En caso de necesidad, no vaciles en pedir ayuda a tu hermano. Nuestro alimento proviene de Dios y a Él pertenece todo lo que nos sobra.

Dichas estas palabras, se le iluminó aún más el rostro, como suele ocurrir con los seres nobles y virtuosos que aman y practican el bien, fuente inagotable para ellos de felicidad y hermosura. Procuraba que no pasara día sin hacer una buena acción, o acoger en su casa a una persona desgraciada o víctima de una injusticia. De su amor por el bien y de su generosidad se hubiera podido deducir que era rico en dinero y propiedades, cuando la realidad era que no poseía nada, salvo la casa de la derecha del callejón y un trozo de tierra en el campo. Sus inquilinos, Kirsha, en el tercer piso, y el tío Kamil y Abbas en el primero, tenían en él un casero tolerante y comprensivo, que había incluso renunciado al derecho de aumentarles el alquiler, conferido por un reciente edicto militar. Donde se hallara él, se hallaba siempre caridad y misericordia. Su vida, en particular sus primeras etapas, había sido especialmente dura, llena de fracasos y de dolor. Pasó largos años encerrado en la Universidad de al-Azhar sin conseguir obtener el título. Además, había perdido a todos sus hijos. Había apurado la copa del dolor, de la amargura y la tristeza, y su corazón había llegado al fondo de la desesperación. Poco le faltó para irse a pique...

La fe le había rescatado de la penosa oscuridad llevándolo a la luz del amor. Su corazón había dejado de entristecerse y sufrir. Todo él se había transformado en amor, en deseo del bien, en paciencia. A paso ligero peregrinaba por entre las sordideces del mundo, con el corazón elevado constantemente al cielo, lleno de amor universal.

Cuanto más numerosas fueran las tragedias de su vida, mayor era su paciencia y su amor. Cuentan que una vez lo vieron camino del cementerio, acompañando a su hijo a su última morada. Leía el *Corán* con la cara resplandeciente, y la gente corrió a él para consolarlo. Pero él sonrió y dijo:

—Él da y El nos quita. Todo pasa según Sus deseos y sería una blasfemia apenarse.

Así consolaba a los demás.

El doctor Booshy dijo un día de él: «Si enfermáis, iros a curar con el señor Hussainy. Si os desesperáis, contemplad la luz de su frente y recobraréis la esperanza. Si os apesadumbráis, escuchad sus palabras y no tardaréis en recobrar la alegría». Su rostro, imagen de su alma, reflejaba una majestuosa hermosura.)

El poeta se había tranquilizado un poco. Se levantó del diván, seguido de su hijo con el violín y el libro. El anciano estrechó afectuosamente la mano de Radwan Hussainy y se despidió de los otros clientes, fingiendo no darse cuenta de la presencia de Kirsha, el dueño. Lanzó una mirada desdeñosa a la radio que ya casi habían terminado de colgar, tomó la mano del muchacho y salió a la calle. Pronto los perdieron de vista.

El jeque Darwish pareció despertarse de nuevo y, volviendo la cabeza en la dirección por donde acababan de desaparecer el viejo y el niño, suspiró y dijo:

—Se ha ido el poeta y la radio ha venido. De este modo trata Dios a sus criaturas. Ya se habló de ello, tiempo ha, en la historia, que en inglés se llama History y se deletrea H-I-S-T-O-R-Y.

Antes de que terminara de deletrear, llegaron Kamil y Abbas, que acababan de cerrar sus respectivas tiendas. Abbas entró primero; se había lavado la cara y peinado el pelo rubio. Le siguió el tío Kamil, meciéndose como un palanquín. Saludaron a los presentes y tomaron asiento. Pidieron té. Incapaces de estar juntos sin tirarse de la lengua, el ambiente se animó con su irrefrenable parloteo. Abbas dijo:

—Escuchadme. Mi amigo, el tío Kamil, se ha quejado de que espera morir de un momento a otro. Dice que si se muere, no dejará lo suficiente para pagarle la mortaja.

A lo que uno de los clientes murmuró sarcásticamente:

—¡La Hermandad del Profeta lo sacará del apuro!

Otro exclamó:

—¡Sólo con los dulces ha ganado el suficiente dinero para enterrar a todo el país!

El doctor Booshy rió y le preguntó al tío Kamil:

—¿Todavía hablas de morirte? ¡Por Dios, si serás tú el que nos enterrarás a todos!

Entonces el tío Kamil dijo con voz aguda, que recordaba la de un niño:

—No pronuncies en vano el nombre de Dios. Soy un hombre pobre...

Abbas prosiguió:

—¡Amigos! Las palabras de Kamil me han afectado en lo más hondo. A fin de cuentas, nadie negará la excelencia de sus dulces y lo mucho que hemos gozado comiéndolos. Por eso le he comprado una bonita mortaja, que he guardado en un sitio seguro para cuando llegue el día fatídico. — Se volvió hacia el tío Kamil y añadió—: Lo he mantenido en secreto deliberadamente. Hoy lo digo delante de todos para que seáis testigos.

Los clientes del café se divertían de lo lindo, pero procuraron disimularlo para engañar al tío Kamil, famoso por su credulidad. Elogiaron la

generosidad del gesto de Abbas y dijeron: «Es lo menos que podía hacer para una persona a la que quiere y con la que convive como si fuera de su misma carne y de su misma sangre». Incluso Radwan Hussainy sonrió a gusto, y el tío Kamil contempló a su amigo candidamente estupefacto y le preguntó:

—¿Es verdad eso, Abbas?

El doctor Booshy contestó por él diciendo:

—No lo dudes, tío Kamil. Yo he visto la mortaja con mis propios ojos. Es de calidad y ya me gustaría a mí tener una igual.

El jeque Darwish se despertó por tercera vez de su sopor y dijo:

—Has tenido suerte. La mortaja es el velo de la otra vida. Disfrútala, tío Kamil, antes que ella disfrute de ti. Los gusanos encontrarán en ti sano alimento. Te despacharán como si tu carne fuera un dulce, engordarán y se pondrán como ranas, que en inglés se dice *frog*. Se deletrea F-R-O-G.

El tío Kamil se convenció de que era verdad. Comenzó a interrogar a Abbas sobre la mortaja: cómo era el tejido, de qué color, cuántos pliegues tenía. Después invocó largamente la misericordia divina para su amigo y alabó a Dios.

Entonces, de la calle, llegó la voz de un joven que pasaba por delante del café.

—Buenas noches —dijo.

Se dirigía hacia la casa de Radwan Hussainy. Era Hussain Kirsha, el hijo del dueño del café. Joven, de unos veinte años, esbelto, de piel oscura como el padre, casi negra. Sus finos rasgos denotaban vigor, salud, brío. Iba vestido con camisa de lana azul, pantalón caqui, sombrero y botas gruesas. En su aspecto adivinábase la prosperidad de que gozaban los que trabajaban para el ejército británico. Era la hora en que solía volver del campamento y los hombres del café lo miraron con admiración y una cierta envidia. Su amigo Abbas lo invitó a tomar un café, pero él, ignorándolo, continuó su camino.

El callejón se había sumido en la oscuridad y sólo la luz del café trazaba un recuadro que se reflejaba sobre el muro del bazar. Las lucecitas que atravesaban las rendijas de los postigos de los dos inmuebles se fueron apagando una tras otra y, en el café, los clientes que todavía quedaban jugaban al dominó o a las cartas. El jeque Darwish, no obstante, continuaba sumido en su ensueño y el tío Kamil dormitaba con la cabeza apoyada sobre el pecho. Sanker, el camarero, continuaba ajetreado, sirviendo consumiciones y yendo de los clientes a la caja. En cuanto al dueño, Kirsha, observaba la escena con ojos pesados, entorpecido y sin

otra ocupación que la dé digerir el hachís y abandonarse a la voluptuosa somnolencia.

Pero la noche avanzaba y Radwan Hussainy salió del café para irse a casa. Al poco rato salió también el doctor Booshy, que vivía en un piso de la primera planta del segundo inmueble del callejón. Los siguientes en marcharse fueron Abbas y el tío Kamil.

Los divanes se fueron vaciando hasta que a medianoche sólo quedaron tres personas: Kirsha, el dueño, Sanker, el camarero, y el jeque Darwish. Llegó entonces un grupo de amigos de Kirsha y juntos subieron a la caseta de madera que había en la azotea del inmueble de Radwan Hussainy, donde se sentaron alrededor de un brasero encendido. Comenzaron una nueva tertulia que no terminaría hasta que el alba no aclarara lo suficiente para distinguir entre un hilo blanco y otro negro.

Sanker se acercó al jeque Darwish para advertirle que era medianoche. El viejo levantó los ojos. Se quitó las gafas y las limpió con una punta de la *galabieh*. Se las volvió a poner, se ajustó la corbata y se levantó, metió los pies dentro de las sandalias y abandonó el café sin decir una palabra. Afuera el silencio era total, la noche cerrada, las calles estaban desiertas. Él, sin techo bajo el que cobijarse, siguió su camino sin objetivo, y desapareció en la oscuridad.

De joven, el jeque Darwish había sido profesor en una escuela de las Fundaciones religiosas. ¡Profesor de inglés! En aquella época era apreciado por su diligencia y sus ganas de trabajar. La fortuna le había sonreído y era cabeza de una próspera familia. Pero cuando las escuelas de las Fundaciones religiosas se integraron en el Ministerio de la Enseñanza, le cupo la misma suerte que a los compañeros que, como él, carecían de títulos superiores. Bajó a la categoría de funcionario, mejor dicho, fue descendido del sexto al octavo grado del escalafón, con la consiguiente reducción de sueldo. Como era natural, se sintió profundamente ultrajado por la injusticia y se rebeló.

Su rebelión tomó, a veces, forma manifiesta; otras, en cambio, había optado por replegarse en sí mismo y disimular. Removió cielo y tierra, cursó peticiones, fue a ver a los superiores para exponerles la situación de su familia, pero en vano. Entonces, destrozados los nervios, al borde de la crisis, se dejó vencer por la desesperación. En el ministerio se ganó fama de importuno, irascible, obstinado, susceptible, provocador de disputas diarias. En las discusiones adoptaba una actitud petulante y agresiva y acababa hablando en inglés al adversario. Y si alguna vez el otro se

atreví a reprocharle por usar innecesariamente una lengua extranjera, él replicaba en tono desdeñoso:

—¡Instrúyete antes de discutir conmigo!

Con el tiempo, sus superiores acabaron enterándose de su mal carácter y de sus sempiternas escenas, pero por simpatía y compasión no tomaron cartas en el asunto. De este modo fueron pasando los meses, sin más consecuencias que alguna reprimenda o suspensión de sueldo por un día. Hasta que, al cabo del tiempo, llegado al colmo del orgullo y la petulancia, comenzó a redactar la correspondencia en inglés. Como justificación adujo que él no era un funcionario como los demás, sino un redactor técnico.

Su trabajo se deterioró hasta tal punto que su superior no tuvo otro remedio que optar por medidas más serias. El destino, sin embargo, se le adelantó, porque Darwish solicitó una entrevista con el director general del Ministerio.

Darwish Effendi, como todavía era llamado en aquel tiempo, entró con aire grave en el despacho, saludó al director general como a un igual y le dijo, sin ningún remilgo:

—Señor Director General, Dios ha escogido su hombre.

Al rogarle el otro que se explicara, añadió:

—Dios me ha enviado para que le importunara.

Y así fue cómo se despidió del Ministerio y cortó todas sus relaciones con la clase social a la que había pertenecido. Abandonó la familia, los amigos, para vivir a la buena de Dios. De su pasado no conservó más recuerdo que las gafas de montura de oro. Y se marchó a un nuevo mundo en que no contaba con amigos, dinero o casa. Su vida demostraba que determinadas personas de esta tierra, tan llena de amargura y conflictos, pueden subsistir sin techo, dinero, ni amigos, libres de preocupaciones, sin pasar miseria ni extrema necesidad. Él no había conocido el hambre, ni el frío ni el abandono. Al contrario, vivía en un estado de paz y beatitud insólitas. No tenía hogar, pero el mundo entero se había convertido en su casa. No cobraba sueldo de ninguna clase, pero se había liberado de la preocupación del dinero. Había perdido la familia y los amigos, pero la gente con que se topaba se convertía en su familia. Cuando se le ajaba la *galabieh* o la corbata, le caía una *galabieh* nueva del cielo, o una nueva corbata. Era bien recibido en todas partes y el propio Kirsha, a pesar de su torpeza habitual, le echaba de menos si pasaba un día sin aparecer por el café. Sin embargo, no obraba ninguna de esas cosas que el pueblo da en llamar milagros, ni tampoco predecía el futuro. Pero inspiraba afecto y la gente tomaba su presencia como señal de buen augurio. Se decía de él

que era un santo y que la revelación le llegaba en dos lenguas simultáneamente. ¡En árabe y en inglés!

La mujer contemplaba el espejo con aprobación, procurando fijarse en los motivos que más satisfacción le producían en el rostro delgado y largo reflejado en él. Los cosméticos habían obrado milagros en las mejillas, las cejas, alrededor de los ojos y en los labios. Lo giró de derecha a izquierda, retocándose el pelo trenzado y murmurando con voz casi inaudible: «No ha quedado mal... Estoy guapa. ¡Sí, por Dios, guapa de verdad!». El hecho era que hacía casi cincuenta años que aquella cara había aparecido en el mundo, y el mundo raramente deja una cara sin marcar durante medio siglo. Su cuerpo era flaco, o seco, como decían de él las vecinas. El pecho, exiguo, quedaba disimulado bajo el bonito vestido.

Se trataba de la señora Saniya Afify, propietaria del segundo inmueble del callejón, en cuya primera planta tenía su morada el doctor Booshy. Se estaba preparando para hacer una visita al segundo piso, donde vivía Umm Hamida. No solía salir de visitas ni acostumbraba a poner los pies en los pisos de sus inquilinos, fuera de comienzos de mes, cuando cobraba el alquiler. Pero un motivo insólito y secreto había convertido la visita a Umm Hamida en imperiosa necesidad.

Salió del piso y bajó la escalera murmurando, esperanzada: «¡Oh, Dios, haz que mis deseos se hagan realidad!». Llamó a la puerta con su mano descarnada y Hamida le abrió. La muchacha acogió a la visita con una falsa sonrisa, invitándola a pasar a la salita. Después desapareció en busca de su madre.

La habitación era de reducidas dimensiones, con dos anticuados sofás, uno frente al otro, y una mesita niuy vieja en la que había un cenicero. En el suelo había una estera. La mujer no tuvo que esperar mucho rato, porque Umm Hamida tardó lo justo para mudársele vestido. Se saludaron efusivamente besándose en las mejillas, luego se sentaron las dos en uno de los sofás.

—Bienvenida. Es como si el Profeta en persona hubiera entrado en la casa, señora Afify.

Umm Hamida era una robusta mujer bastante entrada en carnes, de sesenta años, con la cara marcada por la viruela. Tenía una voz gruesa y fuerte y hablaba a gritos: era su arma principal en las reyertas con las vecinas. Aquella visita no le hacía ninguna gracia, por supuesto, porque la visita de la casera podía acarrear consecuencias nefastas. Pero sabía cómo adoptar la actitud más conveniente a cada circunstancia. Casamentera y guardiana de baños públicos de profesión, había tenido oportunidad de desarrollar al máximo sus dotes de observación.

Parlanchina, eran pocas las veces que le daba reposo a la lengua, y raras las que alguien podía entrar o salir de uno de los locales del callejón sin ser visto por ella. Era la crónica viviente del barrio, sobre todo de las malas noticias, y su especialidad eran los escándalos.

Como de costumbre, hizo grandes esfuerzos para que su visita se sintiera bien acogida; primero la colmó de cumplidos, para pasar luego a entretenerla con los chismes del callejón y del barrio. ¿No había oído hablar del nuevo escándalo de Kirsha, el dueño del café? Era lo de siempre, claro. Su mujer se había enterado y en la pelea habían llegado a las manos. Y Husniya, la panadera, había pegado a su marido hasta hacerlo sangrar. Y Radwan Hussainy, el santo varón, le había hecho una violenta escena a su mujer, la cual debía ser una sinvergüenza. ¿Cómo explicar, si no, que un santo como él se pusiera de aquella manera? El doctor Booshy había metido mano a una niña en el refugio antiaéreo durante el último bombardeo, y un respetable señor lo había golpeado. La hija del comerciante de la leña, se había fugado con el criado, y su padre la había denunciado a la policía. Tabuna Kafawi vendía pan negro mezclado con harina blanca en secreto, etcétera.

La señora Afify escuchó todo eso con aire distraído, ocupada como estaba con otras cosas. Su única preocupación era abordar la cuestión que la había llevado allí, en el momento oportuno, que se presentó al preguntarle Umm Hamida:

—¿Y usted cómo está, señora Afify?

Ella frunció el entrecejo y contestó:

—La verdad, muy cansada, Umm Hamida.

La otra alzó las cejas y repitió, fingiendo inquietud:

—¿Cansada? Dios le guarde de todo mal.

La señora Afify guardó silencio al ver entrar a Hamida con una bandeja con café, que dejó sobre la mesita para desaparecer acto seguido. Entonces dijo con aire contrariado:

—Cansada, sí. Umm Hamida. ¿Cómo no voy a estarlo teniendo que ir de tienda en tienda cobrando alquileres? Imagínese una pobre mujer, indefensa como yo, teniendo que enfrentarse con hombres extraños para pedirles el alquiler...

A Umm Hamida el corazón le había dado un vuelco al oír la palabra alquiler. Pero logró adoptar un tono compasivo para decir:

—Tiene usted razón, señora. Que Dios la ampare.

Era la segunda o tercera vez que la señora Afify la visitaba sin ser primero de mes y no entendía el motivo. Pero en este tipo de casos, precisamente,

se agudizaba su genial intuición. Decidió salir inmediatamente de dudas y sondear a la visita. Le dijo, pues, con malicia:

—Son los inconvenientes de vivir sola. Está demasiado sola, señora Afify. Vive sola, sale sola, se acuesta sola. Debería poner fin a tanta soledad.

La señora Afify se puso muy contenta al oír estas palabritas que tan bien venían a su propósito. Sin embargo, optó por disimular su alegría:

—¿Y qué puedo hacer yo, pobre de mí? Mis parientes tienen sus propias familias y yo en mi casa estoy mejor que en cualquier otro sitio. Doy gracias al cielo por haberme dado un carácter tan independiente.

Umm Hamida, que la observaba astutamente, decidió atacar por lo sano.

—¡Alabado sea el cielo! Pero dígame: ¿por qué ha permanecido soltera tantos años?

El corazón de la señora Afify latió violentamente al verse confrontada con lo que ella tantas veces se había secretamente preguntado. Suspiró y, con fingido disgusto, dijo:

—¡No quiero volver a padecer las amarguras del matrimonio!

De joven, la señora Afify se había casado con un comerciante de perfumes, pero el matrimonio había sido un fracaso. El marido la había maltratado y se había gastado todo su dinero. Finalmente enviudó, hacía aproximadamente diez años. No se había vuelto a casar, porque tal como había dicho, no le apetecía volver a probar las amarguras de la vida matrimonial. Y no lo decía para disimular el poco éxito que tenía con el sexo masculino. Verdaderamente había detestado la vida conyugal; se alegró de veras al poder recobrar la libertad y la tranquilidad, y la aversión a la idea de un nuevo matrimonio le duró un largo tiempo. Pero con los años, se borró este sentimiento hasta el punto que no hubiera vacilado en aceptar, de presentarse alguien pidiéndola en matrimonio. A fuerza de esperar, se impacientó y descorazonó y con el tiempo decidió no continuar viviendo de falsas ilusiones y aceptar la vida tal como era. Y puesto que a un ser humano le es necesario tener algo en que volcar sus esperanzas, algo que le dé a la vida un valor, se apasionó por el café, los cigarrillos y los billetes de banco nuevos.

Siempre había sido algo avara de natural y era una de las más antiguas clientes de las cajas de ahorro. Su nueva pasión reforzó, por tanto, una tendencia ya arraigada en ella, tendencia que la mujer reafirmó a la vez que se nutría de ella. Conservaba los billetes nuevos en un cofrecito de marfil que tenía escondido en el fondo del armario. Los liaba en fajos de cinco y de diez y se entretenía en contemplarlos, contarlos y reordenarlos. Los billetes tenían la ventaja de ser silenciosos y de no hacer ruido como

las monedas y la hacían sentirse segura y protegida de la curiosidad de los más linceos del callejón, que, a pesar de su gran sagacidad, nada sabían de su existencia. El manejo de los billetes se había convertido en consuelo y justificación de su soledad. Se decía que un marido le robaría el dinero, como había hecho el primero, y se gastaría en un santiamén lo que ella había tardado tantos años en recoger. Y sin embargo, la idea del matrimonio acabó por echar raíces en su alma, barriendo excusas y temores.

La culpable del cambio había sido, intencionadamente o no, Umm Hamida, al contarle cómo había arreglado el matrimonio de una viuda mayor. Ella comenzó a pensar en la posibilidad de hacer algo parecido. La idea no tardó en dominarla. Se dijo que se había olvidado del matrimonio, que ahora veía como la única y verdadera esperanza, insustituible por el dinero, los cigarrillos o el café. Se preguntó con tristeza cómo había podido echar a perder su vida, dejando pasar los años en aquella soledad, hasta casi los cincuenta. Se convenció de que era un disparate y de que el culpable había sido su marido. Decidió pensar en ello seriamente y no dejar para mañana lo que pudiera emprender hoy.

La casamentera se había dado perfecta cuenta de la falsedad de su actitud desdeñosa y decidió no hacer caso. «Se le ve el plumero», se dijo. Luego, en tono un poco más vulgar, osó regañarla:

—No hay para tanto, señora Afify. El que a usted le saliera mal, no quiere decir que no haya matrimonios muy felices. La señora Afify dejó, dando las gracias, la taza de café en la bandeja, y respondió:

—No es de sabios persistir, cuando las cosas vienen mal dadas.

Pero Umm Hamida la atajó:

—¿Qué es esa forma de hablar? Hace demasiados años que está sola. Demasiados.

Pero la otra, oprimiéndose el pecho con la palma de la mano izquierda, replicó con hipocresía:

—¡Qué horror! ¿Pretende que digan que estoy loca?

—¿Quién dirá una cosa así? Mujeres más viejas se casan todos los días.

A la señora lo de «mujeres más viejas» no le cayó en gracia y, bajando la voz, dijo:

—No soy tan vieja como piensa.

—No me ha entendido, señora Afify. La considero joven. Pero me sacan de quicio sus reparos.

La otra se sentía ya a sus anchas, y sin embargo, no quiso dar el brazo a torcer, prefirió continuar haciendo ascos a la idea del matrimonio. Por fin, después de unos instantes de titubeo, preguntó:

—¿No sería indecente casarse después de tantos años de vivir sola?

«¿Para qué ha venido, entonces?», se preguntó para sus adentros Umm Hamida, quien en alta voz respondió:

—¿Cómo puede ser indecente lo que es justo y legítimo? Usted es una mujer sensata y buena, como todos saben. El matrimonio es media religión, querida. Dios con su sabiduría lo instituyó, y el Profeta, que en oración y paz repose, lo ordenó.

—Que en oración y paz repose —repitió piadosamente, la señora Afify.

—¿Por qué no, mi querida señora? ¡Si incluso un profeta árabe... y Dios ama a sus fieles!

La señora Afify se había ruborizado un poco y una leere embriaguez le embargaba el corazón. Sacó dos cigarrillos de la pitillera a la vez que preguntaba:

—¿Quién querrá casarse conmigo?

Umm Hamida dobló el índice de la mano izquierda y lo puso sobre la ceja en señal de protesta:

—¡Pero vamos! ¡Mil y un hombres! A lo que la señora Afify respondió riendo:

—Con uno basta.

Umm Hamida dijo convencida:

—En el fondo, a todos los hombres les gusta el matrimonio. Sólo se quejan los casados. Conozco muchos solteros que fingen no querer casarse. Pero basta con que yo les diga: «Tengo una novia para ti» para que les brillen los ojos, sonrían y me pregunten con avidez: «¿De veras?... ¿Quién es?». El hombre, a no ser que esté totalmente acabado, desea siempre a la mujer. Así lo ha dispuesto la sabiduría divina.

—Su sabiduría es infinita —dijo la señora Afify sacudiendo la cabeza con satisfacción.

—Sí, señora Afify, por eso Dios creó el mundo. Lo hubiera podido llenar de hombres únicamente, o de mujeres. Pero creó el varón y la hembra y nos dio inteligencia para que comprendiéramos sus designios. Del matrimonio no podemos escapar.

La señora Afify sonrió y dijo afablemente:

—Sus palabras me saben a miel, Umm Hamida.

—Que Dios la acompañe. Y que su corazón llegue a conocer el matrimonio perfecto.

Entonces la señora Afify cobró ánimos para decir:

—Si Dios quiere y usted me ayuda.

—Gracias a Él soy una mujer de suerte. Mis matrimonios son sólidos. ¡Cuántos hogares he creado, cuántos hijos han nacido gracias a mí, cuántos corazones he hecho felices! Confíe en Dios y en mí.

—Su ayuda no podrá pagarse con dinero.

«¡Ah, no! Eso no, querida —se dijo entonces Umm Hamida—. Con dinero tendrás que pagarla. Y con no poco. Corre a la caja de ahorros a sacarlo. Y no me lo escatimes.» Luego puso la voz grave del hombre de negocios que se prepara, terminados ya los preámbulos para abordar las cuestiones serias:

—Me imagino que preferirá un hombre ya maduro, ¿verdad?

La otra no supo qué contestar. No tenía ninguna intención de casarse con un jovencito, entre otras cosas porque demasiado joven no le hubiera servido de mucho. Pero lo del «hombre maduro» tampoco le acabó de gustar. De todos modos, como la conversación ya había tomado un aire de familiaridad, osó decir con una risita azorada:

—¡Después del ayuno no querrá que me coma una cebolla!

Umm Hamida lanzó una desagradable risotada y comprendió que no había motivo para dudar sobre los beneficios que iba a sacar de la transacción. Con una punta de malicia respondió:

—Tiene toda la razón, señora. La experiencia me ha enseñado que los matrimonios son más felices cuando la mujer es mayor que el hombre. A usted le conviene uno de treinta años.

A lo que la otra dijo con voz ansiosa:

—¿Aceptará alguno?

—No lo dude. Usted es hermosa y rica.

—Gozo de perfecta salud.

El rostro picado por la viruela de Umm Hamida se concentró:

—Le pienso decir: «Es una mujer de mediana edad. Sin hijos y sin suegra. Bien educada. Propietaria de tiendas y de un inmueble de dos pisos en el callejón de Midaq».

Entonces la otra sonrió y se dispuso a rectificar el aparente error.

—Querrá decir tres pisos.

Pero la vieja se apresuró a replicar:

—Sólo dos. Porque en lo que respecta al tercero, en el que estoy yo, no pretenderá cobrar alquiler mientras viva, ¿verdad?

La señora Afify respondió alegremente:

—De acuerdo, lo que usted diga, Umm Hamida.

—Le tomo la palabra. ¡Dios haga que todo le salga bien!

La otra volvió a sacudir la cabeza, con aire sorprendido:

—¡Quién lo iba a decir! ¡He venido a visitarla para charlar y salgo de su casa prácticamente casada!

Umm Hamida también se rió, fingiendo sorpresa, pero diciéndose: «¿No te da vergüenza, mujer? ¿De verdad te crees que puedes engañarme?». Después en voz alta añadió:

—Es la voluntad de Dios. ¿No están todas las cosas en sus manos?

La señora Afify volvió a su casa muy contenta. Pero no pudo por menos que decirse: «¡El alquiler de un piso mientras viva! ¡Cómo se aprovecha!».

Hamida entró en la habitación en cuanto hubo partido la señora Afify. Se estaba peinando y el pelo le olía intensamente a queroseno. Umm Hamida miró la negra y reluciente cabellera, que casi llegaba a las rodillas de la chica, y dijo en tono de reproche:

—¡Qué pena! ¡Mira que permitir que se críen piojos en un pelo tan bonito! Bajo las espesas cejas de la muchacha, endureciéronse sus ojos negros, maquillados con *kohl*, a la vez que ella respondía con acritud:

—¿Piojos? Con el peine sólo he encontrado dos.

—Hace quince días, cuando te peiné yo, aplasté hasta veinte.

A lo que la muchacha contestó con indiferencia:

—Hacía dos meses que no me lo lavaba.

Recomenzó con más brío la tarea de peinárselo y se sentó al lado de su madre. Tenía veinte años. De estatura media. El rostro más bien alargado, de óvalo puro y fresco. Llamaban especialmente la atención los ojos, de un negro profundo y seductor, aunque, cuando apretaba los labios y agudizaba la mirada, tomaban una expresión dura y severa, muy poco femenina. Sus ataques de cólera eran de cuidado y nadie los tomaba a la ligera. Incluso su madre, famosa por su genio, procuraba evitarlos. Un día durante una discusión, ésta le dijo: «Con ese carácter no encontrarás hombre que se quiera casar contigo. ¿Quién querrá abrazarse con un tizón en ascuas?». Más de una vez había asegurado que a su hija le daban auténticos ataques de locura cuando se enfadaba. La llamaba *khamsin*, como los tórridos vientos de arena que en verano suelen asolar la ciudad.

A pesar de ello, su madre la quería con locura, aunque sólo fuera su madre adoptiva. Con su verdadera madre habían sido socias en el comercio de pócimas para las embarazadas. Después, durante una temporada difícil, la había acogido en su piso del callejón, en el que murió, dejándole una niña muy pequeña. Umm Hamida la había adoptado y la había confiado a la mujer de Kirsha, que en aquella época todavía amamantaba a su hijo Hussain. La muchacha era, por lo tanto, hermana de leche de Hussain Kirsha.

Sin dejar de peinarse la cabellera, la muchacha esperó a que su madre comentara, como de costumbre, la visita que acababa de partir. Y al ver que el silencio se prolongaba, dijo:

—La visita ha sido larga. ¿De qué hablabais?

Su madre se echó a reír:

—¡Adivínalo!

La muchacha pareció asustarse.

—¿Nos quiere aumentar el alquiler?

—¡Pobre de ella! ¡No hubiera salido sana de aquí! Al contrario, ha venido a rebajarlo.

—¿Se ha vuelto loca?

—Loca, sí... Adivínalo.

La joven suspiró con impaciencia.

—¡Qué pesada!

Umm Hamida movió las cejas y dijo, acompañándose de un guiño:

—Quiere casarse.

A lo que la muchacha exclamó asombrada:

—¡Casarse!

—Sí. Con un hombre joven. ¡Y tú qué pena me das, desgraciada, sin ni un hombre que te pida la mano!

La chica la miró de reojo y contestó trezándose el pelo:

—Te equivocas. Hombres tengo de sobra. Pero tú eres muy mala casamentera y no sabes cómo disimularlo. ¿Qué culpa tengo yo? Es lo que digo, eres tú quien no manejas bien las cosas. Ya lo dice el refrán: «En casa del herrero, cuchara de palo».

Umm Hamida sonrió.

—Si se casa la señora Afify, no hay por qué desesperar...

Pero la chica le lanzó una mirada encolerizada y dijo de mala manera:

—Yo no corro detrás de un marido. Son ellos los que corren detrás de mí y estoy decidida a dar muchas cala bazas.

—¡No faltaba más! ¡La princesa!

La muchacha hizo caso omiso de la burla de su madre y prosiguió con la misma voz desagradable:

—¿Quién hay en el callejón que valga algo?

De hecho la madre no temía que la muchacha se quedara para vestir santos. De su belleza estaba segura. Pero su vanidad y presunción la sacaban de quicio. Por eso dijo, regañándola:

—¡No te metas con la gente del callejón, deslenguada! ¡Son unos señores!

—Y tú una señora. Para mí es como si no existieran. Sólo hay uno que merezca la pena y tú lo estropeaste convirtiéndolo en mi hermanastro.

Se refería a Hussain Kirsha. La observación desagradó a su madre que dijo enfadada:

—¿Cómo te atreves a decir eso? Yo no hice nada. Nadie tiene el poder de hacer hermanos ni hermanas Es tu hermano de leche tal como lo dispuso Dios.

A lo que ella replicó con impertinencia:

—¿No hubiera podido mamar yo de otro pecho?

La madre le dio un palmetazo en la espalda y exclamó:

—¡Qué hija!

La chica gruñó con desprecio:

—¡Qué asco de callejón!

—¡Un alto funcionario es lo que tú necesitas!

La muchacha inquirió con tono retador:

—¿Acaso los altos funcionarios son dioses?

La madre suspiró diciendo:

—¡Bueno! ¡Si no fueras tan pretenciosa!

A lo que la chica replicó imitando el tono:

—¡Bueno! ¡Si fueras un poco más razonable!

—Te mantengo y ni me das las gracias. ¿Te acuerdas de cómo te pusiste por algo tan insignificante como un vestido?

—¿Desde cuándo es insignificante un vestido? ¿Valdría la pena vivir en este mundo si no fuera por los vestidos nuevos? Una chica que nunca puede estrenar nada, mejor que se muera.

Se le había entristecido la voz.

—¡Si vieras a las del taller! —añadió—. ¡Y a las obreras judías! Llevan unos vestidos preciosos. De verdad. ¿De qué sirve vivir si no nos podemos vestir como nos gusta?

Su madre ponía mala cara.

—¡Vas a perder el seso con tanto mirar a las chicas del taller y a las obreras judías! Dios quiera que vuelvas a recobrar el juicio.

La muchacha no hizo caso de las palabras de su madre. Se acabó de trenzar el cabello y sacó un espejito del bolsillo, que puso sobre el respaldo del sofá. Luego se agachó para mirarse. Se contempló con admiración, murmurando:

—¡Qué pena, Hamida! ¿Por qué vivirás en este callejón? ¿Y por qué tendrás una madre que no sabe distinguir el oro de la chatarra?

Luego se acercó a la ventana que daba al callejón. Estaba abierta y la entornó hasta dejar sólo un estrecho hueco por el que mirar. Se pegó a ella, recorriendo con la vista el callejón, mientras comentaba para sí misma con ironía:

—¡Saludos, callejuela bendita! ¡Larga vida para ti y tus ilustres habitantes! ¡Qué bello espectáculo! ¡Qué gente más hermosa! ¡Pero si es Husniya, la panadera, sentada como un saco delante del horno, con un ojo pegado a las migas de pan, y con el otro vigilando al marido! El pobre hombre venga trabajar para que no le muela las costillas su mujer. Allí está Kirsha, el

dueño del café, con la cabeza gacha como si durmiera, aunque no duerma. Mira al tío Kami], roncando mientras las moscas se lo pasan de lo lindo por encima de la bandeja de dulces. ¡Ah! Ya está Abbas, mirando otra vez descaradamente a mi ventana, se figura que así me va a cautivar y que me rendiré a sus pies. Antes muerta. Ahora sale el señor Salim Alwan, el dueño del bazar. Ha mirado hacia arriba, luego al suelo, y otra vez mira arriba. Bueno, digamos que la primera vez ha sido una casualidad. Pero ¿y la segunda? ¡Vuelve a mirar hacia arriba! ¿Qué quieres, viejo verde? Y eso todos los días, a la misma hora. ¿Será una casualidad? Si no estuvieras casado y fueras padre de familia, te respondería mirando como lo haces tú. Y se acabó. Esto es el callejón. ¡No me extraña que Hamida descuide el pelo y no se lo lave en dos semanas! ¿Para qué? ¡Mira! El viejo Darwish se acerca repicando el suelo con las sandalias...

Su madre la interrumpió con sarcasmo:

—¡El viejo Darwish sería un buen partido!

Pero la chica no se dignó a mirarla. Se contoneó diciendo:

—Algo debe de tener el hombre. Dice que se gastó cien mil libras por el amor de nuestra señora Zainah. ¿Crees que será tan mezquino para no darme diez mil a mí si se las pido?

Se apartó bruscamente de la ventana, como harta de repente, de mirar por ella. Volvió al pequeño espejo, al que lanzó una mirada inquisitiva para, acto seguido, suspirar diciendo:

—¡Qué pena, Hamida!

Durante el primer tercio del día, el callejón permanece sumido en la sombra y es frío y húmedo. El sol no penetra en él hasta que no llega al cénit y logra superar, al mediodía, la barrera que lo cubre. Sin embargo, amanece temprano y el bullicio matinal invade hasta los más recónditos rincones. El primero en levantarse es Sanker, el camarero del café, que comienza el día reordenando los divanes y encendiendo la estufa. Luego, llegan los empleados del bazar de dos en dos o por separado. El siguiente es Jaada, con la masa del pan. Incluso al tío Kamil lo ve uno moverse a esta hora, abriendo la tienda y disponiéndose a desayunar. El tío Kamil y Abbas tenían la costumbre de desayunar juntos. Sobre una fuente colocada en medio, había las habas hervidas, las cebollas crudas y los pepinos con vinagre. Sin embargo, su manera de comer era muy distinta. Porque si Abbas se tragaba el pan en un instante, el tío Kamil lo masticaba lentamente, hasta el punto de esperar a que se le fundiera en la boca. A menudo decía: «Para que la comida te aproveche, hay que digerirla antes en la boca». Por lo tanto, Abbas terminaba siempre de comer cuando el otro estaba todavía entretenido en mordisquear las cebollas. Y como el tío Kamil temía que Abbas se comiera su ración, dividía las habas en dos raciones y vigilaba atentamente para que su compañero no se excediera.

El tío Kamil, a pesar de su corpulencia, no tenía fama de comilón, aunque goloso sí lo era. Era un buen pastelero, pero sólo tenía el prurito de hacerlo muy bien cuando le hacía un encargo algún particular, como Salim Alwan, Radwan Hussainy o Kirsha, el dueño del café. Su fama había traspasado los límites del callejón y llegaba hasta las calles Sanadiqiya, Ghouriya y la de los Orfebres. Pero las ganancias no se desbordaban nunca del marco de su frugal existencia. Y no mentía cuando se quejaba a Abbas de que, después de muerto, no tendría lo suficiente para una sábana con que envolver el cuerpo. Aquella mañana, sin ir más lejos, volvió sobre el tema.

—Has dicho que me has comprado una mortaja. Es una acción que te agradezco mucho. Pero ¿tendrías inconveniente en dármela ahora?

Abbas, que casi se había olvidado de la historia, como suele suceder con las que son falsas, lo miró sorprendido.

—¿Qué harías con ella?

—Venderla —respondió el otro, con su peculiar voz aguda, infantil—. ¿No te has enterado de la subida del tejido?

Abbas se echó a reír a carcajadas.

—¡Qué astuto, a pesar de tu aire inocentón! Ayer te quejabas de que no tendrías con qué envolver tu cuerpo cuando te murieras, y hoy, como sabes que tengo una mortaja para ti, pretendes hacer dinero con ella. Dios me guarde de concederte lo que pides. He comprado la mortaja para honrar tus despojos al cabo de una larga vida, con la venia de Dios.

El tío Kamil sonrió con embarazo y dijo:

—Supongamos que viva el tiempo suficiente para ver cómo los precios vuelven a ser como los de antes de la guerra. ¿No significaría eso que has perdido dinero con la compra de la mortaja?

—¿Y si te murieras mañana?

El rostro del tío Kamil se ensombreció.

—Dios no lo quiera.

Abbas se echó a reír de nuevo y dijo:

—En vano intentas hacerme cambiar de parecer. La mortaja permanecerá en su escondite hasta el día que Dios lo disponga.

Se echó de nuevo a reír con tantas ganas que el otro acabó riéndose con él. El joven le reprochó:

—De ti no puedo esperar nada. Contigo no he podido ganar nunca una perra. Tu barbilla es un erial en el que no crece ni un pelo. No te crece el bigote. Tienes la cabeza pelada. En todo el inmenso mundo que llamas tu cuerpo no crece un solo pelo que yo pueda afeitar. Que Dios te perdone...

El tío Kamil sonrió.

—Tengo un cuerpo limpio y puro. Cuando muera, no hará falta lavarlo.

Una voz que sonó como un ladrido los interrumpió. Miraron hacia el callejón y vieron a Husniya, la panadera, pegando con un par de zuecos de madera a Jaada, su marido. El pobre hombre retrocedía, incapaz de defenderse, atronando la calle con sus gritos. Los dos hombres se echaron a reír y Abbas gritó a la mujer:

—¡Un poco más de misericordia, mujer!

Pero ella persistió hasta que el hombre se tiró a sus pies, llorando e implorando perdón.

Abbas todavía se reía cuando le dijo al tío Kamil:

—A ti te tendrían que pegar con un par de zuecos de madera, para fundir la grasa de tu cuerpo.

Entonces apareció Hussain Kirsha. Salía de casa, vestido con pantalón, camisa y sombrero. Se miró la hora ostentosamente, en el reloj de pulsera, con ojos que echaban chispas de vanidad y orgullo. Saludó a su amigo, el barbero, y fue a sentarse en el sillón de la barbería, para que le cortara el pelo. Era su día de permiso.

Los dos amigos habían crecido juntos en el callejón. Habían incluso nacido en la misma casa, en la que era propiedad de Radwan Hussainy, Abbas tres años antes que Hussain. Durante los quince años previos a conocer a Kamil, con el que se fue a vivir, Abbas vivió en casa de sus padres. Abbas y Hussain habían pasado juntos la infancia, unidos por una fraternal amistad. Pero el trabajo los había separado. Abbas se había puesto a trabajar de aprendiz en una barbería de la calle Nueva, y Hussain había encontrado trabajo en una tienda de reparación de bicicletas, en la calle Jamaliya.

Ya de niños sus caracteres habían sido muy distintos. Seguramente eso fue lo que tanto los había unido. Abbas era pacífico y dulce, bondadoso y dado a la conciliación, comprensivo e indulgente. No aspiraba más que a pasar el rato con juegos tranquilos o fumando el narguile. Le horrorizaban las discusiones y tenía una especial habilidad para evitarlas, con una dulce sonrisa y un amable «Dios te perdone». Conservaba la costumbre de la oración diaria y del ayuno durante el Ramadán; los viernes acudía siempre a la mezquita de Hussain. Si a veces faltaba a sus deberes religiosos era por negligencia, no por despreocupación o cinismo. Hussain lo provocaba a menudo. Pero cuando el amigo se excitaba demasiado, él no tenía reparo en ceder, sin que jamás llegaran a las manos. Era famoso por la facilidad con que se conformaba y por su alegría. No era de extrañar que hubiera permanecido diez años en el mismo puesto de aprendiz, y que hubiera abierto la barbería hacía tan sólo cinco. A partir de ese día se consideraba llegado al colmo de la ambición. La facilidad para contentarse con poco influía en toda su persona: se le notaba en la placidez de sus ojos saltones, en su tendencia a engordar y en su jovialidad.

Hussain Kirsha, en cambio, era de los espabilados del callejón. Era famoso por su iniciativa, su sagacidad y su audacia. Cuando hacía falta, sacaba las uñas y no vacilaba en dar escarmiento a quien fuera. Había empezado trabajando en el café de su padre, pero con el viejo no congeniaba. Lo dejó para irse a trabajar a una tienda de bicicletas y en ella permaneció hasta estallar la guerra. Entró a servir en los campos militares británicos, en los que ganaba un salario de treinta piastras diarias, en vez de las tres del anterior empleo, y eso sin contar con lo que sacaba de los trapicheos a los que gustaba referirse con estas palabras: «Para ganarse el pan, no vale ser manco». Su situación, por lo tanto, había mejorado mucho y nunca iba con los bolsillos vacíos. Se entregaba a la buena vida con un celo desmesurado. Disfrutaba estrenando ropa, comiendo en restaurantes, en los que solía pedir toda suerte de carnes, porque, según él, era el manjar de los favorecidos por la fortuna, yendo al cine y al teatro,

bebiendo vino y saliendo con mujeres. Le daban frecuentes arrebatos de generosidad y, entonces, invitaba a sus compañeros a la azotea de su casa, y les daba de comer y beber, y después fumaban hachís. Cuentan que durante una de estas veladas, había dicho a un invitado: «En Inglaterra, a los que viven como yo se los llama *large*». Y como en este mundo no faltan envidiosos, no tardaron en llamarlo Hussain el Large, que luego, a fuerza de decirlo mal, pasó a ser Hussain el Garaje.

Abbas cogió la navaja de afeitar y se entregó a la tarea de retocar la nuca y las sienes de su amigo. Tuvo mucho cuidado en no tocarle la mata de pelo encrespado de la parte superior, que, de tan espeso, casi se mantenía tieso. Le embargaba siempre una cierta tristeza cuando se encontraba con él. Seguían siendo amigos, por supuesto, pero ya no era lo de antes. Hussain ya no iba a las veladas del café de su padre, como en otros tiempos. Los dos amigos tenían pocas oportunidades de verse, una cierta envidia invadía el alma de Abbas cuando reflexionaba sobre el abismo que separaba sus vidas. Y sin embargo, incluso en la envidia lograba conservar la placidez y la calma, no hablaba nunca mal del amigo y en sus sentimientos por él no había asomo de malicia ni de celos. Por supuesto que a menudo se decía, a modo de consuelo: «La guerra se acabará, y entonces Hussain tendrá que volver al callejón sin un real en el bolsillo, tal como partió».

Hussain Kirsha, charlatán como siempre, se puso a contar al barbero cosas de la vida en el campamento, de sus colegas, de los sueldos, de los robos que se cometían, divertidas anécdotas de los ingleses, y a jactarse del cariño y la admiración con que era tratado por los soldados.

—El sargento Julián me dijo un día que sólo me distinguía de los ingleses por la piel. Me recomendó que ahorrara dinero, pero el brazo —y al decir eso exhibió orgullosamente los bíceps— que es capaz de sacar unas perras durante la guerra, podrá sacar el doble en tiempo de paz. ¿Y cuándo crees tú que terminará la guerra? No te dejes impresionar por la derrota de los italianos, éstos no cuentan para nada. Hitler, en cambio, hará la guerra veinte años. El sargento Julián me admira por mi coraje. Confía ciegamente en mí y, por eso, me ha metido en el tráfico de tabaco, tenedores y cuchillos, sábanas, calcetines y zapatos. ¡Qué bien! Abbas repitió melancólicamente:

—¡Qué bien!

Hussain se contempló en el espejo con una mirada inquisitiva y dijo:

—¿Sabes adonde voy ahora? Al parque zoológico. ¿Y sabes con quién? Con una chica dulce como la miel. —Envió un sugestivo beso al aire y añadió—: La llevaré a ver los monos. —Se rió con voz aguda y continuó—:

Tú te preguntarás: «¿Por qué los monos?» Claro, por que no has visto más monos que los que amaestra el domador. Pero has de saber, tonto, que en el parque zoo lógico los monos viven en grupos dentro de las jaulas y se parecen mucho a los hombres, tanto por la forma como por sus malas costumbres. Se los ve cortejándose y riendo en público. Si llevo la chica a verlos, la situación se pondrá más fácil.

Absorto en su trabajo, Abbas murmuró:

—¡Qué bien!

—Las mujeres la saben mucho más larga que tú y tus peinados.

Abbas se echó a reír y se miró el pelo en el espejo. Luego dijo con voz entrecortada:

—¡Soy un desgraciado!

Hussain le lanzó una mirada a través del espejo y le preguntó, con sarcasmo:

—¿Y Hamida?

El corazón de Abbas comenzó a latir violentamente ante la inesperada mención del nombre de su amada. La imagen de Hamida apareció ante sus ojos. Se sonrojó y murmuró sin darse cuenta:

—¡Hamida!

—Sí, Hamida, la hija de Umm Hamida.

El barbero se refugió en el silencio, con el rostro alterado. El otro se puso a hablar ásperamente:

—Estás atontado, muerto, con esa vida que llevas. Tienes los ojos dormidos, la barbería dormida. Tu vida es sólo sueño y atontamiento. Eres un muerto, me fatiga despertarte. ¿Te parece a ti que con esa vida harás realidad las esperanzas? ¡Qué va! Por mucho que trabajes, no conseguirás ganar más que para un trozo de pan al día.

Los plácidos ojos de Abbas se pusieron pensativos y dijo, ligeramente turbado:

—El bien está en la voluntad de Dios.

El otro prosiguió en el mismo tono:

—¡El tío Kamil, el Café de Kirsha, el narguile, las cartas!

El barbero dijo algo molesto:

—¿Por qué te burlas de la vida que llevo?

—¿A eso lo llamas vida? ¡Si en este callejón sólo hay muertos! Si no te vas, no hará falta que te entierren. ¡Dios tenga piedad de ti!

Abbas titubeó unos instantes y preguntó, a pesar de que estaba seguro de la respuesta de su amigo:

—¿Qué quieres que haga?

El otro le gritó:

—¡Te lo dije hace mucho tiempo! ¡Te lo advertí! ¡Sácate de encima la mugre de esta vida! Cierra la barbería. Abandona el callejón. Deja de embobarte en la contemplación de la mole del tío Kamil. Ponte a servir en el ejército británico. Es un tesoro inagotable. ¡Es como el tesoro de Hassan al-Basary! Esta guerra no es una maldición como aseguran los que no saben nada. Es una bendición. Dios en persona nos la ha enviado para que salgamos del pozo de la miseria. Bienvenidos los bombardeos, si nos traen oro. ¿No te aconsejé que entraras en el ejército? Ahora es el momento. Los italianos han sufrido una derrota, de acuerdo, pero Alemania resiste. Y el Japón la respalda. Esta guerra durará veinte años. Te digo por última vez que en Tell el-Kebir hay plazas vacantes. ¡Vete allí!

La imaginación de Abbas se despertó y, un fuego prendió en sus sentimientos, con tal fuerza que a duras penas logró controlarse y llevar a buen fin el trabajo. No solamente por el efecto de las palabras de Hussain, sino por el hecho de que cada vez que se encontraban le dijera lo mismo. De instinto, él vivía contento con lo que tenía, procurando no moverse, desconfiando de la novedad. Detestaba los viajes y, de no ser por los demás, jamás se le hubiera ocurrido abandonar el callejón. En él hubiera podido pasar la vida entera sin aburrirse y sin merma del cariño que le inspiraba. Pero la ambición lo había despertado de un largo sueño y cada vez que volvía a sentir la vida corriendo por sus venas, se le aparecía la imagen de Hamida. O tal vez fuera su recuerdo lo que lo despertaba, lo que lo resucitaba, porque su ambición, sus ansias de vivir, se unían inexorablemente con la imagen de la amada. Y a pesar de ello, le daba miedo confesarlo, revelar el secreto y, como si deseara darse tiempo para reflexionar, dijo, fingiendo horror y rechazo:

—¡Me aburre viajar!

Hussain dio una patada en el suelo y exclamó:

—Antes viajar que pudrirse en este callejón, en compañía del tío Kamil. Viaja y prueba la suerte. ¡Si todavía no has nacido! ¿Qué has comido hasta el presente? ¿Qué has visto? ¿Cómo te vistes? ¿Qué bebes? Créeme, todavía tienes que nacer.

Abbas dijo con voz apesadumbrada:

—Es una pena que no haya nacido rico.

—Es una pena que no hayas nacido chica. Si fueras una chica, vivirías como las chicas de antes: encerradas en casa y consagradas al hogar. No vas nunca al cine, ni al parque zoológico, ni a la calle de Mousky. ¿Sabías que Hamida va todas las tardes?

La mención del nombre de Hamida acabó por turbar a Abbas. Sufría al oír el tono burlón con que lo pronunciaba su amigo, como si se tratara de un

palabra sin importancia, sin poder para removerle las zonas más secretas del corazón. Salió en defensa de la muchacha.

—Hamida es una chica de buenas costumbres. No hace ningún mal yendo a pasear por la calle de Mousky.

—Claro que no. Pero la chica es ambiciosa, no te quepa ninguna duda. Y no la conquistarás quedándote tal cual.

El corazón de Abbas se había puesto de nuevo a latir con violencia. Se había vuelto a sonrojar y se sintió desfallecer de nostalgia, de ansiedad, de emoción. Había terminado de cortarle el pelo al amigo. Comenzó a peinárselo sin chistar, presa de una agitación incontrolable. Por último, Hussain Kirsha se levantó y pagó. Al salir de la barbería, descubrió que se había olvidado el pañuelo y corrió a su casa por él.

Abbas se quedó mirándolo y le impresionó su aire de alegría, enérgico, feliz, como si le descubriera estas cualidades por primera vez. «No la conquistarás quedándote tal cual.» Probablemente Hussain tenía razón: la vida que llevaba le permitía a duras penas subsistir. El duro trabajo de cada día apenas le bastaba para alimentarse. Si de verdad deseaba construirse un nido, en los tiempos que corrían, tenía que buscar otra salida. ¿Le bastaría con soñar y desear, metido en aquel agujero, con las manos atadas y la voluntad paralizada? ¿Por qué no probar suerte y abrirse camino como los demás?

«La chica es ambiciosa» había dicho Hussain. La verdad era que Abbas apenas la conocía y era probable que Hussain la viera con mayor claridad que él, sin el engañoso filtro del amor y del deseo. Si la chica que él amaba era ambiciosa, él también tendría que serlo. Hussain seguramente creería que había sido él el que lo había sacado de su estado letárgico, convirtiéndolo en otro. La idea le hizo sonreír. Sólo él sabía que, de no ser por Hamida, nada hubiera podido arrancarle de la tranquila y resignada mediocridad en que vivía. En aquel decisivo instante de su vida, Abbas sintió, con una fuerza inusitada, el poder del amor, su increíble dominio, su asombrosa magia. Sintió oscuramente su fuerza creadora, la fuerza que nos empuja a la aventura y a la renovación.

Presa de angustia y de emoción, el joven se preguntó por qué era necesario marcharse. ¿No hacía un cuarto de siglo que vivía en el callejón? ¿Qué había ganado a cambio? El callejón era injusto con sus moradores, jamás los recompensaba en la justa medida del amor que ellos le profesaban. O quizá sonreía a los que le ponían mala cara y ponía mala cara a los que le sonreían. A él le proporcionaba ganancias con cuentagotas, mientras que al señor Alwan lo colmaba de riquezas. A dos pasos de su barbería se amontonaban los fajos de billetes de banco, cuyo

mágico olor creía sentir, mientras que para él la jornada se terminaba siempre con un trozo de pan. Sí, era necesario marcharse. Tenía que cambiarle la cara a la vida.

Dejó que sus pensamientos lo llevaran lejos de allí, mientras permanecía de pie en la puerta de la barbería, mirando al tío Kamil que ya volvía a roncar, con el matamoscas sobre el pecho. Entonces oyó unos pasos apresurados que bajaban por el callejón. Se volvió y vio a Hussain Kirsha que pasaba a grandes zancadas. Una extraña desazón embargó a Abbas. Miró al amigo como quien mira girar la bola de la ruleta. El otro llegó a su altura sin intención de detenerse. Abbas le puso la mano sobre el hombro y le dijo, con voz firme y resuelta:

—Hussain, quiero hablarte de una cosa muy seria...

El atardecer...

El callejón volvió poco a poco a sumirse en la sombra. Hamida se echó el velo alrededor del cuerpo y escuchó el ruido de las sandalias de madera al descender los peldaños para salir a la calle. Atravesó el callejón consciente de su andar y de su figura, porque sabía que dos pares de ojos no cesaban de mirarla: los de Salim Alwan, el dueño del bazar, y los de Abbas, el barbero. Era perfectamente consciente, también, de la pobreza de su atuendo: un ajado vestido de algodón, un velo viejo y las sandalias con la suela gastada. Pero se había puesto el velo de modo que hiciera resaltar la elegancia del talle, la curva de la cadera y la bonita forma de los pechos, además de los tobillos bien torneados, que llevaba ceñidos con un aro. Había también tenido cuidado en dejar al descubierto la raya que partía su pelo negro y en no cubrir los encantos del rostro.

Descendió hacia la calle de Sanadiqiya para tomar, luego, por la de Mousky, resuelta a no volverse. En cuanto se alejó de la vista de los dos pares de ojos que la seguían, sonrió levemente y se puso a observar a los transeúntes. Sin familia ni fortuna, la muchacha nunca perdía la confianza en sí misma. Tal vez su belleza contribuía a su seguridad, aunque tampoco era la única causa.

Era fuerte por naturaleza y la fuerza no le había fallado nunca. En sus hermosos ojos leíase un gran sentimiento de poder, cosa que, al parecer de algunos, mermaba su hermosura, mientras que, según otros, la aumentaba. Vivía constantemente llevada de un intenso deseo de dominar que se manifestaba en sus ganas de seducir a los hombres y en sus esfuerzos por imponer su voluntad sobre la de su madre. Este instinto de dominio mostraba aspectos funestos cuando se peleaba y discutía con las otras mujeres del callejón, las cuales la detestaban y no paraban de hablar mal de ella. La acusaban, entre otras cosas, de odiar a los niños. La describían como una salvaje que carecía de los atributos naturales de la feminidad. La esposa de Kirsha, el dueño del café, que la había criado, esperaba con secreto regocijo el día en que ella también sería madre, cuando amamantara a sus hijos bajo la severa mirada de un esposo tiránico que la pegara sin compasión.

Hamida continuó su camino, disfrutando tranquilamente de su paseo cotidiano, deteniendo la mirada en los escaparates de las tiendas. La contemplación de los lujosos vestidos, de los muebles caros, despertaba en ella codicia, la cual, mezclada con sus ansias de dominio, le inspiraba sueños encantados. Su culto al poder se concentraba en su amor por el

dinero, del que ella creía que era la llave mágica del mundo y la fuerza que permitía dominar a los demás. De sí misma sólo sabía una cosa con claridad: que soñaba con ser rica y tener todo el dinero que se necesitara para comprarse ropa y colmar todos los deseos. Era posible que se preguntara si alguna vez llegaría a serlo. Si por un lado se daba perfecta cuenta de su situación, por otro, no olvidaba la historia de aquella chica de la calle de Sanadiqiya, la cual comenzó siendo más pobre que ella hasta que la fortuna le sonrió en la figura de un rico empresario que la arrancó del mísero ambiente en que vivía, transformando así su vida.

¿Acaso no podía repetirse la historia? ¿Qué obstáculo había para que la suerte sonriera dos veces en el mismo barrio? Su belleza no era menor que la de la otra... La ambición de Hamida no pasaba del marco de su mundo, cuyas fronteras se encontraban en la plaza de la Reina Farida. Nada sabía de lo que había más allá, de la gente, ni de los destinos que poblaban la vasta Tierra.

Vio que se acercaban las amigas del taller. Apresuró el paso para ir a su encuentro, desembarazándose de las ideas tristes, sonriendo. Entre saludos y chanzas, Hamida las miró ávidamente a la cara y a sus atuendos, roída de envidia ante su aire libre y próspero. Eran chicas del distrito de Darasa, que se habían aprovechado de las oportunidades de trabajo de la guerra para abandonar la vida tradicional. Se habían puesto a trabajar, imitando a las obreras judías. La transformación tardó poco tiempo en producirse. De flacas habían pasado a ser unas chicas llenitas y con aspecto de estar bien alimentadas; de mal vestidas, habían pasado a ser elegantes. Imitaban a las obreras judías en el cuidado que ponían en arreglarse y en los aires de distinción que afectaban. Cuando hablaban procuraban deformar determinadas palabras. No temían pasear por las calles de más mala fama cogidas del brazo. Seguras de que habían aprendido algo, osaban forzar alegremente las puertas de la vida. En cambio, Hamida, con sus pocos años y su ignorancia, perdía las oportunidades de divertirse. Se comparaba a ellas muerta de envidia. Envidiaba el refinamiento de sus vidas, los bordados de sus vestidos, sus bolsillos repletos de dinero.

Hacía esfuerzos por reírse con su misma risa franca y despreocupada. No vacilaba en meterse maliciosamente, aunque siempre en tono de broma, con la más mínima falta que pudiera detectar: que si una llevaba la falda demasiado corta, que si la otra carecía de buen gusto. La tercera se estaba volviendo bizca de tanto mirar a los hombres, mientras que la cuarta parecía no recordar los tiempos en que los piojos le bajaban por la nuca... Sin duda estos encuentros cotidianos daban pábulo a su perpetuo

estado de rebelión, además de ser la principal distracción de sus días llenos de tedio.

Una vez dijo a su madre con un suspiro:

—¡Las judías! ¡Ellas saben vivir!

La reflexión pareció desagradar a la mujer, la cual replicó:

—Pareces de la raza del demonio. Nada en común tengo contigo.

Pero la muchacha se encarnizó en sacarla de quicio.

—¿Qué pruebas hay de que no sea la hija de un pacha?

A lo que la otra se encogió de hombros y dijo sarcásticamente:

—¡Que Dios tenga piedad de tu pobre padre que vendía dátiles en Margush!

Caminó al lado de sus compañeras, orgullosa de su belleza, pertrechada detrás de la viveza de su lengua, complacida al constatar que las miradas de los hombres se detenían en ella con mayor frecuencia que en las demás.

Cuando llegaron a la mitad de la calle de Mousky, vio a Abbas que iba detrás, sin dejar de mirarla con su expresión habitual. Se preguntó por qué razón habría cerrado la tienda a hora tan temprana. ¿La estaría siguiendo? ¿No se contentaba ya con los silenciosos mensajes de su mirada? Reconoció que, a pesar de su pobreza, no estaba del todo mal, tenía la elegancia propia de los de su oficio. Su presencia no la molestó. Se dijo que ninguna de sus compañeras contaba con un partido mejor. El joven le inspiraba sentimientos contradictorios, porque si por un lado reconocía en él al único marido posible entre los hombres que moraban en el callejón, por otro no quería renunciar al sueño de topar con un rico empresario como el de la muchacha de Sanadiqiya. A Abbas no lo quería, ni tampoco lo deseaba, pero tampoco lo desdeñaba, y en las miradas llenas de deseo del joven encontraba, quizá, cierto gusto.

Hamida tenía por costumbre acompañar a las jóvenes hasta Darasa y luego volver sola al callejón. Continuó caminando con ellas, lanzando miradas a Abbas. No dudaba ya de que la seguía intencionadamente porque había decidido acabar con su silencio.

La chica no se equivocaba, porque en cuanto se despidió de sus amigas y se dio la vuelta, él fue directamente hacia ella, acelerando el paso y con el semblante mudado por la emoción. Se puso a su lado y dijo con voz temblorosa:

—Buenas noches, Hamida.

Ella se volvió hacia él, fingiendo asustarse, como si acabara de descubrir su presencia. Después frunció el ceño y apresuró el paso sin hablar. Abbas se sonrojó y dijo de nuevo, en tono de reproche:

—Buenas noches, Hamida.

Ante su insistencia, ella temió desembocar en la plaza llena de gente antes de darle tiempo a que él pudiera desembuchar. Se moría de ganas de oírle, por lo que, en tono ligeramente quejoso, le dijo:

—¡Qué vergüenza! ¡Un vecino comportándose como un desconocido cualquiera!

Abbas replicó con voz febril:

—No es como un desconocido que me he comportado, sino como un buen vecino. ¿O es que los vecinos no tenemos derecho a hablar?

Hamida le reprobó:

—Un buen vecino tiene la obligación de proteger a la vecina, no de acosarla.

—Yo me considero un buen vecino y sé muy bien cuáles son mis deberes. No tengo ninguna intención de acosarte. ¡Dios me libre! Quería hablar contigo, sencillamente. ¿Qué mal hay en que un vecino hable con su vecina?

—¿Cómo eres capaz de decir una cosa así? ¿Te parece bien hablarme en plena calle exponiéndome a un escándalo?

Al oír esto, Abbas se inquietó y contestó apesadumbrado:

—¿Escándalo? ¡Dios me libre, Hamida! Mi corazón es puro. Por la vida de Hussain, que sólo pienso en ti con pureza. Ya verás cómo todo terminará tal como Dios quiere sin ningún escándalo. Escúchame un momento. He de hablarte de una cosa importante. Vayamos hacia la calle de Azhar para que no nos vea ningún conocido.

Ella puso cara de escandalizarse.

—¿Para que no nos vea ningún conocido? ¿A eso llamas la voluntad de Dios? ¡Buen vecino estás tú hecho!

El celo del joven se redobló al ver la obstinación de la chica y dijo acalorado:

—¿Qué mal he hecho yo? ¿Acaso se espera que un buen vecino se muera sin declarar lo que siente en el corazón?

Ella replicó burlonamente:

—Qué puras son tus palabras...

A lo que Abbas dijo, con una angustia que traicionó su temor de llegar a la plaza llena de gente:

—Te juro por Hussain que mis intenciones son puras. No corras así, Hamida. Metámonos por la calle de Azhar. He de decirte una cosa muy seria. Tienes que escucharme. Seguro que ya sabes lo que te quiero decir. ¿No lo intuyes? Cuando se tiene fe, el corazón te hace de guía...

Hamida lo atajó, fingiendo cólera:

—¡Basta! Te estás pasando de la raya. Déjame.

—Hamida..., yo quiero...

—¡Qué vergüenza! Si no me dejas, armaré un escándalo en público.

Habían llegado a la plaza. Ella se apartó de él para cruzar a la otra acera y apretó el paso. Después tomó por la calle de Ghouriya, sonriendo llena de satisfacción. Hamida sabía ya lo que quería Abbas y no se olvidaba de que el joven era el único partido aceptable de su callejón. Acababa de descubrir señales de amor en sus ojos saltones, las mismas que ya había visto desde su ventana, en los últimos tiempos. Pero ¿se había conmovido su corazón duro e ingrato? La situación económica de Abbas, que ella no podía ignorar, no era precisamente para entusiasmarla. Sin duda, su temperamento apacible, la docilidad de su mirada, su aire sumiso, satisfacían el instinto de dominio de la muchacha. Pero sin comprender el motivo, el joven le inspiraba aversión. ¿Qué quería ella? ¿Qué hombre la colmaría, si aquel tan bueno y pacífico no lo lograba? Por supuesto, la chica no daba con la respuesta. Atribuyó su aversión a su pobreza. Por lo visto su pasión por dominar era inferior a la que sentía por las disputas. Los caracteres tranquilos no la inspiraban y las victorias demasiado fáciles no le causaban alegría. Pero no conseguía ver suficientemente claro en su interior y eso la desazonó.

Abbas renunció a seguirla, por temor a lo que diría la gente. Giró y rehizo el camino hacia su casa con el corazón lleno de decepción y pena, aunque no de desesperación. Se dijo, mientras caminaba sin prisas, que la chica le había hablado y no poco. De haber querido hacerlo callar, lo hubiera hecho.

Saltaba a la vista que no lo detestaba. Seguramente había obrado con coquetería, como suelen hacer las chicas. O tal vez con pudor. Se sintió ebrio de alegría, como si hubiera tomado una mágica poción desconocida.

Al ir a tomar por la calle de Sanadiqiya, vio al jeque Darwish que salía de la mezquita. Se encontraron a la entrada del callejón y Abbas se dispuso a saludarlo cuando el otro, mirándole desde detrás de los lentes con montura de oro, alzó un dedo y dijo:

—¡No deberías salir sin sombrero! Guárdate de salir con la cabeza desnuda en este mundo en que vivimos. Corres el peligro de que se te evapore el seso. Es un accidente bien conocido en la tragedia. Que en inglés se dice *tragedy* y se escribe T-R-A-G-E-D-Y.

Un asunto muy serio ocupaba a Kirsha, el dueño del café. De hecho era raro que pasara un año entero sin que no le ocupara un asunto de esta clase, a pesar de los conflictos que le causaban. Y era que, a fuerza de fumar hachís, ya no tenía voluntad. Además, al contrario de lo que suele suceder con los traficantes de droga, era pobre, y no porque el café no le aportara beneficios, sino porque prodigaba el dinero, fuera de su casa, por supuesto, y se lo gastaba todo para conseguir sus placeres, el principal de los cuales era la atracción por los hombres jóvenes, una de las pasiones más caras que existen.

Aquella tarde, antes de ponerse el sol, salió del café sin avisar a Sanker, envuelto en su capa negra, apoyándose en su bastón, con paso pesado y lento. Parecía mentira que con aquellos ojos adormecidos, semivelados por sus párpados gruesos, alcanzara a ver el camino. Le latía con fuerza el corazón. Porque el corazón continúa latiendo incluso en los cincuentones. Kirsha se había entregado toda la vida a la aberrante pasión, aunque él, a fuerza de revolcarse en el fango, estaba convencido de que no tenía nada de anormal. Como traficante de narcóticos, tenía el hábito de moverse en la noche. Ya no distinguía entre lo normal y lo anormal, y se había convertido en víctima de sus vicios. Se entregaba sin reparos a sus apetitos, sin freno y sin remordimiento. Más bien osaba reprochar al gobierno que persiguiera el tráfico de hachís y maldecía a las personas que despreciaban a los homosexuales. Del gobierno solía decir: «Permite el vino que Dios prohibió y prohíbe el hachís que Dios permite». A menudo sacudía tristemente la cabeza y se preguntaba: «¿Qué tiene de malo el hachís? Proporciona paz a la mente y es un consuelo para la vida, además de ser un excelente afrodisíaco».

Respecto a otro vicio decía con su impudicia habitual: «Vosotros tenéis vuestra religión, yo tengo la mía». Sin embargo, la costumbre y el endurecimiento no impedían que cada nueva aventura le hiciera, al principio, latir el corazón violentamente.

Descendió lentamente por la calle Ghouriya, dando rienda suelta a sus pensamientos y preguntándose lleno de esperanza: «¿Qué pasará esta noche?». Y aunque anduviera absorto en sus pensamientos, no se le escapaba ninguna de las tiendas por entre las que pasaba, respondiendo mecánicamente al saludo de los conocidos. Saludos de los que él nada bueno auguraba, al contrario, sospechaba de ellos como tapadera de alusiones injuriosas. La gente no para nunca de criticar, aunque no les sirva de nada. Él, por su parte, daba la impresión de que gozara

provocándola y haciendo en público lo que, en un principio, se había propuesto esconder.

Continuó su camino hasta llegar a la última tienda de la izquierda, cerca de la calle Azhar. El corazón se le puso a latir todavía con mayor violencia y dejó de hacer caso a los saludos de la gente. Un brillo maligno se reflejó en sus ojos casi apagados. Se acercó a la tienda con la boca abierta y el labio colgando. Entró. Era una tienda pequeña, en medio de la cual estaba sentado un anciano detrás de una mesa escritorio. Al fondo, apoyado contra una estantería llena de artículos, se veía a un joven dependiente con la deslumbrante fuerza de los veinte años. En cuanto vio entrar al cliente, se enderezó y lo recibió con la sonrisa típica del vendedor espabilado. Los pesados párpados de Kirsha se levantaron para posar los ojos sobre el joven, al que saludó con cortesía. El muchacho, al darse cuenta de que ya era la tercera vez en tres días seguidos que le veía entrar, no pudo por menos que preguntarse por qué no se compraría lo que le hiciera falta de una sola vez.

Kirsha le pidió:

—Muéstreme lo que tenga en calcetines.

El joven fue a buscar los calcetines y los esparció sobre el mostrador. Mientras los examinaba, Kirsha lanzaba miradas a la cara del joven, que se daba perfecta cuenta de todo y procuraba reprimir la sonrisa que había comenzado a aflorar a sus labios. Kirsha prolongó interminablemente su examen y luego dijo en voz baja al joven:

—Perdóneme, joven, no veo muy bien. Escoja usted por mí, me fío de su buen gusto...

Se interrumpió un instante, devorándolo con la mirada, luego prosiguió con los labios caídos:

—... según se deduce de su bello rostro...

El joven le indicó un par de calcetines, fingiendo no haber oído el cumplido. El otro añadió:

—Póngame seis pares. —Y esperó a que el joven se los empaquetara. Pero corrigió—: Póngame una docena. No ando corto de dinero, gracias a Dios.

El dependiente le hizo un paquete de doce pares de calcetines sin chistar, y se lo entregó diciendo:

—Gracias, señor.

Kirsha sonrió o, mejor dicho, abrió levemente la boca, con un gesto maquinal acompañado de un leve estremecimiento de los párpados. Luego dijo con malicia:

—Gracias a usted, joven. —Y añadió en voz más baja—: Gracias a Dios.

Después de haber pagado, salió de la tienda embargado de la misma emoción con que había entrado. Se encaminó hacia la calle de Azhar y se apresuró a cruzar a la acera de enfrente. En ella se detuvo junto a un árbol que quedaba frente a la tienda de la que acababa de salir, medio escondido por la oscuridad de la noche que comenzaba a caer. Con una mano apoyada en el bastón, la otra aguantando el paquete, no apartó los ojos de la tienda. El joven dependiente había vuelto a la postura anterior, con los brazos cruzados. Kirsha lo contempló. No veía más que su silueta vaga, pero el recuerdo y la imaginación suplían a su escasa vista. Se dijo: «¡Me he hecho entender, no lo dudo!». Recordó la amabilidad y educación del joven. Le pareció que de nuevo oía sus palabras: «Gracias, señor». Se le esponjó el corazón y respiró profundamente. Permaneció allí una hora, inmóvil, tenso y a la espera. Por fin vio cerrar la tienda, alejarse al viejo propietario hacia la calle de los Orfebres y al joven dependiente hacia la de Azhar. Se alejó del árbol y tomó en la misma dirección del joven. Éste le vio cuando ya había andado tres partes del recorrido hacia él, pero no le dio, al parecer, ninguna importancia, y hubiera pasado por su lado sin hacerle caso de no ser porque Kirsha lo abordó, diciendo afablemente:

—Buenas noches, joven.

El joven le miró, sonrió levemente con los ojos y respondió:

—Buenas noches, señor.

El otro, para iniciar la conversación, le preguntó:

—¿Ya ha cerrado la tienda?

El joven se fijó que Kirsha disminuía el paso como invitándole a hacer lo mismo. Prosiguió al mismo ritmo diciendo con sencillez:

—Sí, señor.

Kirsha se vio obligado a arreciar el paso para mantenerse a su misma altura. Caminaron al lado uno de otro sin que Kirsha le quitara los ojos de encima:

—La jornada de trabajo es larga —dijo.

El joven suspiró y respondió:

—¡Qué remedio! Hay que cansarse para comer.

Kirsha se alegró de ver que no rehuía la conversación y se felicitó por ello. Prosiguió:

—Que Dios le pague el esfuerzo.

—Gracias, señor.

El viejo volvió a tomar la palabra febrilmente:

—Verdaderamente la vida es un largo esfuerzo. Pero raras veces uno obtiene la recompensa debida a sus penas. Cuántos trabajadores oprimidos hay en el mundo.

Había tocado una cuerda sensible porque el joven se apresuró a contestar, con voz preocupada:

—Tiene razón, señor. Cuántos trabajadores oprimidos hay en este mundo...

—La paciencia es la llave de la liberación. Sí, cuántos trabajadores hay oprimidos, lo cual significa que hay muchos opresores. Pero también, gracias a Dios, en el mundo hay personas comprensivas y misericordiosas.

—¿Dónde están estas personas comprensivas y misericordiosas?

A lo que el otro estuvo a punto de responder: «Yo soy una de ellas». Se contuvo y dijo con voz de reproche:

—No sea tan pesimista, joven. La Comunidad musulmana cumple con su deber. —Y cambiando de tono añadió—: ¿Por qué camina tan rápido? ¿Tiene prisa?

—He de volver a casa para cenar.

El otro le preguntó con interés:

—¿Y después?

—Iré al café.

—¿A qué café?

—Al Ramadán.

Kirsha sonrió maquinalmente, enseñando la dentadura de oro, y preguntó, con voz tentadora:

—¿Por qué no viene a mi café?

—¿Cuál, señor?

La voz de Kirsha se endureció para contestar:

—El Café de Kirsha, en el callejón de Midaq. Pregunte por Kirsha, el dueño.

El joven respondió con agradecimiento:

—Muy amable de su parte, señor. Es un café conocido.

El otro se puso muy contento y preguntó con voz esperanzada:

—¿Vendrás?

—Si lo quiere Dios.

Entonces Kirsha dijo, como perdiendo la paciencia:

—Todo depende de la voluntad de Dios. Pero ¿tienes la intención de venir, o lo dices para quitárte de encima?

A lo que el joven sonrió afablemente y dijo:

—Mi intención es ir...

—¡Hasta luego, pues! —Y al ver que el joven no chistaba, insistió, con el corazón a punto de estallar—: Vendrás sin falta...

—Si Dios quiere —murmuró el otro.

El viejo suspiró profundamente y preguntó:

—¿Dónde vives?

—En la calle de Wikala.

—Casi somos vecinos. ¿Estás casado?

—No. Vivo con mis padres.

Kirsha dijo con amabilidad:

—Eres hijo de unos padres excelentes, se nota. La buena sangre no miente. Te aconsejo que cuides tu futuro. No puedes pasar toda la vida haciendo de dependiente en una tienda.

El hermoso rostro del joven se ensombreció de codicia. Y no sin un deje malicioso preguntó:

—¿Qué más puedo esperar?

Kirsha hizo un gesto como con intención de barrer los obstáculos y dijo:

—¿Hemos agotado ya los recursos? ¿No comenzaron de la nada todos los grandes hombres?

—Sin duda. Pero no todos los que comienzan sin nada acaban triunfando.

—Falta tener suerte. Marquemos con una piedra blanca el día de hoy por habernos conocido: es un día de mucha suerte. ¿Te espero esta noche?

El joven titubeó y luego dijo sonriendo:

—Haría falta ser muy mezquino para rechazar oferta tan noble. Se estrecharon la mano y se separaron cerca de la puerta de Mutawaly. Kirsha fue a buscar, a trompicones y en la oscuridad, el camino de regreso. Con la cabeza más despejada, sintió un alegre calorcillo en las venas. Sólo el impacto del embate violento de su pasión perversa conseguía sacarle de su crónico embotamiento. Volvió a pasar por delante de la tienda, ahora cerrada, y la miró con los ojos empañados de deseo. Llegó, finalmente, al callejón ya a oscuras; las tiendas habían cerrado y no había más luz que la del café. Afuera hacía fresco, pero en el café la atmósfera estaba caldeada por el humo de los narguiles, la respiración de los clientes y el fuego del brasero. La gente charlaba, cómodamente instalada en los divanes, bebiendo té y café, mientras el aparato de radio escupía lo que le llegaba al vientre en medio de la indiferencia general. Parecía un orador empeñado en arengar a una asamblea de sordos. Sanker no paraba de ir y venir, ajetreado como un abejorro y sin cesar de gritar. El dueño se fue tranquilamente a la caja, evitando las miradas. Al entrar, el tío Kamil estaba pidiendo a sus compañeros que convencieran a Abbas para que le diera la mortaja. Pero los otros rehusaban y el doctor Booshy le dijo:

—No te tomes a la ligera el atuendo de los muertos. En este mundo los hombres a menudo viven desnudos. Pero tienen que arroparse para pasar al otro, por pobres que sean.

El infeliz reiteró su petición inútilmente porque los otros, bromeando, no dieron el brazo a torcer. Desesperado, optó por callar. Entonces Abbas informó a sus amigos de la decisión recién tomada de entrar a trabajar en las fuerzas armadas británicas. Uno a uno fue dando su parecer y le ofreció su consejo. Todos estuvieron de acuerdo en que la decisión era acertada, y le desearon mucha suerte. Radwan Hussainy se había enzarzado en uno de sus largos discursos, llenos de exhortaciones piadosas y reflexiones morales. Se volvió hacia el hombre que conversaba con él para decirle:

—No digas nunca que te aburres. El aburrimiento es señal de falta de fe en Dios. Significa que uno está harto de la vida. Y la vida es un don divino. ¿Cómo puede un creyente encontrarla aburrida o pesada? Me dirás que estás cansado de eso o de lo otro. Pero eso y lo otro vienen de Dios. No te rebeles contra los actos del Creador. Todo posee su belleza y su sabor, pero la amargura de un alma puede echar a perder los más sabrosos manjares. Hazme caso, el sufrimiento tiene su parte alegre, la desesperación también es dulce y la muerte no carece de sentido. Todas las cosas son hermosas, todo sabe bien. ¿Cómo podemos aburrirnos con el cielo azul, la hierba verde, las flores perfumadas, con la maravillosa capacidad de amar que tiene el corazón y ante la infinita fuerza del espíritu para creer? ¿Cómo es posible aburrirse en un mundo en que están los seres que amamos, que admiramos, que nos aman y que nos admiran? Invoca a Dios contra el demonio maligno y no digas que te aburres...

Tomó un sorbo de té con canela y prosiguió:

—A la desgracia hay que enfrentarse con amor: él nos consolará y nos devolverá la alegría. El amor es el mejor remedio. En los pliegues del infortunio se esconde la felicidad, como el diamante en la grieta de la mina. Dejémonos instruir por la sabiduría del amor.

Su rostro blanco y rosa despedía una luz alegre y la barba lo envolvía de un halo lunar. En contraste con la solidez de su calma, todo el entorno daba la impresión de ajetreo e inquietud. La pureza de su mirada inspiraba fe, bondad, amor y desinterés. Podría argüirse que después de su fracaso en la universidad, y ante la forzada renuncia a labrarse una carrera, y después de ver morir a todos sus hijos, no había tenido más remedio que refugiarse en el reino del amor y la generosidad para cobrar ascendiente sobre el corazón del prójimo. Pero el mundo está lleno de desgraciados que han sufrido parecidos reveses y se han hundido en la locura o en la desesperación, y ensombrecen la Tierra y la religión con su amargura y su rencor. Fuera cual fuese el secreto drama de su alma, su sinceridad era indudable. Era sincero en su fe, en su amor y en su generosidad. En

cambio, resultaba extraño que hombre de bondad y generosidad tan reputada (y su reputación había llegado muy lejos) se comportara con tanta dureza y brusquedad, con tanta aspereza y grosería en su propia casa. Se dirá, sin duda, que obligado a renunciar al poder en el mundo, lo ejercía sobre el único ser sometido a su voluntad, sobre su esposa. Que compensaba su impotencia mostrándose duro con ella. Pero hay que tener en cuenta las circunstancias de su medio social y de su época, las costumbres y los prejuicios que regían, en su ambiente, la condición femenina. La mayoría de las personas de la clase social a la que pertenecía Hussainy creían que a la mujer había que tratarla como a una niña, que ésta era la única manera de hacerla feliz. Y lo cierto era que su esposa era la primera en estar convencida de que no tenía motivos de queja; estaba muy orgullosa de su marido, pero la pérdida de sus hijos le había dejado una herida incurable...

Kirsha permanecía algo ausente. La espera lo hacía sufrir. No paraba de levantarse y de estirar el cuello para mirar al callejón. Se sentaba de nuevo con el propósito de tener más paciencia, diciéndose: «Claro que vendrá. Vendrá como vinieron los otros».

Le parecía que ya le veía el rostro, y miraba la silla que había entre donde estaba él y el diván del jeque Darwish, y lo veía sentado allí, confiado en él. En el pasado nunca hubiera osado invitar a uno de sus muchachos al café. Pero una vez descubierto su vicio, él mismo había optado por no disimular más. Su mujer le armaba terribles escenas y la gente lo ponía de vuelta y media, escandalizada, sobre todo el doctor Booshy y Umm Hamida. Pero a él le daba lo mismo. No dejaba que el fuego de un escándalo se apagara del todo sin alimentarlo de nuevo, volviendo a las andadas.

Al verlo ahí, sentado, sin conseguir disimular su ansiedad, el doctor Booshy no pudo por menos de comentar:

—Me huelo que se acerca la hora...

Entonces el jeque Darwish rompió su silencio y se puso a declamar:

—¡Oh, señora! ¡El amor vale millones! Por vos he gastado, señora, cien mil libras, suma en verdad nada desdeñable.

Finalmente el doctor Booshy notó que Kirsha fijaba los ojos en la entrada del callejón. Vio que se incorporaba en su asiento a la vez que una sonrisa le aclaraba el rostro. Booshy vigiló con la mirada la puerta del café y no tardó en ver aparecer la cara del muchacho, que, con expresión azorada, lanzaba una mirada sobre los presentes.

Contigua al Café de Kirsha, y adosada al inmueble de la señora Afify, estaba la panadería. Ocupaba el ala izquierda de un edificio casi cuadrado, de muros irregulares. En el interior, las paredes estaban cubiertas de estantes y, entre el horno y la puerta, había la cama en que dormían los panaderos: Husniya y su marido Jaada. De no ser por el resplandor que se escapaba de la boca del horno, el local hubiera permanecido día y noche a oscuras. En la pared opuesta a la puerta, había otra más pequeña, de madera, que daba a un mísero cuartucho del que salía un hediondo olor a basura y a tierra, y que, como única ventilación, tenía una ventana que daba a un patio interior. Cerca de la ventana, en una repisa, una lámpara esparcía una luz tenue sobre un suelo de tierra lleno de desperdicios de todo tipo. El cuarto parecía un depósito de basura. La repisa en la que se había colocado la lámpara estaba adosada a lo largo del muro; en ella había botellas de todos los tamaños, diversos utensilios y un montón de vendas. El conjunto hubiera hecho pensar en el botiquín de un farmacéutico de no ser por su suciedad.

En el suelo, debajo del ventanuco, yacía una masa informe, replegada en sí misma, tan sucia y nauseabunda que no se hubiera distinguido del suelo a no ser por sus miembros, de carne y hueso, de una serie de elementos que, a pesar de todo, le conferían el derecho de ser considerado un ser humano. Se trataba de Zaita, el hombre que alquilaba el cuarto a la panadera Husniya.

Quien veía a Zaita una vez, lo recordaba el resto de su vida. Su apariencia era de una simplicidad asombrosa: un cuerpo delgado y negro del que colgaba una *galabieh* negra. Negro sobre negro, simplemente, y dos ranuras en las que el blanco de los ojos brillaba de una forma inquietante. Zaita no era negro, era un auténtico egipcio de tez naturalmente cobriza. Tampoco había sido negra la *galabieh*, en su origen. Pero en aquel tugurio todo terminaba siendo negro.

Con la otra gente que moraba en el callejón no mantenía prácticamente ninguna relación. No visitaba nunca a nadie y nadie le visitaba a él. No se interesaba por nadie y nadie se interesaba por él, salvo el doctor Booshy y los padres de familia que mencionaban su nombre cuando querían atemorizar a sus niños. Todos estaban al corriente de su oficio. Era una industria de envergadura por la que se merecía el tratamiento de «doctor», pero que él rehuía por consideración a Booshy. Se había especializado en la fabricación de lisiados y sus clientes eran los mendigos. Consistía el singular oficio en crear, con la ayuda de los utensilios de la estantería, la

lesión más adecuada a cada personaje. Los clientes entraban en su cuarto en perfecto estado y salían de él ciegos, cojos, jorobados, mancos o con una pierna amputada. El azar le, había proporcionado la oportunidad de adquirir una gran habilidad en ello. Había trabajado muchos años en un circo ambulante y desde pequeño frecuentaba el mundo de los mendigos. El trato con ellos se remontaba a la época en que vivía con sus padres, que eran pordioseros. En el circo se había iniciado en el arte del «maquillaje», arte que, al principio, había practicado como aficionado y que, luego, apremiado por la necesidad, había puesto al servicio de su extraña profesión. Era un trabajo penoso que había que hacerse de noche, cosa a la que había terminado por acostumbrarse. Durante el día, no salía casi nunca. Lo pasaba tumbado en el suelo, comiendo o fumando, o espiando a la pareja de panaderos. Se divertía de lo lindo escuchando sus conversaciones o mirando cómo la panadera le molía los huesos a palos al panadero. Cuando caía la noche, los veía haciendo las paces y la veía a ella, a la panadera, tonteando con el simio de su marido. Zaita despreciaba a Jaada, lo encontraba asqueroso. Además estaba celoso de él, le envidiaba la mujer entrada en carnes que Dios le había dado como esposa, una auténtica mujer «bovina», a su parecer. A menudo decía de ella que era, en mujer, lo que el tío Kamil era en hombre.

Uno de los principales motivos por los que la gente del callejón lo rehuían era su insoportable hedor. El agua jamás había tocado ni su cara, ni el resto de su cuerpo. Por nada del mundo hubiera puesto los pies en un baño público. No le importaba que la gente lo rehuyera y él los pagaba con la misma moneda. Se ponía muy contento cuando se enteraba de la muerte de alguien. Decía, como si el muerto pudiera oírle: «Ahora te toca a ti morder el polvo, cuyo color y olor tanto detestaste en mí». A veces pasaba largas horas imaginándose todo tipo de torturas y deseándolas al prójimo. Se imaginaba a Jaada, el panadero, traspasado por decenas de pequeñas hachas hasta caer convertido en una masa sanguinolenta. O se imaginaba a Salim Alwan, estirado en el suelo, con una apisonadora pasándole por encima repetidas veces, con un río de sangre que llegaba hasta la calle de Sanadiqiya. Se divertía también imaginándose a Radwan Hussainy tirado de la barba y arrastrado hasta el horno, del que lo sacaba convertido en un mero puñado de cenizas. O veía a Kirsha aplastado por un tren que le rompía los huesos, metido luego en una bolsa y vendido como alimento para perros. Tales eran los tipos de castigo que, en su opinión, se merecía con creces la gente.

Cuando se ponía a trabajar y creaba una lesión en el cuerpo de sus clientes, ponía en ello una calculada crueldad, amparándose en el secreto

profesional. Si la víctima osaba gemir, sus inquietantes ojos tomaban un brillo amenazador. Y a pesar de ello, los mendigos eran la gente que más quería de todo el mundo, y su deseo era que toda la Tierra se llenara de ellos.

Zaita, pues, esperaba, sumido en sus sueños, la hora en que tenía que ponerse a trabajar. A eso de medianoche se levantó y apagó la luz, quedando el cuarto sumergido en una espesa oscuridad. A tientas se acercó a la puerta que abrió con mucho sigilo, cruzó el cuarto del horno y salió al callejón. En el camino, se encontró con el jeque Darwish que salía del café. Con frecuencia se encontraban a aquella hora, sin que jamás intercambiaban una palabra, y Zaita reservaba a Darwish una plaza de honor delante del tribunal por el que, en su imaginación, hacía pasar a todos. El fabricante de lisiados se encaminó hacia la mezquita de Hussain a pasos deliberadamente cortos.

Caminaba pegado contra la pared, a pesar de la negra oscuridad (todavía había restricciones de luz) y los transeúntes topaban inesperadamente con el blanco de sus ojos que, en las tinieblas, brillaban como la hebilla metálica de un cinturón de policía. A medida que avanzaba, revivía en él un sentimiento de alegría y orgullo, sentimiento que sólo experimentaba cuando se hallaba entre los mendigos, que en él reconocían una absoluta autoridad.

Cruzó la plaza de Hussain, giró hacia la Puerta Verde y llegó a un sótano abovedado en que se alineaban, contra ambos muros, los mendigos. El espectáculo lo llenó de satisfacción: la misma satisfacción que suele experimentar el señor consciente de su poder o un comerciante que consigue vender a buen precio la mercancía. Se acercó al primer mendigo, que roncaba con la cabeza apoyada sobre las rodillas. Se paró un momento delante de él, observándolo con atención para ver si dormía o lo fingía, y finalmente le dio una patada a la cabeza. El hombre abrió los ojos tranquilamente, como despertado por la caricia de una mano suave. Levantó penosamente la cabeza, frotándose las costillas, la espalda, el cráneo. Vio entonces la sombra que se inclinaba sobre él, se la quedó mirando unos instantes y, a pesar de su ceguera, la reconoció. Suspiró y se metió la mano en el pecho, de la que sacó una moneda pequeña que puso en la palma de la mano de Zaita.

Entonces Zaita se acercó al siguiente mendigo, y luego al siguiente y así fue recorriendo toda la fila. Cuando hubo terminado, pasó a la fila de enfrente. Después fue a las callejuelas próximas a la mezquita, con mucho cuidado de que no se le escapara ningún mendigo. Sin embargo, su avidez por cobrar no le impidió mostrar interés por el estado de las lesiones

fabricadas por él, preguntando cosas como «¿Qué tal la ceguera?», «Y a ti ¿cómo te prueba andar cojo?». A lo que los mendigos respondían: «Muy bien, gracias a Dios». Terminada la inspección, Zaita deshizo su camino, fue a comprar pan, *halwa* y tabaco, y regresó al callejón de Midaq.

En él reinaba el silencio, interrumpido de vez en cuando por una tos o una risa que provenían de la azotea de la casa de Radwan Hussainy, en la que se hacía la tertulia de hachís de Kirsha. Zaita entró en la panadería de puntillas para no despertar a los dueños. Empujó con sigilo la puerta de su cuarto y la volvió a cerrar. Pero el inmundo tugurio no estaba a oscuras como cuando él lo dejó, y tampoco estaba vacío. Habían encendido la lámpara y a su luz esperaban tres hombres, sentados en el suelo. Su intención no era sorprender a Zaita, el cual no pareció inmutarse. Se metió tranquilamente entre ellos y los miró con atención. Reconoció al doctor Booshy. Los tres hombres se levantaron, el doctor Booshy lo saludó y dijo:

—Te he traído dos infelices que me han pedido que interceda ante ti para que los ayudes.

Zaita fingió indiferencia y contestó con voz molesta:

—¿A esta hora, doctor?

Booshy le puso la mano sobre el hombro y aseveró:

—La noche es discreta y Dios recomienda la discreción.

—Ahora estoy cansado —dijo Zaita resoplando.

El otro imploró:

—Nunca me has negado nada...

Entonces los otros dos comenzaron a suplicar y a implorar hasta que Zaita fingió ceder, muy a pesar suyo. Dejó la comida y el tabaco sobre la repisa y se puso a mirar atentamente a sus dos interlocutores, con mucha paciencia y una gran calma. Su mirada se detuvo, finalmente, en el más alto: era un gigante muy bien plantado al que Zaita dijo, sorprendido:

—Eres un buey. ¿Por qué quieres mendigar?

El hombre contestó con voz entrecortada:

—He fracasado en todos los oficios. He probado muchos, incluso el de mendigo, pero nunca he tenido suerte. Tengo el espíritu embotado. No sirvo para nada.

—Debieras haber nacido rico —le replicó desagradablemente Zaita.

Pero el otro no comprendió la broma. Intentó enternecerlo derramando unas pocas lágrimas y soltando unos cuantos gemidos.

—Todo me ha salido mal. Incluso como mendigo no he logrado dar ni con una sola alma piadosa. Todos me dicen que soy fuerte, que debo ponerme a trabajar. Y eso cuando no me insultan. No comprendo por qué.

—¡Dios mío! —exclamó Zaita rascándose la cabeza—. ¿Ni eso comprendes?

Zaita no se cansaba de examinarlo, pensativo. Finalmente dijo con mayor brío, palpándole las articulaciones:

—Estás verdaderamente fuerte. Tienes los bíceps en muy buen estado. Me pregunto qué comes.

—Pan, cuando lo hay. Y nada más.

—Vaya, tienes un cuerpo de gigante. ¿Cómo serías si comieras como esos animales a los que Dios colma de dádivas?

—No lo sé —contestó el otro con ingenuidad.

—No lo sabes, naturalmente. De eso se trata, claro. Y más vale así. Porque si fueras inteligente, serías uno de los nuestros. Escucha bien, de nada te serviría que te mutilara los miembros.

En el rostro del bruto se marcó una viva decepción, y Zaita, al ver que iba a recomenzar una crisis de lágrimas, se apresuró a añadir:

—De nada serviría romperte un brazo o una pierna, porque jamás conseguirías dar lástima a nadie. Las mulas como tú, sólo consiguen despertar la indignación. Pero no te desesperes —dijo por fin, tal como esperaba impacientemente el doctor Booshy—, existen otros medios. Te puedo enseñar el arte de ser cretino, por ejemplo, para eso servirías. Y te haré aprender de memoria algunas alabanzas al Profeta.

El rostro del hombre se iluminó de agradecimiento. Zaita atajó sus efusiones para preguntarle:

—¿Por qué no te haces ladrón?

El hombre contestó, apesadumbrado:

—Soy un pobre hombre que no desea mal a nadie. Amo sinceramente a la familia del Profeta.

Zaita exclamó, indignado:

—¡No pretendas ablandarme con esas monsergas! —Luego se volvió hacia el segundo, que era bajito y en clenque, y dijo con voz satisfecha—: ¡Felicidades! ¡Tú servirás!

El otro sonrió y exclamó, lleno de agradecimiento:

—¡Alabado sea mil veces el Señor!

—Estás hecho para ser ciego y paralítico.

A lo que el hombre contestó, muy contento:

—Por la gracia de Dios.

Zaita sacudió la cabeza y le advirtió, sopesando las palabras:

—Es una operación muy delicada. Supongamos que pierdas de verdad la vista, a causa de un accidente o de un error. ¿Qué harías?

El otro dudó un instante y luego contestó con indiferencia:

—Sería un don del cielo. ¿Qué provecho he sacado de mi vista para lamentar perderla?

Zaita pareció oír con satisfacción la respuesta.

—Con un corazón como el tuyo, estás bien preparado para afrontar el mundo.

—Con la venia de Dios —replicó el otro—, dejo mi alma entre tus manos. Te daré la mitad de lo que me en treguen las almas piadosas.

Zaita le lanzó una mirada cruel y le dijo con brutalidad:

—Ésta no es manera de hablarme. Me contento con dos milésimas diarias. Y sé muy bien cómo cobrar lo que me debes, por si acaso se te ocurriera escabullirte.

Entonces el doctor Booshy observó:

—No has mencionado tu parte de pan.

Zaita prosiguió:

—¡Claro, claro! ¡Y ahora manos a la obra! La operación es dura y pondrá a prueba tu resistencia al dolor. Intenta disimularlo todo lo que puedas.

Y al imaginarse el sufrimiento que sus despiadadas manos iban a infligir a aquel cuerpo flaco y desnutrido, dibujó una sonrisa diabólica con sus exangües labios de creador de lisiados.

El callejón de Midaq retumbaba, durante el día, con el estruendo del bazar. De él salía y entraba un tropel de empleados que no paraban salvo a la hora del almuerzo; al almacén llegaban las mercancías en una riada continua y el estrépito de los camiones llegaba hasta las calles de Sanadiqiya, Ghouriya y Azhar. Continuo era también el flujo y reflujo de clientes y representantes.

El bazar era un centro comercial dedicado a los perfumes y cosméticos que se vendían al por mayor y al por menor. Pese a la guerra y a la ruptura de las relaciones comerciales con la India, la casa conservaba su reputación y su solvencia. De hecho, la guerra había creado nuevas oportunidades de beneficios, como el del comercio del té, al que Salim Alwan se dedicaba por primera vez. Además, con el estraperlo, había logrado sustanciosos negocios.

Salim Alwan trabajaba sentado tras el gran escritorio colocado en un extremo de la espaciosa sala abierta al patio interior, al que daban los almacenes. Desde allí podía estar al tanto del movimiento general, del de las mercancías y del de los empleados, transportistas y clientes. Por eso, precisamente, nunca había querido encerrarse en un despacho de verdad, como hacían sus colegas, importantes hombres de negocio. Solía decir que un comerciante que se preciara de serlo, tenía que estar siempre ojo avizor. Y no lo decía por decir, porque conocía el oficio como el que más y jamás había dado muestras de no estar a la altura. Alwan no era un nuevo rico de la guerra, sino un «comerciante hijo de comerciante», como le gustaba decir. Durante los primeros tiempos no había nadado en la abundancia, pero los negocios le salieron muy bien parados de la primera guerra mundial, y con la segunda su prosperidad todavía era mayor.

Sin embargo, Salim Alwan era un hombre con preocupaciones. El negocio lo llevaba él solo, sin ayuda de nadie. Afortunadamente, gozaba de una excelente salud y era de una vitalidad desbordante, pero le preocupaba el futuro, cuando comenzaran a fallarle las fuerzas y no hubiera nadie capaz de ponerse a la cabeza del negocio. De sus tres hijos, ninguno había querido ayudarle. Ninguno de los tres se había interesado por el comercio, y los esfuerzos de su padre por hacerlos cambiar de parecer habían sido del todo inútiles. El resultado era que a los cincuenta años, todavía tenía que hacerlo todo él. Aunque tenía que reconocer que el primer culpable de aquella situación también era él. La verdad era que, a pesar de su mentalidad de comerciante, había sido de una generosidad desmesurada con su familia. Vivía en un auténtico palacio, ricamente amueblado y con

una tropa de criados. Había dejado su antigua casa de Jamaliya para construirse una mansión en Kilmiya, donde sus hijos se criaron totalmente aparte del mundo comercial y en un ambiente donde se respiraba un cierto desprecio por el tipo de transacciones a que se dedicaba el padre. No era de extrañar, por lo tanto, que cuando él trató de convencerles de que entraran en una escuela de comercio, ellos reaccionaran horrorizados y prefirieran estudiar medicina y derecho. Uno era magistrado, el otro abogado y el tercero médico del hospital de Kasr el-Aini.

Pero no por ello, Salim Alwan dejaba de ser un hombre feliz, como se reflejaba en su cara rosada, su cuerpo robusto y en su exuberante vitalidad. Su vida era feliz porque, en el fondo, todo le iba bien: el comercio prosperaba, los hijos se habían labrado un porvenir y sus cuatro hijas estaban casadas con buenos maridos y eran, las cuatro, madres de familia. Todo hubiera sido perfecto, de no ser aquella duda sobre qué sería del negocio cuando faltara él. A la larga, los hijos habían terminado por tomar conciencia del problema y temer el día en que las riendas de la casa se escaparan de las manos de su padre. Su hijo, el magistrado Muhammad Salim Al-wan, le había aconsejado venderlo todo y disfrutar de un bien merecido descanso. El padre había calado en el temor del hijo y había contestado con indignación: «¿Pretendes enterrarme vivo?».

La respuesta había desconcertado y afligido al hijo, que quería mucho a su padre, y nunca más se había atrevido a abordar el tema. Sin embargo, los hijos le sugirieron que comprar un terreno y edificarlo era mejor inversión que guardar él dinero en un banco, confiados de que este consejo no despertaría la cólera del viejo.

Y efectivamente, Salim Alwan era lo bastante ducho en negocios para reconocer que tenían razón. Sabía perfectamente que si el comercio era capaz de producir inmensas ganancias, también lo era de llevarle a la ruina en menos de una hora. Sin embargo, la guerra no permitía aquel tipo de operación. Hacía falta aplazar el plan, dejar que la idea madurara en su mente hasta cuando llegara la ocasión propicia. Pero apenas había llegado a esta conclusión, que su hijo, de nuevo el magistrado, le aconsejó que solicitara el título de «bey». «¿Cómo es que no eres un "bey" cuando el país está lleno de pachas y de beys que no tienen ni tu fortuna ni tu posición social?»

El padre se sintió halagado. La verdad era que, a diferencia del tipo de comerciante eminentemente pragmático, los honores le hacían ilusión. Comenzó a preguntarse, ingenuamente, qué podría hacer para conseguir el título. La pregunta se convirtió en una importante cuestión familiar. Todos se entusiasmaron por la idea, pero no se pusieron de acuerdo sobre

la mejor manera de llevarla a cabo. Unos le propusieron que se dedicara a la política, de la que Salim Alwan no entendía nada, porque sus opiniones sobre la cuestión eran de una simplicidad pareja, por ejemplo, a la de un Abbas, el barbero: tomo él, iba regularmente a rezar a la tumba de Hussain y veneraba al jeque Darwish, que consideraba un santo varón. En resumen, Salim Alwan, debajo de su suntuoso caftán, no escondía más que un estómago fuerte. Aunque a menudo, eso es, precisamente, lo que exige la política, y no mucho más.

El asunto le había comenzado a preocupar en serio, cuando su otro hijo, el abogado, le desaconsejó meterse en política, advirtiéndole:

—La política puede ser la ruina de una familia. El partido al que tendrás que afiliarte, te obligará a gastar diez veces más que lo que gastas para los tuyos, y en el comercio. Si llegaras a presentarte como candidato a unas elecciones, tendrías que gastar millones de libras esterlinas sin ninguna garantía de ganar. ¿Qué es nuestro parlamento sino un pobre infeliz que sufre de insuficiencia cardíaca, a punto, en el momento menos pensado, de que le falle definitivamente el corazón? Además ¿a qué partido te afiliarías? Si escoges un partido que no sea el Wafd, reforzarás tu situación en el medio en que trabajas. Pero si te adscribes al Wafd, te arriesgas a que un presidente del consejo te arruine.

A Salim Alwan estas palabras le hicieron profunda mella, como solía sucederle con los consejos de sus «instruidos» hijos. Su determinación de dejar de lado la idea de dedicarse a la política se reforzó al darse cuenta de que en aquel campo no entendía absolutamente nada.

Entonces otro hijo le propuso que contribuyera a financiar alguna obra benéfica. De momento la idea no le gustó, porque su instinto de comerciante rechazaba este tipo de prodigalidades. Generosidad no le faltaba, por supuesto, pero era una cualidad que ejercía sobre todo con su familia. Si no se opuso a la idea de una manera tajante, fue por la ilusión que le seguía haciendo conseguir el título de «bey». Pero ¿cómo? Eso le obligaría a aflojar cinco mil libras, por lo menos. No sabía qué hacer. A los hijos, de momento, les había dicho que no, pero en secreto, la idea continuaba atormentándolo, hasta el punto de añadirse a las preocupaciones de la dirección del negocio y de la compra del terreno.

Por importancia que todo esto tuviera, no tenía la suficiente para mermar la serenidad de la existencia de Salim Alwan, demasiado ocupado en la rutina del trabajo cotidiano y en la necesidad de colmar sus deseos de placer nocturno. La verdad era que cuando lo enfrascaba el trabajo, era incapaz de pensar en otra cosa. Sentado detrás de su escritorio, parecía

un cortesano judío, afable, pero siempre al tanto. Actuaba lleno de admiración por la fingida amabilidad de su interlocutor, que un extraño hubiera fácilmente tomado por uno de sus más entrañables amigos. De hecho, Alwan era un tigre, presto a saltar, que se hacía el manso para poder acorrallar mejor a su presa. Desgraciado del que caía en sus garras. La experiencia le había enseñado que su interlocutor, como los otros de su clase, eran enemigos de los que convenía hacer ver que eran amigos. Eran, según él mismo decía, «demonios útiles».

Alwan discutía sobre un contrato de té que prometía producirle cuantiosos beneficios y comenzó a retorcerse el bigote y a eructar, como solía cuando le absorbía totalmente un pensamiento importante. Concluido el negocio del té, el otro, informado de su intención de invertir en terrenos, le propuso la compra de uno, pero Alwan contestó que había decidido aplazarlo hasta después de la guerra. Se negó a seguir escuchándole y su interlocutor tuvo que marcharse con un solo contrato. A éste lo siguieron otros que Alwan despachó con similar habilidad y tiento.

A eso de las doce del mediodía, se levantó para ir a almorzar. Acostumbraba a hacerlo en una espaciosa sala donde había un lecho preparado para la siesta. El almuerzo consistía de legumbres, patatas y un plato de trigo triturado y cocido con mantequilla. Después de comer reposaba un par de horas en la cama. Durante este tiempo, la casa permanecía inactiva y el callejón en silencio.

En torno al plato de trigo existía una historia que todo el callejón conocía. Resultaba que su receta era a la vez un alimento y un afrodisíaco, que le preparaba uno de sus antiguos empleados. Durante un tiempo fue un secreto entre los dos, pero pocos son los secretos que consiguen guardarse en el callejón de Midaq. El trigo que comía Salim Alwan todos los mediodías iba mezclado con trozos de carne de palomo y una cierta cantidad de nuez moscada. Después bebía té dos o tres veces durante la tarde, a razón de un vaso, aproximadamente, cada dos horas. Sus efectos se notaban de noche, durante dos horas en las que nuestro hombre se abandonaba a un placer voluptuoso. El plato fue un secreto entre los dos hombres y la panadera. La gente del callejón, cuando veía la fuente, pensaba que se trataba de un plato de comida ordinaria y si unos le deseaban «Buen provecho», otros gruñían «¡Ojalá se te atragante!». Pero un día la panadera sucumbió al deseo de poner a prueba sus efectos en su marido. Sacó una porción del trigo condimentado que reemplazó por trigo puro. A partir de entonces, satisfecha por el resultado del experimento, tomó la costumbre de quedarse una parte, segura de que Salim Alwan no se daría cuenta. Pero Alwan no tardó en descubrirlo,

porque pronto se percató que las noches no eran lo que solían ser. Al principio le echó la culpa al empleado que le preparaba el plato. Pero una vez hubo hablado con éste, comenzó a sospechar de la panadera y no tuvo gran dificultad en descubrir el trueque. Riñó a la mujer y no mandó más el plato a cocer a su horno, sino a otro de la calle Nueva.

El secreto salió a la luz y en seguida se propagó por todo el callejón, gracias a los buenos servicios de Umm Hamida. Al principio Salim Alwan se enfureció, pero luego le dio igual. Ciertamente que había pasado la mayor parte de su vida en aquel callejón, pero nunca había formado parte de la comunidad de sus habitantes, de los que hacía caso omiso y apenas se dignaba saludar, salvo a Radwan Hussainy y al jeque Darwish. El plato de marras estuvo a punto de convertirse en la moda del barrio y, de no haber sido por su precio, pocos lo hubieran dejado de comer. Lo probaron Kirsha, el dueño del café, el doctor Booshy, e incluso Radwan Hussainy, después de asegurarse de que no contenía ningún ingrediente vedado por la santa ley. En cuanto a Salim Alwan continuó tomándolo habitualmente, y pocos eran los días que pasaba sin él. El hecho era que llevaba una vida muy ajetreada, con las horas del día totalmente ocupadas por los negocios y las veladas sin ninguna de las distracciones con las que sus semejantes acostumbraban a descansar: no iba al café, ni a un club, ni al cabaret. Su única distracción era su mujer. No era de extrañar, por lo tanto, que procurara sacar el mejor partido posible de sus relaciones conyugales, a las que no ponía freno, abandonándose a ellas con la máxima voluptuosidad.

Se despertó a media tarde, hizo sus abluciones y rezó. Luego se volvió a poner el caftán y la juba y regresó al escritorio donde ya le esperaba el segundo vaso de té. Lo sorbió lentamente, paladeándolo y acompañándose de sonoros eructos que resonaron en el patio interior. Acto seguido se puso a trabajar con el mismo brío que durante la mañana. Sin embargo, se le veía inquieto por algo. Se volvía a mirar al callejón con excesiva frecuencia, a la vez que echaba nerviosas miradas a su gran reloj de oro, y se tocaba la nariz con gestos mecánicos. Cuando el sol iluminó el muro izquierdo del callejón, hizo girar en redondo la silla para mirar de frente a la calle. Estuvo unos minutos con los ojos fijos en ella. De pronto, sus ojos brillaron y escuchó el ruido de unas sandalias de madera sobre el empedrado en pendiente. Al cabo de unos segundos, pasó Hamida por delante del bazar. Alwan se retorció el bigote pensativamente y volvió la silla de cara al escritorio con una expresión alegre en la mirada, a pesar de su evidente desazón.

Era el único momento del día en que podía verla, fuera de las visiones fugaces que de ella obtenía en la ventana, cuando osaba salir a la calle con la excusa de estirar un poco las piernas. Como era natural, por nada del mundo hubiera arriesgado su dignidad y reputación. Al fin y al cabo, él era Salim Alwan, mientras que la chica era una pobre desgraciada y el callejón estaba plagado de miradas y lenguas indiscretas. Paró de trabajar y tamborileó nerviosamente con los dedos sobre la mesa. Sí, era una pobre muchacha, pero el deseo no perdonaba. Era una pobre muchacha, pero su tez morena, su mirada, su cintura fina y esbelta superaban con creces la diferencia de clases. ¿De qué servía el orgullo? Le fascinaban sus ojos, deseaba su rostro y su cuerpo seductor y encontraba irresistible el gracioso contoneo de la cadera, con que parecía burlarse de las piadosas reservas de los ancianos. Su precio era muy superior al de todos los perfumes y especias de la India.

La conocía desde que de niña iba al bazar para comprar la hena que le encargaba su madre. Le había visto los senos cuando todavía no pasaban de ser dos flores de loto, los había visto transformarse en dos pequeños frutos de palmera y finalmente en dos bellas granadas. Le había visto la cadera cuando todavía era plana, que había visto redondearse suavemente y madurar hasta convertirse en aquella curva tan llena de gracia y feminidad.

Salim Alwan había admirado todo esto hasta que, por fin, se había declarado el deseo, deseo que reconoció sin intentar negarlo. Desde hacía un tiempo, se decía a menudo: «¡Si fuera viuda como la señora Afify!». Si hubiera sido viuda, el problema hubiera tenido fácil solución. Pero todavía era virgen y el asunto era muy delicado. No sabía muy bien qué podía hacer con ella.

Se puso a pensar en su mujer y en su familia. Su esposa era una buena mujer, colmada de todas las cualidades que desean los hombres: era femenina, maternal, fiel, excelente ama de casa, de una familia socialmente superior a la- suya. Reconocía sin dificultad todas sus cualidades y la amaba de verdad. Pero ya no era joven y no tenía fuerzas para gozar, como antaño, de sus orgías nocturnas. Comparado con ella, y gracias a su extraordinaria vitalidad, él parecía aún un joven insaciable que ella ya no era capaz de satisfacer. La verdad era que no sabía a ciencia cierta si era eso lo que le hacía desear a Hamida, o su pasión por Hamida lo que le hacía encontrar insulsa a su mujer. Fuera como fuese, él sentía el irresistible deseo de una sangre joven. Y se preguntó: «¿Por qué he de privarme de lo que Dios ha permitido?». Sin embargo, no podía olvidar que era un personaje respetable, pendiente de la estima de los demás. Le

horrizaba la idea de convertirse en centro de las habladurías de la gente. Era de los que a menudo se decía: «Come lo que te plazca y vístete como plazca a los demás». Por eso no dudaba en comer su ración diaria de trigo condimentado. En cuanto a Hamida... ¡Dios mío! Si la chica hubiera sido hija de una buena familia, no hubiera vacilado en pedir su mano. Pero era impensable que Hamida se convirtiera en compañera de su mujer. Ni que Umm Hamida fuera su suegra como lo había sido la señora Alifat, que Dios la tuviera en su gloria. Hamida no podía convertirse en la esposa del padre del magistrado Muhammad Salim Alwan, del abogado Alif Salim Alwan y del doctor Hassan Salim Alwan. Había otras cosas, además, que no podía olvidar. El gasto de poner una nueva casa y de mantenerla, que seguramente llegaría a doblar la cantidad que le costaba mantener la que ya tenía. Luego la cuestión de los nuevos parientes con derecho a la herencia, que seguramente destruirían la unidad y la paz familiar. ¿Y todo por qué? ¡Por el capricho de un cincuentón, casado y padre de familia, por una chica de veinte años! Era perfectamente lúcido en cuanto al precio de las cosas. Reflexionó sobre ello, incapaz de tomar una decisión. El sentimiento que sentía por Hamida se juntó a sus otras preocupaciones, aunque la de Hamida era la que más fuerza tuvo.

Cuando estaba solo era capaz de pensar y meditar sobre ello con claridad, pero en cuanto aparecía Hamida ante sus ojos, o cuando la veía en la ventana, la reflexión se convertía en obsesión.

La señora Kirsha vivía presa de una inquietud devoradora. Su marido había interrumpido una de sus más caras costumbres, la de pasar las noches en la azotea, en compañía de sus colegas toxicómanos. La razón debía de ser grave, necesariamente. Pasaba las noches lejos de allí, lo que a la pobre mujer le recordaba pasados tragos muy amargos, cuyo sabor volvía, de nuevo, a atormentarla. ¿Por qué pasaba las noches fuera de casa? ¿Por el motivo habitual? ¿El horrible vicio? El miserable pretendería que era simplemente para cambiar de aires, distraerse un poco en otro barrio en el que el invierno resultara más agradable. Excusas que ella no podía creer. Sabía lo que sabían todos. Y estaba decidida a tomar cartas en el asunto.

La señora Kirsha era una mujer enérgica, a pesar de que ya se acercaba a los cincuenta. En el callejón era conocida por su fuerte genio, parecido al de la panadera y al de Umm Hamida, y era especialmente célebre por las riñas que tenía con su marido, a causa, precisamente, del vicio de éste. Célebre era, también, por su nariz, grande y ancha.

Había sido una esposa fértil, que había dado a luz a seis hijas y a un hijo, Hussain Kirsha. Todas las hijas estaban casadas, con vidas más bien turbulentas, aunque ninguna de ellas había llegado al extremo del divorcio. La pequeña había sido la que más había dado que hablar en el callejón. Al comienzo de casada, se había fugado para ir a vivir con un hombre a Boulaq. El asunto había terminado trágicamente con los dos en la cárcel. La desgracia pesaba en la vida familiar, aunque no era la única. Lo de Kirsha también era un problema, un problema viejo y nuevo a la vez, que no parecía tener fin.

La señora Kirsha sonsacó hábilmente al tío Kamil y a Sanker, el mozo del café, y se enteró de la presencia del muchacho que, en los últimos tiempos, frecuentaba el café, donde era servido por Kirsha, el dueño, en persona. Espió a los clientes del local hasta localizar al joven, sentado a la derecha del dueño, que lo colmaba de atenciones. Se puso furiosa y la vieja herida comenzó de nuevo a sangrar. Pasó una noche infernal y, al día siguiente, se levantó de un humor de mil diablos. No sabía qué hacer, estaba furiosa y a la vez indecisa sobre cuál sería el mejor método. En el pasado, había armado grandes escándalos a Kirsha, sin ningún resultado. No temía volver a montar una escena, pero prefirió esperar un poco, porque tampoco deseaba dar pábulo, inútilmente, a las malas lenguas. Fuera de sí, fue a hablar con su hijo Hussain.

El chico se estaba preparando para ir a trabajar. Ella se le acercó con el aliento cortado por la indignación y exclamó:

—¡Hijo! ¿Sabes que tu padre nos prepara un nuevo disgusto?

Hussain comprendió en seguida a qué se refería; aquellas palabras sólo podían significar una cosa, de todos sabida. Presa de cólera, echó chispas por los ojos. ¿Qué vida era aquella, que no le dejaba pasar un solo día sin nuevas dificultades y escándalos? Estaba harto de aquel ambiente. Seguramente por eso había entrado a trabajar en las fuerzas armadas británicas. Pero, en vez de encontrar la calma deseada, su nueva vida había redoblado el asco que le daba la familia y el callejón. Las palabras de su madre, por lo tanto, lo irritaron indeciblemente. Furioso, gritó:

—¿Qué quieres ahora? ¿Y a mí qué me cuentas? Cuando trato de intervenir, mi padre y yo acabamos a golpes. ¿Pretendes que le dé una paliza a mi propio padre?

La verdad era que el vicio de su padre le tenía sin cuidado. Pero no soportaba los escándalos, ni las escenas y riñas en el seno de la familia. La primera vez que había oído hablar de las aventuras de su padre, se había encogido de hombros desdeñosamente y había dicho: «Es un hombre y, como tal, es libre de hacer lo que le plazca». Sin embargo, al ver que la familia se convertía en el blanco de las habladurías de todo el mundo, acabó también furioso con el viejo. Las relaciones entre los dos siempre habían sido tensas, como suele ocurrir entre dos caracteres que se parecen demasiado: ambos eran brutales, hoscos, con mal genio. El vicio del padre había agravado la situación hasta el punto de convertirlos en enemigos, en declarada guerra, a veces, en una especie de tregua, otras. Era una guerra que sorda o declarada, jamás remitía.

La señora Kirsha no supo qué decir, por miedo a ser la causa de un nuevo conflicto entre padre e hijo. Dejó que se marchara sin añadir nada más y pasó un día espantoso. Pero a pesar de todo, no estaba dispuesta a darse por vencida y se decidió a darle una buena lección a su marido, aunque volviera a convertirse en la chacota de las malas lenguas del callejón.

Decidió que lo mejor era abordar el asunto mientras todavía le duraba el impacto de la ira, de modo que, aquella noche, esperó a que el café se vaciara y el marido se dispusiera a cerrarlo. Entonces se asomó a la ventana y lo llamó. El viejo alzó la cabeza, obviamente irritado, y gritó:

—¿Qué quieres, mujer?

—Sube un momento, por favor —le contestó ella desde arriba—. Tengo que decirte una cosa importante.

Kirsha hizo una señal a su joven amigo, indicándole que esperara unos instantes, y subió pesadamente la escalera. Se detuvo, sin aliento, en el rellano del piso y preguntó con voz brutal:

—¿Qué quieres, Umm Hussain? ¿No puedes esperar hasta mañana?

Ella notó que había plantado los pies ante el umbral, resistiéndose a franquear la entrada. No pudo por menos que estallar, encolerizada. Lo miró con los ojos enrojecidos por el insomnio y la ira. Pero consiguió contenerse y rogarle:

—Haz el favor de entrar.

El viejo se preguntó por qué no hablaba de una vez y si verdaderamente tenía algo que decirle. Después preguntó con grosería:

—¿Qué quieres? Habla de una vez.

¡Qué impaciente! Era capaz de pasar noches enteras fuera de casa sin aburrirse, pero no mantener una conversación de dos minutos. De todos modos, se trataba del padre de sus hijos, de su marido delante de Dios y de los hombres y, a pesar del mal que le hacía, como esposa no podía odiarlo ni tratarlo con indiferencia. Era su esposo y señor, y lo quería enteramente para ella. Cada vez que lo veía presa por el vicio, le entraban unas ganas locas de recuperarlo y acapararlo. Además estaba orgullosa de él, orgullosa de la posición social que disfrutaba en el callejón, del ascendiente que tenía sobre sus colegas.

Sin embargo, allí estaba, impaciente por entregarse una vez más al demonio. Con ganas de escapar corriendo y de no escucharla. La ira de Umm Hussain se reavivó.

—Entra primero —le dijo ásperamente—. ¿Por qué te quedas ahí plantado como si fueras un extraño?

El viejo resopló ruidosamente. Entró al recibidor y volvió a preguntar con la voz ronca:

—¿Qué tramas? Ella cerró la puerta y dijo:

—Descansa un poco... He de hablarte.

El la miró con recelo. ¿Qué quería la muy pesada? ¿Osaría de nuevo entremeterse en su vida? Gritando, le dijo:

—¡Habla! ¡No me hagas perder el tiempo!

Ella preguntó irritada:

—¿A qué viene tanta prisa?

—¿No lo sabes?

—¿Por qué tienes tanta prisa? —insistió.

La desconfianza del viejo aumentó y se puso fuera de sí. ¿Hasta cuándo iba a soportarla? Sus sentimientos hacia ella eran contradictorios. Pasaban del odio al afecto. Pero cada vez que el vicio lo arrastraba al abismo, la

odiaba. Y cuando la veía de aquella manera, a punto de descargar su furia, todavía la odiaba más. En el fondo, lo que deseaba era que su esposa adoptara una actitud razonable y que lo dejara en paz.

Lo extraño era que al viejo nunca se le hubiera ocurrido sospechar que tal vez no tuviera razón, que siempre se extrañara de los intentos de la mujer por atajarle en el camino hacia el vicio. ¿No tenía derecho a hacer lo que le viniera en gana? ¿No era la obligación de la mujer obedecer y darse por satisfecha con lo que tenía, puesto que no pasaba apuros de primera necesidad? Su esposa se le había convertido en una necesidad cotidiana, como el sueño, el hachís y el techo debajo del cual se cobijaba. Nunca había pensado seriamente en deshacerse de ella. Como esposa le interesaba conservarla. Y sin embargo, cuando se enfurecía, no podía evitar preguntarse hasta cuándo iba a soportarla.

—¡No seas estúpida! —le gritó—. Habla de una vez y déjame volver a mis asuntos.

A lo que ella inquirió, rabiosa:

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

El viejo rugió al replicar:

—Yo sé bien que no tienes nada que decirme. Vete a la cama como una mujer razonable.

—¡Acuéstate tú también, como hacen los hombres razonables!

El hombre se golpeó la palma de la mano con el puño y gritó:

—¿Cómo quieres que me duerma a esta hora?

—¿Por qué creó Dios la noche, entonces?

El hombre hizo un gesto de sorpresa mezclado de cólera.

—¿Desde cuándo duermo yo por las noches? ¿Acaso estoy enfermo?

Entonces Umm Hussain, con un tono especial cuyo sentido no podía escaparse al marido, exclamó:

—¡Arrepiéntete! ¡Arrepiéntete antes de que sea de masiado tarde!

Él comprendió la alusión y no obstante optó por hacerse el desentendido.

—¿Qué mal hay en pasar la noche en vela del que haga falta arrepentirme?

La obstinación en no querer darse por aludido exasperó a su mujer, que volvió a la carga.

—¡Arrepiéntete de tus noches!

Él preguntó entonces, con gesto hosco:

—¿Me quieres hacer cambiar de vida?

—¡Tu vida! —gritó ella.

Él afirmó socarronamente:

—Sí, mi vida es el hachís.

Los ojos de la mujer echaron chispas al decir:

—¿Y el otro hachís?

El hombre bromeó:

—Sólo prendo fuego a una clase de hachís.

—A mí es a quien prendes fuego. ¿Por qué no pasas las noches en la tertulia de la azotea, como de costumbre?

—¿Por qué no puedo pasarlas dónde me plazca? En la azotea, en comisaría, en una oficina del gobierno... ¿A ti qué te importa?

—¿A qué viene este cambio?

El hombre alzó los ojos al techo exclamando:

—¡Dios, Tú eres testigo! Hasta este momento has tenido a bien ahorrarme los tribunales del gobierno, pero ahora me obligas a presentarme ante el tribunal permanente de mi propio hogar. —Luego bajó de nuevo los ojos para decir—: Entérate de que sospechan de nuestra casa y que la merodea la policía.

A lo que ella replicó con amarga ironía:

—¿No será este desvergonzado joven uno de los policías que te han forzado a abandonar el nido?

Esta vez la alusión era demasiado clara. El rostro oscuro de Kirsha se ensombreció aún más y preguntó, con voz contrariada:

—¿A quién te refieres?

—Al joven al que sirves el té tú mismo, en vez de Sanker.

—No veo qué hay de malo en ello. El dueño puede servir a sus clientes, si quiere.

Pero ella le preguntó, burlonamente, con voz temblorosa a causa de la ira:

—¿Por qué no sirves nunca al tío Kamil, entonces? ¿Por qué sólo sirves a este sinvergüenza?

—Nunca está de más mimar a los nuevos clientes.

—Es fácil decir eso, pero la verdad es que vuelves a escandalizar a la gente. ¡Sinvergüenza!

A lo que él la amenazó con la mano, diciendo:

—¡Cuidado con tu lengua, loca!

—La gente con los años sienta la cabeza, en cambio tú...

Él apretó los dientes y se puso a maldecirle los huesos. Pero ella no pareció inmutarse y prosiguió:

—Todo el mundo acaba sentando la cabeza con los años, en cambio tú, cuanto más viejo, más ligero de cascos.

—¡Estás loca, mujer, loca, lo juro por el Profeta!

Entonces ella se puso a gritar con voz ronca y entre cortada por la indignación:

—¡Los hombres como tú se merecen ser torturados! ¡Eres la vergüenza de la casa! ¡Por tu culpa somos el hazmerreír de todos! —Sin control ya sobre la ira y la rabia que la embargaban, le amenazó—: Hoy sólo nos oyen estas cuatro paredes, pero mañana nos oirá el mundo entero.

A lo que él alzó sus pesados párpados y preguntó, alertado:

—¿Me estás amenazando?

—Te amenazo a ti y a tus amigos. ¡Verás de lo que soy capaz!

—¡Te voy a partir la cabeza, loca!

—¡Anda ya! Si con el hachís y la vida que llevas ya no te queda fuerza en el brazo. ¡Si ni la mano levantar puedes! ¡Estás acabado, acabado!

—Acabado por culpa tuya. ¿Qué es lo que acaba con la vida de un hombre? ¡La mujer!

—¡Pobre de mí! ¡Soy la más desamparada de las mujeres!

—¿Cómo te atreves? Has tenido seis hijas y un hijo, sin contar los abortos.

A lo que ella replicó furiosa:

—¿Y tú cómo te atreves a mencionar a tu hijo? ¡Sólo con pensar en él debería bastarte para alejarte del borde del abismo al que te arroja tu mala vida!

Kirsha golpeó la pared con el puño y se encaminó a la puerta, diciendo:

—¡Vieja chiflada!

Ella todavía le gritó:

—¿Ya se te ha agotado la paciencia? ¿Ya no puedes hacer esperar más al pobre chico? ¡Pagarás por tu conducta, sinvergüenza!

Kirsha cerró la puerta violentamente a sus espaldas, rompiendo el silencio que reinaba en el callejón. Umm Hussain, presa de ira e indignación, apretó los puños, con el alma rebotando de deseo de venganza.

Abbas, el barbero, se miró críticamente en el espejo. Una expresión satisfecha afloró lentamente en sus ojos saltones. Se había rizado el pelo y cepillado cuidadosamente el traje.

Salió de la barbería y se plantó ante la puerta. Era su hora preferida, la del crepúsculo, cuando el cielo se despejaba y su azul cobraba una mayor intensidad. El aire se había caldeado agradablemente después de la fina lluvia de todo el día. El suelo del callejón aparecía recién lavado, cosa que sólo ocurría un par de veces al año. En la calle de Sanadiqiya los hoyos habían quedado llenos de agua fangosa.

El tío Kamil estaba en el interior de su tienda, durmiendo, y el rostro de Abbas se iluminó con una alegre sonrisa. Pero entonces el amor volvió a removerle las entrañas y él se puso a canturrear:

*¡Ay corazón! ¿Has finalmente encontrado
el reposo y la unión que deseas?
Tus heridas acabarán curándose
y un día encontrarás el remedio, aunque no sepas cómo ni cuándo.
Como lo hemos oído decir a los que tienen experiencia,
la paciencia, ay de mí, es la llave de la felicidad.*

El tío Kamil abrió los ojos y bostezó, luego los posó sobre su joven amigo, todavía plantado delante de la barbería. Éste se echó a reír y cruzó la calle para hablar con él. Le pellizcó la grasa del pecho y le dijo:

—Amemos y el mundo nos sonreirá...

El tío Kamil suspiró y dijo, con su voz aguda:

—¡Te felicito, viejo! Pero ¿por qué no me diste la mortaja en vez de vendértela para pagar la dote?

Abbas soltó una sonora carcajada y se alejó del callejón a paso lento. Se había puesto el traje gris, que era el único que tenía. El año anterior lo había hecho girar y zurcir; lo llevaba a limpiar y a planchar con regularidad, de modo que, en cierta manera, podía pasar por elegante. Caminó encendido de entusiasmo y lleno de valor, aunque también un poco angustiado ante la perspectiva de la declaración de sentimientos que se había propuesto hacer. Su amor era un delicado sentimiento mezclado de un deseo insaciable. Amaba los senos de su amada, como amaba sus ojos, y languidecía de ganas de entrar en contacto con el calor de su cuerpo, a la vez que de experimentar la magia y voluptuosidad secretas de su mirada.

Aquella tarde en Darasa, la tarde en que la había abordado, Abbas sintió el sabor de la victoria; había interpretado su esquividad como la forma típicamente negativa con que las mujeres suelen reaccionar a la llamada del amor. Pasó unos días ebrio de felicidad, pero después el ardor se enfrió, no a causa de nada nuevo, sino simplemente porque comenzaron a asaltarle dudas. Llegó a preguntarse cómo había podido tomar la respuesta esquiva de la muchacha como un gesto de coquetería, y no como una verdadera muestra de rechazo.

Claro que ella lo había rechazado con suavidad, sin grosería, pero seguramente porque eran vecinos y había querido conservar las formas. No le cupo ninguna duda de que su alegría había sido desproporcionada y de que se había hecho demasiadas ilusiones. Pero no se dio por vencido. Todas las mañanas salió a la puerta de la barbería, a la hora en que la chica abría la ventana del piso para que entrara el sol, y por las noches, se sentó a la terraza del café, a fumar el narguile y a echar miraditas a la ventana, de nuevo cerrada, pero cuyos postigos dejaban entrever la silueta de la amada. No se contentó con eso y la abordó por segunda vez en Darasa. Ella le rechazó como la primera vez.

Y ahora volvía a intentarlo, lleno de valor, confiado y perdidamente enamorado. Vio acercarse a Hamida, con sus amigas, y se hizo a un lado para dejarlas pasar. Luego se puso a caminar tras ellas, sin prisas. Notó que las chicas lo cosían a miradas maliciosas y se sintió embargado de alegría y orgulloso. Las siguió hasta dispersarse el grupo al llegar a Darasa. Entonces apretó el paso para acercarse a Hamida. Sonrió a la muchacha, con ternura y embarazo, y murmuró tal como lo llevaba pensado:

—Buenas noches, Hamida...

Ella lo había esperado, naturalmente, pero se sentía llena de perplejidad, sin saber qué hacer. No lo amaba, pero tampoco lo detestaba. Tal vez porque era el único partido aceptable del callejón, le daba miedo romper con él brutalmente o rechazarlo con brusquedad y malos modos. La chica optó por no ofenderse ante la audacia de abordarla en plena calle otra vez. Se contentó con un mohín de fastidio, pese a que nada le hubiera costado fulminarlo con una palabra tajante, de haberlo realmente querido.

A pesar de su limitada experiencia de la vida, se daba perfecta cuenta del abismo existente entre aquel pobre y dulce joven y el personaje con que soñaba ella, llevada por la devoradora ambición y por su natural autoritario y agresivo. La provocación y el aplomo en unos ojos ajenos podían excitarla hasta el paroxismo. Era imposible que la mirada bondadosa y humilde de Abbas llegara jamás a satisfacerla. Se sintió presa de ansiedad

y angustia, dividida entre el deseo de admitir en matrimonio al único joven aceptable del callejón, y la aversión que le inspiraba, por motivos bien claros y seguros. Por él no sentía atracción ni clara aversión. De no ser por su firme convicción de que el matrimonio era la única salida, no hubiera vacilado en rechazarlo y en tratarlo con dureza. Pero en el matrimonio tenía que pensar a la fuerza, y por eso, jugaba con él, se complacía en verlo correr tras ella. Quizá así llegaría a dar con una solución a su embarazosa perplejidad.

El joven, temiendo que se prolongara el silencio hasta el final de la calle, volvió a murmurar, con voz implorante:

—Buenas noches...

El bello rostro cobrizo de la muchacha se relajó. Hamida aminó la marcha y con un suspiro que denotaba cierta irritación, le dijo:

—¿Y ahora qué quieres?

Él sólo se fijó en la expresión distendida de su cara, hizo caso omiso del tono irritado de sus palabras, y dijo, esperanzado:

—Vamos hacia la calle Azhar, para estar más seguros... porque anochece...

Sin chistar, la muchacha tomó por la calle de Azhar. Él la siguió, ebrio de alegría. No obstante, las palabras de Abbas «estaremos más seguros... anochece» resonaron en la cabeza de Hamida, la cual no pudo por menos que reconocer que cometía una imprudencia a los ojos de la gente. Una sonrisa de despecho afloró entonces en sus labios. El respeto por las buenas costumbres le traían sin cuidado: ella había sido criada en un ambiente libre de aquel tipo de prejuicios. Su desprecio hacia el qué dirán se había nutrido de su natural indolencia y de la negligencia de una madre que muy poco se preocupaba por lo que pasaba debajo de su techo. La chica estaba acostumbrada a dejarse llevar por su temperamento, a arremeter contra lo que le viniera en gana, sin reflexionar, sin detenerse jamás a tener en cuenta algún principio moral.

Mientras tanto, Abbas se había puesto a caminar a su lado y le decía en tono rebosante de alegría:

—¡Qué simpática eres!

Pero ella le preguntó con expresión enojada:

—¿Qué pretendes de mí?

Entonces el joven hizo un esfuerzo por controlarse la emoción y contestó:

—La paciencia es una cosa muy buena, Hamida. Sé bondadosa conmigo, no me trates con crueldad...

Ella volvió el rostro hacia él, a la vez que se lo recubría con el velo, y le espetó bruscamente:

—¡Todavía no me has dicho qué pretendes!

—La paciencia es una cosa muy buena... Yo quisiera... me gustaría que todo terminara bien...

A lo que ella replicó desdeñosamente:

—No dices nada. Nos estamos alejando del camino. El tiempo pasa y no quiero llegar tarde. Me esperan en casa.

Entonces, él tuvo miedo de dejar escapar la oportunidad y se apresuró a decir:

—No tardaremos en volver, no temas, no te impacientes. Ya encontraremos una excusa para tu madre. No pienses en los minutos que podamos retrasarnos. Yo, en cambio, pienso en la vida que nos espera, en nuestra vida. No paro de pensar en ello. ¿No me crees? Por la vida de Hussain, te juro que es mi única preocupación en este momento...

Habló con sencillez y sinceridad, y ella no pudo evitar sentirse afectada por el calor de su voz. Sus palabras le causaron placer, pese a que el corazón no se le inmutó, y engañándose a sí misma, como olvidándose de la perplejidad que le causaba el joven, decidió escucharlo con atención. Pero como tampoco supo qué decir, se refugió en el silencio. El mozo se envalentonó y prosiguió apasionadamente:

—Hamida, me preguntas qué pretendo de ti. ¿De verdad no lo sabes? ¿No sabes por qué te siguen mis ojos por todas partes? Dicen que al creyente el corazón le revela la verdad. Interrógate a ti misma. Pregúntalo a todos los que viven en el callejón. Todos lo saben.

La muchacha frunció el ceño y murmuró:

—¡Me has cubierto de vergüenza!

A Abbas le dio miedo la acusación y exclamó, lleno de emoción:

—Nada hay de escandaloso en nuestras vidas y yo sólo te deseo el bien. Esta mezquita consagrada a Hussain es testigo de la sinceridad de mis palabras y de mis intenciones. Yo te amo. Te amo desde hace mucho tiempo. Te amo más que tu madre. Te lo juro por mi fe en Hussain, en el abuelo de Hussain y en el Dios de Hussain.

Hamida experimentó un intenso placer al oír estas palabras y se sintió embargada por un sentimiento de orgullo que se avenía perfectamente con su natural caprichoso y su gusto por el poder y el dominio. En ella se constató el hecho de que las palabras de amor son siempre agradables a los oídos, independientemente de lo que sienta el corazón. Son como un bálsamo para las almas cerradas.

Pero la imaginación de la muchacha dio un salto por encima del presente, hacia el futuro. La muchacha se preguntó cómo iba a ser la vida con Abbas, suponiendo que sus deseos se convirtieran en realidad. Era un

pobretón que se ganaba el sustento día a día. La obligaría a dejar el piso de la segunda planta del inmueble de la señora Afífy para instalarse con él, en la planta baja de la casa de Radwan Hussainy. Y a lo máximo que podía aspirar como dote, de parte de su madre, era a una cama desvencijada, a un sofá y a unos cuantos utensilios de cocina de cobre. Después, su vida consistiría en barrer, cocinar, lavar la ropa y amamantar a los niños. Y seguramente tendría que andar descalza con una *galabieh* llena de zurcidos. A la chica le cogió miedo, como si de pronto se hubiera visto ante un precipicio. Sintió que en ella revivía su pasión por la ropa. Sintió que se le volvía a despertar la salvaje aversión por los niños, de que la acusaban las vecinas del callejón. De nuevo se sintió presa de la perplejidad y dudó de si no había sido un disparate avenirse a seguir a Abbas hasta aquella calle.

Abbas, con expresión embrujada, la devoraba con los ojos, lleno de pasión y de esperanza. Interpretó su silencio y sus palabras con el significado que le dictó la pasión y, con voz que dio la impresión de surgir del fondo de su corazón, le dijo:

—¿Por qué callas, Hamida? Una sola palabra tuya puede curar mi corazón y cambiar el mundo. Basta con una sola palabra. ¡Habla, Hamida!

—Pero ella continuó sin decir nada, presa de la indecisión, por lo que Abbas añadió—: Una palabra bastará para darme esperanza y hacerme feliz. No sabes qué afecto tiene en mí el amor que siento. Me da unos ánimos nuevos, un coraje que nunca había sentido antes. Me ha transformado en un nuevo ser, ahora me atrevo a enfrentarme al mundo sin miedo.

¿Qué significaría todo aquello? Hamida movió la cabeza con gesto interrogante. Al ver que se interesaba por sus palabras, Abbas sintió que se le ensanchaba el pecho y prosiguió, lleno de entusiasmo y orgullo:

—Sí. He puesto mi confianza en Dios y voy a probar la suerte como los demás. Entraré en el servicio del ejército británico, y quizá saldré adelante como tu hermano Hussain.

En los ojos de la muchacha afloró una expresión de auténtico interés y preguntó, como sin darse cuenta:

—¿De veras? ¿Y cuándo será eso?

Sin duda él hubiera preferido oírla hablar de otra manera. Le hubiera hecho más feliz verla emocionarse, en vez de simplemente tomarse interés. De buena gana hubiera escuchado las palabras dulces como la miel por las que de antemano se derretía en su fuero interno. Pero se figuró que aquel interés exterior era sólo el velo bajo el que modestamente

cubría unos sentimientos tan ardientes como los suyos. Por lo que, con el corazón loco de alegría, contestó:

—Me marcharé muy pronto a Tell el-Kebir. Al principio me darán un sueldo de piastras diarias. Todo el mundo que ha trabajado allí me ha dicho que eso sólo es una ínfima parte de lo que se gana realmente. Procuraré ahorrar la mayor parte del sueldo y cuando regrese, al terminar la guerra, que dicen que va a durar mucho, todavía abriré una nueva barbería en la calle Nueva o en la de Azhar y nosotros viviremos como reyes, si Dios lo quiere. Confía en mí, Hamida.

Aquello era nuevo, era una posibilidad en la que ella jamás había pensado. Suponiendo que Abbas hablara en serio, había dado un paso importante para satisfacer sus aspiraciones. Una naturaleza como la de la muchacha, por rebelde e indómita que fuera, podía ser sometida por la fuerza del dinero.

Abbas murmuró, en tono de reproche:

—¿No confías en mí?

A lo que ella contestó en voz baja, en un tono que a él le sonó a gloria, a pesar de que la voz era uno de los puntos débiles de la muchacha:

—Dios te ayude para que todo te salga bien.

Él suspiró gozosamente y exclamó:

—¡Que Alá oiga tu plegaria! El mundo nos sonreirá, con la gracia de Dios. Acepta, y todo me parecerá bien. Yo sólo quiero hacerte feliz.

Ella se sintió salir lentamente de su perplejidad. En la noche en que se debatía, comenzó a ver una luz. Una luz de oro reluciente. Si la persona de Abbas no la cautivaba, ni conmovía el elemento femenino que existía en ella, cabía esperar que de él se desprendiera el brillo del oro que la podía fascinar, que el mozo fuera capaz de satisfacer su gusto por el lujo y el poder. Al fin y al cabo, y eso era muy importante, él era el único partido aceptable del callejón. Sí, de eso no cabía ninguna duda. Embargada por un nuevo sentimiento de satisfacción, puso mayor atención a sus palabras.

—¿No me escuchas, Hamida? ¡Sólo te pido que seas feliz!

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de la chica, la cual murmuró:

—Que Dios te ayude a salir adelante...

A lo que él replicó muy contento:

—No hace falta que esperemos hasta que acabe la guerra. Podremos ser muy felices en el callejón.

Ella frunció el ceño con un espontáneo mohín de disgusto. Y sin poder contenerse, espetó:

—¡El callejón de Midaq!

Él la miró con aire turbado, sin atreverse a defender el callejón por el que no podía evitar sentir afecto, y que, en el fondo, prefería a todas las otras calles. Contrariado, se preguntó: «¿Desprecia ella también, como su hermano Hussain, nuestro entrañable callejón? Claro, han mamado la misma leche...». Para borrar el mal efecto de sus palabras, dijo:

—Escogeremos el sitio que más te guste. Están Darasa, Jamaliya, Bait al-Qadi... Escoge el sitio que más te guste para tu casa.

A la chica no se le escapó el significado de estas palabras y se mordió los labios, al comprender que se había excedido, que su lengua la había traicionado. Inmediatamente dijo:

—¿Mi casa? ¿De qué casa hablas? ¡A mí qué me cuentas!

A lo que él exclamó en tono de reproche:

—¿Cómo puedes decir eso? ¿No te basta con lo que te he ofrecido hasta ahora? ¿De verdad no sabes de qué casa te hablo? Dios te perdone, Hamida. Me refiero a la casa que los dos escogeremos, o la que escogerás tú, tú sola, porque será tuya. Si yo me marchó, como te he dicho, es para tener esta casa. Me has deseado buena suerte y no dudo de que tus deseos serán cumplidos. Nos hemos puesto de acuerdo, Hamida, y todo saldrá bien.

¿De verdad se habían puesto de acuerdo? ¡Qué duda cabía! De lo contrario, ella no hubiera aceptado seguirle, hablarle y embarcarse con él a soñar en el futuro. ¿Qué mal había en ello? ¿No había convenido que era el único partido aceptable? Pese a ello, se sintió embargada por una sensación de angustia y vacilación. ¿Se habría convertido en otra, en alguien que no era dueña de sí misma? Y mientras Hamida se hacía estas reflexiones, la mano de Abbas buscaba la de ella, se la apretaba, comunicaba a sus dedos un dulce calor. Estuvo a punto de retirar la mano y de decir: «¡No..., yo no tengo nada que ver en todo eso!». Pero no lo hizo y guardó silencio. Continuaron caminando juntos, cogidos de la mano. Ella sintió que él le apretaba los dedos con ternura, y le oyó decir:

—Nos veremos con regularidad, ¿verdad?

Ella prefirió no responder y él, satisfecho con este silencio, prosiguió:

—Nos veremos a menudo y hablaremos de nuestros problemas. Después iré a hablar con tu madre. Hemos de ponernos de acuerdo antes de mi marcha.

Entonces ella retiró la mano y dijo con tono de impaciencia:

—Pasa el tiempo y nos hemos alejado mucho... Tenemos que darnos prisa por volver...

Giraron en redondo y él se echó a reír con una risa feliz, eco de la felicidad que colmaba su corazón. Apretaron el paso y en pocos minutos

llegaron a la calle de Ghouriya. Allí se separaron y Hamida siguió por ella hasta su casa, mientras que Abbas tomó por la de Azhar para dar la vuelta por la mezquita de Hussain, hasta el callejón.

«Que Dios te perdone y tenga compasión de ti.»

Éstas son las palabras que la señora Kirsha murmuró cuando cruzó el umbral de la casa en que moraba Radwan Hussainy. Pidió a Dios que le perdonara y compadeciera por su desesperación y cólera. Las tentativas de reformar a su esposo la habían agotado y, además, habían sido en vano. No veía más salida que la de acudir a Radwan Hussainy: abrigaba la esperanza de que él, gracias al temor y al respeto que generalmente inspiraba, pudiera hacer algo. Era la primera vez que hablaba con Hussainy sobre aquel escabroso problema. Pero su desesperación, por un lado, y su temor a convertirse de nuevo en víctima del malicioso regocijo y del chismorreo de la gente, si permitía que saliera a la luz pública su drama conyugal, la llevaron a llamar a la puerta del santo varón.

Fue recibida por su esposa, que la hizo pasar y le dio conversación durante unos minutos. La esposa de Hussainy tenía entre cuarenta y cincuenta años, estaba en la edad más respetada por las mujeres, que la consideraban como la del cénit de la madurez y la feminidad. Sin embargo, se trataba de una mujer flaca, ajada, en cuyo físico y en cuya mente era fácil detectar las heridas no cicatrizadas de la tragedia de la muerte de todos sus hijos. En el ambiente tranquilo de la casa había un aire de tristeza y melancolía que la profunda fe de su marido no lograba barrer. Su figura delgada y macilenta contrastaba con la robusta, abierta, segura y risueña del esposo. Era una mujer a la que las fuerzas le fallaban con facilidad y que no poseía la energía para, a pesar de poseer gran fe religiosa, superar la tristeza que la consumía. Umm Hussain la conocía bien y no vaciló en confesarle el motivo que la había llevado allí, segura de que la mujer la escucharía con simpatía. Después pidió una entrevista con Radwan Hussainy. Su esposa fue a buscarlo y a los pocos minutos volvió para conducir a la mujer a su presencia.

Radwan Hussainy estaba sentado sobre una piel, con el rosario entre los dedos. Tenía el brasero enfrente y la tetera a la derecha. El cuarto era acogedor y elegante, con pequeños sofás en los rincones y un tapiz persa en el suelo. En el centro había una mesa redonda, cubierta de libros amarillentos, iluminada por una gran lámpara de gas que colgaba del techo. Radwan llevaba una *galabieh* gris e iba tocado de un gorro de lana negra, debajo del cual brillaba como una luna su rostro blanco y rojizo. En aquel cuarto solía refugiarse a meditar, pasar las cuentas del rosario o leer.

En aquella pieza solía, además, recibir a sus amigos, personas que, como él, se interesaban por la religión. Se contaban anécdotas y leyendas acerca del Profeta y discutían sobre su significado. Radwan Hussainy no se consideraba un gran sabio, ni un entendido en la ley sagrada y el Islam, pero su profunda fe y su devoción atraían a los demás, a los que cautivaban su generosidad, su rectitud y su compasiva ternura. Todos estaban de acuerdo en que era un santo.

Radwan Hussainy se levantó para recibir a la señora Kirsha con los ojos modestamente gachos. Ella se acercó a él, cubriéndose el rostro, y le tendió la mano teniendo cuidado de envolverla con una punta del velo para no quebrar la pureza ritual del santo varón.

—Bienvenida seas, respetable vecina —le dijo él, indicándole donde sentarse.

El hombre volvió a acomodarse con las piernas cruzadas sobre la piel tendida en el suelo, mientras la mujer se deshacía en bendiciones:

—Que Dios te honre y te conceda una larga vida.

Radwan Hussainy supuso el motivo de la visita y no le preguntó por el estado de salud de su esposo, como requería la costumbre. Como los demás, estaba al corriente del género de vida del dueño del café y de las riñas entre los dos esposos. Comprendió que, sin él quererlo, lo habían metido en un conflicto. Se resignó generosamente a ello, como solía hacer cuando algo le causaba cierto fastidio. Sonrió con amabilidad y dijo:

—No hay malas noticias, espero.

Umm Hussain era una mujer decidida, que no se dejaba arredrar por los respetos humanos. Era osada, muy capaz de hablar sin pelos en la lengua, en el callejón sólo la panadera la vencía en indomitez. Con voz gruesa comenzó a hablar:

—Radwan Hussainy, tú eres el hombre más virtuoso del callejón, eres una persona bondadosa. Por eso he venido a verte, para pedirte ayuda. He venido a quejarme de la vida disipada que lleva mi esposo.

Estas últimas palabras las dijo agudizando la voz y con mayor dureza de expresión. Radwan Hussainy volvió a sonreír y dijo, en tono apesadumbrado:

—Descarga el corazón libremente, Umm Hussain. Te escucho.

Ella suspiró y volvió a tomar la palabra:

—¡Que Dios te lo pague! Mi marido no tiene vergüenza y no está dispuesto a enmendarse. Cada vez que me parece que ha tomado por el recto camino, vuelve a darme un disgusto. Es un libertino. Se deja llevar por sus apetitos y todo lo demás le trae sin cuidado, la edad, la esposa, los

hijos. Habrás oído hablar del sinvergüenza que viene a verlo por las noches al café, ¿verdad? Es el nuevo escándalo.

Los ojos claros de Radwan Hussainy se ensombrecieron. Bajó la cabeza con gesto meditabundo, preocupado. Permaneció silencioso, invocando a Dios contra las tretas del diablo. La mujer se aprovechó de la pesadumbre del santo varón para redoblar su cólera y cargar las tintas:

—Es un perdido que ha llenado de oprobio a la familia. ¡Dios! Si no fuera por los años que he vivido con él y por los hijos que hemos tenido, me marcharía de casa para no volver. ¿Te parece bien su desfachatez? ¿Qué me dices de su asquerosa conducta? Me he hartado de darle buenos consejos, pero él no me escucha. Lo he amenazado, pero no me ha hecho caso. No he tenido más remedio que venir a verte. Hubiera preferido no afligirte con nuestras miserias, pero tú eres nuestra única salvación: eres el hombre más respetado del callejón. Todos te obedecen. Quién sabe, quizá tú podrías conseguir lo que mis palabras no han conseguido. Pero si resulta que ni tus palabras hacen mella en él, entonces tendré que tomar otro tipo de medidas. De momento me esfuerzo por contenerme. Pero si viera que no hay nada que hacer, sería capaz de prender fuego al callejón y echar en la hoguera su inmundo cuerpo...

Radwan Hussainy la miró con expresión de reproche y le dijo, sin perder la calma:

—Tranquilízate, Umm Hussain. Piensa en Dios. No te dejes llevar por la cólera. No te conviertas en el blanco de las burlas de los que piensan mal. La mujer honesta debe ser como un velo que cubre y tapa lo que Dios quiere encubrir. Vuelve a casa, ten confianza en mí, yo trataré de arreglarlo. Dios está de nuestra parte.

La infeliz mujer hizo un esfuerzo por dominarse y dijo:

—Que Dios te lo pague y te haga feliz. Tú eres un refugio y un consuelo. Dejo el asunto en tus manos y me dispongo a esperar. Dejo a Dios entre yo y este perverso...

Radwan Hussainy trató de apaciguarla con buenas palabras. Y a cada consejo, la pobre mujer invocaba a Dios para inmediatamente después deshacerse en injurias contra su marido, dándole a Hussainy más detalles de su libertinaje. Hasta que el buen hombre perdió la paciencia. Se despidió de ella cortésmente y volvió a su sitio con un suspiro de alivio.

Permaneció pensativo en su cuarto, el asunto no auguraba nada bueno y de buena gana se hubiera desentendido de él. Pero había dado su palabra y tenía que cumplirla. Llamó al sirviente y lo mandó en busca de Kirsha. Mientras esperaba, se le ocurrió que era la primera vez que invitaba a su

casa a un libertino. Hasta entonces sólo pobre gente o ascetas habían entrado en su cuarto.

Volvió a suspirar y se dijo: «El que enmienda a un pecador vale cien veces más que el que sólo habla con creyentes». Aunque dudaba mucho de poder enmendar a Kirsha. Meneó la cabeza y recitó un versículo del *Corán*: «Tú no tienes poder para guiar por el recto camino a quien quieres, pero Dios guía a los que ama». Se asombró del poder de seducción que el diablo tenía sobre el hombre, del poder de descarriarlo de su natural armonía.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada del sirviente anunciándole la presencia de Kirsha. Kirsha entró, alto, y más delgado que nunca, y por debajo de sus gruesos párpados miró con respeto al santo varón. Se inclinó sobre su mano y lo saludó. Hussainy le dio la bienvenida y lo invitó a tomar asiento. Kirsha se sentó en el sofá que acababa de desocupar su esposa. Se le ofreció una taza de té. Kirsha parecía muy confiado, sin muestras de sospechar el motivo por el que había sido llamado. Era una demostración del grado de embrutecimiento y desvarío a que había llegado, del embotamiento de la intuición y la capacidad de presentir.

Hussainy leyó en sus ojos y se puso a hablar con voz confiada:

—Tu presencia honra nuestra casa, Kirsha.

El otro se llevó la mano al turbante y dijo:

—Que Dios te pague tu amabilidad, señor.

Hussainy prosiguió:

—No te molestarás por que te haya hecho venir durante tus horas de trabajo. Quiero hablar contigo de un asunto muy serio, como con un hermano. Por eso he pensado que lo mejor era hacerte venir a mi casa.

Kirsha bajó la cabeza y dijo con voz respetuosa:

—Estoy a tus órdenes.

Hussainy no quiso perder más tiempo con cumplidos, porque a Kirsha no se lo podía entretener demasiado rato fuera del café. Se propuso ir directamente al grano. Con valor, franqueza y seriedad dijo:

—Quiero hablarte como un hermano, como un hermano que te quiere de verdad. Como el hermano que recoge al otro hermano en sus brazos si lo ve caer, o que trata de ayudarlo si lo ve tropezar, o como el que está siempre a punto de dar un buen consejo si ve que el otro lo necesita.

El entusiasmo de Kirsha disminuyó considerablemente al escuchar estas palabras. Comprendió, de pronto, que había caído en una trampa. Una mirada de perplejidad afloró en sus ojos adormecidos y, sin saber muy bien lo que decía, murmuró:

—Claro que sí, señor.

A Hussainy no se le escapó su turbación y sorpresa. Nuevamente con voz grave, dulcificada un poco por una mirada amistosa, prosiguió:

—Te diré francamente lo que pienso, hermano. No te enfades, recuerda que sólo me mueve un afecto sincero. La verdad es que en tu conducta he observado ciertas cosas que me apenan y que considero indignas de ti...

Kirsha frunció el ceño con contrariedad y se dijo entre dientes: «¡A ti qué te importa lo que yo hago!». Pero fingiendo sorpresa dijo en alta voz:

—¿De veras te apena mi conducta, señor? ¡Que Dios no lo permita!

Hussainy pasó por alto aquella manifestación de sorpresa y añadió:

—El diablo se aprovecha de las puertas abiertas de la juventud y penetra en ellas secreta y públicamente para sembrar el mal. Pero nosotros nos esforzamos para que los jóvenes mantengan la puerta bien cerrada al diablo y les exhortamos a que no se las abran. Piensa en los hombres mayores y respetables. ¿Qué sucedería si dejáramos que abriesen las puertas para invitar al diablo?

¡La juventud, los hombres mayores! ¡Las puertas y el diablo! ¿Por qué no se ocupaba de sus cosas y dejaba a los demás tranquilos? Movié la cabeza con turbación, y en voz baja dijo:

—No sé de qué me hablas...

Hussainy le lanzó una mirada preñada de sentido, y con voz de reproche preguntó:

—¿De veras?

Kirsha, que comenzaba a sentirse molesto y ligeramente atemorizado, murmuró:

—De veras.

Entonces Hussainy dijo con mayor brío:

—Creo que sabes muy bien a qué me refiero. Pero ya que me obligas, te diré que hablo del joven sinvergüenza...

Kirsha vio que se le cerraban todas las salidas. Se indignó, pero como un ratón caído en la trampa, se lanzó contra las puertas obturadas y preguntó, con voz que se daba por vencida:

—¿De qué joven me hablas, señor?

Hussainy respondió con suavidad, tratando de no provocarlo:

—¡De sobra lo sabes! ¡No hablo de él para molestarte, ni para humillarte! ¡Dios me guarde! Mi única intención es que vuelvas al buen camino. Es por tu bien. ¿Por qué te empeñas en negarlo? Todos están al corriente de ello, todo el mundo lo comenta. Eso es lo que más me apena. Me aflige ver cómo hablan de ti.

Kirsha se encolerizó. Se dio un puñetazo en el muslo y con voz ronca y grosera, comenzó a quejarse:

—¿Por qué se mete conmigo la gente? ¿De verdad los has oído hablar mal de mí? Esa gente no tiene remedio. Se meten en la vida de los demás, no porque les parezca mal, sino porque disfrutan criticando; cuando no saben qué criticar, se inventan un vicio. ¿Crees tú que hablan así llevados del asco o la indignación? ¡No! ¡La envidia es la que los corroe!

Hussainy se asustó al darse cuenta de la actitud que tomaba el viejo, y no pudo por menos que decir, sorprendido:

—¡Una curiosa manera de pensar la tuya! ¿Crees realmente que tu vicio causa envidia?

El viejo se echó a reír y dijo desdeñosamente:

—¡No lo dudes! Se trata de una pandilla de infelices que no vale la pena tener en cuenta. —Comprendiendo, sin embargo, que sus palabras equivalían a un reconocimiento de su falta, trató de enmendarlo—: ¿Sabes quién es el chico? Es un pobre muchacho al que trato de ayudar.

Hussainy se turbó ante su cinismo y lo miró a los ojos como queriendo decir: «¿Cómo te atreves?». Luego, dijo:

—Escucha, Kirsha. Da la impresión de que no me comprendes. Mi intención no es juzgarte ni atosigarte. Todos necesitamos la misericordia de Dios y nadie está exento de falta. Pero no trates de negarlo. Si este chico está sumido en la miseria, abandónalo, de indigentes estamos más que sobrados.

—No sé por qué no puedo ayudar a ese muchacho. Siento que no me creas, porque soy inocente.

Hussainy alzó los ojos a su sombría cara y, tratando de disimular su disgusto, le dijo con dulzura:

—Es un sinvergüenza de mucho cuidado. No trates de engañarme. Más te hubiera valido seguir mi consejo y hablarme con sinceridad.

Kirsha comprendió que Hussainy estaba irritado y que trataba de disimularlo. Optó por callar y contenerse. A partir de este momento sólo le preocupaba cómo iba a salir de allí. Pero Hussainy prosiguió:

—Es por tu bien y por el de tu casa que trato de convencerte. No pierdo la esperanza de lograrlo y llevarte por el buen camino. Deja este chico, no es puro, ha salido de las manos del diablo. Arrepiéntete y vuelve al Señor que lo perdona todo, porque es misericordioso. Si fueras virtuoso, serías rico. Pero por mucho dinero que ganes, lo pierdes todo en esta inmunda cloaca. Sigues siendo pobre, sin defensas.

Kirsha ya no trataba de negar nada; se había dicho que era libre de hacer lo que le viniera en gana. Nadie podía obligarle a acatar su autoridad, ni el

propio Radwan Hussainy. Pero tampoco quería encolerizarlo, ni provocarlo. Cerró los ojos y con voz desagradable dijo:

—Que se haga la voluntad de Dios.

El agradable rostro de Hussainy se ensombreció y exclamó:

—¡Que se haga la voluntad del diablo, querrás decir! ¿No te da vergüenza?

Kirsha murmuró entre dientes:

—Dios guía en la buena dirección.

—No sigas al diablo y Dios te guiará. Abandona al chico o déjame que hable yo con él.

Kirsha se impacientó. Sin poder disimular sus sentimientos, dijo vivamente:

—No, no lo hagas.

Hussainy lo miró con expresión de desprecio y dijo con tristeza:

—¿Te das cuenta de que prefieres perderte que tomar por el buen camino?

—Sólo Dios puede guiarnos por el buen camino.

Hussainy comenzó a desesperar.

—¡Te lo pido por última vez! Abandona al chico o déjame que le hable yo.

Kirsha hizo un movimiento con intención de levantarse y replicó:

—No, te ruego que te olvides del asunto y que lo dejes en manos del Señor.

Hussainy se sorprendió de su obstinación y desfachatez y le preguntó:

—¿No te da vergüenza el descontrol con que corres detrás del vicio?

Kirsha se puso de pie. Estaba harto de Hussainy y de sus sermones.

—Los hombres cometen muchos pecados —dijo—. Éste es uno de ellos. No te empeñes en querer mostrarme el buen camino y no te enfades conmigo. Acepta mis excusas. Lo siento de veras. ¿Qué culpa tienen los hombres de lo que les sucede? —Le alargó la mano—. Hasta luego —se despidió.

Kirsha salió de la casa de Hussainy, gruñendo y echando pestes contra todo el mundo, contra el callejón y contra Radwan Hussainy.

La señora Kirsha se armó de paciencia y esperó, un día, dos días. De pie, detrás de las persianas de la ventana que daba sobre el café, espiando el momento de la llegada del chico, que vio aparecer contoneándose, y volvió a ver, hacia medianoche, alejándose en compañía de su marido, de camino hacia la calle de Ghouriya. Los ojos se le habían puesto blancos de odio e indignación. Se preguntó dónde habrían ido a parar los consejos de Radwan Hussainy.

Volvió a la casa de éste. Él sacudió tristemente la cabeza y le dijo:

—Espera a que Dios obre en él según su voluntad.

Regresó al piso, furiosa y resuelta a planear una venganza. Decidida a no tener en cuenta las habladurías de la gente, esperó detrás de la ventana la llegada nocturna del joven; entonces, se cubrió con el velo y salió disparada del piso. Bajó corriendo la escalera y en unos instantes se plantó delante del café. Las tiendas ya habían cerrado y, como de costumbre a aquella hora, los vecinos del callejón habían ido a pasar un rato en el café. Kirsha estaba sentado detrás de la caja, medio dormido, y no se percató de la presencia de su mujer. Ésta miró de través al chico, que sorbía té de un vaso. Se acercó a él, pasando por delante de Kirsha, que no pareció verla, y de un manotazo tiró el vaso sobre el regazo del muchacho. Éste se asustó y se puso de pie soltando un grito. Entonces ella comenzó también a gritar:

—Conque bebiendo té, ¿eh? ¡Hijo de puta!

Todo el mundo la miró, los vecinos que la conocían y los demás. Kirsha se volvió como despertado por un jarro de agua fría. Hizo un movimiento con intención de levantarse, pero su mujer lo atajó asestándole un golpe en el pecho.

—¡No te muevas, libertino! —gritó. Después se volvió de nuevo hacia el joven—. ¿Tienes miedo, zorro? ¡Eres una mujer vestida de hombre! ¿Te crees que no sé a qué vienes?

Kirsha se había puesto en pie, detrás de la caja, mudo de cólera, con la expresión sombría. Pero su mujer le espetó, mirándolo a la cara:

—Si te atreves a salir en defensa del chico, te rompo los huesos delante de todos.

Acto seguido se abalanzó contra el joven, que en su retirada había llegado cerca de donde estaba el jeque Darwish.

—¿Qué buscas, sinvergüenza? ¿Arruinar a mi familia?

El joven replicó:

—Pero ¿quién eres tú? ¿Qué te he hecho yo para...?

—¿Que quién soy? ¿Me vas a decir que no lo sabes? Soy tu coesposa... Y comenzó a golpearlo. Al chico se le cayó el fez y la nariz le comenzó a sangrar. Entonces ella lo agarró por la corbata y tiró con gran fuerza, como con intención de estrangularlo.

Los clientes del local miraban el espectáculo con expresión estupefacta y los ojos desorbitados, aunque en el fondo se divertían de lo lindo y esperaban con regocijo ver más. Los gritos de la mujer no tardaron en hacer llegar a la panadera, Husniya, seguida de su boquiabierto marido, Jaada. Al cabo de unos minutos apareció Zaita, el mutilador, que se quedó un poco apartado, como un diminuto demonio recién escupido por la tierra. Se abrieron las ventanas de las casas vecinas y se asomaron numerosas cabezas, llenas de curiosidad por saber qué sucedía. Kirsha temblaba de ira al ver a su amigo retorciéndose para tratar de liberarse del firme puño de su mujer. Se abalanzó sobre los dos, furioso como un león, con la boca llena de espuma, y agarró el brazo de su esposa gritando:

—¡Suelta, mujer, y deja de armar escándalo!

Bajo la presión de la mano del marido, Umm Hussain no tuvo más remedio que soltar al chico. Loca de furia, agarró a su marido por el cuello.

—¡Y encima me pegas para defender a tu amigo, libertino! —gritó—. ¡Vosotros sois testigos de lo que es capaz este perdido!

El joven lo aprovechó para salir corriendo y desaparecer. La pelea continuó entre los dos cónyuges: ella lo tenía a él sujeto del cuello y él la empujaba intentando soltarse. Finalmente, Radwan Hussainy se les acercó y los separó. Umm Hussain, jadeando, se volvió a cubrir con el velo y, atronando con su voz el local, se puso a gritar:

—¡Toxicómano! ¡Idiota! ¡Basura! ¡A tus sesenta años! ¡Un padre de cinco hijas! ¡Abuelo de veinte nietos!

Kirsha la miró con dureza y exclamó:

—¡Mujer! ¡Cierra el pico! ¡Cierra la cloaca y no nos ensucies con tu inmundicia!

—¡Que te corten la lengua a ti! La cloaca eres tú. ¡Sinvergüenza, perdido!

Él la amenazó con el puño:

—Chocheas como de costumbre. ¿Cómo puedes estar tan loca para arremeter contra los clientes del café?

A lo que ella respondió con una terrible risotada y dijo, con amargo sarcasmo:

—¿A los clientes del café? ¡Perdona! A los clientes no les quiero ningún mal. Es contra tu cliente privado contra el que he arremetido.

Entonces intervino de nuevo Radwan Hussainy. Pidió a la mujer que se controlara y que volviera a casa. Pero ella replicó, haciendo un gran esfuerzo por cambiar el tono de la voz:

—Ni muerta vuelvo yo a la casa de este libertino.

Hussainy insistió y el tío Kamil acudió en su ayuda, diciendo con su vocecita de ángel inocente:

—Vuelve a casa, Umm Hussain. Vuelve a casa y reza a Dios. Haz caso del señor Hussainy.

Hussainy consiguió convencerla de que regresara a su casa, no la dejó hasta que hubo entrado en ella, furiosa y lanzando improperios. Entonces desaparecieron Zaita y Husniya, seguida de su esposo. Mientras se alejaban, ella asestó un manotazo a su cónyuge y le dijo:

—¡Tú que creías que eras el único hombre apaleado! ¡Ya lo has visto! ¡A los hombres también se los apalea!

A la riña siguió un espeso silencio. Los presentes intercambiaron miradas burlonas, llenas de regocijo. El que más divertido parecía era el doctor Booshy, que sacudió la cabeza fingiendo pesadumbre y dijo con voz triste:

—No hay más fuerza ni poder que el de Dios. Que Él haga lo que pueda para arreglarlo.

Kirsha se había quedado clavado en el suelo. De pronto se dio cuenta de la desaparición de su amigo. Frunció el ceño, y con gesto obstinado fue hacia la puerta, con intención de seguirlo. Pero Radwan Hussainy, que se encontraba a dos pasos de él, le puso la mano sobre el hombro y le dijo con dulzura:

—Siéntate y descansa.

Kirsha resopló con fuerza, a punto de estallar. Reculó despacio, refunfuñando con odio:

—Leona, desvergonzada, pero la ley está de mi parte, no faltaría más, tengo derecho a molerla a palos.

Se oyó entonces la voz del tío Kamil:

—Elevemos nuestras plegarias a Dios.

Kirsha se hundió en la silla. Presa de nuevo por la cólera, se golpeó la frente con su mano dura y basta, exclamando:

—Soy un criminal y un asesino. Todos los vecinos del callejón saben que he sido un criminal y que he bebido sangre. Soy un criminal, un hijo de perra, una bestia, y merezco que me insulten, porque me he arrepentido públicamente de mis pecados. —Dicho esto, levantó la cabeza y concluyó—: Espérame, mujer deslenguada. Esta noche sabrás por primera vez quién es tu marido Kirsha.

Hussainy dio una palmada a la vez que se incorporaba para decir:

—Pon tu fe en Dios, Kirsha. Queremos beber el té en paz.

Booshy murmuró al oído de Abbas:

—Tenemos que reconciliarlos. A lo que Abbas preguntó maliciosamente:

—¿A quién y con quién?

El doctor disimuló una sonrisa y de su nariz se escapó el aire, silbando como una serpiente:

—¿Crees que se atreverá a volver al café?

—Si no es él, será otro.

El café recobró su aspecto habitual y todos volvieron a sus juegos y conversaciones. No hubieran tardado en olvidar la riña, de no ser por Kirsha que volvió a la carga y comenzó a gritar como enloquecido:

—¡No, no! ¡No puedo someterme a la voluntad de una mujer! Soy un hombre, libre de hacer lo que me plazca. Que se vaya de casa, si lo desea, que se arrastre por la calle como una mendiga. Sí, soy un criminal, me alimento de carne humana...

El jeque Darwish levantó de pronto la cabeza y, sin volverse a mirar a Kirsha, dijo:

—¡Pues sí, Kirsha! A tu mujer no le falta energía, es más varonil que muchos hombres. Debe de ser un varón, en vez de una hembra. ¿Cómo es que no la amas?

Kirsha le clavó los ojos echando chispas.

—¡Cállate la boca! —rugió.

—¡Vaya con el jeque Darwish! —dijeron algunos.

Kirsha le volvió de nuevo la espalda sin añadir nada más y el jeque Darwish prosiguió:

—Es una antigua perversidad. En inglés se llama *Homosexuality* y se escribe H-O-M-O-S-E-X-U-A-L-I-T-Y. Pero no es amor. El verdadero amor es el de la familia. Acércate, amada, acércate, señora... soy impotente, oh madre de los impotentes...

El encuentro de la calle Azhar había cambiado la vida de Abbas. Estaba perdidamente enamorado. Una antorcha ardía en su pecho, una mágica embriaguez irrigaba su espíritu, unas nuevas ganas de vivir derretían sus nervios. Exultaba de alegría y confianza, como un caballero seguro de su victoria en el torneo.

La pareja se había vuelto a encontrar varias veces para hablar de su futuro. Sí, Hamida ya no lo negaba: tenían un futuro en común y ella lo reconocía, a solas y con él. A menudo se preguntaba cuál de sus amigas encontraría mejor partido que ella. Le gustaba salir de paseo con él a las horas en que sabía que las iba a encontrar, y espiaba sus miradas inquisitivas, satisfecha, al parecer, de la impresión que les causaba el joven. Un día le preguntaron:

—¿Quién es este chico?

Y ella respondió con orgullo:

—Es mi novio, el dueño de la barbería.

Hamida se decía que a lo más que podían aspirar las otras chicas era a un camarero o a un aprendiz de herrero. Abbas, en cambio, era todo un señor, propietario de una barbería y miembro de la clase media. Estaba constantemente sopesando los pros y los contras, calculando, reflexionando, sin abandonarse al mundo de sueños en que parecía vivir Abbas. Sólo a veces, muy de vez en cuando, se emocionaba tanto como él hasta el punto de que podría pensarse que estaba también enamorada.

En una de estas ocasiones, él le pidió un beso. Ella ni aceptó ni rehusó. En el fondo se moría de curiosidad por saborear el beso famoso de que tanto había oído hablar, el tema de muchas de las canciones que ella sabía. Abbas miró a los transeúntes y, amparándose en la oscuridad, posó sus labios sobre los de la muchacha. Envueltos en el embriagador aliento, cerraron los ojos y los de ella temblaron.

Al ver que se aproximaba el día de la partida, Abbas quiso dar el paso definitivo. Como mensajero escogió al doctor Booshy porque, gracias a su profesión, tenía fácil acceso a todas las casas del callejón. Umm Hamida lo recibió encantada, convencida de que el barbero era el único partido aceptable para su hija. De hecho siempre había pensado en él como «el propietario de la barbería y un hombre de mundo». Pero le había dado miedo el carácter difícil de la muchacha, tan rebelde y recalcitrante a todo lo que se le proponía. Se sorprendió, por lo tanto, de ver que la chica recibía la noticia con satisfacción y no pudo por menos que decir:

—De modo que os habéis hecho novios por la ventana y a mis espaldas.

Abbas encargó al tío Kamil un pastel de nueces para Umm Hamida, le pidió que se lo llevara y que le preguntara si se avenía a recibirlo. Acordaron una fecha y Kamil lo acompañó, a pesar de sus dificultades para subir la escalera: a cada dos peldaños tuvo que pararse para recobrar el aliento, apoyado en la barandilla. Bromeando, dijo a Abbas:

—¿Por qué no aplazaste la petición de mano hasta después de la guerra? Umm Hamida los recibió con los brazos abiertos. Los tres tomaron asiento deshaciéndose en cumplidos.

Finalmente el tío Kamil dijo:

—Te presento a Abbas Hilu, nacido y criado en nuestro callejón, hijo tuyo y mío. Pretende la mano de Hamida.

La mujer sonrió y respondió:

—Bienvenido, dulce Abbas. Mi hija será tuya y viviremos como si nunca se hubiera separado de mí.

El tío Kamil pasó a enumerar las buenas cualidades de su amigo, y después las de Umm Hamida para finalmente anunciar:

—El joven está a punto de partir. Que Dios le ayude. Pronto mejorará su posición y el matrimonio podrá contraerse a satisfacción de todos, con la voluntad de Dios.

Umm Hamida elevó una breve plegaria para el joven y después se dirigió al tío Kamil, para preguntarle en tono de broma:

—¿Y tú? ¿Cuándo te casarás tú, Kamil?

El tío Kamil se echó a reír, rojo como un tomate. Se frotó la barriga y contestó:

—Esta fortaleza me lo impide.

Entonces recitaron los primeros versículos del *Corán*, según la costumbre en estas ocasiones, y bebieron un refresco.

Dos días después, Abbas y Hamida se encontraron en la calle Azhar. Caminaron un rato en silencio. Abbas sintió que se le empañaban los ojos.

—¿Vas a estar fuera mucho tiempo? —le preguntó ella.

El joven respondió con una mezcla de ternura y tristeza:

—Un año o dos. Pero te vendré a ver siempre que pueda.

En un arrebató de auténtico sentimiento, la muchacha murmuró:

—¡Dos años! ¡Cuánto tiempo!

A pesar de la pena, él se puso muy contento al oírlo y dijo, emocionado:

—Es la última vez que nos vemos antes de mi partida. Sólo Dios sabe cuándo podremos encontrarnos de nuevo. Estoy triste y alegre a la vez, Hamida. Estoy triste porque no te veré, y contento porque el largo camino que voy a emprender es el único que puede llevarme hasta ti. Mi corazón se quedará aquí, en el callejón, de eso puedes estar segura. Mañana

estaré en Tell el-Kebir y cada día pensaré en la ventana querida tras la que estabas tú, quitando el polvo o peinándote. Echaré de menos nuestros paseos por la calle de Azhar y Mousky. Su recuerdo partirá mi corazón en dos, Hamida. Dame la mano, déjamela apretar y aprieta tú la mía. ¡Cuánto me gusta sentir su contacto! Siento que me derrito por dentro. Mi corazón está en tu mano, amor mío. ¡Hamida! ¡Cómo me gusta tu nombre! Pronunciarlo me vuelve loco.

La muchacha se sintió mecida al son de sus ardientes palabras. Lo miró con ternura y susurró:

—Si te vas es porque quieres.

A lo que él contestó con voz quejumbrosa:

—¡Me voy por ti, Hamida! El callejón me gusta y doy gracias a Dios por los medios de ganarme la vida que he encontrado en él. No me gusta tener que alejarme de la mezquita de Hussain, al que rezo todos los días. Pero aquí no puedo ofrecerte una vida digna y no tengo más remedio que irme. Dios me ayudará y hará que un día podamos vivir juntos y ser felices.

Entonces Hamida dijo, presa de la emoción:

—Rezaré para que todo te vaya bien. Visitaré la tumba del Señor Hussain y le pediré que te ampare y te dé suerte. La paciencia es una virtud y moverse es bueno.

Él suspiró profundamente:

—Sí, moverse es bueno. Pero qué desgraciado me sentiré en una tierra en que no hay huellas de ti...

Ella murmuró tiernamente:

—No serás tú el único en sentirse solo.

Abbas se volvió hacia ella, emocionado por lo que acababa de escuchar. Le tomó la mano y se la llevó al corazón.

—¿De verdad? —preguntó suspirando.

Hamida sonrió dulcemente y sus ojos brillaron a la luz de las tiendas iluminadas. Entonces, él perdió conciencia de donde estaba, atento sólo al rostro de la muchacha.

—¡Qué hermosa eres! —murmuró—. ¡Qué tierna! ¡Qué dulce! Así es el amor. Hermoso y tierno. Sin él, el mundo no vale nada.

La chica no supo qué decir y se refugió en el silencio. Las palabras de Abbas le supieron a gloria y los dos se sintieron embriagados de dulzura. Ella no se hubiera cansado nunca de escucharlo. Abbas prosiguió, ebrio de felicidad:

—Esto es el amor. Es nuestro único tesoro. Con él nada puede faltarnos. Es la alegría de estar juntos, la tristeza de separarnos, es una vida dentro de otra vida que es más que la misma vida. —Se calló un instante y luego

añadió—: Me marcho en nombre del amor. Gracias a él volveré cuando haya ganado mucho dinero.

La chica, dijo sin pensar:

—Esperemos que sea mucho, con la ayuda de Dios.

—Con la ayuda de Dios y la bendición de Hussain. ¡Cómo te envidiarán las otras chicas!

Hamida sonrió.

—¡Qué agradable es todo esto! —dijo.

Habían llegado al final de la calle sin darse cuenta. Se rieron los dos al percatarse de ello y dieron la vuelta. Sintieron que la separación se acercaba. Abbas pensó que tenía que despedirse de ella y dejarla. Había disminuido su alegría y comenzó a sentir tristeza. A mitad del camino, le preguntó apasionadamente:

—¿Dónde nos despediremos?

La chica comprendió lo que quería decir y se turbó.

—¿Por qué no aquí? —preguntó.

Pero él se rebeló diciendo:

—No puedo dejarte así, bruscamente...

—¿Dónde, entonces?

—Adelántate y espérame en la escalera de tu casa.

Ella apresuró el paso y él la siguió lentamente. Cuando llegó al callejón, las tiendas ya habían cerrado. Continuó sin vacilar hasta el inmueble de la señora Saniya Afify. Subió la escalera con tiento, porque estaba totalmente a oscuras. Subió sin atreverse ni a respirar apoyándose con una mano en la barandilla y palpando con la otra las tinieblas. En el segundo rellano sus dedos toparon con un pliegue de velo. El corazón le comenzó a latir violentamente y por sus venas se desató el deseo que durante tanto tiempo había contenido. La cogió del brazo y la atrajo hacia sí con dulzura, luego la abrazó, apretándola fuertemente contra el pecho. La buscó con la boca. Lo primero que encontró fue su nariz, descendió un poco hasta dar con sus labios entreabiertos. Se sintió transportado por una ola de amor de la que no se libró hasta que ella no se apartó de él, deshaciéndose de sus brazos, para reemprender la subida de la escalera.

—Adiós —le susurró Abbas.

Hamida jamás había sentido una emoción tan intensa como aquella. En un minuto había experimentado toda una vida de emociones, de sentimientos y de pasión. Se marchó convencida de que su existencia estaba ligada eternamente a la de él.

Aquella misma noche, Abbas fue a visitar a Umm Hamida para despedirse. Después fue al café, con su amigo Hussain Kirsha, con el que

pasó su última velada en el callejón. Hussain exultaba de satisfacción al ver que sus consejos habían sido tomados en serio. Con voz desafiante le decía a su amigo:

—Deja esta vida sórdida y aprovéchate de la vida verdadera.

Abbas sonrió. No le había dicho nada de la melancolía que sentía ante la idea de abandonar el callejón y de separarse de la muchacha a la que amaba. Estaba sentado en medio del grupo de los más allegados, secretamente turbado, escuchando las palabras de despedida y los buenos consejos. Radwan Hussainy le había dado su bendición y había elevado una larga plegaria para él. Además, le había dado el siguiente consejo:

—Ahorra todo lo que puedas. Evita los gastos inútiles, el vino y la carne de cerdo. Y no te olvides de que eres hijos del callejón de Midaq al que un día has de regresar.

El doctor Booshy le dijo riendo:

—Volverás rico, si Dios quiere. Y te harás arrancar la dentadura podrida para ponerte una de oro.

Abbas sonrió. Sentía un especial agradecimiento por el doctor que había hecho de mensajero entre él y Umm Hamida. Además, él le había vendido, a un buen precio, el material de la barbería por lo que ahora contaba con una cantidad para el viaje.

El tío Kamil no decía nada, embargado de angustia al comprender que perdía la compañía de su amigo. No sabía cómo iba a soportar la soledad, después de la partida del chico con el que había compartido la vida tantos años, y al que amaba como a su propia carne. Cada vez que alguien decía algo bueno de Abbas o se lamentaba de su marcha, se le llenaban los ojos de lágrimas provocando la risa de los demás.

El jeque Darwish recitó el versículo del «Trono» del *Corán* y comentó:

—A partir de ahora eres soldado voluntario de las fuerzas armadas británicas. Si demuestras que eres valiente, es posible que el rey de Inglaterra te de un pequeño reino y te nombre vicerrey. Que en inglés se dice *viceroj* y se escribe V-I-C-E-R-O-Y.

La mañana siguiente, Abbas salió de su casa temprano con el hatillo de la ropa. El aire era fresco y húmedo. En el callejón dormían todavía todos, excepto la panadera y Sanker, el mozo del café. Abbas levantó la cabeza hacia la ventana santa y la vio herméticamente cerrada. Se despidió de ella con una tierna mirada. Luego se puso a caminar sin prisas, con la cabeza gacha. Al llegar delante de su barbería, la miró suspirando. Sus

ojos se posaron un instante sobre el nuevo rótulo que decía: «Se alquila». Se le encogió el corazón y le entraron ganas de echarse a llorar.

Apretó el paso para huir de sus sentimientos. Al llegar al cruce con la otra calle, tuvo la sensación de que el corazón intentaba saltar del cuerpo y quedarse en el callejón.

Era Hussain Kirsha el que había convencido a Abbas de la excelente idea de entrar a servir en el ejército británico. Al poco de haber partido el joven para Tell el-Kebir, y de haber dejado un vacío en el callejón (la barbería había sido retomada por un viejo), Hussain no pudo más y estalló en rebeldía, lleno de odio hacia el callejón y sus habitantes. Ciertamente que hacía ya tiempo que sentía tal aversión y que hablaba de comenzar una nueva vida. Pero nunca había tomado la firme decisión de convertir el sueño en realidad. Hasta el día en que vio partir a Abbas. Aquel día reventó. Le pareció insoportablemente duro ver como Abbas cambiaba de vida, alejándose de aquel inmundo callejón, mientras que él, Hussain, permanecía allí, incapaz de romper de una vez. En aquel momento decidió partir, al precio que fuera, y con su acostumbrada brutalidad, le espetó un buen día a su madre:

—Escúchame. He tomado una decisión que nadie me hará cambiar. Encuentro la vida aquí insufrible y no veo por qué he de continuar soportándola.

Umm Hussain estaba habituada a los ataques de irascibilidad de su hijo, ya que más de una vez le había oído denostar al callejón y a los vecinos, que ella se tomaba, como en el caso del padre, como ataques de mal humor de un infeliz, del que no valía la pena hacer caso. De modo que no se dignó contestar, limitándose a refunfuñar:

—¡Señor! ¡Qué vida ésta!

Pero Hussain, con los ojos echando chispas en su rostro sombrío, volvió a la carga:

—Estoy harto de esta vida. Yo ya no aguanto más.

La mujer era de las que no pueden guardar silencio por mucho rato ante la agitación ajena. De pronto se le agotó la paciencia y, con voz que a las claras demostraba de dónde había sacado el hijo la suya, le preguntó:

—¿Qué te pasa ahora? ¿Qué mosca te ha picado, desgraciado?

El joven contestó desdeñosamente:

—Tengo que salir de este callejón ahora mismo.

Ella lo miró, encolerizada:

—¿Estás loco, hijo de loco? —le gritó.

Hussain se cruzó de brazos y dijo:

—Al contrario, he recuperado la razón después de largo tiempo de estar loco. A ver si me entiendes. No hablo por hablar, sé lo que me digo. Ya he recogido la ropa y sólo me falta encomendarme a Dios. ¡Una casa sórdida, un callejón maloliente, una gente como bestias!

Ella le miró inquisitivamente, tratando de leer en sus ojos. En ellos detectó una expresión resuelta que la alarmó:

—Pero ¿qué dices? —exclamó.

A lo que él repitió, como hablándose a sí mismo:

—Una casa sórdida, un callejón maloliente, una gente como bestias.

La mujer meneó la cabeza y dijo en tono de burla:

—¡Hola, hijo de gran señor, hijo del pacha Kirsha!

—Kirsha, el negro como el carbón. Kirsha el hazmerreír de todo el mundo. ¡Qué asco! ¿Acaso no sabes que el escándalo de nuestra familia es tema de las habladurías de todo el barrio? Vaya adonde vaya noto que me señalan. La gente dice: su hija se fugó con un hombre, su padre se fugará con otro. —Dio una patada contra el suelo con tanta fuerza que temblaron los cristales y, fuera de sí, gritó—: ¿Qué me obliga a continuar viviendo así? Voy a por la ropa y me largo.

La mujer se golpeó el pecho con la mano y dijo:

—¡Dios mío, estás loco! El condenado fumador de hachís te ha contagiado su locura. Pero voy a llamarlo para que te haga entrar en razón.

Entonces, Hussain exclamó, en tono desdeñoso:

—Llámalo si quieres. Llama a mi padre. Por mí, puedes llamar al Profeta en persona, yo me largo...

Al comprobar que lo decía en serio, que estaba decidido a irse, la mujer entró en la habitación y vio el gran paquete de la ropa. Entonces le dio un ataque de desesperación y decidió ir en busca de su esposo, sin pensar en las consecuencias. Su hijo era el único consuelo de su vida y no podía imaginarse vivir sin él en la casa. Esperaba incluso poder tenerlo a su lado cuando se casara. Incapaz de sobreponerse a la desesperación que la embargaba, mandó llamar a su esposo, entre gritos y gemidos.

—¿Por qué nos envidiará la gente? ¿Serán capaces de envidiar nuestras desgracias? ¿Nuestra miseria?

Kirsha no tardó en aparecer, con cara de pocos amigos. Inmediatamente comenzó a regañar a su mujer:

—¿Qué quieres ahora? ¿Armar otro escándalo? ¿Me habrás visto servir el té a otro cliente?

La mujer dijo, azotando el aire con la mano:

—¡Tu hijo! ¡La desgraciada conducta de tu hijo! Deténlo antes de que se vaya. Yo no puedo más.

Kirsha se golpeó la palma de la mano con el puño y dijo, presa de furia:

—¿Por eso me obligas a abandonar el trabajo? ¿Por eso me haces subir cien peldaños? ¡Hijo de perra! ¿Por qué castigará el gobierno a los que

matan a gente como ésa? —Lanzó indignadas miradas a la madre y al hijo, alternativamente, y prosiguió—: Es la prueba que me manda Dios como castigo. ¿Qué dice tu madre?

Hussain guardó silencio. Su madre tomó de nuevo la palabra, con toda la calma de que fue capaz:

—Tranquilízate, hombre. Nos encontramos en un momento en que lo que nos hace falta es tu buen sentido, no tu cólera. Ya ha hecho el hatillo de la ropa y quiere irse.

Sin saber si creérselo o no, el hombre lanzó una mirada irritada a Hussain y dijo, a modo de pregunta:

—¡Estás loco, hijo de vieja!

La mujer se había puesto muy nerviosa y no pudo contenerse:

—Te he llamado para que le hagas entrar en razón, no para que me insultes.

Su esposo la miró, furioso:

—Si no fuera por tu chifladura congénita, tu hijo no estaría loco.

—Que Dios te perdone. Bueno, yo estaré loca, seré hija de locos. Deja eso ahora y pregúntale qué intenciones tiene.

El hombre miró con dureza a su hijo y le preguntó, con voz que más pareció un rugido:

—¿Por qué no dices nada, hijo de vieja? ¿De veras te quieres marchar?

Normalmente el hijo evitaba los roces con su padre, excepto en las ocasiones en que era inevitable. Aquella vez estaba firmemente resuelto a cambiar de vida, pasara lo que pasase. No estaba dispuesto a ceder porque, en su opinión, la cuestión de si debía permanecer en la casa o no, sólo le concernía a él. De manera que con voz tranquila y decidida, dijo:

—Sí, padre.

El viejo, procurando controlar la furia, preguntó:

—¿Y por qué?

El joven se paró un instante a reflexionar y contestó:

—Quiero cambiar de vida.

El padre se tomó el mentón con la mano y levantó la cabeza con un gesto irónico:

—Comprendo..., comprendo. Quieres llevar una vida más a la altura de tu nuevo rango: un perro como tú, que se crió en la miseria, enloquece cuando siente que tiene el bolsillo lleno. Y claro, ahora ganas moneda inglesa. Es natural que quieras cambiar de vida, que te apetezca una vida de más postín. ¡Cónsul de gansos!

Hussain dominó la indignación que sentía y dijo:

—Nunca he sido un perro hambriento, porque me he criado en tu casa, en la que, gracias a Dios, no se pasa hambre. Ocurre sencillamente que quiero cambiar de vida. Es mi derecho y nadie me lo puede discutir. No tienes motivo para enfadarte.

Kirsha estaba desconcertado. En el fondo no comprendía qué quería su hijo. Le habían dejado en total libertad de ir y venir a sus anchas, jamás le preguntaban qué hacía. ¿Por qué querría irse a vivir por su cuenta? A pesar de las diferencias entre ambos, el padre amaba a su hijo, aunque era un amor sumergido bajo frecuentes arrebatos de cólera y de insultos. De hecho se había olvidado de que lo amaba. E incluso entonces, en el momento en que su hijo único le anunció su intención de marchar, la cólera y el rencor encubrieron el afecto que le inspiraba. En la partida del joven no vio más que provocación y voluntad de herirlo. Por lo tanto, en tono amargamente sarcástico, le dijo:

—Tienes dinero en el bolsillo y nadie te puede impedir que te lo gastes como te dé la gana. Enriquece si quieres a los comerciantes de vino, de hachís y de mujeres. ¿Cuándo hemos osado pedirte un céntimo?

—Nunca..., ya lo sé. No me quejo de eso.

Kirsha prosiguió en el mismo tono:

—Ni tu madre, a pesar de su rapacidad, no te ha pedido nunca nada.

Hussain, incómodo, refunfuñó:

—Ya te he dicho que no me quejo de eso. Quiero cambiar de vida, eso es todo. Muchos de mis amigos tienen luz eléctrica en sus casas.

—¡Luz eléctrica! ¿Por la luz eléctrica te marchas de casa? Gracias a Dios, bastante electricidad tenemos con los escándalos que nos arma tu madre.

Entonces la mujer rompió en gemidos:

—¡Qué injusticia, Dios mío! ¡Qué martirio!

Hussain prosiguió:

—Todos mis compañeros han comenzado una nueva vida. Todos se han convertido en *gentlemen*, como dicen los ingleses.

Kirsha abrió la boca, mostrando la dentadura de oro.

—¿Qué dices?

El joven hizo una mueca y guardó silencio.

—¿«Gelman» has dicho? —prosiguió Kirsha—. ¿Y eso qué es? ¿Un nuevo tipo de hachís?

Entonces Hussain dijo, cargándose de paciencia:

—Quiero decir personas correctas, limpias.

—Con lo sucio que eres no podrás transformarte en una persona limpia... ¡En un «gelman»!

Hussain a duras penas consiguió contener su ira:

—Padre, quiero cambiar de vida. Es así de sencillo. Quiero casarme con una chica de buena familia.

—¿Con la hija de un «gelman»?

—Con la hija de una familia de clase elevada.

—¿Y por qué no te casas con una hija de perro, como hizo tu padre?

Umm Hussain volvió a gemir al oír el insulto.

—¡Dios ten piedad de mi padre que era un sabio! —dijo.

Kirsha la miró sombríamente.

—¡Un sabio! ¡Rezaba en los entierros! ¡Recitaba medio *Corán* por cuatro céntimos!

La mujer contestó, herida:

—Se sabía de memoria la palabra de Dios. ¡Basta!

El viejo le dio la espalda y volvió a dirigirse a su hijo, al que preguntó con voz terrible:

—Ya hemos hablado bastante. No quiero perder más tiempo con locos.

¿De verdad quieres irte de casa?

Hussain se armó de valor y respondió:

-Sí.

Su padre se lo quedó mirando un rato, hasta que, de pronto, presa de furia, le pegó en la cara. El joven no pudo evitar el bofetón, que encajó muy mal.

Se alejó gritando:

—¡No me pegues, no me toques! ¡A partir de hoy no volverás a verme!

Su padre se abalanzó sobre él, pero la mujer, desesperada, se interpuso entre los dos, recibiendo ella los golpes del viejo, en el pecho y en la cara. Kirsha se detuvo sin dejar de gritar:

—¡Desaparece y que no te vea más, perro! ¡No vuelvas a poner los pies en esta casa! ¡A partir de hoy te daré por muerto y en el infierno!

El joven entró corriendo a su habitación, cogió el paquete de la ropa y se lanzó escalera abajo. Recorrió todo el callejón sin mirar atrás ni una sola vez. Al llegar a la calle Sanadiqiya, escupió violentamente en el suelo. Con voz temblorosa de ira, gritó:

—¡Que Dios maldiga el callejón y a todos los que viven en él!

La señora Saniya Afify oyó que llamaban a la puerta. Fue a abrir y tuvo una gran alegría al ver ante sí la cara picada de viruela de Umm Hamida.

—¡Bienvenida! ¡Pase, pase, queridísima amiga!

Las dos mujeres se besaron con cariño, o por lo menos lo fingieron, y la señora Afify condujo a su vecina al salón, a la vez que mandaba a la criada que les hiciera té. Se sentaron juntas en un pequeño sofá. La señora Afify sacó dos cigarrillos de una cajetilla y ambas se pusieron alegremente a fumar.

Desde el día en que Umm Hamida le prometió encontrarle marido, la señora Afify vivió consumida por la impaciencia. Sorprendía que, después de tantos años de vivir sola, no pudiera esperar con calma unas semanas más. Había repetido sus visitas a la casamentera y ésta la había tenido al corriente de la marcha del asunto, que según ella prometía tener muy buen fin. Pero la señora Afify había comenzado a sospechar que la otra lo alargaba expresamente para poderla explotar mejor, a pesar de la generosidad que ya le había demostrado.

No solamente no le cobraba el alquiler, sino que le había dado varios cupones de queroseno y de tela, y había encargado al tío Kamil que le llevara una fuente de dulces. En esas Umm Hamida le había dado la nueva del noviazgo de su hija con Abbas. Ella había fingido alegrarse, pese al temor de verse obligada a contribuir al ajuar de la muchacha, antes de poder ocuparse del suyo. La verdad era que Umm Hamida le inspiraba una mezcla de simpatía y miedo.

La conversación entre las dos mujeres desembocó en Abbas, del que la señora Afify se apresuró a decir:

—¡Qué chico más bueno! Estoy segura de que Dios le ayudará a salir adelante para poder dar una vida feliz a su joven esposa.

Umm Hamida sonrió y dijo:

—Pues ya que hablamos de eso, he de anunciarle que he venido a pedir su mano.

El corazón de la señora Afify se puso a latir violentamente al acordarse, súbitamente, de que ya había presentido que aquella visita iba a traerle algo especial. Se sonrojó y se sintió rejuvenecer, como si la sangre se le hubiera renovado en las venas. Sin embargo, hizo un esfuerzo por disimular.

—¡No me haga sonrojar! —exclamó simulando pudor—. ¡Qué cosas dice, Umm Hamida!

La casamentera sonrió con expresión triunfal y satisfecha.

—Pues sí, he venido a pedir su mano —repitió.

—¿De veras? Recuerdo que hablamos de ello, pero no deja de sorprenderme. Me hace sonrojar.

Umm Hamida decidió seguirle la corriente y dijo:

—Dios la guarde de su sonrojo si no tiene nada que reprocharse. Se casará según la ley divina y la tradición del Profeta.

La señora Afify suspiró, como obligada a aceptar lo irremediable. Aquel «se casará» le sonó a gloria.

Umm Hamida lanzó una bocanada de humo, levantó la cabeza y anunció:

—Es un funcionario...

La señora Afify se quedó estupefacta y miró con incredulidad a su amiga. ¡Un funcionario! Los funcionarios escaseaban, sobre todo en el callejón de Midaq, en que no parecía que hubiera ninguno. Preguntó:

—¿Un funcionario?

—Sí, un funcionario.

—¿Del gobierno?

—Del gobierno.

Umm Hamida se calló unos instantes para saborear mejor su triunfo. Después añadió:

—Del gobierno. Trabaja en el departamento de la policía.

—¿En la policía? Pero si sólo hay oficiales y solda dos.

Umm Hamida la miró protectoramente:

—También hay funcionarios. Sé lo que digo. Conozco el gobierno, los empleos y el escalafón de sueldos. Es mi oficio.

Entonces la señora Afify exclamó, sin salir de su sorpresa:

—¡Es un señor! ¡Con traje!

—Un señor que lleva americana, pantalón, fez y zapatos.

—Que Dios la colme de bendiciones, señora Umm Hamida.

—Sé escoger como es debido. Conozco lo que valen mis hombres y en qué grado del escalafón se encuentran. Para usted no me hubiera contentado con uno inferior al grado noveno.

—¿El grado noveno?

—Cada funcionario tiene un grado. El noveno es uno de ellos. Hay otros ¿sabe usted?

Entonces, con los ojos brillantes, la señora Afify dijo:

—¡Qué buena amiga es usted!

Umm Hamida siguió, con voz llena de confianza y satisfacción:

—Trabaja en una gran oficina, con las paredes cubiertas de estanterías llenas de papeles. No paran de tomar café. Y entra gente a presentar

instancias o a preguntar algo. Él riñe, insulta. Los soldados lo saludan y los oficiales lo respetan.

La señora Afify sonrió a la vez que sus ojos cobraban una expresión ensoñadora. Pero Umm Hamida continuó hablando:

—Su sueldo son diez libras, exactamente.

La señora Afify la creyó y con un suspiro, repitió:

—¡Diez libras!

—Esto no es más que una pequeña parte de lo que realmente gana. Un funcionario puede llegar a ganar, si es hábil, el doble de esta cantidad. Además, cobran suplementos por el coste de vida, de matrimonio, hijos...

Al oír eso, la señora Afify soltó una risita nerviosa:

—Dios me perdone, Umm Hamida, pero no veo qué tengo yo que ver con un suplemento para los hijos.

—Para Dios nada es imposible.

—Al que alabamos, agradecidas en todo momento.

—Me olvidé de decirle que tiene treinta años. La señora Afify gritó horrorizada:

—¡Válgame Dios! ¡Yo tengo diez años más que él!

A Umm Hamida no se le escapó el hecho de que la señora Afify se quitaba diez años. No obstante, la regañó diciendo:

—Todavía es usted joven, señora Afify. Yo le he dicho que estaba usted en los cuarenta y a él no le ha importado, al contrario.

—¿Lo dice de veras? ¿Cómo se llama?

—Ahmad Effendi Talbat. Es hijo de Hajjy Talbat Issa, dueño de una tienda de ultramarinos en Umm Ghalam. Es de buena familia y su linaje descende del mismo Señor Hussain.

—Muy buena familia, pues. Como usted sabe, yo también provengo de la nobleza.

—Sí, ya lo sé. Es el tipo de persona que sólo se trata con lo mejor de lo mejor. Por eso todavía no se ha casado. Las chicas modernas no le gustan, las encuentra poco pudorosas. Se puso muy contento cuando me oyó hablar de usted, de su estilo de vida y de su virtud, y de que era rica y noble. Pero me ha pedido una cosa que es perfectamente correcta, quiere una foto de usted.

El delgado rostro de la señora Afify subió de color.

—Hace mucho tiempo que no me han hecho una foto —dijo con aprensión.

—¿No tiene una foto antigua?

En silencio señaló una fotografía que estaba sobre una mesa colocada en medio de la habitación. Umm Hamida se inclinó hacia adelante, la tomó y

se puso a examinarla atentamente. Era una foto de hacía seis años, de una época en que la señora Afify estaba mucho menos flaca. Umm Hamida comparó la foto con la figura de carne y hueso y dijo, en tono decidido:

—Exactamente igual al original. Parece de ayer mismo.

A lo que la señora Afify contestó con voz temblorosa:

—Que Dios la colme de bendiciones...

Umm Hamida se metió la foto enmarcada en el bolsillo, encendió otro cigarrillo y dijo en tono serio:

—Hablamos un largo rato y pude descubrir muchas de las cosas que espera de usted.

La señora Afify la miró, por primera vez, con aire circunspecto. Esperó a que reanudara el discurso, pero al ver que el silencio se prolongaba, preguntó con una inerte sonrisa:

—¿Qué espera de mí?

¿De verdad no lo sabía? ¿Creía que iba a casarse con ella por su cara bonita? Umm Hamida se irritó un poco, pero conservó la calma y dijo en voz baja:

—Supongo que no tendrá inconveniente en preparar el ajuar usted sola...

La señora Afify lo entendió en seguida: el hombre no quería contribuir a la dote y deseaba que ella sola se ocupara del ajuar. En realidad ya se lo esperaba. Desde el instante en que reconoció que deseaba volver a casarse, sospechó que las cosas serían así. La propia Umm Hamida se lo había dicho, a medias, y a ella jamás se le ocurrió poner ninguna objeción. Por lo tanto se limitó a decir, con tono sumiso:

—Que Dios nos asista.

Umm Hamida sonrió y dijo:

—Pidamos a Dios que todo salga bien y que sean felices.

Se levantó, dispuesta a partir, y las dos mujeres se besaron efusivamente. La señora Afify salió con ella al rellano, en el que permaneció unos momentos, apoyada en la baranda de la escalera, viendo como Umm Hamida bajaba hasta su piso. Antes de que ésta desapareciera de su vista, le gritó:

—¡Muchas gracias! ¡Un beso para Hamida!

Después volvió a meterse en su piso, con el ánimo rejuvenecido por la nueva esperanza. Se sentó y pasó mentalmente revisión al diálogo que acababa de tener con la casamentera. La señora Afify era un poco avara, pero no dejaba que la avaricia se interpusiera en su dicha. Desde hacía años el dinero había obrado de consuelo en su soledad, tanto el dinero que tenía ahorrado en el banco, como los fajos guardados en la caja del

ropero. Sin embargo, el dinero no podía reemplazar al hombre que, por la gracia de Dios, sería su marido. «¿Le gustará la foto?», se preguntó. Inmediatamente se sonrojó y notó cómo se le subía el calor a la cara. Se levantó y fue a mirarse al espejo. Giró la cara a izquierda y derecha, buscando el ángulo que más le favorecía, y una vez encontrado, permaneció inmóvil contemplándose. Una expresión satisfecha asomó a sus ojos y murmuró, con esperanza:

—Que Dios me cubra con su manto.

Volvió a sentarse, diciéndose: «El dinero tapa los defectos». ¿No le había dicho Umm Hamida que era rica? Claro que lo era. Y cincuenta años no era edad para desesperar: todavía tenía diez años de vida en perspectiva. Y cuántas mujeres de sesenta años vivían todavía felices, si conservaban la salud. Además, el matrimonio revitalizaba los huesos y desentumecía el cuerpo.

De pronto una inoportuna idea atajó sus agradables reflexiones. Frunció el ceño y se preguntó con irritación: «¿Qué dirá la gente mañana?». De sobra lo sabía. La primera en hablar será la misma Umm Hamida. Dirán que una mujer de cincuenta años se casa con un hombre que podría ser su hijo, y comentarán sobre el dinero que arregla los desperfectos de los años. Y seguramente dirán más cosas que ella no podía ni imaginarse. Allá ellos. ¿No habían hablado mal de ella durante su viudez? Se encogió de hombros desdeñosamente. Luego rogó a Dios intensamente.

—¡Dios mío! ¡Guárdame del mal de ojo!

Entonces se le ocurrió una idea que le pareció muy oportuna y que se propuso poner en práctica lo antes posible. Iría a ver a la vieja Rabah, la que vivía en la Puerta Verde, para que le dijera la buenaventura. Le pediría unos cuantos amuletos. En la situación en que se encontraba, no estaría de más contar con un velo mágico o un incensario protector.

—¿Qué veo? ¡Un hombre perfectamente respetable!

El que hablaba era Zaita y su interlocutor un viejo de porte agradable y digno, plantado delante de él con aspecto humilde y sumiso. Era alto y delgado, y llevaba una *galabieh* deshilachada que, sin embargo, nada restaba a la dignidad de su aspecto. Su cabeza era grande, el cabello blanco, el rostro alargado, los ojos tranquilos y llenos de humildad. De su aire digno y su buen porte se hubiera podido deducir que era un militar retirado. Zaita lo inspeccionó, atónito, pacientemente, a la mortecina luz de la lámpara. Al poco rato volvió a decir:

—Eres un hombre verdaderamente digno. ¿Por qué quieres hacerte mendigo?

—Ya lo soy —contestó el hombre con voz serena—. Pero no gano nada.

Zaita tosió, escupió y se frotó la boca con la manga negra de la *galabieh*.

—Eres demasiado débil para aguantar presión en los miembros. De hecho, pasados los veinte años, no es re comendable hacerse una deformación postiza, porque las postizas hacen tanto daño como las auténticas. Mien tras los huesos son tiernos, hay garantía de que la deformidad dure. Pero tú eres todo un viejo. ¿Qué podría ha cer por ti?

Zaita reflexionó un momento. Abrió la boca y sacó la punta de la lengua varias veces como una serpiente, tal como solía hacer siempre que reflexionaba. De pronto le brillaron los ojos y exclamó:

—¡La dignidad es la mejor deformación de todas!

El otro lo miró con perplejidad y le preguntó:

—¿Qué quieres decir, reverendo?

El rostro de Zaita tomó una expresión encolerizada.

—¿Reverendo? —gritó—. ¿Quién te ha dicho que me dedico a rezar en los entierros?

El viejo pareció sorprenderse ante tal ataque de cólera. Extendió las manos hacia adelante con gesto de pedir perdón.

—¡Dios me libre! —dijo con voz entrecortada—. Mi intención era halagarte.

Zaita escupió dos veces al suelo y dijo, con voz arrogante:

—Los mejores médicos del país serían incapaces de hacer lo que yo hago. Por si no lo sabías, hacer una deformación falsa es mucho más difícil que hacer una auténtica. Deformarte a ti sería más fácil que escupirte a la cara.

Entonces el otro, con exagerada cortesía, le dijo:

—No te ofendas, te lo ruego. Dios es misericordioso.

La cólera de Zaita disminuyó. Lanzó una mirada incisiva al viejo y con voz en la que todavía se detectaba algo de la anterior aspereza le dijo:

—Como te he dicho, la dignidad es la mejor de las deformidades...

—¿Qué quieres decir, maestro?

—Con la dignidad conseguirás lo que quieras. Serás un mendigo fuera de serie.

—¿Con la dignidad, maestro?

Zaita metió la mano dentro de un pote que había sobre el estante. Sacó una colilla que encendió con la llama de la lámpara. Entornó los ojos aspirando una bocanada de humo y prosiguió:

—A ti no te conviene ser deforme. Al contrario, tú lo que tienes que hacer es mejorar el aspecto. Lávate la *galabieh*, busca un fez un poco usado y ponte a caminar con el porte digno, humildemente. Acércate tímidamente a los clientes de un café y tiende la mano en silencio. Habla con los ojos. Algo sabrás del lenguaje de los ojos, ¿verdad? Te mirarán con sorpresa. La gente dirá: «Este hombre debe de haber valido mucho». Dirán: «No es un mendigo profesional». ¿Comprendes ahora lo que quiero decir? Con tu dignidad, ganarás tres veces más que los otros con sus deformidades.

Le ordenó que ensayara los gestos mientras él lo observaba fumando la colilla. Después reflexionó un momento y dijo, frunciendo el ceño:

—Ahora no te figures que puedes escatimarme el sueldo, bajo el pretexto de que no te he hecho ninguna deformidad. Eres libre de hacer lo que quieras, pero desgraciado de ti si te atreves a salir del barrio.

El hombre hizo un gesto de horror y dijo:

—Dios me libre de traicionar a mi bienhechor.

Y con estas palabras se acabó la entrevista. Zaita acompañó al hombre hasta la calle y, al volver a su cuartucho, se dio cuenta de que la panadera estaba sola, de cuclillas sobre una estera. A Zaita le agradaba intercambiar unas palabras con la mujer, en parte porque le interesaba estar bien con ella y en parte, también, para tener una oportunidad de expresar la secreta admiración que sentía por ella.

—¿Has visto al hombre que acaba de salir? —le preguntó.

La panadera contestó con indiferencia:

—Otro que quería ser lisiado, ¿no?

Zaita se echó a reír y le contó toda la historia. La mujer se rió con él, maldiciéndole por sus diabólicas ocurrencias. Entonces, él avanzó unos pasos hacia la pequeña puerta de su cuartucho, pero al llegar al umbral se detuvo.

—¿Dónde está Jaada? —preguntó.

—En los baños —contestó la mujer.

La primera reacción de Zaita fue creer que la mujer le tomaba el pelo, porque la suciedad de Jaada era algo proverbial. Pero al volverla a mirar, comprendió que lo había dicho en serio. Comprendió que Jaada realmente había ido a los baños de Jamaliya, cosa que acostumbraba a hacer un par de veces al año, y que, por lo tanto, no volvería hasta la medianoche. Entonces se le ocurrió que podía sentarse a charlar un rato con la panadera, aprovechando la ocasión de que acababa de hacerla reír. Se sentó en el umbral de la puerta del cuartucho, apoyando la espalda contra el batiente y estirando sus negras piernas como dos palos de carbón, sin hacer caso de la sorpresa y la desaprobación con que lo miró la panadera. La mujer acostumbraba a ignorarlo como hacían los otros vecinos, fuera del saludo que difícilmente podía negarle cuando lo veía entrar y salir del cuartucho. Jamás se le había ocurrido cambiar la naturaleza de la relación que tenía con él, ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de que él estuviera al corriente de todos los detalles de su vida íntima. De hecho, Zaita había encontrado un agujero en el muro entre su cuarto y el horno por el que espiar y satisfacer su sed de *voyeur* y de soñador lascivo.

Con el tiempo la llegó a conocer íntimamente, como a alguien de su familia: la observaba a cualquier hora, cuando trabajaba y durante las horas de reposo, aunque el mayor placer lo sentía cuando la veía moler a palos al panadero, cosa que hacía con la excusa del más mínimo pecadillo. Jaada cometía varios durante el día, de manera que a diario era castigado por ella. De hecho los palos eran parte de la vida cotidiana de la pareja. A veces los recibía silenciosamente, otras gritando y gimiendo. Era frecuente que se le quemara un pan durante la cocción, o que robara uno para comérselo en secreto; de vez en cuando incluso hacía trampas con el cambio de los panes que repartía por las casas y se compraba un dulce. Este tipo de cosas las hacía todos los días, sin haber aprendido, no obstante, la manera de que pasaran desapercibidas, ni de evitar las duras consecuencias.

Zaita se asombraba ante la servidumbre y estupidez de aquel hombre, aunque lo verdaderamente sorprendente era que, además, lo encontrara feo y sucio y se zafara de su apariencia, de sus piernas y brazos desmesuradamente largos y de la mandíbula salida. Zaita lo detestaba y le envidiaba el hecho de que pudiera gozar con su mujer, a la que él no dejaba de admirar y desear. Más de una vez había soñado con arrojar a Jaada dentro del horno. No es de extrañar, por lo tanto, que Zaita aprovechara la oportunidad de la ausencia del panadero para pararse a charlar un rato con Husniya.

Ésta, desenvuelta como de costumbre, le espetó con voz grosera:

—¿A qué viene ahora sentarse así?

Zaita se dijo a sí mismo: «¡Oh, Dios! ¡Aparta de mí tu cólera!».

Luego miró a la panadera y con tono muy amable le dijo:

—Soy tu huésped, patrona. A los huéspedes hay que tratarlos con deferencia.

La mujer replicó hoscamente:

—¿Por qué no te metes en tu agujero y me ahorras el espectáculo de tu fea cara?

Pero Zaita contestó con delicadeza y con una risa que puso al descubierto su horrible dentadura:

—No puedo pasarme la vida entre mendigos, basura y gusanos. De vez en cuando necesito ver espectáculos más alegres y estar en compañía de personas más nobles.

—¿Quieres decir con eso que hemos de aguantar que nos inflijas el repugnante espectáculo de tu cuerpo maloliente? ¡Uf! ¡Métete de una vez en tu agujero y no te olvides de cerrar bien la puerta!

Zaita dijo entonces con malicia:

—Y sin embargo hay espectáculos todavía más repugnantes.

Ella comprendió en seguida que aludía a su marido. Su cara se ensombreció y con voz amenazante le preguntó:

—¿De quién hablas, gusano?

El otro contestó, sin arredrarse:

—Me refiero a nuestro hermano Jaada.. Ella lo atajó con un terrible grito:

—¡Cuidado, hijo de perra, que te parto la cara!

El hombre tomó conciencia del peligro que corría y dijo, implorando indulgencia:

—Ya te he dicho que era tu huésped. A los huéspedes no se les pega. Además, si me he atrevido a hablar mal de Jaada ha sido después de constatar el menosprecio que te inspira. Te he visto pegarle a la más mínima falta...

—¡Una sola uña de Jaada vale más que tu cuello!

A lo que Zaita protestó:

—Una uña tuya vale mil cuellos míos. Pero en cuanto a Jaada...

—¿Te crees que vales más que Jaada?

Una expresión de despecho apareció en el rostro de Zaita, el cual quedó boquiabierto, no solamente porque estaba convencido de que valía mil veces más que Jaada, sino porque el simple hecho de que lo compararan con él, lo consideraba como un insulto inaudito. ¿Cómo podía nadie compararlo, a él, hombre poderoso y autoridad internacional en su oficio,

con un bruto infeliz carente del más mínimo vestigio de cultura en su carácter o personalidad?

—¿Qué opinas tú, Husniya? —preguntó con sor presa.

A lo que la mujer replicó, desafiante y despreciativamente:

—Opino que una sola de sus uñas vale más que tu cuello.

—¿Qué? ¿Ese animal?

Ella gritó:

—¡Cara de diablo! No es un cualquiera.

—¿Ese infeliz que tratas como a un perro callejero?

La mujer se dio cuenta de que hablaba llevado por la ira y los celos y la cosa le hizo gracia. Por eso se abstuvo de pegarle, como había estado a punto de hacer, y con la intención de provocar un poco más sus celos, le dijo:

—Es una cosa que tú no puedes comprender. De envidia deberías morir a cada golpe que recibe...

Furioso, Zaita dijo:

—A lo que parece no alcanzo a comprender el honor de tus golpes...

—¡Es un honor al que tú no puedes aspirar, gusano!

Zaita se quedó un largo rato reflexionando. ¿De veras le gustaba la compañía de aquel animal? Hacía tiempo que se lo preguntaba, incapaz de creerlo posible. La mujer había dicho todo aquello para defenderlo, porque, al fin y al cabo, era su marido, pero seguramente había gato encerrado en ello. Miró de reojo sus carnes bien puestas, y aumentó su obstinación e incredulidad. Dio rienda suelta a su lasciva imaginación, la cual, asistida por las circunstancias, le hizo creer en la posibilidad de un brillante futuro.

Husniya, por su parte, estaba encantada con sus celos, sin que le preocupara lo más mínimo el hecho de encontrarse a solas con él, tanta era la confianza en su fuerza física.

—De modo que, puñado de polvo... —le dijo burlonamente—. A ver si antes de ponerte a hablar con las personas, te quitas la mugre de encima.

No estaba enfadada. De haberlo estado, se hubiera abalanzado sobre él y lo hubiera molido a golpes, con su salvajismo acostumbrado. Era evidente que hablaba para provocarlo y que no era cuestión de desaprovechar la oportunidad. Por lo tanto, él le contestó:

—¿No sabes distinguir entre el polvo y el oro?

Ella contestó, retadora:

—¿Me negarás estar hecho de lodo?

Zaita se encogió desdeñosamente de hombros y replicó con sencillez:

—De lodo lo somos todos.

La mujer dijo riendo:

—¡Anda ya! Tú eres lodo sobre lodo, basura sobre basura. Por eso no sabes hacer otra cosa que deformar a las personas. Cualquiera diría que lo haces por el demoníaco motivo de rebajar a los otros a tu inmundo nivel.

Zaita fingió reírse, a la vez que sus esperanzas aumentaban secretamente.

—A las personas no las rebajo, sino que las ensalzo. ¿Qué vale un pordiosero sin deformidad? Nadie le daría un céntimo. En cambio, después de que yo le produzca una deformidad, su peso se paga en oro. Es el valor de una persona lo que vale, no su apariencia. En cambio, Jaada no tiene ni valor ni apariencia...

—¿Vuelves a la carga? —le regañó la mujer amena-zadoramente.

Él fingió no haberla oído y decidió dejar correr el tema. En cambio dijo:

—Mis clientes son mendigos profesionales. ¿Qué quieres que haga con ellos? ¿Que los recubra de joyas, de telas hermosas y que los mande a la calle a seducir a las buenas almas?

—¡Eres un demonio! Tienes la lengua y el cuerpo de demonio.

Él suspiró ruidosamente, y con aire sumiso, como implorando su buena voluntad, le dijo:

—Sin embargo, también un día yo fui rey... Ella levantó la cabeza.

—¿Rey de los demonios? —inquirió.

—De los hombres —contestó él con la misma voz sumisa—. A todos nos acoge la luz del día como a un rey. Después ya se encarga la suerte de hacernos dar tumbos. Pero la vida es muy sabia y comienza por engañarnos, porque si desde el primer día nos dijera lo que nos tiene reservado, nos negaríamos a nacer.

—¡Es la voluntad de Dios, zoquete!

Zaita prosiguió lleno de entusiasmo:

—Un día yo también fui un recién nacido feliz, acogido gozosamente por las manos de las mujeres que me colmaron de cuidados y ternura. ¿Todavía dudas de que he sido rey?

—¡Ni por un momento!

Embriagado por su propia retórica y sin dudar de su éxito, Zaita continuó:

—Mi nacimiento fue recibido como una bendición para muchos. Mis padres eran mendigos profesionales. Alquilaban un niño que mi madre llevaba en brazos por las calles. Gracias a mi llegada, pudieron ahorrarse el alquiler de los niños de los demás y ser felices conmigo.

Husniya no pudo evitar soltar una gran carcajada que acabó de enardecer a Zaita.

—¡Ay! ¡Qué felices son los recuerdos de mi niñez! —reanudó—. Todavía me acuerdo del sitio en que me ponían en la calle. Me arrastraba gateando hasta el borde de la acera, donde había un charco de agua de lluvia, o de las mangueras de regar, o de orina de algún animal de carga. El fondo era de barro y las moscas revoloteaban por la superficie, mientras que en los bordes se pegaban los desechos. Era un espectáculo fascinante. Los desechos eran restos de muchos colores: peladuras de tomate, restos de perejil, tierra y lodo mezclados. Con las moscas por alrededor. Yo levantaba los párpados también recubiertos de moscas, y dejaba errar mis ojos por aquel maravilloso espectáculo; mi alegría desbordaba los límites de aquel mundo.

La panadera exclamó, burlonamente:

—¡Un niño afortunado de verdad!

Zaita se envalentonó al ver el entusiasmo de la panadera y cómo se dignaba tomar parte en la conversación.

—Éste es el secreto de mi gusto por lo que equivoca damente llaman basura —prosiguió—. El hombre es ca paz de acostumbrarse a lo que sea, a lo más extraño y anormal. Por eso temo que te acostumbres a la compañía de ese bruto.

—¿Cómo te atreves a volver sobre el tema? Él contestó, cegado por el deseo:

—Claro que sí. No se gana nada no reconociendo la verdad.

—A lo que parece, has renunciado al mundo para consagrarte a ella.

—Ya te lo he dicho, en mi cuna de recién nacido fui amamantado con la leche de la misericordia. —Señaló con la mano el inmundo cuarto en que moraba, y añadió—: Presiento que voy a disfrutar de una nueva oportunidad de saborearla... ahí dentro.

Hizo un gesto con la cabeza, como queriendo decir: «Ven conmigo».

Ante tanta audacia, la panadera se puso fuera de sí y le gritó:

—¡Vete con tiento, hijo del demonio!

—¿Cómo quieres que el hijo del diablo haga remilgos con la tentación de su padre? —inquirió él con voz temblorosa.

—¿Quieres que te rompa los huesos?

—¡Quién sabe! Quizá me gustaría...

El hombre se puso de pie y reculó un poco. Estaba convencido de haber obtenido lo que buscaba y de que la panadera era suya. Parecía haber enloquecido, haber perdido el mundo de vista. Clavó los ojos en la mujer con expresión bestial. De pronto le cogió una punta de la *galabieh* y, rápido como una centella, la levantó, dejando al descubierto la pierna de la mujer. Ésta permaneció unos instantes atónita, luego alargó la mano hacia el

cazo que había más próximo y se lo tiró con violencia. El cazo dio contra el vientre del hombre que soltó un grito como un berrido. Después se tiró al suelo retorciéndose de dolor.

Un día estaba Salim Alwan, como de costumbre, sentado a su mesa de trabajo cuando entró Umm Hamida a comprar unas cosillas. La mujer siempre había sido bien recibida en la casa, pero aquella vez Alwan no se contentó con ser simplemente amable, sino que la hizo sentar cerca del escritorio y mandó a uno de los empleados a por los perfumes que había pedido la mujer. Estas atenciones conmovieron a Umm Hamida que se las agradeció con una profusión de bendiciones. Pero la verdad era que la amabilidad de Alwan no era espontánea, sino resultado de la firme decisión que recientemente había tomado.

Después de todo no es fácil para un hombre debatirse a diario con un torbellino de problemas sin resolver. Para empezar, la inquietud por sus hijos saltaba a la vista. Le desazonaba, entre otras cosas, qué hacer con el dinero acumulado, el cual, según decían los pesimistas, sería fuertemente devaluado una vez terminara la guerra. Seguía pendiente lo del título de bey: era como un tumor maligno que volvía a aparecer cada vez que él lo daba por desaparecido. Y por añadidura estaba el problema de la relación con su mujer, más el temor de que su propia juventud y vitalidad se marchitaran antes de tiempo. A todo esto se añadía la pasión que lo consumía.

Finalmente había llegado a la conclusión de que alguno de sus problemas tenía que ser resuelto de una vez, pero no sabía por dónde empezar. Movido por la pasión, se decidió por el más candente, convencido de que una vez solucionado éste, los otros desaparecerían como por encanto.

Sin embargo no era ciego a las consecuencias. Sabía que si solucionaba éste, otros mayores no tardarían en surgir. Pero como se trataba de una cuestión amorosa, creía, en su ofuscación pasional, que el amor allanaría las dificultades del camino. Se decía resueltamente: «Mi esposa está acabada como mujer, yo no soy de los que, a mi edad, echaría una cana al aire. Pero no hay motivo para no satisfacer un deseo que me atormenta. ¿Por qué deberían castigarme por ello? Alá desea que gocemos, no tenemos que ser duros con nosotros mismos». Con este razonamiento llegó a su irrevocable decisión de hacer realidad su deseo. Invitó a Umm Hamida a sentarse a su lado con la intención de abordar el tema con ella. Permaneció unos instantes sin atreverse a hablar, no porque vacilara, sino porque no resultaba fácil bajar de su pedestal para confiarse a una mujer de la calaña de Umm Hamida. En aquel momento entró un empleado con el famoso plato de trigo y palomo. Al verlo Umm Hamida, una sonrisita le afloró a los labios. Salim Alwan se percató de ello y decidió aprovechar la

oportunidad para olvidarse de su posición superior y decir con aire contrariado:

—¡Los problemas que me causa este famoso plato!

Umm Hamida, temiendo haberlo ofendido con su sonrisa, se apresuró a comentar:

—¡Cielo santo! ¿Y por qué razón?

Él, todavía contrariado, respondió:

—No me causa más que dificultades...

La mujer, sin comprender de qué hablaba, volvió a preguntar:

—¿Y por qué, señor?

Entonces, Alwan, consciente de que su interlocutora era una casamentera profesional, dijo:

—Mi esposa no lo aprueba...

Umm Hamida se sorprendió mucho al escuchar esto, y recordó cómo en el callejón hubo un tiempo en que todos los vecinos estaban locos por conseguir la famosa receta. ¿De modo que la mujer de Alwan era una mojigata que estaba en contra del plato?

—¡Me sorprende! —dijo sonriendo impudicamente.

Alwan hizo un gesto resignado con la cabeza. A su mujer nunca le había hecho gracia que lo comiera, ni en su juventud. Era de naturaleza sana y le repugnaba todo lo que se desviaba del curso natural de las cosas. Lo había soportado como una obligación más, por respeto al temperamento de su esposo y por temor a molestarlo. Pero no había desaprovechado ocasión para aconsejarle que renunciara a una costumbre que consideraba peligrosa, principalmente para la salud. Con la edad, su impaciencia se había acrecentado y sus quejas eran mucho más explícitas. Había llegado al extremo de abandonar el domicilio conyugal y refugiarse en casa de sus hijos, simples visitas aparentes, pero que en realidad eran una huida.

Como era natural, Alwan se había irritado y la había acusado de frigidez. Toda suerte de roces y desaires habían comenzado a emponzoñar la vida conyugal de los dos, sin que él se aviniera a renunciar a su hábito, ni a mostrar algo de comprensión por la obvia debilidad de su mujer. Decidió que no era más que rebeldía y, por lo tanto, la excusa para comenzar una nueva vida matrimonial.

Alwan meneó la cabeza melancólicamente y, seguro de que a Umm Hamida no se le escaparía el sentido de sus palabras, susurró:

—Ya está avisada, le he dicho que me volvería a casar. Y lo pienso hacer, con la gracia de Dios.

La mujer aguzó el oído, despertando su instinto profesional. Lo miró como el negociante que descubre ante sí a un extraño cliente:

—¿A este punto ha llegado la cosa, señor? —le preguntó.

El hombre puso cara de preocupación.

—Hace días que te esperaba —le dijo muy serio—. Había pensado hacerte llamar. ¿Qué opinas tú?

Ella suspiró, invadida por una súbita alegría. Más tarde diría que había entrado a por un poco de hena y había topado con un tesoro. Lo miró sonriendo:

—Usted es un personaje importante, no hay muchos como usted. Feliz la mujer escogida por un hombre de su clase. Cuente conmigo. A mi disposición tengo toda clase de mujeres, vírgenes y viudas, jóvenes y maduras, ricas y pobres. Escoja la que usted quiera.

Alwan se retorció el bigote con expresión embarazada. Se inclinó hacia ella y en voz baja, con una sonrisa, le dijo:

—No hace falta que busques mucho. La que yo quiero está en tu casa.

Ella abrió los ojos e, inconsciente de lo que decía, exclamó:

—¡En mi casa!

Entonces él, muy contento al ver la sorpresa de la mujer, dijo:

—Sí, en tu casa. Está hecha de tu propia carne y tu propia sangre. Me refiero a tu querida Hamida.

La mujer, atónita, no lograba dar crédito a sus oídos. Ya sabía, porque la propia Hamida se lo había comentado, que Alwan seguía a la muchacha con ojos encendidos. Pero jamás se hubiera imaginado que aquel señor, el propietario de una importante casa comercial, fuera a pedir la mano de Hamida.

Con voz agitada le dijo:

—No somos dignas de este honor, señor.

Él contestó delicadamente:

—Eres una mujer respetable y amo a tu hija. Basta con eso. ¿Son sólo dignas las personas ricas? ¿Qué necesidad tengo yo de dinero, cuando es dinero lo que me sobra?

Ella escuchaba sin salir de su estupor. De pronto se acordó de una cosa en la que no había pensado. Se acordó de que Hamida estaba comprometida y se le escapó una exclamación de contrariedad que en Alwan provocó la siguiente pregunta:

—¿Qué te sucede?

La mujer contestó nerviosamente:

—¡Dios mío! Me había olvidado de decirle que Hamida tiene novio formal. Abbas Hilu pidió su mano antes de partir para el campamento de Tell el-Kebir.

La cara de Alwan enrojeció de rabia.

—¡Abbas Hilu! —gritó como si pronunciara el nombre de un vil insecto.

—¡Recitamos los primeros versos del *Corán* para con firmarlo! —exclamó Umm Hamida con voz apenada.

—¿Con ese barberito? —preguntó desdeñosamente el hombre.

Umm Hamida añadió, excusándose:

—Dijo que se alistaba en el ejército para ganar dinero y se fue después de que leyésemos los primeros versículos.

La cólera de Alwan aumentó al verse tratado al mismo nivel que Abbas.

—¡El estúpido se imagina que el ejército es el paraíso! —dijo furioso—. Me sorprende que te hayas acordado de esta historia.

—Es que me vino súbitamente a la memoria. No podemos darnos imaginarnos un honor como éste, por eso no vi razón ninguna para rechazarlo. No se enfade conmigo, señor. Los deseos de una persona como usted son órdenes. Es que no soñamos una cosa así, eso es todo. Me marché, pero volveré pronto. No se enfade conmigo.

El rostro de Alwan se aclaró al darse cuenta de que se había excedido en su cólera, como si Abbas Hilu lo hubiera atacado personalmente.

—¿No tengo derecho a enfadarme? —dijo, sin embargo. Su rostro volvió a ensombrecerse. De súbito se acordó de otra cosa desagradable—: ¿Ha dado su consentimiento la muchacha? —preguntó—. Quiero decir si la chica lo quiere.

La mujer se apresuró a contestar:

—Mi hija no pinta nada en esta historia. Lo que pasó fue sencillamente eso: Abbas Hilu nos vino a visitar un día, acompañado del tío Kamil, y luego leímos el primer versículo del *Corán*.

—¡Qué rara es la juventud! Casi se mueren de hambre pero no ven inconveniente en casarse y llenar el barrio de niños que tendrán que recorrer las calles buscando comida en los cubos de la basura. Olvidémonos de esta historia.

—Será lo mejor, señor. Ahora me voy, pero volveré. Que Dios nos ayude.

La mujer se puso de pie y se inclinó sobre su mano a modo de saludo. Tomó el paquete de hena que el empleado había dejado sobre la mesa y se marchó.

Alwan permaneció turbado, con la cara hosca, nervioso, irritado, encendida la mirada. Había tropezado al primer paso. Escupió al suelo como si quisiera expulsar al mismo Abbas del cuerpo. ¡Un barbero muerto

de hambre atreviéndose a hacerle la competencia! Se imaginó las malas lenguas comentando el asunto, las acusaciones de su mujer. Cómo todo ello llegaría a los oídos de sus hijos, de sus amigos y enemigos. Reflexionó largo rato sobre ello, sin que ni por un instante se le ocurriera echarse atrás. La batalla ya había sido librada días antes y él había tomado la decisión de llevar el asunto a buen final, con la ayuda de Dios. Se retorció el bigote repetidas veces, sacudiendo la cabeza con expresión de abatimiento. Conseguiría a Hamida y no haría caso de lo que dijera la gente. A fin de cuentas, bastante mal habían hablado ya de él. Con el pretexto del dichoso plato de trigo mezclado con carne de palomo, por ejemplo. Allá ellos con sus chismes. Él no iba a arredrarse.

En cuanto a su familia, bueno, tenía suficiente dinero para ponerlos a todos contentos. Una nueva boda no le costaría más que el título. Comenzó a sentirse más tranquilo, de mejor humor, satisfecho de ver el curso que tomaban sus reflexiones. Lo importante era no olvidar que era un hombre de carne y hueso. De lo contrario, corría el peligro de pasar por alto sus derechos y de acrecentar, inconscientemente, sus preocupaciones. De qué le servía tanto dinero si no osaba materializar su máspreciado deseo, si dejaba que se le consumiera el cuerpo antes de tiempo.

Umm Hamida apresuró el paso hacia su casa y en el camino su imaginación urdió fabulosos sueños. Encontró a Hamida de pie en el centro de su habitación, peinándose. La miró como si la viera por primera vez o como si en ella descubriera la mujer que había sorbido los sesos de un hombre tan importante y rico como Alwan. Llegó a envidiarla. No dudaba de que de cada piastra obtenida por la joven de este matrimonio, la mitad sería para ella, y que las dos compartirían la misma buena vida. Sin embargo, un extraño sentimiento se mezcló con la alegría y la ambición y no pudo por menos de preguntarse: «¿Cómo se explica que el destino tuviera reservada tanta suerte a una chica sin padre ni madre?». Además, se preguntó: «¿No habrá el señor Alwan oído nunca la desagradable voz con que grita a las vecinas? ¿No conoce sus arrebatos de ira?». Sin apartar los ojos de la muchacha, le dijo:

—¡Alabado sea el Profeta, resulta que naciste bajo una buena estrella!

Hamida dejó de peinarse el reluciente pelo negro y se echó a reír, a la vez que preguntaba:

—¿Por qué? ¿Por qué lo dices? ¿Ha pasado algo nuevo?

La casamentera se quitó el velo y lo tiró sobre el sofá. Luego con calma deliberada y sin quitar los ojos de la chica, para ver qué efecto surtían sus palabras, dijo:

—¡Sí, otro marido!

Los ojos de la chica se encendieron de interés y curiosidad:

—¿Lo dices en serio?

—¡Un hombre muy importante, un personaje con el que jamás te hubieras atrevido a soñar, no un soñador cualquiera, maldita sea!

El corazón de Hamida se puso a latir violentamente.

—¿Quién será? —preguntó.

—¡Adivínalo!

—¿Quién es? —insistió la chica con vehemente impaciencia.

Entonces, alzando la cabeza, Umm Hamida dijo:

—¡El señor Salim Alwan en persona!

La mano de la muchacha apretó convulsivamente el peine, clavándose las púas en la carne.

—¡Salim Alwan, el propietario del bazar! —exclamó.

—Sí, el propietario del bazar. Un hombre cuya fortuna no podríamos acabar de contar nunca.

El rostro de Hamida resplandeció de felicidad, al murmurar casi inconscientemente, con sorpresa y alegría:

—¡Vaya noticia!

—¡Una noticia maravillosa! No podría haberla mejor. Me costaría creerlo si no me lo hubiera dicho a mí, personalmente.

Hamida se clavó el peine en el pelo y corrió a sentarse al lado de su madre adoptiva.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó sacudiéndola por los hombros—. Dime todo lo que te ha dicho, palabra por palabra.

Escuchó atentamente a Umm Hamida mientras ésta se lo contaba todo. El corazón continuó latándole con fuerza, la cara se le había puesto roja y los ojos le brillaban de alegría. Era el sueño de su vida súbitamente convertido en realidad, la riqueza y el lujo que siempre había deseado. Su ambición de fasto y poder era capaz de hacerla enfermar, era un instinto devorador que seguramente sólo la riqueza lograría apaciguar. Deseaba todo lo que implicaba el dinero: respetabilidad, ropa elegante, joyas, orgullo y un mundo nuevo lleno de gente confiada y dichosa.

Su madre se la quedó mirando y preguntó:

—¿En qué piensas?

Umm Hamida no tenía ni idea de lo que sería la respuesta. De lo único que estaba segura era de su deseo de contradecir a la muchacha. Si ella le decía: «En el señor Alwan», ella le replicaría: «¿Y en Abbas no?». Pero si le mencionaba a Abbas, le diría: «¿Y el señor Alwan? ¿Daremos calabazas al señor Alwan?». Pero Hamida, con expresión incrédula, respondió:

—¿Que en qué pienso?

—Sí, en qué piensas. El asunto no es fácil. No te habrás olvidado de que estás comprometida, ¿verdad? ¿Y de que leímos el *Corán* con Abbas?

La muchacha endureció la mirada hasta cobrar una fea expresión y exclamó, desdeñosamente:

—¡Abbas!

La mujer se asombró de la rapidez con que la joven descartaba la posibilidad de un conflicto en asunto de tal importancia. Como si Abbas jamás hubiera existido. Pensó, una vez más, que su hija no era una persona normal, que era terrible. Ciertamente no dudaba de la conclusión del debate, pero hubiera preferido que llegaran a ella con más lentitud. Hubiera preferido ver vacilar a la muchacha, haberla tenido que persuadir y no oírla pronunciar el nombre de Abbas con aquel extraño desprecio. De modo que, con tono crítico, le dijo:

—¡Sí, Abbas! ¿Has olvidado que es tu novio formal?

Por supuesto que no lo había olvidado. Pero qué más daba si se había olvidado o no. ¿Iba su madre a ponerle trabas? La miró atentamente y se

percató de que el reproche era mera comedia. Se encogió de hombros y con el mismo tono desdeñoso, exclamó:

—¡Un infeliz!

—¿Qué dirá la gente?

—Que diga lo que quiera...

—Voy a pedir consejo a Radwan Hussainy. Hamida palideció al oírlo y objetó:

—¿Qué tiene él que ver con nuestros asuntos?

—En nuestra familia no tenemos a un hombre a quien consultar. Él será nuestro hombre.

La mujer no pudo esperar más. Se levantó, se cubrió con el velo y salió de la habitación diciendo:

—Voy a pedirle consejo, en seguida vuelvo.

La muchacha la siguió con una mirada torva y luego recommenzó a peinarse, con gestos maquinales, perdidos los ojos en alegres sueños. Al poco rato se levantó y se acercó a la ventana, donde estuvo casi una hora, mirando el bazar por entre los postigos. Después volvió a sentarse.

De Abbas no se había olvidado con la presteza que su madre se había imaginado. Era verdad que durante un tiempo creyó que estaba ligada a él para toda la vida, y que la idea la había hecho dichosa. Le había manifestado su amor ofreciéndole sus labios y aviniéndose a hablar de su futura vida en común. Le había prometido ir a la mezquita a rezar por él, cosa que había hecho, cuando normalmente sólo iba a rezar para pedir que alguna de las mujeres con que acababa de reñir fuera debidamente castigada. Además, gracias a Abbas, su situación había mejorado, ya no era la simple mocosa de la que Umm Hamida podía burlarse diciendo: «Te cortaré el pelo si alguien osa pedir tu mano». Ahora era una joven prometida.

Sin embargo, era consciente de vivir sobre la boca de un volcán. La situación no acababa de satisfacerla. Continuaba aquella devoradora desazón que Abbas había logrado calmar un poco, sí, pero forzoso era reconocer que no era el hombre de sus sueños. Sus ideas sobre cómo debería ser su futuro marido no eran muy definidas y Abbas no la había ayudado a concretarlas. Se había dicho que seguramente, a fuerza de vivir con él, acabaría siendo más feliz de lo que se imaginaba. La muchacha no paraba de reflexionar sobre ello y la reflexión es un arma de dos filos. Más de una vez se había sorprendido preguntándose qué clase de felicidad sería la que iba a experimentar con Abbas, si no sería una fantasía más de las suyas. El joven le había dicho que regresaría convertido en un hombre

rico y que abriría una nueva barbería en la calle Mousky. ¿Sería la vida de la mujer de un barbero mucho mejor que la que llevaba entonces?

Estos pensamientos la confundían, a la vez que reforzaban sus sospechas de que tal vez el barbero no fuera el marido ideal. Se daba cuenta de que, en el fondo, la indiferencia y la aversión que sentía por él serían necesariamente obstáculos a una feliz vida en común. Y sin embargo no sabía qué hacer. Se sentía ligada a él eternamente. ¿Por qué no aprendía un oficio como sus amigas? Con un oficio no le haría falta casarse con prisas, o quizá no necesitaría casarse jamás.

Tal era su estado de ánimo cuando le llegó la noticia de que Salim Alwan había pedido su mano. No es de extrañar, pues, que le costara muy poco deshacerse del primer novio.

Su madre no tardó en llegar de la casa de Radwan Hussainy y lo primero que dijo, con voz grave, fue:

—¡No le parece nada bien!

Y pasó a contarle toda la conversación con él. Radwan había comparado a los dos hombres con las siguientes palabras: «Abbas es joven y Alwan es viejo; Abbas pertenece al mismo ambiente social que la chica, el señor Alwan pertenece a otra clase superior. El matrimonio entre un hombre como él y una chica como Hamida provocará problemas serios que harán sufrir a la muchacha». Y había concluido diciendo: «Abbas es un buen muchacho. A Hamida le gusta. Se ha ido a ganar dinero con vistas al matrimonio. Si regresa sin haberlo logrado, Dios no lo quiera, no tienes más que casar a Hamida con quien mejor te parezca».

La joven la escuchó echando chispas por los ojos. Con voz dura respondió:

—Radwan Hussainy es un santo, o por lo menos cree serlo. Cuando da una opinión, lo único que le preocupa es mantener el respeto que se ha merecido como un santo. ¡Y en lo último que piensa es en mi felicidad! Seguramente le impresionó eso de que hayamos leído el *Corán*, como es natural en un hombre que se deja crecer dos metros la barba. No le consultes sobre mi matrimonio, consúltale, si quieres, sobre la interpretación de un versículo del *Corán*. Además, si fuera tan santo como dicen, Dios no habría permitido que se le murieran todos los hijos.

A Umm Hamida la osadía de su hija le infundió temor.

—¿Te parece bien hablar de esta manera de uno de los hombres más santos y virtuosos de la ciudad? —preguntó contrariada.

La chica exclamó con irritación:

—Será todo lo virtuoso y santo que tú digas, un profeta si quieres, pero no permitiré que se interponga, como una piedra, en mi camino a la felicidad.

A la mujer la desfachatez de su hija le hizo sufrir. No porque estuviera de acuerdo con el parecer de Radwan Hussainy, al contrario. Pero sin poder dominar el deseo de llevar la contraria a su hija, dijo:

—Tienes novio formal...

Hamida la atajó con una risita burlona:

—La joven es libre hasta el día de la boda. Entre él y yo sólo ha habido unas palabras y una fuente de dulces.

—¿Qué me dices del *Corán*? —Es de sabios saber perdonar... —Abusar del *Corán* es una falta grave.

—¡Me importa un comino!

Umm Hamida se golpeó el pecho y gritó:

—¡Hija de serpiente!

Hamida había detectado la secreta aprobación de su madre adoptiva, por lo que se echó a reír diciendo:

—Cásate tú con él.

La mujer disimuló su regocijo y dijo, dando una palmada:

—Supongo que estás en tu derecho de intercambiar un plato de dulces por otro de trigo condimentado.

Pero su hija la miró con expresión de desafío y replicó:

—He rechazado a un joven por un viejo.

Umm Hamida soltó una carcajada:

—Para que el gallo engorde hay que esperar a que se haga viejo.

Dicho esto, se acomodó en el sofá olvidándose de la fingida oposición a los argumentos de la chica. Tomó un cigarrillo, lo encendió y se puso a fumar con un placer que hacía tiempo no había experimentado.

Hamida le lanzó una mirada de irritación y le dijo:

—Cualquiera diría que estás más contenta tú que yo de mi nuevo esposo. Te opones a él por orgullo, porque eres una testaruda y porque te gusta hacerme enfadar. Que Dios te perdone...

—Cuando un hombre como el señor Alwan se casa con una chica joven, se casa en realidad con toda su familia. Es como el Nilo que, cuando crece, inunda todo el país. ¿O es que te has creído que te ibas a instalar tú solita en tu nuevo palacio, dejándome a mí a merced de la señora Afify y de otras almas caritativas como ella?

Hamida, que había comenzado a trenzarse el pelo se echó a reír y con afectado orgullo dijo:

—A merced de la señora Afify y de la señora Hamida Alwan.

—Claro... Claro..., huérfana, hija de padre desconocido.

Pero Hamida continuó riéndose:

—¡De padre desconocido, eso es! ¡Cuántos padres conocidos hay que no valen un comino!

Al día siguiente, Umm Hamida, risueña y relajada, se fue al bazar dispuesta a leer de nuevo los primeros versículos del *Corán*. Pero no encontró a Alwan en su mesa de trabajo. Preguntó por él. Le dijeron que no había aparecido. Regresó a su casa de mal humor. Al mediodía llegó al callejón de Midaq la noticia de que Salim Alwan había sufrido un ataque cardíaco durante la noche. Guardaba cama, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Una ola de tristeza barrió el callejón. En casa de Umm Hamida la noticia cayó como un rayo.

Una mañana, el callejón de Midaq fue despertado con más estruendo de lo habitual. En un descampado de la calle de Sanadiqiya unos hombres montaban una gran tienda encarada al callejón. El tío Kamil, convencido de que se trataba de un funeral, se incomodó y exclamó con su característica voz aguda y pueril: «¡Todos somos hijos de Dios, de Él venimos y a Él volveremos! ¡Dios Todopoderoso, Omnisciente, Maestro Supremo!». Llamó a un joven que se encontraba por allí cerca y le preguntó:

—¿Quién es el difunto?

El otro se echó a reír y le respondió que no se trataba de un funeral.

—El pabellón es para un mitin electoral. El tío Kamil alzó la cabeza refunfuñando:

—¡Dale de nuevo con Saad y Adli!

La verdad era que de política no entendía nada, conocía sólo un par de nombres de oídas sin tener ni idea de lo que significaban. En su tienda tenía colgado un cartel con una foto de Mustapha Nahas, que le había regalado Abbas, que también había colgado uno en la barbería. No había tenido inconveniente en colgarlo porque se había percatado de que aquel tipo de carteles era el decorado más frecuente en numerosas tiendas. Sin ir más lejos, en la tienda de ultramarinos de la calle Sanadiqiya había dos fotografías de los líderes nacionalistas, de Saad Zaghloul y de Mustapha Nahas. Y en el Café de Kirsha había una de Khedive Abbas.

El pabellón fue cobrando forma. Habían clavado ya los postes, tendido las cuerdas y comenzaban a tender el toldo. Echaron arena en el suelo. Colocaron sillas a un lado y por el otro dejaron una pasarela que conducía directamente a un estrado. Instalaron altavoces en todas las esquinas que había entre la mezquita y la calle de Ghouriya. Pero lo mejor fue que la tienda se abría al callejón, de forma que sus moradores podían ver lo que pasaba en su interior desde las ventanas y balcones. Sobre el estrado colgaba una fotografía del Primer Ministro y debajo, otra más pequeña de Farhat, el candidato, que la mayoría de la gente ya conocía porque tenía un comercio en la calle Nahasin. Dos jovenzuelos iban pegando más carteles por las paredes. En uno se leía, impresas en brillantes colores, las siguientes palabras:

Votad a Ibrahim Farhat. El seguidor de los principios de Saad. Fuera la tiranía y la miseria. Ha llegado la hora de la justicia y la prosperidad.

Fueron a pegar uno en la tienda del tío Kamil, pero éste, al verlo, se opuso. De mal humor, como solía estarlo desde la partida de su amigo Abbas, dijo:

—Aquí no, chicos. Me traería mala suerte y espantaría a los clientes.

A los que uno de ellos respondió, riendo:

—¡Al contrario! Si lo viera el candidato hoy, cuando venga, te compraría todos los dulces de la tienda a precio doble.

El trabajo fue terminado a eso del mediodía y el callejón volvió a recobrar la calma. Pero a media tarde llegó Ibrahim Farhat, seguido de su equipo, a inspeccionar el lugar. A pesar de su aparente despilfarro, de hecho no había gastado ni un céntimo a la tuntu, al contrario, como buen comerciante, llevaba cuenta exacta del dinero. Apareció seguido de un grupo de jóvenes que gritaban su nombre en coro, en contestación a otro que desde un poco más adelante que ellos iba haciendo preguntas. «¿Quién es nuestro candidato?» «¿Quién es hijo de nuestro distrito?» Y los otros gritaban: «¡Ibrahim Farhat!». La calle no tardó en llenarse de chicos y el candidato avanzó con el brazo levantado en respuesta a los gritos.

Finalmente entró en el callejón, seguido de los jóvenes que en su mayoría eran miembros del club deportivo local. Se acercó al viejo barbero que había sustituido a Abbas y le alargó la mano, diciendo:

—La paz sea contigo, hermano árabe.

El viejo se inclinó respetuosamente sobre su mano. El candidato reanudó el camino y pasó por delante del tío Kamil.

—No te levantes, por favor —le dijo—. ¿Cómo estás? Tus dulces tienen muy buen aspecto.

Continuó avanzando, saludando a diestra y siniestra hasta el Café de Kirsha. Saludó al dueño y rogó a sus seguidores que se sentaran con él. Muchos de los vecinos del callejón estaban ahí, incluso el panadero, Jaada, y Zaita, el deformador de mendigos. El candidato miró a su alrededor con ojos alegres y dijo a Kirsha:

—Sirve té a todo el mundo.

En realidad el señor Farhat había ido al Café de Kirsha para ganarse las simpatías de éste. Unos días antes lo había hecho llamar para convencerle de que actuase a su favor e hiciera lo posible para influir en el mismo sentido a la gente, patronos o empleados, sobre los que tuviera un cierto ascendiente. Le había ofrecido quince libras a cambio, pero Kirsha las había rechazado, argumentando que no se consideraba inferior al dueño del Café de Da-rasa, un tal Al-Fawal, del que se decía que había cobrado veinte libras por el mismo servicio. Farahat logró hacerle aceptar las

quince libras, con la promesa de completar la cantidad. Pero al verlo partir, Farahat comprendió que no podía confiar en la lealtad de Kirsha. La verdad era que Kirsha hablaba con irritación de los «políticos» y era obvio que su irritación no desaparecería hasta que no cobrara lo que él consideraba justo.

De hecho, Kirsha parecía otro desde que había comenzado la campaña electoral. De joven había tenido cierto renombre en el campo de la política. Había tomado parte activa en la rebelión de 1919 y se decía que él había planeado el gran incendio que devastó la compañía judía de tabacos de la plaza de Hussain. Se había destacado por su valentía en las luchas entre el bando revolucionario y el de los armenios y judíos. Una vez apaciguada la revuelta, sus energías habían sido canalizadas en las subsiguientes luchas electorales. Su celo fue muy apreciado durante las elecciones de 1924 y 1925, aunque se rumoreó que había aceptado un soborno del candidato gubernamental, a pesar de su declarado partidismo a favor del partido de Wadf. También se dijo que había intentado hacer un juego similar durante la campaña electoral del Sidqy, es decir, embolsarse dinero para luego boicotear las elecciones. Pero los agentes del gobierno se lo impidieron. El día de la contienda le obligaron a montar en un coche para transportarlo, junto con otros, al colegio electoral, viéndose obligado a dejar en la estacada, por primera vez, al partido de Wafd. La última vez que se había metido en política había sido en 1936. A partir de entonces se dedicaba por entero al comercio.

Para él la política se había convertido en una transacción comercial: se ponía a favor del que más le pagara. Su excusa era lo que él consideraba la «corrupción general». Alegaba que si el dinero es el objetivo de los que se disputan el voto, lo más razonable era que también lo fuera para los pobres electores. Se había abandonado a la corrupción, dejándose embrutecer por ella y por las pasiones que lo dominaban. De su antiguo fervor revolucionario sólo guardaba un vago recuerdo. Tal vez en contados momentos de lucidez, en torno al brasero, en compañía de sus colegas, le retornaba el recuerdo con mayor viveza, pero en general prefería no tener en cuenta ninguno de los viejos principios y sólo vivía para el hachís y el «amor», el resto eran desechos, escombros decía él. Ya no odiaba a nadie, ni a los judíos, ni a los armenios, ni a los propios ingleses. La verdad es que tampoco amaba a nadie. Por eso sorprendía que, en la actual guerra, se hubiera entusiasmado de nuevo y hubiera abrazado la causa del partido alemán. Le preocupaba la situación de Hitler y se preguntaba por la fuerza real de los rusos, y si no deberían hacer las paces por separado. Su admiración por Hitler era totalmente ingenua y

sólo estaba basada en lo que había oído contar de su fuerza y osadía. Se lo imaginaba como un caballero andante y le deseaba la victoria como, de niño, se la había deseado a los héroes de las leyendas populares, Antar y Abu Zaid.

Pese a todo esto, Kirsha mantenía cierta reputación en el mundo de la política. En parte porque era el mandamás del gremio de propietarios de locales como el suyo, grupo que solía reunirse regularmente por la noche alrededor de su brasero. Por esta razón el señor Farhat había procurado obtener su favor y había decidido pasar una hora de su valioso tiempo en el café del callejón.

No paraba de lanzar miradas a Kirsha hasta que se decidió a hablarle directamente.

—¿Está usted contento, señor Kirsha? —le preguntó.

Los labios de Kirsha esbozaron una sonrisa mientras respondía:

—Alabado sea Dios. Es usted un dechado de bondad y generosidad, señor Farhat.

El otro le susurró al oído:

—Te recompensaré satisfactoriamente.

Kirsha tomó una expresión complacida y, mirando a la concurrencia, dijo:

—Espero, con la gracia de Dios, que no nos defraude, señor.

Un coro de voces se hizo eco exclamando:

—Dios nos libre de ello, señor Farhat.

El político sonrió confiadamente y les aseguró:

—Soy independiente, como ya sabéis. Pero no rechazo los principios de Saad. ¿De qué nos han servido los partidos? ¿Habéis oído hablar de sus disputas continuas? No son más que... —iba a decir unos «hijos de puta» pero se lo pensó mejor al recordar que seguramente había muchos de éstos entre los presentes—. En fin, dejémonos de metáforas. He decidido independizarme de los partidos para poder decir la verdad sin trabas. No pienso convertirme en el niño mimado de ningún ministro o líder político. Si Dios nos concede el éxito, cuando esté en el Parlamento me acordaré de que hablo en nombre de los vecinos del callejón de Midaq, de las calles Ghouriya y Sanadiqiya. Los tiempos de los discursos vacíos y de los sobornos han pasado, ahora estamos en un período en que nada puede distraernos de nuestros intereses más vitales: los cupones de ropa, azúcar, queroseno, y aceite han de aumentar, hemos de terminar con el pan adulterado y exigir que baje el precio de la carne.

Una voz, vivamente interesada, preguntó:

—¿De verdad obtendremos todo eso mañana?

El candidato respondió sin titubear:

—Claro que sí. Éste es el secreto de la presente revuelta. Ayer fui a ver al ministro... —pero al recordar que acababa de decir que él era independiente, añadió—: Recibía a todo tipo de candidatos. Nos dijo que el próximo período será un tiempo de abundancia y prosperidad. —Tragó saliva y prosiguió—: Veréis cosas asombrosas. Y no os olvidéis de la gratificación que tendréis si salgo elegido.

El doctor Booshy preguntó:

—¿La gratificación llegará sólo después de los resultados oficiales?.

El candidato fue presa de una viva inquietud, se volvió hacia él y le dijo:

—También antes.

Entonces el jeque Darwish salió de su sopor para romper el silencio y decir:

—Es parecido a la dote. Antes y después. En cambio Tú, Reina de las Reinas, eres la única que no traes dote, porque descendiste de los cielos atraída por mi espíritu.

El candidato se volvió bruscamente hacia el que acababa de hablar, pero al ver su atuendo, la vieja *galabieh*, la corbata y las gafas de oro, comprendió en seguida que se trataba de un «santón» y sonrió. Luego le dijo afablemente:

—Bienvenido, reverendo.

Darwish no se dignó contestar y regresó a su habitual estado. Entonces uno de los seguidores del político gritó:

—Cada uno es libre de hacer lo que quiera, pero nosotros vamos a jurar sobre el *Corán*.

Varias voces se elevaron para contestar:

—De acuerdo.

El señor Farhat inquirió sobre las tarjetas de voto de los presentes. Al llegar el turno del tío Kamil, éste respondió:

—No tengo tarjeta. Nunca he participado en ninguna elección.

El candidato le preguntó:

—¿Dónde has nacido?

El otro respondió con indiferencia:

—No lo sé.

Todos se echaron a reír, incluido el señor Farhat, que sin descorazonarse, le prometió:

—Te lo arreglaré en seguida con el jefe del barrio.

En aquel instante llegó un joven con un fajo de pequeños folletos bajo el brazo que se puso a repartir entre la concurrencia. Muchos pensaron que se trataba de propaganda electoral y los cogieron con avidez, por cortesía hacia el candidato. El señor Farhat también cogió uno y leyó lo siguiente:

Algo falta en tu vida conyugal. Toma SANTOURY. Fabricado sin ningún ingrediente tóxico y bajo el control del Ministerio de Sanidad, número registrado 128.

SANTOURY te dará fuerzas y te rejuvenecerá en cincuenta minutos.

Modo de empleo:

Toma un pequeño puñado, no mayor que un grano de trigo, y viértelo en un vaso de té muy azucarado. El producto circula por las venas como una corriente eléctrica. Pide una muestra gratis.

Su precio: 30 milésimos. Se admiten todo tipo de observaciones por parte de los consumidores.

El jolgorio fue de nuevo general. El candidato se sintió ligeramente molesto, pero alguien de su séquito tuvo la buena idea de gritar:

—¡Esto nos traerá suerte! —Luego se acercó a su oído para añadir—: Es hora de irse. Nos espera mucha gente.

El candidato se levantó y dijo:

—Nos despedimos de vosotros, de momento. Volveremos a vernos pronto, si Dios quiere. Que Él nos ayude a convertir en realidad nuestras esperanzas.

Al salir del café dirigió una amable mirada hacia el jeque Darwish:

—Reza por mí, reverendo.

El jeque Darwish extendió el brazo y contestó:

—¡Vete a la m...!

La hora del crepúsculo apenas había llegado cuando la gente comenzó a amontonarse en el interior de la tienda. La noticia había corrido como la pólvora: un gran político iba a dar un discurso. Se decía también que recitarían poetas y actuarían comediantes. La espera no fue larga, porque un hombre no tardó en saltar sobre el estrado para ponerse a leer el *Corán*. Fue seguido por un conjunto de música, constituido por unos cuantos viejos andrajosos, que tocaron el himno nacional. La música de los altavoces atrajo numerosa gente joven de las calles y callejones vecinos que invadieron la calle de Sanadiqiya.

El aire se llenó de voces y aplausos y cuando terminó el himno, los músicos no bajaron de la tarima, como si esperaran que el político fuera a hacer el discurso acompañado de su música. Uno de los músicos dio unos fuertes golpes contra el suelo del estrado para pedir silencio y acto seguido apareció un famoso recitador, vestido con el traje típico de su pueblo. La muchedumbre calló, sorprendida y encantada, llena de expectación.

Terminado el monólogo del recitador, salió una danzarina medio desnuda que acompañó sus contoneos y medias vueltas con gritos de «Para Ibrahim Farhat... más... más». El hombre que se encargaba de los altavoces y micrófonos la coreó diciendo: «Ibrahim Farhat es el mejor candidato... Los micrófonos de Bahlul son los mejores del mundo». El canto, el baile y los aplausos continuaron hasta que todo el barrio se sumó a la fiesta.

Cuando regresó Hamida de su habitual paseo, la fiesta se encontraba en su punto álgido. Como los demás vecinos del callejón había creído que sería un simple mitin electoral lleno de discursos en árabe literario. Pero al ver toda aquella alegría, se puso muy contenta y se apresuró a buscar un hueco por el que meterse entre la multitud y desde donde ver a los músicos y el espectáculo. Contadas eran las veces que había tenido la oportunidad de ver nada parecido. Logró abrirse paso entre la multitud de chicos y chicas que abarrotaban la calle hasta el callejón. Se pegó contra el muro de la barbería, se encaramó a una gran piedra que había allí y apasionadamente, llena de entusiasmo, se dispuso a disfrutar del espectáculo que veía perfectamente.

Estaba rodeada de chicos y chicas por todas partes. Había también mujeres con los niños en brazos o montados sobre los hombros. Al canto se mezclaban las palmas, las voces, los gritos, las risas y los berridos. Hamida se dejó cautivar por el espectáculo. Sus ojos brillaron de entusiasmo. Una dulce sonrisa se dibujó en sus labios habitualmente secos. Se mantenía muy erguida envuelta en su velo del que sólo salía su rostro moreno, unos rizos negros y, por debajo, la parte inferior de las piernas. El corazón le saltaba siguiendo el ritmo de la música, la sangre le corría excitadamente por las venas, toda ella estaba presa de excitación. El recitador le hizo soltar grititos de admiración; la hostilidad que le inspiró la bailarina no logró aminorar su entusiasmo.

Permaneció totalmente absorta en el espectáculo de la tarima, sin darse cuenta de que comenzaba a caer la noche. De pronto algo tiró de ella con fuerza obligándola a mirar hacia su izquierda.

Apartó la vista del estrado y giró los ojos hasta topar con los de un hombre joven que la miraban insolentemente. Los ojos de Hamida se posaron un instante en los del joven para volverlos a fijar apresuradamente en el espectáculo. Pero sin conseguir de nuevo sentir el interés de hacía tan sólo unos momentos. La venció un intenso deseo de volver a mirar hacia la izquierda. La insolencia de la mirada del hombre la sobrecogió de pánico. Él sonrió entonces de un modo extraño. Presa de cólera, volvió a dirigir la mirada al estrado. La expresión de aquella mirada la había enfurecido. La

extraña sonrisa expresaba una ilimitada confianza en sí mismo y era toda una provocación, algo exasperante que la tocó en lo más vivo de su carácter rebelde y peleón. Sintió un fuerte deseo de clavar las uñas en alguna parte, en el mismo cuello del personaje, por ejemplo. Decidió no hacerle ningún caso, aunque detestaba no plantarle cara, sobre todo teniendo en cuenta que el tipo continuaba mirándola con la misma expresión. Su alegría y buen humor desaparecieron y su lugar fue ocupado por la furia.

Y como si no tuviera bastante con lo que había conseguido, o como si el fuego que acababa de encender le tuviera sin cuidado, el hombre se acercó a la tarima, situándose en un punto de la línea recta de su campo de visión, como con la intención de interponerse entre ella y el espectáculo. Se plantó de espaldas a la muchacha. Era alto y delgado, ancho de hombros, llevaba la cabeza descubierta y el pelo era abundante. Iba vestido con un traje verdoso. Parecía una persona elegante y distinguida y su presencia sorprendía en aquel ambiente tan popular. La sorpresa hizo que Hamida pronto se olvidara de la furia que acababa de provocarle. ¡Era todo un señor, como raramente se veía en el callejón! ¿Volvería a mirarla de nuevo, en medio de toda aquella gente? Por lo visto nada era capaz de contenerlo y el hombre volvió a girarse para lanzar una mirada llena de intención a Hamida.

Tenía el rostro delgado, los ojos almendrados y las cejas espesas. Su mirada era a la vez astuta y atrevida. No contento con la inspección anterior, esta vez la miró de pies a cabeza, desde sus gastadas sandalias hasta el cabello. Ella esperó inmóvil a ver su reacción. Sus miradas volvieron a encontrarse y en la de él volvió la misma expresión de insolencia y seguridad en la victoria. Hamida sintió que le hervía la sangre. De buena gana le hubiera humillado e insultado delante de todos. Pero reprimió el impulso. De súbito se cansó del juego, bajó de la piedra a la que estaba encaramada, se dirigió apresuradamente hacia el callejón y en pocos segundos atravesó la distancia que la alejaba de su casa. Subió la escalera de cuatro en cuatro, furiosa y arrepentida de la indulgencia que había mostrado con el extraño, al que más hubiera valido haber vuelto la espalda inmediatamente.

Se metió en su habitación, arrojó el velo sobre la cama y se colocó junto a la ventana, a mirar a la calle a través de la rendija de los postigos. El hombre estaba allí, mirando fijamente las ventanas, sin la sonrisa provocadora de antes. Ahora más bien parecía preocupado.

La muchacha permaneció junto a la ventana, encantada del obvio desconcierto del hombre y preguntándose por qué se habría puesto tan

furiosa. Saltaba a la vista que era una persona educada, totalmente diferente de sus otros admiradores. Además, le había causado una fuerte impresión, de lo contrario no estaría allí, con aquella expresión preocupada. En cambio, la expresión insolente de antes la ponía fuera de sí. ¿De dónde sacaba el tipo aquella seguridad en sí mismo? ¿Se creía acaso el héroe de alguna epopeya o un príncipe?

El hombre comenzó a dar señales de cansancio al no ver nada esperanzador en ninguna ventana. Hamida temió que se marchara y se perdiera en la multitud. Vaciló unos instantes y después giró el pomo de la ventana consiguiendo entreabrirla un poco, y se puso detrás de la abertura a mirar la fiesta. El hombre ya le daba la espalda y había comenzado a alejarse, pero ella estaba segura de que antes de salir del callejón, volvería a girar la cabeza. Y en efecto: volvió la cabeza una vez más y recorrió con la mirada las ventanas. Sus ojos se detuvieron en la abertura astutamente conseguida por Hamida. Permaneció unos instantes vacilando y luego... luego la insolente sonrisa volvió a dibujarse en sus labios. Su expresión de arrogancia fue mayor que nunca. La muchacha comprendió que había cometido un disparate dejándose ver de nuevo. Lo vio avanzar hacia su casa con paso tan decidido que temió que entrara en ella.

El hombre, sin embargo, entró en el Café de Kirsha y se sentó entre donde estaba el dueño y el jeque Darwish, en el lugar donde solía sentarse Abbas. Desde allí volvió a buscar la silueta de Hamida. Al hombre no le faltaba audacia. Ella, no obstante, no se apartó de la ventana, sino que continuó mirando el espectáculo del pabellón, aunque no supiera a ciencia cierta qué era lo que veía. Sentía la mirada del hombre clavándose en ella a intervalos, como relámpagos o descargas eléctricas.

El hombre no se fue hasta que no terminó la fiesta y no se hubo cerrado la ventana. Hamida no olvidó nunca aquella noche.

A partir de aquel día el hombre apareció regularmente en el callejón de Midaq. Llegaba por la tarde y se sentaba siempre en el mismo sitio, en el Café de Kirsha donde fumaba un narguile y tomaba té. Al principio la presencia de una persona elegante y distinguida sorprendió un poco, pero pronto se acostumbraron a ella y le dejaron de prestar atención. Al fin y al cabo el café estaba abierto a todo el mundo y no había nada de extraño en que un señor como él lo frecuentara. Pero al dueño le irritaba un poco con sus billetes que con frecuencia no eran inferiores a una libra. Sanker, en cambio, estaba encantado con las propinas, las más generosas que jamás había recibido. Hamida observaba sus idas y venidas diarias con impaciencia y excitación. Al principio prefirió renunciar a sus paseos diarios porque le daba vergüenza salir mal vestida, pero el forzoso encierro acabó cansándola y se irritó consigo misma por lo que a su naturaleza rebelde pareció una humillante cobardía. Además, le resultaba enojoso ver como sus costumbres cambiaban a causa de una voluntad ajena, de modo que muy pronto se encontró metida en un nuevo combate interior. Le fascinaban los billetes de banco que le veía ofrecer a Sanker, y no se le escapaba su significado. En otro sitio no hubieran querido decir mucho, pero en el callejón de Midaq su lenguaje era muy elocuente. Aunque él tuviera mucho cuidado en no revelar el motivo real por el que frecuentaba el local, no perdía ocasión para lanzar miradas a la ventana. O se metía el tubo del narguile en la boca moviendo los labios como si lo besara y luego exhalaba el humo al aire como enviándolo a la figura pegada detrás de los postigos entornados. Ella lo observaba con una mezcla de placer e indignación.

Se moría de ganas de recomenzar los paseos. En el caso de que se encontraran y de que él la abordara (de lo que ella no dudaba) le haría bajar los humos a fuerza de insultos, decíase confiada en su capacidad de deslenguarse. Le daría una lección que no olvidaría en su vida. ¡Al diablo con el señorito! Así aprendería a no tratarla como a una cualquiera. El polvo le haría morder al muy canalla. Estaba impaciente por bajar al café e insultarlo públicamente. Lástima que no tuviera un velo mejor y un par de sandalias nuevas.

El desconocido había entrado en su vida en un momento crítico, cuando la muchacha se sentía presa de la desesperación causada por el disgusto que había tenido con Salim Alwan, confinado en su lecho, debatiéndose entre la vida y la muerte, después de haberle hecho creer, durante el

espacio de un día, en la inmediata materialización de sus sueños más preciados. Se veía condenada definitivamente a un futuro con Abbas.

Demasiado orgullosa para reconocer con sencillez su mala suerte, la había tomado con su madre, a la que acusaba de envidiosa e interesada. Tal era el estado de ánimo de la chica cuando aquel hombre irrumpió en su vida. Su arrogancia la irritó y fascinó simultáneamente. Se sintió atraída por su aire distinguido y su apuesta masculinidad. En él vio fuerza, dinero, agresividad, cosas que no había encontrado en los hombres que habitualmente trataba. Pero no conseguía ver claro en sus propios sentimientos: se sentía dividida entre su atracción y las ganas de retorcerle el pescuezo para castigar su insoportable arrogancia. Si salía de casa, se libraría del encierro y saldría de dudas. Caminando lograría aclararse y tal vez tendría la oportunidad de plantarle cara, de dar libre curso a su indignación y a la secreta fuerza que la atraía hacia él.

Una tarde se arregló con más esmero del habitual, se envolvió en el velo y salió de casa. En menos de un minuto bajó por el callejón hasta la calle de Sanadiqiya. Al tomar por ésta, se le ocurrió, de pronto, que él iba a interpretar mal sus intenciones. Creería que había salido en su busca, sin saber que tenía la costumbre de salir diariamente a dar un paseo. Claro, hacía muchos días que no salía a darlo. Rápidamente, sin embargo, se desembarazó de estas ideas y continuó decidida, confiada en que iba a topar con él y tendría la ocasión de despacharse a gusto.

A pesar de su paso lento, no tardó en llegar a la calle Nueva. Se lo imaginó abandonando precipitadamente el café para no perderla de vista; seguramente bajaría en aquel momento hacia la calle Ghouriya, buscándola como un loco. Semiciega a los transeúntes que pasaban junto a ella, lo veía sin embargo a él, a sus espaldas, acercándosele a paso vivo. ¿La habría visto ya? ¿Sonreiría de aquella manera tan insoportablemente provocadora? El muy bruto no sabía lo que le esperaba. Tenía que ir con mucho cuidado para no caer en la tentación de mirar atrás. Si se volvía una sola vez, todo estaba perdido. Tal vez ya lo tenía pegado a sus talones. ¿Se contentaría con seguirla como un perro callejero? ¿O pasaría delante de ella para hacerse ver? Quizá se le pondría al lado y trataría de entablar conversación.

La muchacha prosiguió el camino muy alerta y lista a saltar, mirando a todos los que la adelantaban con los oídos atentos a los ruidos de detrás. Su tensión era aguda y comenzó a sentir imperiosas ganas de volver la cabeza. Continuó, no obstante, mirando obstinadamente hacia adelante y vio que sus amigas venían en dirección contraria. Reanimada, sonrió, las

saludó y dio media vuelta para caminar con ellas. Las muchachas le preguntaron dónde se había metido aquellos días. Ella se inventó el pretexto de una indisposición, constantemente al acecho. Charló y bromeó con sus compañeras mientras sus ojos iban de un lado a otro de la acera. ¿Dónde se habría metido? Tal vez la estaba espiando desde un sitio que ella no alcanzaba a ver. Estaba claro que la oportunidad de darle una buena lección se había perdido. ¿Estaría siguiendo al grupo? Esta vez no pudo resistir más y se volvió. Examinó atentamente la calle y no lo vio por ninguna parte. Quizá se había entretenido en el café y la había perdido. Quizá la estaba buscando como un loco por las calles. Cuando llegaron a la calle Darasa, le asaltó la esperanza de encontrarle allí, como había ocurrido con Abbas. Se despidió animadamente de sus compañeras y se puso a caminar despacio de regreso a casa. Al no verlo por ninguna parte, se desanimó definitivamente y continuó el camino vencida y decepcionada. Al entrar en el callejón, miró hacia el café. Vio a Kirsha, el borde de su manto primero, su hombro izquierdo después y por fin divisó la cabeza anhelada. Allí estaba, fumando tranquilamente el narguile. El corazón le comenzó a latir violentamente y se precipitó dentro de su casa, roja como un tomate, totalmente ciega. Sin darse cuenta cómo, entró en su habitación, se quitó el velo y se desplomó sobre el sofá presa de un ataque de furia.

¿A qué iba entonces cada tarde al café? ¿Por qué lanzaba aquellas miraditas a su ventana y le tiraba silenciosos besos con la boca? ¿Era posible que todo hubiera sido figuración suya? O habría querido darle un chasco, atormentarla deliberadamente. ¿Jugaría con ella al juego del gato y el ratón? De buena gana le hubiera tirado un jarro de agua a la cara. Estaba más furioso que nunca, pero por lo menos estaba segura de una cosa: que quería que la siguiera por la calle.

Esperó con angustia el atardecer del día siguiente, insegura de si volvería a aparecer. Pasó la tarde observando el paso del sol por los muros del callejón, esperando a verlo subir lentamente por la pared del café. Se sintió inquieta al descubrir su temor a que no apareciera.

La hora en que solía llegar pasó. Esperó unos minutos más y entonces estuvo segura de que no iría. Su ausencia la tranquilizó; la vio como una prueba irrefutable de que no se había equivocado. Lo había hecho ex profeso. Una sonrisa afloró a sus labios, a la vez que se le escapó un suspiro de alivio. No había motivo claro para sentir tal satisfacción, pero el instinto le decía que si no iba al café aquella tarde, la tarde anterior también había permanecido en él, sin seguirla, deliberadamente.

Se hartó muy pronto de permanecer encerrada en casa y salió a la calle, sin preocuparse de su aspecto. El aire de la calle le golpeó a la cara y la reanimó. Se acordó de la angustia que había pasado durante todo el día y se dijo, indignada: «¡Estoy loca! ¿Por qué me torturo de esta manera? ¡Al infierno con él!».

Apresuró el paso, se encontró con las amigas y se puso a caminar con ellas. Le dijeron que una del grupo iba a casarse con un tal Zanfal, que trabajaba en una tienda de comestibles de la calle Saidaham. Una de las chicas comentó:

—Tú encontraste novio antes que ella, pero ella va a casarse antes que tú.

La observación desagradó a Hamida que se apresuró a responder:

—Mi novio se ha marchado a ganar dinero para poder darme una buena vida.

Pese a todo, no pudo dejar de expresar el orgullo que Abbas todavía le inspiraba. Se acordó entonces de cómo Salim Alwan había sido fulminado por Dios. ¡Al diablo con él! Le había pasado por inútil. Tuvo la impresión de que la vida se había encarnizado contra ella.

Al final de la calle Darasa se despidió, como de costumbre, de las amigas y dio media vuelta para regresar a casa. Entonces lo vio, a unos pasos de ella, de pie en la acera, como si estuviera esperando a alguien. Hamida lo miró unos instantes aturdidamente, luego continuó caminando a ciegas. Estaba segura de que lo había planeado todo. De que planeaba las cosas a su manera, silenciosamente, para sorprenderla siempre en el momento en que menos se lo esperaba. Intentó reunir fuerzas para montar en cólera. Lo que más la enfureció era haber salido sin arreglarse.

El sol se estaba poniendo, la calle había comenzado a ensombrecerse y estaba prácticamente desierta. El hombre esperó tranquilamente a que se acercara la chica, con una dulce expresión en el rostro, sin la irritante sonrisa de conquistador. Cuando la tuvo a su altura, le dijo sin levantar la voz:

—El que aguanta la amarga prueba de la espera termina siempre por conseguir...

Hamida no oyó el final de la frase porque él la murmuró con la voz todavía más baja, sin quitar los ojos de ella. Ella no dijo nada y apretó el paso.

Él continuó caminando a su lado.

—Hola —insistió—. Ayer por poco me vuelvo loco. No te seguí por miedo a lo que iba a pensar la gente. Después de haber esperado tantos días a que salieras, cuando se presenta la ocasión, me acobardo sin saber qué hacer...

Hablaba mirándola con ternura, con un rostro muy distinto del que la acostumbraba a exasperar. No tenía aquella expresión desafiante: hablaba como si sólo deseara explicarse, sufriendo y disculpándose.

Hamida se desconcertó. No supo qué hacer, cómo tomárselo. Si tratarlo como a un extraño y apresurar el paso, cosa que hubiera podido hacer fácilmente, pero muy a disgusto. Tuvo la impresión de haber estado esperando el encuentro desde el primer momento. Además, tímida no lo era, al contrario, se sentía muy segura.

En cuanto a él, desempeñaba el papel con suma habilidad y sabía mentir muy astutamente. No había sido el temor lo que le había detenido la tarde anterior, el instinto y la experiencia le habían hecho comprender que era mejor no precipitarse y en aquel momento le aconsejaban que sus mejores armas eran la humildad y la dulzura.

—Espera un poco... —le pidió tiernamente.

Ella se volvió hacia él y le preguntó con brusquedad:

—¿Cómo se atreve a hablarme? Yo a usted no le conozco.

—Somos viejos amigos —replicó él cortésmente—. Esos días pasados te he visto más que tus vecinos durante años. He pensado en ti más que todos tus allegados reunidos. ¿Cómo puedes decir que no te conozco?

Habló con calma y sin titubear. Ella le escuchó atentamente, procurando retener sus palabras. Con cuidado en limar las asperezas de su voz, le preguntó:

—¿Por qué me sigue?

—¿Que por qué te sigo? —repitió él con fingida sorpresa—. ¿Por qué en vez de trabajar me siento en el café mirando a tu ventana? ¿Por qué lo abandono todo para pasar horas en el callejón de Midaq? ¿Por qué te he esperado tanto tiempo?

Ella frunció el ceño y dijo desdeñosamente:

—No se lo he preguntado para que me responda con tonterías. Encuentro de muy mal gusto que me siga y ose hablarme.

A lo que él contestó, con un tono diferente, en el que se evidenció la confianza en su habilidad de conquistador:

—Es natural que los hombres sigan a las mujeres guapas. Si no las siguiera nadie, sería una monstruosidad. Mejor dicho, si cuando sales a pasear no te sigue nadie, señal de que pronto se va a terminar el mundo.

Pasaban entonces cerca de una calle en que vivían muchos conocidos de la muchacha. Le hubiera encantado que la vieran siendo cortejada por todo un señor. A lo lejos vio la plaza de la mezquita.

—Vayase... Pasamos por un barrio en que me conocen...

Él la examinaba atentamente percatándose de que disfrutaba de lo lindo con la intriga. En sus labios afloró una sonrisa que, de haberla visto la muchacha, la hubiera enfurecido de nuevo.

—Tú no perteneces a este barrio y la gente que vive en él no es de tu clase. Tú eres distinta. Aquí tú eres una extranjera. —Estas palabras llenaron de confianza a Hamida que se sintió extrañamente feliz. Él prosiguió con voz contrariada—: No entiendo cómo puedes caminar en compañía de aquellas chicas. Eres tan distinta de ellas. Una princesa cubierta de un viejo velo, mientras sus subditos se pasean con sus trajes nuevos...

—¿A usted qué le importa? Déjeme en paz.

—No pienso irme.

—¿Qué quiere de mí? —preguntó ella enfadada.

—Te quiero a ti, simplemente —respondió él audazmente.

—Se merece la horca.

—Que Dios me perdone. ¿Por qué te enfadas? ¿No estás en el mundo para ser cautivada? ¿Y no existo yo para cautivarte?

Pasaron por delante de varias tiendas cuando ella, de pronto, le miró y le dijo:

—No dé un paso más, de lo contrario...

—De lo contrario me pegarás —dijo él suspirando.

El corazón de la chica latió violentamente.

—Usted lo ha dicho —dijo con ojos encendidos.

Entonces él sonrió maliciosamente y replicó:

—Eso ya lo veremos. Te dejo ahora, aunque me pesa hacerlo. Te esperaré mañana. No volveré al café para no despertar sospechas en el callejón, pero te esperaré todos los días... siempre. Adiós, hermosa, eres la más hermosa de todas...

Hamida continuó su camino con la expresión extasiada, llena de felicidad. «Tú eres distinta», le había dicho. Sí, era verdad. «Aquí tú eres una extranjera.» «¿No estás en el mundo para ser cautivada? ¿Y no existo yo para cautivarte?» ¿Qué más? «Me pegarás», le había dicho. Tuvo la impresión de que iba a estallar de alegría. Ciega a todo lo que pasaba por su lado, llegó a su casa. Se metió en su cuarto y cuando se hubo recuperado de la emoción, se dijo, satisfecha, que había hecho un buen papel. Había demostrado que sabía conversar con extraños, que era capaz de hacer lo que le viniera en gana sin cortarse. Se echó a reír. Luego se acordó de cómo se había prometido que le retorcería el pescuezo y se entristeció. Pero en seguida se disculpó diciéndose que no la había abordado con la expresión de insolencia habitual, sino con dulzura

y cortesía. Aunque no era una dulzura natural y en el fondo sabía que era un tigre al acecho del momento idóneo para saltarle encima... Más valía esperar..., esperar a que revelara su auténtica naturaleza... Entonces vería...

El doctor Booshy se disponía a salir de casa cuando llegó la criada de la señora Afify a decirle que ésta deseaba hablar con él. El doctor frunció el ceño y se preguntó con contrariedad: «¿Qué querrá ahora? ¿Subirme el alquiler?». Pero pronto desechó la idea, se acordó de que la señora Afify no podía contravenir el decreto militar según el cual los alquileres quedaban congelados hasta después de la guerra. Salió del piso y subió la escalera refunfuñando. El doctor Booshy, como todo el mundo, encontraba muy pesada a la señora Afify y con frecuencia despotricaba contra su avaricia. Llegó incluso a calumniarla asegurando que proyectaba construirse una barraca de madera en la azotea para instalarse en ella y poder alquilar su propia vivienda. Lo que más le molestaba es que nunca había conseguido escatimarle un mes de alquiler, porque cuando las cosas andaban mal, la mujer llamaba en su ayuda a Radwan Hussainy. Llamó, pues, a su puerta con cara de pocos amigos. La señora Afify en persona salió a abrir, envuelta con su velo, y lo invitó a pasar. Él aceptó, tomó asiento y bebió el café que le trajo la sirvienta. La viuda le expuso en seguida el motivo por el que le había hecho llamar:

—Le quería ver, doctor, para pedirle que me examinara los dientes.

Los ojos del doctor brillaron con interés y asombro ante la buena e inesperada noticia. Por primera vez en su vida encontró simpática a la viuda y le preguntó:

—¿Le duele algo?

—No, gracias a Dios, pero se me han caído varias piezas y las otras se tambalean.

Aumentó el gozo del dentista, que entonces se acordó del rumor que corría por el barrio: la señora Afify se iba a casar.

—Lo mejor es ponerse una dentadura nueva —le aconsejó codiciosamente.

—Ya se me había ocurrido, pero me temo que sería demasiado lento.

El hombre se puso de pie y se acercó a ella diciéndole:

—Abra la boca.

El doctor la examinó atentamente estrechando los ojos. Le faltaban varios dientes y los pocos que le quedaban le irritaron, a la vez que le sorprendieron. Sin embargo, consciente de que más le valía andar con pies de plomo, le dijo:

—Necesitaremos unos días para arrancarle las piezas y tendremos que esperar seis meses para ponerle la nueva dentadura. El tiempo necesario para que descansen las encías.

La mujer alzó, contrariada, las cejas, reseguídas de un trazo negro. Su intención era casarse dentro de un par de meses.

—No, no —dijo con impaciencia—. Necesito un trabajo rápido, en un mes ha de estar listo.

A lo que el hombre contestó astutamente:

—¿Un mes? ¡Imposible!

A lo cual la mujer aseveró con irritación:

—Entonces vayase. No le necesito.

El hombre aguardó un poco y luego dijo:

—Habría una manera, si quiere...

Ella se dio cuenta de su astucia, de su actitud de comerciante, lo cual acabó de irritarla. Con un esfuerzo para conservar la calma le preguntó:

—¿Cuál?

—Ponerle una dentadura de oro, porque las piezas de oro pueden colocarse inmediatamente después de haber arrancado los dientes.

A la señora Afify se le encogió el corazón al calcular el precio de una dentadura de oro. De buena gana hubiera rechazado la propuesta del dentista, de no ser por el novio que esperaba: ¿cómo podía presentarse ante él con la boca maltrecha? ¡No podría ni sonreír tranquilamente! Todo el mundo sabía, en el callejón, que el doctor Booshy cobraba unos precios muy moderados, que conseguía dentaduras baratas que revendía por un precio muy ajustado. Nadie se había preocupado de averiguar de dónde las sacaba, lo que importaba era su módico precio.

—¿Qué me costaría una dentadura? —preguntó ella con aire de no dar demasiada importancia al asunto.

El doctor Booshy no se dejó enredar por su fingida indiferencia y le contestó:

—¡Diez libras!

La mujer, que no sabía el precio real de una dentadura de oro, quedó desagradablemente impresionada y repitió:

—¡Diez libras!

Él dijo con irritación:

—Un médico que comercie con su oficio le pediría cincuenta libras, por lo menos, pero en este barrio somos, desgraciadamente, unos pobres desgraciados.

Se enzarzaron en una agria discusión sobre el precio, que acabaron fijando en ocho libras. El dentista salió del piso maldiciendo el infantilismo de la vieja.

Desde hacía unos días la señora Afify veía la vida de otra manera. La felicidad tan esperada se encontraba a dos pasos de ella, las sombras de

la soledad comenzaban a retirarse y el frío de su alma estaba a punto de fundirse en agua tibia. Pero la felicidad, antes de dejarse saborear, exigía un precio. La señora Afify ya había comenzado a pagarlo, exorbitantemente, en las tiendas de muebles de la calle Azhar y en las de ropa de la calle Mousky. Había comenzado a echar mano de sus ahorros y no llevaba las cuentas de los gastos. Umm Hamida no la dejaba ni a sol ni a sombra. Su habilidad y buenos consejos se habían convertido en imprescindibles para la viuda que la consideraba un tesoro muy preciado, pese a que, indudablemente, le estaba costando bastante caro. La propia Umm Hamida, consciente de que pronto se le secaría la fuente, no la dejaba tomar ninguna decisión en su ausencia.

Los gastos no eran sólo los de la casa y el ropero porque lo que también necesitaba un buen arreglo era el cuerpo de la viuda. Un día le había dicho a Umm Hamida, riéndose históricamente a causa de la aprensión:

—¿Has visto qué blancas tengo las sienes con tantas preocupaciones?

Y Umm Hamida, que sabía de sobra que no estaban blancas a causa de las preocupaciones, le había respondido:

—Esto se arregla con tinte. Hoy en día todas las mujeres se tiñen.

La otra se había reído de nuevo:

—¡Bendita seas! ¿Qué sería de mi sin tu ayuda? —Al momento se pasó la mano sobre el pecho y exclamó—: ¡Dios mío! ¿Con ese cuerpo tan flaco cómo podré gustarle al joven novio? No tengo ni pecho, ni caderas, ni ninguna de las redondeces que gustan a los hombres.

—No exagere. Ahora está de moda estar flaca. Pero si quiere le puedo elaborar unas pastillas que la harán engordar en seguida. —Luego, levantando orgullosamente su cara picada por la viruela, prosiguió—: Con Umm Hamida a su lado todo se arreglará. Umm Hamida tiene la llave mágica que abre todas las puertas. Mañana, si vamos a los baños juntas, verá de qué soy capaz.

Así fueron pasando los días, entre febriles preparativos, emprendidos con alegría y esperanza. La señora Afify se hizo teñir el pelo, se dejó recetar drogas, mandó que le arrancaran los dientes estropeados y se hizo poner una dentadura de oro. Todo lo cual le costó muy caro, pero la mujer logró superar su avaricia y sacrificó el ídolo del dinero en aras a un mañana glorioso. Con la esperanza de aquel mañana tan anhelado, comenzó a frecuentar la mezquita de Hussain y a repartir limosnas entre los mendigos del barrio.

Umm Hamida observaba asombrada la transformación que se operaba en la viuda.

—¿Tanto se merece un hombre? —se preguntó—. ¡Alabada sea tu sabiduría, Señor, al disponer que las mujeres adoren a los hombres!

El son de una campanilla despertó al tío Kamil de su habitual modorra. Abrió los ojos y escuchó un momento antes de alargar el cuello y asomar la cabeza por la puerta de la tienda. Entonces vio un carruaje de sobra conocido que se detenía a la entrada del callejón. Se levantó pesadamente a la vez que murmuraba: «¡Alabado sea Dios! ¡Es el señor Alwan!». El cochero ya se había apeado de su asiento y se precipitaba a abrir la portezuela para ayudar a bajar al señor. Alwan se apoyó en su brazo y emergió despacio. Salió primero la borla del fez, luego la espalda encorvada y finalmente apareció él, de pie sobre el suelo, arreglándose los pliegues del caftán. La enfermedad le había sorprendido en pleno invierno y al llegar la primavera había recobrado la salud. Al hiriente frío invernal le había sustituido la acogedora tibieza primaveral, aunque uno no podía por menos de preguntarse hasta qué punto se habría realmente curado el señor Alwan. Salim Alwan era otra persona. La barriga que solía abultar debajo del caftán habíase aplanado completamente; su rostro, antes lleno y rubicundo, aparecía chupado, con los pómulos salidos, la tez blancuzca, sin brillo en los ojos de los que se escapaba una expresión angustiada, perdida y fatigada bajo una frente obviamente preocupada. El tío Kamil, que era bastante corto de vista, no se dio cuenta de nada hasta que no lo vio de cerca. Inclinado sobre su mano para disimular su desagradable sorpresa, le dijo con su vocecita aniñada:

—¡Alabado sea Dios por su retorno, señor Alwan! Dichosos los ojos que le vuelven a ver. Sin usted el callejón de Midaq no valía nada.

Alwan retiró la mano y respondió:

—Dios te bendiga, Kamil.

Comenzó a caminar lentamente, apoyándose en su bastón, seguido de cerca por el cochero y el tío Kamil, algo rezagado y meciendo su corpachón como un elefante. Por lo visto todos habían oído la campanilla, porque los empleados del bazar lo esperaban agrupados en la puerta. No tardaron en llegar Kirsha y el doctor Booshy corriendo para darle la bienvenida. Pero el cochero alzó la voz para decirles:

—Dejad pasar al señor Alwan, por favor. Ya lo saludaréis después.

Alwan prosiguió su camino, con el ceño fruncido y bullendo de cólera interiormente. No le apetecía ver todas aquellas caras. Sin embargo, en cuanto se hubo sentado a la mesa de trabajo, los empleados corrieron a saludarlo. No tuvo más remedio que dejar que le besaran la mano, asqueado del contacto de sus labios sobre la piel. «¡Atajo de embusteros!

¡Hipócritas! ¡Vosotros habéis sido la causa de que enfermara!», pensó. Al dispersarse los empleados, Kirsha se acercó a estrecharle la mano:

—Bienvenido al callejón. Mil gracias sean dadas a Dios por su recuperación.

Alwan se lo agradeció. Luego le tocó al doctor Booshy que poniendo mucho énfasis en sus palabras dijo:

—Hoy es un día de alegría para todos. Hoy es un día de gran confianza. Nuestras plegarias han sido escuchadas.

Alwan se lo agradeció disimulando la contrariedad que le producía su cuerpo rechoncho. Cuando todos hubieron desaparecido, suspiró débilmente y con voz apagada dijo para sí: «¡Perros... perros...! ¡Me han mordido con sus colmillos emponzoñados de envidia!».

Al poco rato apareció el encargado principal, Kamil Effendi Ibrahim. Alwan se olvidó de sus fantasías para concentrarse en las cuestiones de la contabilidad.

—¡Los libros! —exigió con expresión tajante.

Al disponerse a desaparecer de nuevo el encargado, Alwan le retuvo para ordenarle:

—Anuncia a toda la casa que a partir de hoy no quiero volver a oler tabaco (el médico le había prohibido fumar), y dile a Ismael que cuando le pida agua me ha de traer un vaso lleno hasta la mitad de agua fría, completando la otra mitad con agua tibia. Queda absolutamente prohibido fumar en la casa. ¡Ahora tráeme los libros, aprisa!

El encargado fue a dar las nuevas órdenes, refunfuñando en su fuero interno, porque él era fumador. Volvió con los libros de la contabilidad, preocupado por el cambio que se percibía en Alwan.

Se sentó frente al amo, abrió el primer libro y se lo mostró. Alwan comenzó a verificar las cuentas, minuciosamente, sin dejar que se le escapara ningún detalle. Fue revisando los libros, uno a uno, sin dar la más mínima muestra de desfallecimiento. Después hizo comparecer algunos de los empleados para interrogarlos sobre su puntualidad, comparando sus respuestas con lo anotado en los libros.

Kamil Effendi, el encargado, se mantuvo todo el rato pacientemente sentado, frunciendo ligeramente el ceño, sin quejarse. La revisión de las cuentas no era lo que más le preocupaba, sino la prohibición de fumar. La prohibición no sólo le impedía fumar dentro de la casa, sino que le privaba de los lujosos cigarrillos turcos que el señor Alwan solía regalarle. Miraba atentamente al viejo, inclinado sobre los libros de cuentas, mientras se decía con tristeza e irritación: «¡Dios mío! ¡Cómo ha cambiado! Parece otro».

Lo que más le sorprendía era el bigote que continuaba tupido y erecto en medio del rostro marcado por la enfermedad: cual una hermosa palmera en medio del desierto. La irritación le hizo preguntarse: «¿Quién sabe? Quizá se lo merecía. Dios no es injusto con nadie».

Al cabo de tres horas, aproximadamente, Alwan dio por terminada la revisión de las cuentas. Devolvió los libros al encargado con una extraña mirada, como si, a pesar de no haber encontrado ningún error, todavía abrigara sospechas. Secretamente se decía: «Volveré a verificar los libros. No una vez, sino varias. Hasta que descubra su secreto. Son unos perros. Se saben todos los trucos de los perros, sin tener su lealtad». Luego le recordó al encargado:

—No te olvides de lo que te he dicho, Kamil Effendi, nada de fumar y el agua siempre tibia.

Entraron entonces varios conocidos. Algunos habían venido a proponerle un negocio, otros simplemente a darle la bienvenida. Los hubo que le aconsejaron no volver al trabajo hasta haberse repuesto del todo, a lo que Alwan contestó ásperamente:

—Si me sintiera todavía débil, no hubiera venido.

En cuanto se encontró a solas, una nube de negras ideas volvió a ensombrecer su mente. De nuevo se puso a despotricar contra todo el mundo: desde hacía tiempo estaba convencido de que todos lo envidiaban, de que le envidiaban el negocio, el carruaje y el plato de trigo condimentado. Durante la enfermedad no había dejado de pensar en ello y llegó a decir a su pobre mujer, un día en que ésta no se había apartado de su lecho:

—Tú también estás de su parte. Hace años que te oigo hablar contra el plato de trigo, envidiosa... Pero ahora se ha acabado todo. Contenta deberías estar...

La mujer, muy afectada, rompió a llorar, pero él prosiguió con redoblada furia:

—Todos me han envidiado, todos..., incluso tú, la madre de mis hijos.

Aunque las riendas de la cordura se le hubiesen escapado de las manos, el espectro de la muerte recién aparecido continuaba estando presente en su recuerdo.

Fue un aterrador momento en que, de súbito, al ir a conciliar el sueño, notó un fuerte dolor en el pecho que le hizo sentir la necesidad de respirar profundamente. No pudo, y cuando lo volvió a intentar, tuvo la sensación de que se le desgarraba el torso. Lo intentó repetidamente hasta que, desesperado, lo dejó correr. Llamaron al médico, éste le suministró

medicinas. Estuvo varios días entre la vida y la muerte. Cuando abría los párpados, pesados e inermes, veía a su mujer, a sus hijas y a sus hijos mirándole con ojos llorosos. Cayó en el extraño estado en que se pierde el control del cuerpo y del espíritu, en que el mundo se convierte en una confusa nube de recuerdos incoherentes.

Durante los breves momentos en que recuperó la lucidez, pensó, temblando y bañado de un sudor frío: «Me voy a morir». ¿Iba a morir rodeado de la familia? Lo habitual era que la gente se muriera rodeada de sus más allegados, a pesar de que de nada pudieran servir al moribundo. En aquellos instantes intentaba recitar el credo, pero las fuerzas le fallaban en seguida. El intento de rezar no resultaba en otra cosa que en crearle un cierto movimiento interior que le hacía subir un poco de humedad a los labios resecaos.

Pese a la solidez de su fe, no había olvidado el aterrador instante de la agonía, y el cuerpo se abandonó al margen de su voluntad. En cuanto al alma, se mantuvo agarrada a los bordes de la vida, presa de temor y de angustia, haciéndole derramar abundantes lágrimas y prorrumpir en llamadas de socorro. Pero fue una fase solo, que pasó para pisar de nuevo la tierra firme de la convalecencia. Retornó lentamente a la vida convencido de que recuperaba la salud, la energía y su ritmo anterior. Pero el médico contrarió sus ilusiones a fuerza de advertencias y recomendaciones. Sí, había escapado de las garras de la muerte, pero ya no era el que había sido, su cuerpo era frágil y su espíritu permanecía resentido. Pasaron los días y el mal del espíritu se agravó: la irritación, la rebelión, el odio y la desconfianza no le daban reposo. No se avenía a la voluntad divina porque no comprendía en qué había faltado para merecerse aquello. Era de las personas siempre listas para ver la paja en el ojo ajeno y encontrar excusas para sí mismo, convencido de que él siempre tenía razón y era perfecto. Amaba rabiosamente la vida, había disfrutado de su enorme riqueza y de la posibilidad de mantener regaladamente a los suyos. Y, en su opinión, nunca había infringido la ley de Dios, de ahí su confianza en la vida. Pero hete aquí que cae fulminantemente enfermo. ¿Por qué? ¿Qué pecado había cometido? Ninguno. Eran los demás, sus competidores, que con su envidia lo habían hecho caer en aquel estado de permanente fatiga. Amargado, con el ceño permanentemente fruncido, lo que había perdido en salud física era muy poco comparado con la merma de su salud nerviosa y mental.

Sentado de nuevo a su mesa de trabajo, se preguntó: «¿Qué me queda para hacer en la vida, fuera de comprobar los libros de cuentas?». Ante sí, inmóvil como una estatua, el panorama se le apareció muy sombrío. Sin

tener idea del tiempo que pasó sumido en sus tristes cavilaciones, oyó, de pronto, un ruido en la puerta. Se volvió y vio la cara picada por la viruela de Umm Hamida. Una extraña luz se encendió en sus ojos. Saludó a la mujer y escuchó con aire distraído sus saludos, presa todavía del hilo de sus pensamientos anteriores. ¿No era extraño que no hubiera vuelto a pensar en Hamida? Se había acordado de ella durante la convalecencia, sin que el recuerdo le hubiera hecho mella. La había olvidado como si no hubiera existido o como si hubiera sido una mera gota de sangre en sus venas, en la época en que disfrutaba de plena salud. Agradeció a la mujer por su interés y la invitó a sentarse. La ligera inquietud provocada por su llegada amenazó con transformarse en clara aversión. Sospechó el motivo real de la visita de Umm Hamida. La mujer, sin embargo, había ido a saludarle de buena fe, resignada desde hacía tiempo a olvidarse de los antiguos proyectos. Alwan le dijo, por si acaso, a modo de excusa:

—El hombre propone y Dios dispone...

Ella comprendió en seguida a qué se refería y respondió:

—No piense más en ello, señor. Lo importante ahora es que vuelva a ponerse bueno.

Volvió a deshacerse en saludos y bendiciones y se fue.

Alwan quedó en un estado peor que antes. Notó que a un empleado se le había caído un paquete de hena al suelo y le gritó con voz irritada:

—¡Un día de estos la casa cerrará y vosotros tendréis que ir a ganaros el pan a otra parte!

Permaneció unos instantes dando pábulo a su cólera y fue ésta la que le recordó el consejo de sus hijos de que liquidara el negocio y se jubilara definitivamente. Al recordarlo, redoblaron su cólera e irritación, diciéndose que lo único que sus hijos querían era el dinero. Lo mismo le habían aconsejado cuando todavía estaba sano. Era en el dinero en lo que pensaban, no en su reposo ni en su salud. Se había olvidado, al parecer, de que había sido él quien había puesto todas sus ilusiones y esperanzas en el comercio, como si el único placer que esperara de la vida fuera amasar una gran fortuna.

Antes de que amainara su cólera, oyó una voz. fuerte y enérgica que le decía con dulzura a sus espaldas:

—Alabado sea el Señor que te ha curado... La paz sea contigo, hermano...

Miró hacia atrás y vio la alta y corpulenta figura de Radwan Hussainy que se acercaba con el rostro resplandeciente de alegría. La cara de Alwan también pareció alegrarse un poco e hizo el gesto de levantarse para salir

al encuentro de Radwan, pero éste le puso una mano sobre el hombro diciéndole:

—Por el amor del Señor Hussain, no te levantes.

Se abrazaron afectuosamente. Radwan había visita do a Alwan varias veces durante su enfermedad y los días en que no había podido pasar a verlo, había mandado que le dieran recuerdos y su bendición. Radwan se sentó al lado de Alwan, enzarzándose los dos en una amistosa y cortés conversación que Alwan interrumpió para gritar, emocionado:

—¡Ha sido un milagro que me salvara!

Radwan respondió con tranquilidad:

—Alabado sea Dios. Ha sido un milagro que te recuperaras y es un milagro que continúes con vida. Como también es un milagro que vivamos todos. Para que el hombre viva, cada segundo de la vida necesita de la milagrosa fuerza divina. La vida de los hombres es una sucesión de milagros divinos. ¡Piensa en la suma total de vidas! Demos constantemente gracias a Dios y pensemos en cuan insignificante es nuestro agradecimiento comparado con los dones divinos.

Alwan escuchó estas palabras sin moverse.

—La enfermedad es un mal horrible —dijo con voz irritada.

—Sin duda lo es, pero vista desde otra perspectiva puede considerarse como una prueba divina. En este sentido es un bien.

La filosofía no fue del agrado de Alwan que comenzó a sentir una repentina tirria por su visita. El beneficioso efecto que había hecho su aparición pareció disiparse como por encanto.

—¿Qué he hecho yo para merecerme esto? —preguntó con voz quejumbrosa—. ¿No te das cuenta de que he perdido definitivamente la salud?

Radwan Hussainy se acarició la barba y respondió:

—¿Qué podemos comprender nosotros, con nuestra limitada inteligencia, de la gran sabiduría de Dios? Cierto que eres un hombre bueno, generoso y trabajador, que siempre ha acatado la Ley del Señor. Pero no olvides que Dios puso a prueba a Job que era un profeta. No te desespere ni te entristezcas. No pierdas la fe y ya verás cómo...

—¿No has visto como Kirsha sigue sano y fuerte como una mula? —le interrumpió irritado Alwan.

—Mejor estás tú que él, a pesar de tu enfermedad.

Estas palabras acabaron de colmar la indignación de Alwan, el cual, lanzando una mirada llena de rabia a Radwan gritó:

—A ti no te cuesta nada mantenerte en calma y tranquilo delante de la adversidad de los demás, y consolarlos con sermones piadosos, porque tú no has sufrido como yo, ni has perdido lo que he perdido yo.

Radwan esperó a que el otro acabara con los ojos fijos en el suelo. Cuando los volvió a levantar, una dulce sonrisa le iluminaba el rostro. Miró a Alwan con una expresión profunda y luminosa. La cólera del comerciante amainó al recordar que estaba hablando con un hombre que había pasado desgracias mucho mayores que la suya. Alwan parpadeó. Se sonrojó ligeramente y con voz débil dijo:

—Perdona, hermano. Estoy agotado.

Radwan, sin dejar de sonreír, le tranquilizó:

—No tienes por qué pedirme perdón. Que Dios te dé fuerzas y te ayude a recobrar la paz. Piensa a menudo en Él porque pensando en Él se apaciguan los corazones. No permitas que el dolor venza sobre la fe. La verdadera felicidad nos abandona en la medida en que nosotros nos alejamos de la fe.

Alwan se tomó el mentón con la mano y dijo con apasionamiento:

—Me envidian. Envidian mi dinero y mi posición social. ¡Me envidian, Radwan!

—Sentir envidia es peor que estar enfermo. Es triste ver como las personas envidian los bienes perecederos de los demás. No te desesperes ni te entristezcas. Y, reza a Dios, que es misericordioso y lo perdona todo.

Continuaron un largo rato hablando, hasta que Radwan se levantó para despedirse y se fue. Alwan permaneció tranquilo un momento, pero poco a poco la desconfianza y el mal humor volvieron a hacer presa en él. Cansado de estar tanto rato sentado, se levantó. Se dirigió a pasos cortos hasta la puerta de la calle, en la que se detuvo, con las manos cruzadas en la espalda. El sol estaba en el cenit. El aire era caliente y el callejón se veía desierto. Sólo el jeque Darwish se había sentado en la terraza del café, calentándose al sol. Alwan se quedó un rato en el umbral, después se volvió, como quien repite automáticamente un viejo gesto, hacia la famosa ventana, que vio abierta y vacía. Luego, hartado de estar de pie, volvió a sentarse a la mesa de trabajo, con expresión preocupada...

«No volveré al café para no levantar sospechas», le había dicho al despedirse. A la mañana siguiente del día de su encuentro en la calle de Darasa, Hamida se despertó contenta y pensando en él. «¿Iré a la cita?», se preguntó, a lo que el corazón respondió «sí», pero ella se obstinó en que no. «Que vuelva él otra vez al café», se dijo, renunciando al paseo habitual, emboscada detrás de la ventana entreabierta, al acecho de lo que pasaba.

Transcurrió la hora del crepúsculo y llegó la noche desplegando sus alas. No tardó en verlo aparecer, en el fondo del callejón, clavando los ojos en la ventana. En su rostro afloró una sonrisa de resignación y fue a sentarse al sitio acostumbrado. Hamida se sintió victoriosa, embargada del placer de la venganza por el tormento que la había hecho pasar aquella tarde en la calle de Mousky. Sus ojos se encontraron sin que ella bajara los suyos, ni se moviera de sitio. La sonrisa de él se ensanchó y ella también sonrió, aunque sin darse cuenta. «¿Qué querría?» La pregunta no dejó de extrañarle porque lo lógico era que su insistencia no tuviera otro significado que el que había tenido la insistencia de Abbas y de Salim Alwan. ¿Por qué tenía que buscar algo distinto aquel hombre de aspecto distinguido? Acaso no le había dicho «¿No estás en el mundo para ser cautivada y no existo yo para cautivarte?». ¿Qué otro significado podían tener estas palabras sino el matrimonio? En sus sueños no tropezaba con ningún obstáculo, tanta era la seguridad y la vanidad de la muchacha. Se quedó, por lo tanto, mirándole a los ojos, devolviéndole la mirada sin timidez ni recato. Los ojos de él le hablaban con profundidad, con una profundidad mayor que la de las palabras y los sentidos, era un lenguaje que resonaba en el fondo del ser de Hamida, removiéndole sus más hondos instintos. Quizá era aquel mismo sentimiento profundo y desconocido que se había despertado en ella, sin darse cuenta, por primera vez, al encontrarse sus ojos, y el que había provocado la sonrisa victoriosa del hombre. Lo cierto era que en los ojos de él, Hamida se reencontraba después de haber errado perdida y perpleja por el desierto de la vida, presa de inquietud y sorpresa ante la sumisión de la mirada de Abbas y la fortuna de Salim Alwan. Aquel hombre la deseaba, y la admiración que ello despertaba en la muchacha era inseparable del voluptuoso placer con que se sentía atraída como por un polo magnético. Sentía que aquel hombre era distinto de la masa de desgraciados irremediabilmente sumidos en la pobreza. La prueba era su porte distinguido y los billetes de banco.

Hamida se quedó plantada en su rincón hasta que él abandonó el café, despidiéndose de ella con una leve sonrisa. Ella lo siguió con los ojos, diciéndose silenciosamente: «Hasta mañana».

La tarde del día siguiente salió de casa con el corazón rebosando de placer y alegría. Lo vio apenas había salido de la calle Sanadiqiya, esperando en el cruce de las calles Ghouriya y Nueva. A la chica se le encendieron los ojos a la vez que le cogieron unas ganas locas de pelearse. Calculó que la seguiría hasta la calle Darasa y que allí, en lugar más seguro, la abordaría. Caminó lentamente, con tranquilidad y sin miedo. Se acercó a él como si no lo viera y al pasar por su lado, él tuvo una reacción inesperada. Se puso a caminar a su lado y acto seguido, con una audacia inaudita, le cogió la mano. Entonces le dijo, sin perder la calma y ciego a los transeúntes con que se cruzaban:

—Buenas noches, querida.

La muchacha no supo cómo reaccionar y trató de liberar la mano. El intento fue en vano y le dio miedo llamar la atención si lo intentaba de nuevo. No supo qué hacer. Si daba rienda suelta a su indignación, corría el peligro de armar un escándalo y de poner precipitadamente fin a la aventura. Si cedía sin más, lo odiaría por haberle impuesto su voluntad y por haberla derrotado. Con voz baja y temblorosa de cólera le dijo:

—¡Cómo se atreve! Suelte mi mano inmediatamente.

El respondió con calma, caminando a su lado como dos amigos:

—Despacio..., despacio. Entre amigos no ha de haber disputas.

Ella, sin poder contenerse más dijo:

—¡La gente! ¡La calle!

El trató de apaciguarla con una sonrisa.

—No hagas caso de la gente de la calle —le dijo—. No piensan más que en el dinero y en sus cuentas mentales. ¿No te gustaría que entráramos en una joyería a escoger algo digno de tu belleza?

A lo que ella, exasperada por su indiferencia, contestó amenazadoramente:

—¿De verdad no le preocupa el qué dirán?

Él, sonriendo y sin perder la calma, respondió:

—No quiero que te enfades. Te he esperado para que podamos caminar juntos. ¿Por qué te enfadas?

—Detesto esta manera de abordar a las personas —contestó con furia—. Cuidado con hacerme acabar la paciencia.

Él vio en su cara signos de auténtica indignación y le preguntó con voz esperanzada:

—¿Me prometes que continuaremos caminando juntos?

—No prometo nada —exclamó la chica—. Suélteme la mano.
La dejó ir de la mano sin apartarse de su lado y le dijo cariñosamente:

—Qué tozuda. Te dejo la mano. Pero no te separes de mí, ¿eh?

La muchacha suspiró con irritación y después lo miró de reojo.

—¡No se haga ilusiones, fresco! —le espetó.

Él encajó el insulto con una silenciosa sonrisa. Caminaron juntos, sin que Hamida intentara alejarse de él. Recordó cómo la había mirado el día anterior, segura de que no tardaría en salir a pasear con él. Pero prefirió concentrarse en la sensación de victoria adquirida al obligarle a que le soltara la mano. Quizá si volviera a cogérsela se la dejaría. Al fin y al cabo había salido de casa para ir a su encuentro. Además no le desagradaba del todo descubrir que su confianza en sí mismo y su atrevimiento eran mayores que los de ella. Caminó a su lado sin preocuparse de los demás peatones, imaginándose la sorpresa que tendrían sus amigas obreras cuando la vieran tan bien acompañada. Su corazón no tardó en rebosar otra vez de alegría y gusto por la aventura.

Mientras, él decía:

—Siento mucho que te haya parecido grosero. ¿Qué otra cosa podía hacer ante tu testarudez? Te has empeñado en atormentarme, y eso que sólo me merezco simpatía por tu parte, después de las horas que he dedicado a esperarte y del sincero sentimiento que me inspiras.

¿Qué podía responder a estas palabras? De buena gana le hubiera dicho algo, pero no supo qué, sobre todo teniendo en cuenta que acababa de insultarlo. Pero entonces vio venir a las chicas del taller en dirección contraria.

—¡Mis amigas! —exclamó fingiendo turbarse.

El hombre miró delante de él y vio a un grupo de chicas que lo miraban con expresión inquisitiva. Hamida, en tono de reproche, y disimulando la alegría que auténticamente sentía, volvió a decir:

—Me ha comprometido.

Él respondió adoptando una actitud desdeñosa y contento de ver que, sin embargo, ella seguía a su lado, hablándole como a un compañero.

—¿Tus amigas? —recomenzó astutamente—. No me lo creo. No te pareces en nada a ellas. Me sorprende ver su libertad mientras que tú te quedas encerrada todo el día en casa, y ver que salen con bonitos vestidos y tú envuelta con ese velo negro. Son las circunstancias, me dirás, pero vaya manera de resignarse a ellas.

Hamida se puso colorada con la sensación de que le había leído los pensamientos.

—Tu belleza es digna de una estrella —prosiguió él.

Ella sonrió con audacia.

—¿De una estrella?—preguntó.

—¡Claro! —respondió él, devolviéndole la sonrisa con dulzura—. ¿No vas al cine? Las estrellas son las actrices más guapas.

Hamida iba de vez en cuando al cine con su padre, a ver películas egipcias, y comprendió a qué se refería. Las mejillas se le encendieron de la emoción. Continuaron unos pasos en silencio y después él preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Hamida —respondió ella sin vacilar.

—Tu enamorado se llama Faraj Ibrahim —dijo él sonriendo—. En una situación como la nuestra lo último que se acostumbra a decir es el nombre. Normalmente se sabe después de que las dos personas han comprendido que se pertenecen. ¿No es verdad, preciosa?

¡Qué lástima que ella no supiera hablar con la misma soltura con que sabía pelearse y reñir! Él sabía decirle cosas tiernas a las que ella no sabía cómo contestar. Se irritó porque, por temperamento, no le gustaba el rol de pasividad. Aspiraba a otro rol que el de la espera, silencio y recato. Ante su impotencia, aumentó su emoción. Lo devoró con la mirada. Se emocionó todavía más al percatarse de que habían llegado al final de la calle y que desembocaban en la plaza de la Reina Parida. Tratando de disimular su contrariedad, dijo:

—Y ahora tenemos que volver.

—¿Volver?

—Hemos llegado al final de la calle.

—Pero el mundo no se termina en la calle Mousky —protestó él—. ¿Por qué no nos paseamos por la plaza?

—No quiero volver tarde —contestó ella a pesar suyo—. Mi madre sufriría.

—Si quieres, podemos coger un taxi —le dijo él se-ductivamente—. Así haremos un largo recorrido en breves minutos.

¡Un taxi! La palabra resonó en sus oídos como un sonido mágico. En su vida había subido a un taxi. Pero sería muy grave subir a un taxi con un desconocido, y sin embargo, el riesgo la incitó a desafiar las reglas, a seguir adelante, en vez de retroceder. Un deseo violento de lanzarse a la aventura se apoderó de ella, como para compensar la cortedad de hacía unos instantes. Se sorprendió ante su propia capacidad de despreocupación, de su osadía aventurera y descubrió que le hubiera costado decir qué era lo que más le atraía en aquellos momentos, si el hombre en sí o la aventura. Tal vez las dos cosas a la vez. Lo miró y vio que él la observaba, con gesto seductor y una sombra de aquella sonrisa que tanto la turbaba. Presa de otro sentimiento, dijo:

—No quiero llegar tarde a casa.

—¿Tienes miedo? —le preguntó él, defraudado.

—A mí no me da miedo nada —contestó ella desafiadoramente.

El rostro del hombre se iluminó.

—Voy a parar un taxi —dijo alegremente.

Ella no intentó resistir más y clavó los ojos en el taxi que se les acercaba para detenerse ante ellos. Él abrió la portezuela y ella se agachó, con el corazón latiéndole violentamente, se cogió una punta del velo y subió al vehículo. Él la siguió diciéndose para sus adentros con gran satisfacción: «Eso nos ahorra un par de días de trabajo». Después la muchacha oyó que le decía al conductor: «Calle de Sharif Pacha». Aquello ya no era ni el callejón de Midaq, ni la calle de Sanadiqiya, ni de Ghouriya, ni la de Mousky. ¿Por qué aquella calle?

—¿Adonde quiere ir? —le preguntó.

Sus hombros se tocaban.

—Daremos un paseo y luego volveremos —respondió él.

El taxi arrancó y ella se olvidó de todo por unos momentos, incluso del hombre que estaba pegado contra ella. Se dejó deslumbrar por las vivas luces que pasaban en rápida sucesión, por el nuevo mundo que pasaba por delante de la ventanilla, un mundo nuevo y brillante. El movimiento del taxi se transmitió al cuerpo y al espíritu y le embriagó el alma. Tuvo la sensación de haber arrancado el vuelo y de planear en el cielo. Sus ojos brillaban y su boca se abría de alegría y sorpresa. El taxi circulaba sin dificultad, abriéndose camino por entre un río de coches, tranvías y peatones. Los pensamientos de la muchacha viajaban con él, sin voluntad propia, como fuera de sí. De pronto oyó que el hombre que estaba a su lado le susurraba:

—¡Fíjate que-elegantes son estas mujeres!

Sí, parecían estrellas diseminadas en el espacio. ¡Qué bellas eran!

Entonces se acordó de su velo negro, de sus sandalias de madera. El corazón se le encogió y se despertó del ensueño como bajo el efecto de la picadura de un escorpión. Se mordió los labios con irritación y el espíritu de rebeldía volvió a prender en ella. Se dio cuenta de que él estaba totalmente pegado contra su cuerpo y tomó conciencia del calor que sentía a su contacto. Él le lanzaba miradas tiernas como al acecho del instante en que ella iba a dar señal de flaqueza. Le cogió la mano para ponerla entre las suyas y, al ver que ella no protestaba, se inclinó para besarla. Ella echó la cabeza hacia atrás para evitarlo. A él no le pareció un gesto suficiente y selló sus labios con los de ella. La muchacha fue presa de un violento espasmo y de un salvaje deseo de morderle los labios. Era la misma

locura que solía tomar posesión de ella cuando se enzarzaba en una riña. Pero él se apartó de ella sin darle tiempo a pasar a la acción. La llama, sin embargo, permaneció encendida en su interior y tal vez se le hubiera abalanzado encima si el no hubiera dicho en aquel momento:

—Ésta es la calle de Sharif Pacha. Mi casa está por aquí. ¿No te gustaría verla?

Ella se volvió en la dirección que él señalaba y vio varios rascacielos. El hombre pidió al conductor que se detuviera delante de uno de ellos.

—Está en este edificio —añadió.

La muchacha vio un inmueble cuya entrada era mucho más grande que el callejón de Midaq.

—¿En qué piso? —preguntó en voz baja.

—El primero. No te cuesta nada entrar a verlo.

Ella le lanzó una mirada llena de cólera y rencor.

—¿Qué pronto te enfadas! —le dijo él—. No veo qué mal hay en ello. ¿No te he visitado repetidamente desde el instante en que te vi? ¿Por qué no devolverme la visita?

¿Qué quería en realidad este hombre? ¿Se pensaba que tenía una presa fácil en las manos? ¿El beso que le había arrancado se lo había hecho creer así? ¿Lo cegaban la vanidad y un sentimiento de superioridad? ¿A eso desembocaba el amor que le había hecho perder la conciencia? Unas ganas violentas de luchar con él y de desafiarlo le inspiraron a aceptar la invitación para demostrarle de qué era capaz y para meterlo en cintura. Sí, su temperamento rebelde la empujó a aceptarlo como un desafío. Su cólera no arrancó del deseo de defender la virtud o las buenas costumbres. Su cólera estaba teñida de orgullo. Se alimentaba por el violento sentimiento de su fuerza. El hombre la observaba intensamente, a la vez que se decía para sus adentros: «Mi amada está hecha de una materia frágil que te puede estallar en las manos al más mínimo contacto. Requiere ser tratada con mucho tacto». Luego le dijo con tono amable y esperanzado:

—Espero poder ofrecerte un vaso de limonada.

—Como quieras —murmuró ella después de lanzar le otra mirada dura y desafiante.

Él se apresuró a abrir la portezuela del taxi y a poner los pies en la acera. Ella le siguió, sin pensar en el peligro, mirando con curiosidad el entorno mientras su acompañante pagaba. Pensó en el callejón del que hacía un momento había salido y se asombró de las aventuras que había pasado y que habían desembocado en aquel inmueble impresionante. ¿Quién se lo hubiera imaginado? ¿Qué diría Radwan Hussainy, por ejemplo, si la viera

entrar en aquel rascacielos? Pensó sonriendo que aquél era el día más feliz de su vida.

El hombre la cogió con presteza del brazo y la condujo a la entrada del inmueble. Subieron por una ancha escalera hasta la primera planta. Luego atravesaron un ancho vestíbulo hacia la puerta de un apartamento. El hombre se sacó una llave del bolsillo y abrió, volviéndose a decir, satisfecho: «¡Con eso gano otros dos días!». Empujó la puerta y la hizo pasar. Después la cerró. La muchacha se encontró en un pasillo largo al que daban varias puertas, iluminado por una potente luz eléctrica. El apartamento no estaba vacío a juzgar por las voces que salían de detrás de las puertas. Faraj Ibrahim se dirigió a la que daba frente a la entrada, la empujó e invitó a Hamida a entrar. Ella se encontró en una pieza de medianas dimensiones, amueblada con sillones de cuero, con un tapiz bordado y un gran espejo. El hombre observó la mirada de estupefacción de Hamida y le dijo con dulzura:

—Quítate el velo y toma asiento.

Ella se sentó en una silla sin quitarse el velo. Amoldó el cuerpo en el cojín.

—No quiero llegar tarde a casa —murmuró.

Él se acercó a una mesa en que había un termo. Lo abrió y llenó dos vasos de limonada fría, alargándole uno a Hamida.

—El taxi vendrá a buscarte dentro de unos minutos —le dijo.

Bebieron los dos, después dejaron los vasos sobre la mesa y ella miró su cuerpo largo y elegante. Los ojos se le posaron sobre su mano, sorprendidos por su belleza. Era una mano elegante, de dedos lisos que sugerían fuerza y delicadeza simultáneamente. Él continuaba mirándola con una sonrisa que pretendía ser tranquilizadora. La muchacha no tenía miedo, sólo sufría de la tensión nerviosa producida por la exaltación y la aventura. Se acordó de las voces que había oído al entrar y preguntó:

—¿Quién hace ese ruido?

—Son mis padres. Ya te los presentaré. ¿No te quitas el velo?

Cuando aceptó la invitación, Hamida supuso que vivía solo; se sorprendió, por lo tanto, de saber que la había llevado a casa de su familia. Fingió no haber oído la sugerencia de quitarse el velo y se quedó mirándolo con expresión desafiadora. Él no volvió a mencionar el velo, pero se le acercó hasta tocarle la punta de la sandalia con la de su zapatos. Se inclinó sobre ella y le tomó la mano.

—Ven a sentarte en aquel sofá —le dijo.

Desconcertada ante la contradicción entre las ganas que sentía de desafiarlo y las de abandonarse a su amor, Hamida le siguió hasta el sofá sin resistirse. Una vez sentados, él se le acercó lentamente, pasándole un

brazo por la cintura. Ella lo dejó hacer sin tener idea de hasta dónde iba a permitirle llegar. Él le cogió la barbilla con la otra mano y acercó su boca a la de la muchacha con el gesto del caminante que se inclina sobre el agua del riachuelo para calmar la sed. Sus labios permanecieron unidos largo rato, aparentemente sellados por la embriaguez del amor. De hecho él hacía todo lo posible por transmitirle la pasión que juzgaba necesaria para conseguir sus objetivos, mientras que ella se dejaba sumir en un estado de intoxicación, sin perder, no obstante, el control y la conciencia de lo que pasaba. Sintió que él apartaba la mano con que le rodeaba la cintura para subirla hacia el hombro y alzarle el velo. El corazón le latió violentamente. Se apartó con brusquedad para volver a bajarse el velo con un gesto nervioso.

—No —dijo duramente.

Él alzó los ojos sorprendido y vio la mirada helada, de rechazo, testarudez y desafío con que le miraba ella. Sonrió, fingiendo incompreensión y diciéndose: «Me lo temía, la chica se hace de rogar. ¡Qué fastidio!».

Después, en voz baja, le dijo:

—Perdona, ha sido un arrebató.

Ella apartó el rostro para que no le viera la sonrisa que afloraba en sus labios, la sonrisa de gozosa victoria femenina. Su gozo no tardó en desvanecerse al tropezar sus ojos con una de sus manos y recordar, entonces, la diferencia entre ésta y la fina y delicada de él. Incomodada por la vergüenza le espetó:

—¿Por qué me ha traído aquí? Es una estupidez.

—Es el acto más hermoso de mi vida —se apresuró a contradecir él—. ¿Por qué te da miedo mi casa? ¿No es también la tuya?

Entonces le miró el cabello que el velo acababa de dejar al descubierto, acercó su cabeza a él y le dijo en voz baja:

—¡Qué pelo más bonito tienes! Es el pelo más bonito que he visto en mi vida.

A pesar del olor a queroseno, lo dijo con sinceridad. Estas palabras supieron a gloria a la chica, la cual, sin embargo, volvió a preguntar:

—¿Qué hacemos aquí?

—Conocernos. Tenemos mil cosas que decirnos, ¿no crees? No tienes miedo, ¿verdad? Tú no tienes miedo de nada...

Hamida estuvo a punto de echarse en sus brazos embargada por la alegría. Él se dio perfecta cuenta de ello y se dijo: «¡Ahora te comprendo, leona!». En voz alta y con tono cálido, dijo:

—Mi corazón te ha escogido y sé que mi corazón no miente nunca. Lo que une el amor, nada puede separarlo. Tú me perteneces, como yo te pertenezco.

Dichas estas palabras, volvió a acercar el rostro al de ella tentativamente. La muchacha inclinó el cuello y lo besó con violencia. Él sintió la presión intensa de sus labios y le murmuró al oído:

—Querida, querida...

Ella suspiró profundamente, incorporándose para recobrar el aliento.

—Esta casa es tuya —prosiguió él—. Y éste es tu refugio —añadió, señalando su pecho.

Ella se rió secamente y respondió:

—¿Trata de recordarme que es hora de regresar a casa?

Pero él, que seguía un plan premeditado con antelación, respondió con tono de desaprobación:

—¿De qué casa hablas? ¿De la casa del callejón? ¡Por Dios! No me vuelvas a mentar aquel barrio. ¿Te gusta aquel callejón? ¿Allí quieres tú volver?

Hamida se rió a la vez que decía:

—¡Qué preguntas! ¿No tengo allí mi casa y mi familia?

—Aquella no es tu casa, ni allí vive tu familia —respondió él desdeñosamente—. Tú estás hecha de otra madera, querida, y sería un pecado permitir que un cuerpo tan lozano y lleno de vida como el tuyo quedara enterrado en aquel cementerio de huesos podridos. ¿No has visto las hermosas mujeres luciendo elegantes trajes por la avenida? Tú eres más guapa y atractiva que muchas de ellas. ¿Por qué no deberías tú vestirme y pasearte como esas mujeres? Dios me ha enviado a ti para desenterrar el tesoro y sacarlo a la luz. A eso me refiero cuando te digo que esta casa también es la tuya.

Sus palabras eran como los hábiles dedos de una mano pulsando las cuerdas de un instrumento musical. Hamida estaba aturdida. Con los párpados bajos se abandonó al ensueño. Las palabras que acababa de oír expresaban perfectamente sus más profundas tendencias. Pero no veía la manera de materializar sus sueños y no acababa de comprender qué intención llevaba el hombre. ¿Por qué no le decía claramente lo que quería? Expresaba maravillosamente bien sus esperanzas y sus deseos, le hablaba con el secreto lenguaje de su corazón, sabía cómo sacar a luz el lado oscuro y escondido de su alma, pero había algo confuso, algo que no abordaba con franqueza. ¿Por qué vacilaba en decirlo?

—¿Qué quiere decir? —osó preguntarle finalmente.

El hombre comprendió que había llegado a un punto delicado del plan que se había trazado. La miró seductoramente, con expresión risueña y le dijo:
—Creo que te convendría permanecer en esta casa para dejar que la vida te colme de felicidad.

La muchacha se rió secamente y volvió a decir:

—No comprendo.

Él acarició tiernamente la raya que le partía el pelo, tratando de buscar la complicidad del silencio y darse tiempo a ordenar las ideas.

—Tú te debes de preguntar que por qué te sugiero que te quedes a vivir aquí, pero yo quiero saber qué razón tienes para volver al callejón. ¿Para esperar que te pida la mano un pobretón y que te devore la belleza y el frescor del cuerpo hasta convertirte en un despojo? No creo que seas tan tonta para que no me entiendas. Te tengo por una chica excepcional. Tu hermosura es extraordinaria. Y además eres de una audacia fuera de lo común. Una mujer como tú, cuando se propone algo, basta con que se diga «quiero eso» para obtenerlo.

Hamida palideció.

—Encuentro la broma de muy mal gusto —dijo encolerizada—. Además, ha comenzado hablando en broma, pero por lo visto está hablando en serio.

—¡Claro que hablo en serio! No bromearía nunca con una persona como tú, que me inspira tanto respeto y cariño. Si no me equivoco, tienes un gran corazón, ca paz de cualquier cosa para conseguir ser feliz. No te imagino haciéndole remilgos a la felicidad. Necesito una persona que comparta mi vida. Tú eres la compañera ideal.

—¿Compañera? Si de verdad habla en serio, dígame qué quiere. El camino está libre. Si quiere...

Iba a decir «si quiere casarse conmigo», pero se calló y lo miró. Él adivinó lo que había estado a punto de decir y se rió para sus adentros. Continuó, no obstante, por el mismo camino y dijo con aire teatral:

—Necesito una compañera querida con la que pue da embarcarme en la vida, en una vida de riqueza, de luz, feliz. No es una vida miserable, hecha de embara zos, crios y porquería. Sino la vida de una estrella, como de las que te he hablado antes.

Ella lo escuchó boquiabierta.

—Me está invitando a una vida de perdición —exclamó dándole la espalda—. Es un criminal.

En el fondo, Hamida estaba más sorprendida que encolerizada. Su cólera se debía, sobre todo, a la sorpresa y a la decepción.

—Soy un hombre —dijo él sonriendo.

—No, no es un hombre —le atajó ella—. Es un ma carra.

Él se echó a reír con ganas y dijo:

—¿Y un macarra no es también un hombre? Pues sí lo es, te lo aseguro. Un hombre como los hay pocos. ¿Qué encontrarás al lado de un hombre común, aparte de dolores de cabeza? En cambio, un macarra, en este mundo en que vivimos, es un cortesano de la belleza. Además, no olvides que yo te quiero. No permitas que la cólera destruya nuestro amor. Te invito a la felicidad y al amor. Si hubieras sido una tonta, te hubiera engañado, pero como te quiero, prefiero decirte la verdad. Estamos hechos del mismo metal, tú y yo. Dios nos ha creado para amarnos y trabajar juntos. Unidos tendremos dinero y una gran vida. Separados, en cambio, viviremos humillados y miserablemente, o por lo menos uno de los dos.

Ella no conseguía apartar los ojos de él y no paraba de preguntarse, estupefacta: «¿Cómo puede existir una persona así?». Estaba indignada y, sin embargo, no lo despreciaba, al contrario, continuaba amándolo como el primer momento. Su emoción la hizo ponerse de pie violentamente y decir:

—No soy el tipo de mujer que se imagina.

El se esforzó por fingir contrariedad y suspiró ruidosamente, pero en el fondo continuaba seguro de obtener lo que se había propuesto.

—Me cuesta creer que me he equivocado —dijo con voz triste—. ¡Dios mío! ¿Te vas a casar con uno de los del callejón en que vives? Venga embarazos y crios, embarazos y crios. Amamantando a los niños por la calle. Comiendo habas. Engordando, marchitándote. ¡No! No puedo creerlo.

—¡Basta! —dijo ella incapaz de seguir escuchándolo.

Se dirigió hacia la puerta y él la siguió precipitada mente.

—No corras tanto —le dijo con dulzura, aunque sin cortarle el paso.

Hamida había llegado al inmueble contenta y sin miedo a nada, y ahora salía de allí atemorizada y confusa. Esperaron unos instantes delante de la entrada a que un mozo les parara un taxi. Luego subieron a él, separadamente, cada uno por una puerta distinta. El taxi arrancó velozmente. Hamida se sumió en sus pensamientos. Él la observó en silencio, comprendiendo que lo más prudente era no hablar. Cuando llegaron a la calle de Mousky, el pidió al conductor que se detuviera. La muchacha pareció volver en sí al oír la orden y miró por la ventanilla. Se incorporó para apearse y él, antes de abrir, se volvió hacia ella y la besó en el hombro, diciendo:

—Te esperaré mañana.

Ella se apartó exclamando:

-¡No!

Al abrirle la portezuela, él insistió:

—Te espero mañana, querida, estoy seguro de que vendrás. —Y cuando ella se hubo apeado, volvió a insistir—: No te olvides de mañana. Comenzaremos una vida nueva y maravillosa. Te quiero. Te quiero más que a la propia vida.

La miró alejarse con una irónica sonrisa en los labios. «Es deliciosa, estoy seguro. No me he equivocado. Tiene un talento natural... Puta de nacimiento. Será una perla preciosa.»

Su madre le preguntó:

—¿Por qué has tardado?

—Zaynab me ha invitado a su casa —respondió ella.

Entonces Umm Hamida le anunció que habían sido invitadas a la boda de la señora Afify y que ésta se había ofrecido a comprarle un vestido a la muchacha. Hamida fingió alegrarse de la noticia y se sentó, dispuesta a pasar una hora chismorreando con su madre. Después cenaron y se metieron en la habitación donde dormían. Hamida lo hacía sobre un viejo sofá y su madre en un colchón colocado directamente en el suelo.

Umm Hamida roncó a los pocos minutos, mientras la muchacha miraba la luz que se filtraba por los postigos cerrados de la ventana. Repasó mentalmente los acontecimientos del día, con minuciosidad, procurando no saltarse ningún gesto ni palabra. Experimentó una gran alegría, una alegría provocada por el orgullo y la locura que le corría por la sangre. No olvidó, sin embargo, que había entrado en el callejón jurándose no volver a ver a aquel hombre, al que juzgó nefasto. Tuvo que reconocer que el propósito apenas había hecho mella en su corazón. Lo cierto era que durante aquel día había aprendido más cosas sobre sí misma que durante toda su vida. Pareció que aquel hombre se le hubiera interpuesto en el camino para revelar, precisamente, su auténtico ser interior. ¿Por qué le había dicho que no? ¿Hasta qué punto importaba aquel no? ¿Significaba ello que tenía que volver a encerrarse en casa para esperar el regreso de Abbas? ¡De ninguna manera! Abbas había sido definitivamente desterrado de su corazón. Abbas significaba lo que ella no quería: un matrimonio miserable, una vida llena de crios que tendría que amamantar en una calle infestada de moscas. En ella no existía asomo del instinto maternal que poseían las otras chicas de su edad. Las vecinas no erraban cuando la acusaban de dureza de corazón y de no querer a los niños. ¿Qué quería en realidad? Lo sabía de sobra. Lo que hasta entonces había sido un sueño entre luces, se manifestaba ahora con toda claridad.

Lo extraño era que, en su insomnio, no viera dificultad en seguir el camino que acababa de escoger. Que no viera contradicción entre su vida pasada y la vida futura en que había decidido embarcarse. Entre el bien y el mal. El hecho era que lo había decidido sin darse cuenta. Lo había decidido en el momento en que se encontró entre los brazos de aquel hombre, en su casa. La prueba era que, a pesar de sus manifestaciones de indignación, ni por un instante había soñado en odiarlo, ni le había inspirado repugnancia de ninguna clase. Lo único que la había irritado era su exceso

de confianza, como cuando, al despedirse, le había dicho: «Hasta mañana».

No obstante, la noche no pasó sin que le asaltaran algunas dudas. Se preguntó qué iban a decir los vecinos cuando se enteraran. La respuesta estaba en una sola palabra: «puta». La boca se le secó al pensarlo y se acordó con horror de la vez que había gritado a sus amigas trabajadoras: «Putas callejeras», acusándolas de vivir como los hombres y de recorrer libremente las calles. A pesar de la tristeza que le invadió durante unos instantes, no pensó en la posibilidad de echarse atrás. Había tomado la decisión en lo más profundo de su alma y se dejaba deslizar hacia el inexorable destino sin más freno que los pequeños guijarros incapaces de detener al que se precipita por la pendiente.

De pronto, pensó en su madre. La miró y el ruido de sus ronquidos, que hasta entonces le habían pasado desapercibidos, le atronó el oído. Se la imaginó al día siguiente, esperándola en vano, se imaginó su desesperación y se acordó de cómo la había amado, como una auténtica madre, y de cómo ella también la había querido, a pesar de las frecuentes disputas. Al notar cómo los sentimientos amenazaban con hacerla flaquear, suspiró con fuerza y se dijo: «No tengo padre ni madre, sólo lo tengo a él en el mundo».

Con estas palabras se volvió de espaldas al pasado. No pensó más que en el día de mañana y en lo que iba a ocurrir. El insomnio comenzó a fatigarla, los ojos empezaron a escocerle y deseó conciliar el sueño. Con un esfuerzo de voluntad desechó los pensamientos que la importunaban, cosa que logró durante un rato, hasta que comenzaron a molestarla los ruidos del café de abajo. Oyó como la voz de Kirsha decía: «Sanker cambia el agua de los narguiles». Y la del estúpido Kamil que decía: «¡Oh, Dios! Dale su merecido». «¿Y qué? Todo ocurre por alguna razón.» Estas últimas palabras salían de la boca del doctor Booshy. Entonces se imaginó a su amante sentado en su sitio habitual, entre Kirsha y el jeque Darwish, mandándole silenciosos besos a la ventana. Luego volvió a ver el impresionante inmueble y la pieza en que habían estado los dos, y no tardó en oír su voz que le susurraba: «Hasta mañana».

«Hermanos, la paz sea con vosotros.» Era la voz de Radwan Hussainy, el que no había aprobado su matrimonio con Salim Alwan, antes de que cayera enfermo. ¿Qué dirá de ella mañana cuando se entere de su fuga? Que diga lo que quiera, malditos sean todos los vecinos del callejón. El insomnio se le convirtió en una lucha enfermiza o que la hizo dar vueltas y más vueltas, sin que el cuerpo encontrara una posición satisfactoria. La

noche transcurrió lentamente, agotadoramente, sobre todo teniendo en cuenta el día que le esperaba.

Un poco antes del amanecer se sumió en un sueño pesado del que no se despertó hasta entrada la mañana. Al recobrar la lucidez, volvieron a asaltarla los pensamientos del insomnio como si se hubieran despertado antes que ella. La muchacha se preguntó con impaciencia: «¿Cuándo llegará la puesta del sol?». Pensó que ya no era más que una pasajera en el callejón de Midaq. Tal como le había dicho su amante, entre el callejón y ella nada había en común. Se levantó, abrió la ventana, enrolló el colchón de su madre y lo empujó contra un rincón. Luego barrió el piso y fregó el suelo de la entrada. Desayunó sola, porque su madre había salido a uno de sus múltiples recados. Finalmente se metió en la cocina para limpiar las lentejas que la mujer le había dejado en un plato para el almuerzo del día. Una vez lavadas, encendió el hornillo al tiempo que se decía: «Es la última vez que cocino en esta casa. ¡Quién sabe! Quizá es la última vez que cocino en mi vida. ¿Cuándo volveré a comer lentejas?». Las lentejas le gustaban, pero sabía que era comida de pobre, porque los ricos sólo comían carne. Se entretuvo imaginándose lo que comería en el futuro, y cómo se vestiría. Sonrió complacida.

Al mediodía salió de la cocina y fue al cuarto de baño para lavarse. Después se peinó cuidadosamente y se trenzó el cabello. Se puso la mejor ropa que tenía, pero quedó consternada al constatar el estado de su ropa interior. Se sonrojó al preguntarse cómo podía ir a encontrarse con su amado de aquella manera. Decidió entonces que no se entregaría a él hasta que no hubiera conseguido ropa nueva. La idea le gustó, satisfizo su instinto por la lucha. En este estado de ánimo se colocó junto a la ventana, disponiéndose a mirar el callejón por última vez. Pasó la mirada por los diferentes edificios: la panadería, el café, la tienda del tío Kamil, la barbería, el bazar y la casa de Radwan Hussainy. Todos los sitios en que posó los ojos le avivaron recuerdos que se encendieron como cerillas.

Lo sorprendente era su impasibilidad, su falta de simpatía o de afecto hacia el callejón y sus moradores. Los lazos con las vecinas habían sido rotos hacía tiempo. No mantenía relaciones ni con la panadera ni con la mujer de Kirsha, su antigua nodriza. Incluso con la jer de Radwan Hussainy había logrado romper: un día, al enterarse de que Hamida había hablado mal de ella, había esperado a verla subir a la azotea para tender ropa, había entonces subido a la suya (las dos azoteas eran contiguas) y le había dicho con despecho: «¡Qué pena Hamida que seas tan deslenguada, una chica tan bonita como tú!».

Los ojos de Hamida se detuvieron un largo rato en la fachada del bazar de Alwan, recordando cómo el propietario le había pedido la mano y la ilusión que había encendido en ella durante un par de días. ¡Qué pena cuando vio que se le escurría de los dedos! De todos modos, la diferencia entre los dos hombres era enorme. Alwan la había conmovido parcialmente con sus riquezas, mientras que el otro, el de ahora, la había conmovido toda, enteramente. Miró entonces, de nuevo, la barbería y pensó en Abbas. «¿Qué hará cuando vuelva y no me encuentre?», se preguntó. Se acordó de la despedida en la escalera y su corazón se petrificó por unos instantes, al no alcanzar a comprender cómo había podido permitir el contacto de sus labios. Luego se apartó de la ventana y se tumbó en el sofá, más decidida que nunca.

A la hora del almuerzo volvió su madre. Mientras comían, la mujer le dijo que estaba a punto de concertar otra boda que iba a proporcionarle mucho dinero. «Esta vez nos haremos ricas», dijo. Hamida hizo unas preguntas pertinentes sobre ello, sin prestar demasiada atención a las respuestas. No era la primera vez que su madre se las prometía muy felices con sus proyectos de boda, para luego cobrar unas cuantas libras y poder comprar carne unos días.

Al echarse su madre un rato para la siesta, Hamida se sentó en el sofá a observarla. Era el último día que vivían juntas. Quizá no volverían a verse nunca más. La idea la hizo vacilar por primera vez desde que había tomado la decisión. No pudo por menos que conmovirse ante la mujer que la había criado como una verdadera madre y se le partió el corazón al comprender que no podría ni darle un beso de despedida.

A la hora del crepúsculo, Hamida se cubrió con el velo y se calzó las sandalias de madera. Miró a su madre y al verla tranquila y confiada, se contrarió. Pero no tenía más remedio que marcharse. La miró largamente y le dijo:

—Adiós...

—Adiós, no llegues tarde —le respondió Umm Hamida encendiendo un cigarrillo.

Hamida salió de la casa con la cara muy seria. Atravesó el callejón de Midaq sin mirar atrás. Tomó por la calle de Sanadiqiya, después por la de Ghouriya hasta la calle Nueva. Entonces aminoró el paso. Exploró la calle con la mirada y lo vio en el mismo sitio que el día anterior, esperando. La cara se le puso roja y los ojos echaron chispas de furia y rebelión. Se sintió embargada por unas ganas violentas de vengarse de la calma del hombre. Bajó los ojos, preguntándose si sonreiría de nuevo con arrogancia. Los alzó para mirar y lo vio con el rostro serio y grave. En sus ojos

almendrados se reflejaba una cierta preocupación. Hamida se calmó un poco al darse cuenta. Pasó por su lado, segura de que iba a abordarla como el día anterior. Pero él fingió no haberla visto. Esperó a que ella lo adelantara y a que una curva de la calle la ocultara de su vista para seguirla. La muchacha comprendió que actuaba de aquella manera por prudencia y cobró conciencia de la extrema gravedad de la aventura. Continuó caminando hasta al final de la calle, donde se detuvo bruscamente como si de pronto se acordara de algo. Dio media vuelta. Él la siguió, ansiosamente, y le preguntó sin alzar la voz:

—¿Por qué vuelves atrás?

Ella tardó un poco en contestar, como si le costara despegar los labios, y por fin dijo:

—Las chicas de la fábrica...

—Vayamos por la calle de Azhar —dijo él con satisfacción—. Allí no nos verá nadie.

Reanudaron el camino, un poco separados el uno del otro, en silencio. Hamida comprendió que al decir aquellas últimas palabras, había abdicado definitivamente su voluntad. Siguió en silencio hasta la plaza de la Reina Farida. Al llegar allí, Hamida se paró, sin saber a dónde debía dirigirse. Entonces él llamó a un taxi. Abrió la portezuela y ella levantó el pie para subir al vehículo: fue el movimiento que marcó la separación entre dos vidas. Apenas hubo arrancado el coche, él comenzó a hablar con voz temblorosa y una consumada habilidad.

—¡Cómo me has hecho sufrir, Hamida! No he pegado ojo en toda la noche. No sabes, querida, qué tormento es el amor. Pero por fin soy feliz. ¡Parece mentira! Qué bello lucirá el diamante colgando de esta garganta —dijo pasándole la mano por el cuello—, qué magnífico el oro sobre este brazo —y le tocó el brazo—, qué fascinante el carmín de tus labios.

Con estas últimas palabras se inclinó con la intención de besarla, pero ella lo rechazó con violencia.

—¡Qué salvaje más preciosa estás hecha, Hamida! —Guardó silencio durante un momento y después volvió a reanudar, con una sonrisa—: Despídete de tus años de trabajo y fatigas. A partir de ahora no tendrás más preocupaciones en la vida. Ni los senos tendrás que aguantar, metidos en unos sostenes de seda.

La muchacha enrojeció, pero fue incapaz de enfadarse. Abandonó el cuerpo al movimiento del vehículo como si, llevada por él, se diera a la fuga alejándose de todo su pasado.

El taxi llegó al inmueble que se había convertido en su refugio. Se apearon de él y se apresuraron a entrar en el apartamento. En su interior

se seguían oyendo las voces del día anterior. Entraron en el salón y él le dijo riendo:

—Quítate el velo y lo quemaremos.

Ella se sonrojó al decir:

—No he traído más ropa que la que llevo puesta.

—¡Bien hecho! —dijo él alegremente—. No queremos nada del pasado.

La invitó a sentarse mientras él se puso a dar zancadas por la estancia. Después se dirigió hacia una puerta que había a la derecha del espejo, la empujó y dejó ver otra habitación, amueblada con similar elegancia.

—Nuestro cuarto —dijo.

Pero ella replicó:

—No, no. Yo dormiré aquí.

Él la atravesó con una mirada y dijo con tono resignado:

—No, tú dormirás dentro y yo aquí.

La muchacha estaba decidida a no dejarse llevar como una oveja, a no ceder antes de haber satisfecho sus deseos fervientes de lucha. Por lo visto, el hombre lo comprendió porque, disimulando una sonrisa sarcástica, adoptó una expresión sumisa. Después le dijo con cara risueña y lleno de orgullo:

—Ayer, querida, me trataste de macarra. Permíteme que me presente hoy como verdaderamente soy: tu amante es un director de escuela y con el tiempo aprenderás todo lo que te hace falta.

Hussain Kirsha se dijo para sus adentros, mientras se dirigía al callejón de Midaq: «A esta hora están todos de tertulia en el café. Me van a ver y se lo dirán a mi padre, si es que no rrie ve él primero». Era ya de noche, las tiendas del callejón estaban cerradas y reinaba el silencio. La única animación era la del café. El joven caminaba pesadamente, con el corazón encogido y el rostro sombrío. Le seguían otro joven de su edad y una chica. Hussain vestía camisa y pantalón y llevaba una maleta grande en la mano. El joven que le seguía vestía lo mismo que él y también llevaba una maleta. La chica, en cambio, iba muy elegante, sin velo ni abrigo. Su caminar también revelaba distinción, pero sus orígenes plebeyos eran traicionados por una cierta vulgaridad.

Hussain fue directamente a la casa que era propiedad de Radwan Hussainy y entró en ella, seguido de sus dos compañeros, sin mirar hacia el café. Subieron hasta el tercer rellano y Hussain llamó a la puerta del piso de sus padres con el ceño fruncido. Su madre salió a abrir.

—¿Quién es? —sonó su ronca voz en la oscuridad.

—Soy yo, Hussain —respondió el joven en voz baja.

—¡Hussain! ¡Hijo mío! —gritó la señora Kirsha incrédulamente. Se acercó a él, lo agarró por los brazos y lo besó diciendo—: ¡Has vuelto, hijo! Alabado sea el Señor... alabado sea Dios que te ha hecho recobrar el juicio. Entra, es tu casa —añadió con una risa histérica—. Entra, bribón... las noches sin dormir que me has hecho pasar...

Hussain entró con aire sumiso, frunciendo todavía el ceño. El entusiasta recibimiento de su madre no parecía haberlo alegrado lo más mínimo. Al ir ella a cerrar la puerta a sus espaldas, Hussain la detuvo para dejar pasar a la pareja que venía detrás.

—No he venido solo. Pasad, Sayyida y Abdu. Te presento a mi esposa, madre, y a su hermano.

La mujer quedó atónita y a las claras se vio que no muy contenta. Miró boquiabierta a los dos desconocidos hasta lograr superar sus sentimientos y alargó la mano a la joven. Sin darse cuenta de lo que decía, exclamó:

—¡Conque te has casado, Hussain! Bienvenida sea la novia. ¡Pero no nos lo habías dicho! ¿Cómo has podido casarte sin invitar a tus padres a la boda?

—¡Las artimañas de Satán! —exclamó Hussain—. Estaba enfadado, en rebeldía contra todo... Es el destino.

La madre descolgó una lámpara de la pared y los condujo a la salita de recibimiento. Puso la lámpara en el alféizar de la ventana cerrada y miró la cara de la esposa de su hijo.

La joven dijo melancólicamente:

—Nos dio mucha pena que no pudieran asistir a la boda, de verdad. Pero no pudimos hacer nada para evitarlo.

Su hermano la secundó. La señora Kirsha sonrió, no del todo recuperada de la gran sorpresa.

—Bienvenidos los tres —murmuró.

Entonces miró a su hijo, contrariada al ver su expresión sombría. Cayó en la cuenta de que todavía no le había dirigido una sola palabra cariñosa y observó en tono de reproche:

—De modo que finalmente te has acordado de nosotros.

Hussain sacudió la cabeza y contestó de mal humor:

—Me han despedido.

—¿Despedido? ¿Te has quedado sin trabajo?

Antes de poder responder, unos golpes en la puerta atronaron el piso. Hussain intercambió una mirada con su madre que salió de la estancia, seguida por su hijo, el cual tuvo buen cuidado de cerrar la puerta a sus espaldas. En el vestíbulo, Hussain dijo:

—Es mi padre, seguramente.

—Seguramente —contestó preocupada la mujer—. ¿Te ha visto llegar? ¿Os vio a los tres cuando llegasteis?

El hijo abrió la puerta sin contestar y Kirsha entró cargando como un toro furioso. En cuanto vio a su hijo, lanzó chispas por los ojos y su rostro se desfiguró de rabia.

—¡De modo que eras tú! Me lo han dicho y no me lo podía creer. ¿Por qué has vuelto?

Hussain contestó en voz baja:

—Tenemos invitados. Cálmate, por favor. Pasemos a tu cuarto a hablar tranquilamente.

El joven entró en el dormitorio de su padre y Kirsha le siguió rabiando. La señora Kirsha también entró y encendió la lámpara a la vez que le decía a su esposo, en tono de advertencia y con ganas de arreglar las cosas:

—Escucha. La esposa y el cuñado de tu hijo están en la salita.

Las cejas del viejo se levantaron en un gesto de sorpresa:

—¿Qué dices? —rugió—. ¿Se ha casado?

Hussain, irritado al ver la precipitación de su madre, prefirió tomar la delantera y contestar personalmente:

—Sí, padre, me he casado.

Kirsha permaneció un momento en silencio, lanzando chispas por los ojos. Ni por un momento se le ocurrió regañar a su hijo, puesto que esto hubiera implicado un cierto afecto. Decidió no hacer caso de la noticia.

—No me importa lo más mínimo —dijo con tono de desprecio—. Pero permíteme una pregunta: ¿por qué has vuelto? ¿Por qué vuelves a enseñarnos la cara de cuya vista Dios, en su infinita merced, nos había librado?

Hussain prefirió callar y bajar la cabeza. La madre se arriesgó a decir en tono de súplica:

—Lo han despedido...

El joven volvió a contrariarse ante la precipitación de su madre. La furia de Kirsha aumentó al oír la noticia y con voz grosera gritó:

—¿Te han despedido? ¿Y qué? Mi casa no es un así lo. ¿No habías renegado de nosotros, hijo de perra? ¿A qué vienes ahora? Desaparece de mi vista. Vuelve a la buena vida, al agua corriente, a la electricidad.

—Cálmate —le dijo su mujer dulcemente—. Reza al Profeta...

—¿Te atreves a salir en su defensa, hija del demonio? —rugió el viejo alzando amenazadoramente el puño—. ¡Raza de demonios! ¡Al infierno debierais ir inmediatamente! ¿Qué quieres ahora, madre del mal? ¿Que acoja a tu hijo en su familia? ¿No te dijeron que yo era un gorrón que me dedicaba a sacar el dinero de donde fuera? ¡Ni hablar! Entérate de una vez que la policía ronda la casa. Ayer detuvo a cuatro de mis colegas. ¡Tienes un futuro muy negro, desgraciada!

La mujer decidió armarse de paciencia y decir con una dulzura poco habitual en ella:

—Reza al Profeta y proclama tu fe en la Unidad Divina.

—¿Y que me olvide de lo que nos ha hecho? —gritó Kirsha.

—Nuestro hijo es muy testarudo e irresponsable —contestó ella tratando de calmarlo—. El diablo se apoderó de él y nos lo descarrió. Pero ahora tú eres la única persona que puede ayudarlo.

—¡Desde luego! —gritó el viejo—. Soy la única persona que puede ayudarlo. Yo, al que insulta cuando las cosas le van bien y al que vuelve con el rabo entre piernas cuando le van mal. —Y dirigiéndose a Hussain, preguntó—: ¿Por qué te han despedido?

Su mujer respiró aliviada, comprendiendo instintivamente que la pregunta significaba la reconciliación. —Nos han despedido a muchos —respondió en voz baja Hussain con aire derrotado—. Dicen que la guerra está a punto de terminar.

—La guerra acabará en el campo de batalla para comenzar en mi hogar. ¿Por qué no has ido a casa de los padres de tu mujer?

—Sólo tiene a su hermano —respondió Hussain con la mirada baja.

—¿Por qué no te ayuda él?

—También lo han despedido.

Kirsha se echó a reír sarcásticamente:

—¡Bienvenidos! Claro, el único refugio que has podido encontrar para tu familia arruinada es mi piso de dos habitaciones. ¡Estupendo, hombre! ¡Estupendo! ¿No has ahorrado dinero?

Hussain suspiró y respondió con voz apesadumbrada:

—No.

—¡Bien hecho! Has vivido como un rey, con electricidad, agua corriente, diversiones de todo tipo y regresas convertido en un mendigo, como cuando te marchaste.

—Nos dijeron que la guerra no terminaría nunca —replicó algo indignado Hussain—. Que Hitler resistiría años y años y que acabaría por tomar la ofensiva.

—Pero en vez de tomar la ofensiva, se ha esfumado, dejándote a ti con un palmo de narices y el bolsillo vacío. ¿Y aquel señor es el hermano de la dama?

—Pues sí.

—Estupendo... Un gran honor para tu padre. Prepara la casa para recibirlos, Umm Hussain, y procura disimular nuestra pobreza. Ya me las arreglaré para instalar pronto electricidad y agua corriente para sus señorías. Quién sabe, quizá compraré el coche del señor Alwan...

Hussain resopló ruidosamente y dijo:

—Basta, padre, basta.

Kirsha le lanzó una mirada apologética y dijo:

—No te enfades. ¿Te has enfadado? Era sólo una broma. Sed bienvenidos. Apídate de esta buena gente, Kirsha, de su mala suerte... Pero quitaos los abrigos. Y tú, Umm Hussain, ve a abrir el cofre que guardamos en el excusado y dales dinero para que se pongan contentos los señores.

Hussain se controló la indignación en silencio esperando a que pasara la tormenta. Su madre se dijo para sus adentros: «Protégenos, Señor». Estaba claro que Kirsha, a pesar de su cólera, no pensaba en cerrarle la puerta a Hussain. En el fondo estaba encantado de su regreso y de su matrimonio. Finalmente se calmó y llegó a murmurar:

—El asunto está en manos de Dios. Que Él nos conceda la paz a todos.

—Y dirigiéndose a su hijo, inquirió—: ¿Qué planes tienes para el futuro?

Hussain, comprendiendo que había pasado la prueba, dijo:

—Encontrar trabajo, espero, y disponer de las joyas de mi mujer.

Su madre levantó la cabeza al oír la palabra «joyas» y sin darse cuenta de lo que decía, preguntó:

—¿Se las has comprado tú?

—Algunas sí, otras se las compró su hermano —respondió Hussain. Y dirigiéndose a su padre, añadió—: Encontraré trabajo y Abdou, mi cuñado, también. No se quedará en casa mucho tiempo.

Reinaba la calma después de la tormenta y la madre lo aprovechó para decir a su marido:

—Ven a saludar a la familia de tu hijo.

Y a espaldas de Kirsha, le guiñó un ojo a Hussain.

Entonces él le dijo al padre, sin mucho entusiasmo, tal como convenía a su natural poco dado a las efusiones:

—¿Me harás el honor de dejar que te presente a mi familia?

—¿Cómo puedo reconocer un matrimonio al que no he dado mi bendición? —preguntó el viejo después de un instante de titubeo.

Pero sin esperar la respuesta, se levantó refunfuñando. Su mujer abrió la puerta y lo precedió a la sala donde esperaban los dos. Se hicieron las presentaciones debidas y Kirsha dio la bienvenida a la mujer y al cuñado de su hijo. Los rostros de los dos hermanos se iluminaron al ser bien recibidos. El pequeño grupo se dedicó a intercambiar cumplidos, disimulando sus verdaderos sentimientos.

Kirsha no acababa de tenerlas todas consigo. De reojo se dedicó a examinar al hermano de su nuera. De pronto se sintió animado por un vivo interés hacia el joven, al que encontró inteligente, apuesto y joven. Decidió darle conversación, sentándose a su lado, lo más cerca de él posible. Llegó a sentirse realmente feliz, con una nueva sensación de profundo placer en su interior. Se abrió sinceramente a su nueva familia, a la que de nuevo dio la bienvenida, esta vez espontáneamente. Dirigiéndose a su hijo le preguntó:

—¿No has traído equipaje, Hussain?

—He dejado unos muebles almacenados en casa de unos vecinos —respondió su hijo.

—Ve en seguida a recogerlos —le ordenó imperiosamente su padre.

Unas horas después, cuando Hussain estaba charlando con su madre, ésta se detuvo bruscamente para decirle:

—¿No sabes lo que ha pasado? ¡Hamida ha desaparecido!

—¿Qué quieres decir? —preguntó su hijo con expresión asombrada.

—Salió a dar su paseo habitual, una tarde —comenzó a contar Umm Hussain sin disimular el desprecio que le merecía la muchacha— y no volvió. La madre ha ido a todas las casas de los vecinos, y a las de sus amigas, pero no la ha encontrado. Ha ido a la policía y al hospital, pero nada, no se sabe nada de la chica.

—¿Qué crees que le habrá pasado?

La madre sacudió la cabeza y dijo con voz convencida:

—¡Que se ha fugado de casa! Algún hombre la habrá seducido y se la ha llevado. Era guapa, pero no era buena.

Hamida abrió los ojos, enrojecidos todavía de sueño, y vio el techo blanco y reluciente del que colgaba una potente bombilla eléctrica, metida dentro de un globo de cristal rojo. Lo miró con sorpresa durante unos segundos, luego se acordó de lo sucedido la noche anterior y de la nueva vida en que se había embarcado. Miró en dirección a la puerta, que estaba cerrada, luego hacia la mesita de noche en la que había dejado la llave. Todavía estaba allí. Hamida había conseguido salirse con la suya y dormir sola. Él había pasado la noche en la habitación contigua. La chica sonrió y retiró las suaves coberturas de terciopelo y seda, tan diferentes de la basta tela de su vestido. ¡Qué profundo era el abismo entre su vida anterior y la actual!

Las ventanas todavía estaban cerradas, y por sus rendijas entraba el sol, esparciendo una luz difusa por toda la habitación. Por la luz, Hamida supo que la mañana estaba ya avanzada, cosa que no la sorprendió, porque había tardado mucho en conciliar el sueño. Oyó un golpe suave en la puerta que la paralizó. Luego saltó de la cama y se puso delante del espejo del tocador.

Volvieron a llamar a la puerta, esta vez con mayor fuerza. Hamida gritó:

—¿Quién es?

—Buenos días —respondió la profunda voz del hombre—. ¿Por qué no abres?

Hamida se miró de nuevo en el espejo. Tenía el pelo en el más completo desorden, los ojos enrojecidos y los párpados pesados. ¡Dios mío! ¿Y dónde estaba el agua para lavarse la cara? ¿No podía esperar a que se arreglara un poco? Los golpes en la puerta habían cobrado un tono imperioso, pero ella decidió no hacer caso. Se acordó de la vergüenza que había pasado aquella tarde en la calle de Darasa, cuando se encontró con él sin ella haberse acicalado. Vio frascos de perfume sobre el tocador, pero como era la primera vez que veía perfume en su vida, no le sirvieron de nada. Cogió un peine de marfil y se lo pasó por el cabello, después, con una punta del vestido, se frotó la cara. Volvió a mirarse en el espejo y suspiró ansiosamente, con irritación. Por fin cogió la llave y fue a abrir. Se encontró cara a cara con él, que le sonrió amablemente.

—¡Buenos días, Titi! ¿Por qué me has dejado solo tanto rato? ¡No querrás pasar también el día alejada de mí! —le dijo con dulzura.

La muchacha se apartó de él en silencio. Él la siguió sonriendo.

—¿Por qué no dices nada, Titi?

«Titi». Debía de ser un apodo cariñoso. Su madre a veces la había llamado «Hamidmud», pero aquello de «Titi» sonaba distinto.

—¡Titi! —exclamó lanzándole una mirada disgustada.

Entonces él le tomó las dos manos y se las besó, diciendo:

—Es tu nuevo nombre. No lo olvides, y olvídate, en cambio, del de Hamida. Hamida ya no existe. El nombre, querida, es una cosa importante, que hay que escoger con mucho cuidado. El nombre lo es todo. El mundo entero está hecho de nombres.

Fue así cómo la muchacha supo que debía desechar su antiguo nombre de modo parecido a como había hecho con el velo. No le pareció mal, al fin y al cabo era natural que en la calle de Sharif Pacha se llamara de un modo distinto que en el callejón de Midaq. De sobra sentía ya, no sin cierta inquietud, que el vínculo con el pasado estaba definitivamente cortado: no había, por lo tanto, motivo para continuar conservando el nombre. La pena era que no pudiera también cambiar las manos y ponerse unas tan bellas y delicadas como las de él, ni cambiar su voz ruda por la suave y meliflua del galán. De todos modos, el nuevo nombre le pareció un poco raro.

—Me suena raro —dijo—. No significa nada.

Él se rió.

—Es bonito y el hecho de que no signifique nada, lo hace todavía más gracioso. Un nombre sin significado tiene la ventaja de que puede llenarse del sentido que uno quiera, es uno de esos nombres originales que gustan a los ingleses y a los norteamericanos, que además les será fácil pronunciarlo.

Una mirada de perplejidad y sorpresa asomó en los ojos de la muchacha, sobrecogida, bruscamente, por unas ganas locas de echársele encima. Pero él prosiguió con una tierna sonrisa:

—Titi, ten un poco de paciencia, con el tiempo ya te irás enterando. ¿No comprendes que en un próximo futuro vas a ser una de las damas más bellas y admiradas? Es la clase de milagros que se operan en esta casa. ¿Te creías que llovía oro y diamantes del cielo? No, del cielo sólo caen bombas. Ahora prepárate para recibir a la costurera. Soy un director de escuela, querida, no un chulo como me llamaste la otra tarde. Ponte esta túnica y estas zapatillas.

Después fue a la mesita del tocador de la que volvió con un frasco de reluciente cristal, con un anillo metálico en el borde, del que salía una perilla de goma roja. Le apuntó la perilla a la chica y la apretó, rociándola de perfume. Ella, de momento, se estremeció, pero luego inhaló gustosamente el olor, que la relajó y la ayudó a sentirse mejor. Él le envolvió el cuerpo suavemente con la túnica y le dio las zapatillas para que

se las calzara. Después la condujo al vestíbulo, a la primera puerta que había a mano derecha. Antes de entrar, le susurró:

—Procura no estar tímida ni ponerte nerviosa. Estoy seguro de que eres una chica valiente, capaz de afrontarlo todo.

La advertencia pareció despertar a la muchacha, que le lanzó una mirada hostil y enderezó la cabeza con arrogancia.

—Te voy a mostrar la primera clase de la escuela, la de danza árabe —le dijo él sonriendo.

Abrió la puerta y entraron en una sala no muy grande, de suelo de madera encerada. Estaba casi vacía de muebles, fuera de unas sillas adosadas a la pared y de un perchero en un rincón. Había dos chicas sentadas y en el centro, de pie, un joven vestido con una elegante *galabieh* de seda blanca muy fina, ceñida a la cintura por una faja roja. Las cabezas se volvieron hacia los recién llegados, que acogieron con una sonrisa. Faraj Ibrahim dijo entonces con voz autoritaria:

—Buenos días. Os presento a mi amiga, Titi.

Las chicas inclinaron la cabeza y el joven dijo con voz afeminada:

—Bienvenida.

Titi le devolvió el saludo ligeramente turbada. El joven le pareció un poco raro. Examinado atentamente, resultaba menos joven de lo que aparentaba a primera vista a causa de su mirada tímida y totalmente desprovista de arrogancia. Iba muy maquillado y tenía los rizos del pelo bañados en gomina. Ibrahim Faraj se lo presentó:

—Es Susu, el profesor de danza.

Susu quiso presentarse a su manera. Hizo una señal a las dos chicas que se pusieron a batir palmas rítmicamente. Entonces el profesor de danza arrancó a bailar con asombrosa presteza y muchísima gracia. Movía todas las partes del cuerpo, desde las cejas hasta los pies. Miraba lánguidamente delante de él, sonriendo con tristeza y enseñando su dentadura de oro. Puso punto final a la danza con un abrupto temblor. Enderezó la espalda y las chicas aplaudieron. Susu se volvió hacia Faraj Ibrahim:

—¿Una alumna nueva? —preguntó.

—Creo que sí —respondió Faraj mirando a Titi.

—¿Ha bailado ya alguna vez?

—No.

Susu sonrió con expresión satisfecha y dijo:

—Mejor así. Si no sabe nada de danza, yo podré moldearla a mi manera. Es muy difícil formar a personas que han aprendido a bailar sin seguir las normas.

Miró a Titi, hizo oscilar el cuello de derecha a izquierda y con voz petulante le espetó:

—¿Qué te crees tú, chica? ¿Que la danza es un juego? Perdona que te diga, querida, que no lo es. La danza es un arte muy serio, es el arte supremo. El que domina el arte de la danza saborea el placer divino. Fíjate bien...

Y se puso a hacer vibrar la cintura a un ritmo asombrosamente rápido. Luego se paró, miró satisfecho a Hamida y por fin le preguntó:

—¿Por qué no te quitas la túnica para que te vea el cuerpo?

A lo que Faraj dijo precipitadamente:

—No, ahora no.

Susu hizo una mueca de disgusto y preguntó de nuevo:

—¿Es que te doy miedo, Titi? ¡Si soy tu hermana! ¡Tu hermana Susu! ¿No te ha gustado mi danza, hermosa?

Hamida hizo un esfuerzo por superar el malestar que le inspiraba el hombre. Procurando mostrarse calmada y digna, respondió:

—Tu danza es muy bella, Susu.

Susu se puso muy contento y batió un par de veces las palmas.

—¡Qué simpática eres! —le dijo—. Lo más bello de la vida es una palabra amable. Lo demás cuenta muy poco. ¿Qué es la vida del hombre? ¡Uno se compra un frasco de brillantina sin saber si va a ser para él o para sus herederos!

Faraj y Hamida salieron de nuevo al vestíbulo. Al conducirla hacia la pieza vecina, Faraj sintió que la muchacha le miraba a hurtadillas y optó por fingir no darse cuenta. Antes de abrir la siguiente puerta, murmuró:

—La clase de baile occidental.

La chica le siguió en silencio. Era consciente de que ya no podía echarse atrás, que el presente había borrado el pasado y que no tenía más remedio que abandonarse al destino.

En cuanto a proporciones y decoración, la sala era muy similar a la anterior. Pero en ésta había más ruido y animación. De un tocadiscos salía una música estridente que desagradó extremadamente a los oídos de Hamida. La sala estaba llena de chicas que bailaban aparejadas, mientras un joven, muy bien vestido, las observaba, apoyado contra la pared, y hacía comentarios. Los dos hombres se saludaron y las chicas miraron con ojo crítico a Hamida. Ella se detuvo a observar la sala y a las parejas de mujeres bailando, deslumbrada por sus vestidos y maquillaje. Se sintió embargada por una ola de humildad. Miró a Ibrahimo Faraj y lo vio tranquilo, con una mirada de superioridad y fuerza. Su rostro se ensanchó al preguntarle:

—¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Qué tipo de danza prefieres?

Ella sonrió sin contestar. Permanecieron un rato observando y luego salieron para dirigirse a la tercera puerta. Apenas abierta, Hamida quedó atónita ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos. En medio de la sala había una mujer totalmente desnuda. A Hamida le costó creer lo que veía. La mujer desnuda los miró a los dos tranquilamente, con la boca entreabierta como si los saludara, o mejor dicho, le saludara a él. De pronto la muchacha oyó unas voces y se dio cuenta de que en la sala había más personas. A la izquierda de la puerta había unas sillas puestas en fila, la mitad de las cuales estaba ocupada por unas hermosas muchachas, desnudas o a medio vestir. Al lado de la mujer del centro había un joven con un puntero, que apoyaba sobre la punta del zapato. Ibrahim Faraj se fijó en la turbación de Hamida y le explicó:

—En este departamento se aprenden unos rudimentos de inglés.

La mirada de absoluto asombro de la muchacha le obligó a hacer un gesto con la mano, indicándole que tuviera paciencia. Luego se dirigió al hombre del puntero y le dijo:

—Continúa con la lección, profesor.

El hombre anunció con voz complaciente:

—Es una lección de pronunciación.

Con el puntero rozó el pelo de la mujer desnuda, y ésta, con un extraño acento, dijo: *Hair*. El puntero le rozó la frente y la mujer dijo: *Forehead*. Luego el puntero pasó a las cejas, ojos, bocas, izquierda, derecha, arriba, abajo. A cada una de las silenciosas preguntas, la mujer soltaba una rara palabra que Hamida no había nunca oído en su vida. La muchacha se preguntó cómo podía permanecer tranquilamente desnuda delante de toda aquella gente y cómo podía Ibrahim Faraj mirarla con tanta indiferencia. Sintió que le ardían las mejillas. Faraj meneaba la cabeza con aprobación y murmuraba: «Bravo, bravo» a cada una de las respuestas. De pronto le dijo al maestro:

—Ahora con diálogo cariñoso.

El profesor se dirigió en inglés a la mujer que le contestó frase por frase en la misma lengua hasta que Ibrahim Faraj les interrumpió:

—Muy bien. Muy bien. ¿Y las otras qué tal?

—Van mejorando —respondió el profesor—. Ya les he dicho que una lengua no se aprende de memoria, que hay que recurrir a la experiencia. En los hoteles y los bares es donde se aprende mejor. Yo sólo puedo

ayudarlas a esclarecerles dudas y a darles datos sobre lo que hayan pescado.

—Tienes toda la razón —dijo Faraj.

Se despidió de las chicas y del profesor con una inclinación de la cabeza y, tomando a Hamida del brazo, la condujo por el largo pasillo que llevaba a sus dos habitaciones. La chica sentía ganas de gritar, para airear su confusión. Él se mantuvo sin decir nada y una vez de vuelta a la habitación, le dijo con voz suave:

—Bueno, espero que te haya gustado. ¿Te parece difícil aprender todo esto? Ya has visto a las alumnas y habrás notado que todas son menos inteligentes y guapas que tú.

Ella se mantuvo en silencio, mirándolo desafiadoramente:

—¿Me obligarás a hacer lo mismo que a ellas? —le preguntó al fin.

El sonrió y le dio unas palmaditas en el hombro.

—Nadie te puede obligar a nada —le dijo con dulzura—. La que decide eres tú. Mi deber es presentarte los hechos para que puedas escoger. Doy gracias a Dios por la suerte que he tenido en encontrar una compañera tan inteligente y dotada de tanta fuerza y belleza. Hoy he intentado inspirar tu coraje. Mañana quizá serás tú la que me inspirará a mí. Puedo leer en tu corazón como en un libro abierto. Te puedo asegurar que te avendrás a aprender inglés y baile y que lo aprenderás en poco tiempo. No te he engañado nunca. No te he querido mentir porque te respeto y te quiero sinceramente. Desde el primer momento que te vi, comprendí que contigo no valían las mentiras. Haz lo que deseas, querida. Inténtalo, si quieres, afróntalo con valentía o déjalo correr. Yo no tengo poder sobre ti.

El discurso surtió efecto. Hamida se sintió más tranquila y despreocupada. Él se acercó a ella y le tomó las manos, apretándolas con fuerza.

—Eres lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida... Eres una mujer fascinante..., muy hermosa...

La miró fijamente a los ojos y le levantó las manos, que seguía apretando entre las suyas, hasta llevarlas a la boca. Comenzó a besarle las puntas de los dedos, una por una. Al contacto de sus labios, Hamida se sintió traspasada por una corriente de electricidad. Dio un suspiro lleno de pasión. Él la rodeó con el brazo y la atrajo lentamente hacia su pecho, hasta que los senos de la chica se aplastaron contra él. Le acarició suavemente la espalda, mientras ella permanecía con el rostro hundido en su pecho.

—La boca —le susurró él.

La muchacha levantó la cabeza con los labios entreabiertos. Él apretó sus labios contra los de la chica y ella bajó los párpados como vencidos por el

sueño. Él la levantó como a un niño y la llevó a la cama, con los pies colgando. Las zapatillas resbalaron y cayeron al suelo. La dejó suavemente sobre la cama y se inclinó sobre ella, con las palmas de las manos apoyadas en el colchón, para mirarla atentamente. Hamida abrió los ojos y al topar con los de él, éste sonrió tiernamente. Ella se quedó mirándolo, sin pestañear, con dulzura. Él, sin embargo, no había perdido el control de lo que hacía; su cerebro trabajaba siempre con mayor rapidez que sus emociones. No estaba dispuesto a desbaratar el plan que se había trazado de antemano. Se puso de pie y, tratando de no sonreír, le dijo:

—No hay prisa. A los oficiales norteamericanos no les importará pagar hasta cincuenta libras por una virgen.

Ella lo miró con asombro, sin la expresión lánguida de hacía unos instantes. Parecía estupefacta y resuelta a tomar cartas en el asunto. Se incorporó, saltó al suelo y se abalanzó encima de él con un movimiento felino. Le abofeteó la cara furiosamente. El bofetón resonó en la habitación. Él permaneció inmóvil durante unos segundos y luego, la parte izquierda del rostro se le ensanchó con una sonrisa de sarcasmo. Con la rapidez del rayo dio un bofetón a la mejilla derecha de la muchacha. Luego, con igual fuerza, la abofeteó en la mejilla izquierda. El rostro de la muchacha palideció, le temblaron los labios, le tembló todo el cuerpo, descontroladamente. Se abalanzó contra su pecho clavándole las uñas en el cuello. Él no hizo nada para defenderse. La abrazó con fuerza, hasta casi hacerle crujir los huesos. Los dedos de la muchacha se aflojaron, resbalaron cuello abajo, hacia los hombros de él. Se agarró a ellos con fuerza, levantando la cara con la boca abierta y temblando de pasión.

El callejón estaba oscuro y silencioso. Incluso el café de Kirsha había cerrado y sus clientes habían regresado a sus respectivas casas. Era la hora en que Zaita, el deformador de mendigos, salía a hacer su ronda. Bajó por la calle de Sanadiqiya y se dirigió a la mezquita de Hussain hasta topar con otra figura que también caminaba, en dirección opuesta, por en medio de la calzada. Su rostro era casi imperceptible debido a la oscuridad, pero Zaita lo llamó:

—¡Doctor Booshy!... ¿De dónde sale a estas horas?

El doctor jadeaba, pero se apresuró a responder:

—Te buscaba a ti.

—¿Tiene algún cliente que quiere ser deformado?

Booshy bajó la voz hasta un murmullo para decirle:

—Es un asunto mucho más importante. Acaba de morir Abdul Hamid Taliby.

Los ojos de Zaita brillaron en la oscuridad.

—¿Cuándo? ¿Ya lo han enterrado?

—Lo enterraron esta tarde.

—¿Y sabe dónde?

—La tumba está entre la puerta de Nasr y la carretera de la montaña.

Zaita lo agarró del brazo y se puso a caminar en la dirección en que iba el doctor. En un momento de duda, preguntó:

—¿No se perderá en la oscuridad?

—No, no, seguí la comitiva del entierro y me fijé bien en el camino. Además, la carretera la conocemos los dos, no es la primera vez que la recorreremos a oscuras.

—¿Dónde están sus herramientas?

—Delante de la mezquita, en un sitio muy seguro.

—¿La tumba es abierta o tiene techo?

—A la entrada hay una sala con techo, pero la tumba, propiamente dicha, está en un patio abierto.

Zaita preguntó sarcásticamente:

—¿Conocía al difunto?

—Un poco. Era un comerciante de harina de Mabida.

—¿Está entera o son sólo unas piezas?

—Entera, entera.

—¿No cree que la familia se la habrá sacado de la boca antes de enterrarlo?

—No, no. Son gente del campo, muy religiosa. Jamás harían una cosa así.

Zaita comentó, moviendo tristemente la cabeza:

—¡Qué tiempos aquellos en que se enterraban los muertos con todas sus joyas!

—¡Sí, aquéllos eran tiempos buenos! —dijo el doctor Booshy con un suspiro.

Caminaron en silencio hasta Jamaliya. En el camino se cruzaron con dos policías. Luego giraron para ir a la puerta de Nasr. Zaita se sacó medio cigarrillo del bolsillo. El doctor Booshy se asustó al ver encenderse la cerilla:

—¡Vaya momento de ponerse a fumar! —comentó.

Zaita no le hizo caso. Continuó caminando, diciéndose a sí mismo:

—Para lo que saca uno de la vida y de los muertos, que muy pocos valen algo.

Atravesaron Nasr y tomaron por un sendero flanqueado por tumbas a ambos lados. La atmósfera era sombría. Recorrida una tercera parte del sendero, Zaita dijo:

—La mezquita está aquí.

Booshy miró a su alrededor, se detuvo un momento a escuchar y luego se dirigió a la mezquita, procurando no hacer ruido. Inspeccionó el suelo próximo al muro de la entrada hasta dar con una piedra grande. De debajo de la piedra sacó una pequeña pala y un paquetito en el que había una vela. Volvió junto a su compañero y continuaron el camino. De pronto murmuró:

—La tumba es la quinta antes del camino del desierto.

Apretaron el paso. El doctor Booshy miraba las tumbas del lado izquierdo. El corazón le latía con violencia. Finalmente hizo un alto y murmuró:

—Es ésta.

Pero en vez de pararse, el doctor Booshy empujó a su amigo hacia adelante, murmurando instrucciones en tono monótono.

—Los muros del cementerio de este lado de la carretera son altos y la carretera no es segura. Lo mejor será entrar por las tumbas que dan al desierto y encaramarse por la tapia de detrás de la tumba, por el lado del patio.

Zaita lo escuchó atentamente y caminaron en silencio hasta llegar al camino del desierto. Zaita sugirió descansar un momento en la cuneta y examinar desde allí el camino. Se sentaron juntos, inspeccionando el terreno con los ojos. La oscuridad era absoluta. No se oía nada. A sus espaldas se extendían las tumbas hasta el horizonte. A pesar de que no

era la primera vez que se embarcaba en aventura de aquella índole, el doctor Booshy tenía miedo y estaba muy nervioso. Zaita, en cambio, permanecía en calma. Cuando estuvo seguro de que no había nadie en el camino, le dijo al doctor:

—Deje las herramientas. Entre por atrás y espéreme.

Booshy se levantó y se arrastró por entre las tumbas, en dirección a la tapia. Se pegó a ella avanzando con mucho tiento a la luz de las estrellas. Contó los muros hasta llegar al que hacía cinco. Se paró, miró a su alrededor como un ladrón; luego se sentó en el suelo y cruzó las piernas. No vio nada sospechoso, tampoco oyó nada. Pero estaba cada vez más nervioso. De pronto vio la silueta de Zaita aparecer a unos pocos metros de donde estaba el y se levantó cautelosamente. Zaita miró la tapia unos instantes y después susurró:

—Agáchese y yo me encaramaré encima suyo.

Booshy obedeció apoyándose con las manos en las rodillas para que Zaita pudiera subir a su espalda. Palpó la tapia hasta dar con el borde, se agarró a él y se aupó sin dificultad. Dejó caer la pala y la vela al patio y alargó la mano a Booshy para ayudarlo a subir. Luego, de un salto, bajaron los dos al patio. Se pararon un instante a recobrar el aliento. Zaita recogió la pala y el paquetito. Sus ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad y veían bastante bien a la luz de las estrellas. No les resultó difícil orientarse en el interior del patio. Cerca de ellos había dos tumbas juntas y al otro lado había la puerta que daba a la carretera por la que habían caminado. A cada lado de la puerta había una sala funeraria. Zaita preguntó:

—¿Cuál de las dos?

—A la derecha... —murmuró Booshy tan sigilosamente que apenas se le oyó.

Zaita se dirigió al sepulcro sin vacilar, seguido de Booshy que se había puesto a temblar. Zaita se agachó y palpó la tierra que todavía estaba húmeda y fría. Clavó la pala y comenzó a excavar, amontonando la tierra entre los pies. No era la primera vez que lo hacía y trabajó sin parar hasta dar con las piedras planas que constituían el techo de la entrada de la bóveda sepulcral. Se levantó el borde de la túnica, se hizo un nudo y se la sujetó a la cintura. Luego palpó el borde de la primera piedra y la levantó con fuerza hasta ponerla vertical. Con la ayuda de Booshy la alzó del suelo y la dejó a un lado. Repitió la operación con la segunda piedra. El agujero que quedó era suficiente para que pudieran pasar los dos. Zaita se adelantó a bajar la escalera murmurando al doctor:

—Sígame.

Temblando de terror, el doctor Booshy obedeció. Normalmente Booshy se quedaba sentado a media escalera, encendía la vela y cerraba los ojos. Después escondía la cara entre las rodillas y en esta postura esperaba a que el otro terminara el trabajo. Odiaba bajar a las tumbas y le rogaba a Zaita que le ahorrara el mal trago. Pero su compañero se negaba a tratarlo con contemplaciones e insistía en que cooperara en todo. Aparentemente, disfrutaba haciéndolo sufrir.

La vela estaba encendida e iluminaba el interior del recinto. Zaita inspeccionó fríamente los cadáveres amortajados, alineados uno al lado del otro, a lo largo y a lo ancho de la sala abovedada, en riguroso orden cronológico. El impresionante silencio del lugar era una elocuente prueba de la nada eterna, que en Zaita, sin embargo, no produjo eco alguno. Sus ojos no tardaron en fijarse en la mortaja obviamente más nueva que había cerca de la entrada. Se sentó a su lado, con las piernas cruzadas. Alargó las manos, descubrió la cabeza del muerto y le abrió los labios. Le arrancó la dentadura y se la metió en el bolsillo. Volvió a cubrirle la cabeza como antes y se apartó del cadáver hacia el agujero por el que había bajado.

El doctor Booshy continuaba sentado con la cabeza metida entre las rodillas. La vela continuaba ardiendo en el último peldaño. Zaita lo miró con expresión burlona y murmuró con desprecio:

—¡Despierte!

Booshy levantó la cabeza, apagó la vela de un soplo, la cogió y se precipitó escalera arriba, como huyendo de algo. Zaita subió tras él, pero antes de llegar al borde del agujero, oyó un grito horrible.

—¡Por el amor de Dios! —oyó rugir al doctor.

Se detuvo, petrificado, después volvió a bajar, sin saber qué hacía, presa de espanto. Reculó hasta topar con un cadáver. Avanzó un paso y se inmovilizó, sin saber por dónde salir. Se le ocurrió tumbarse entre los cadáveres, pero antes de poner en práctica la idea, una intensa luz lo iluminó, obligándole a cerrar los ojos. Entonces oyó una voz fuerte que gritaba, con acento del Alto Egipto:

—¡Sube o disparo!

Desesperado, subió la escalera. Se había olvidado totalmente de que en el bolsillo llevaba una dentadura de oro.

La noticia de que el doctor Booshy y Zaita habían sido detenidos en la tumba de Taliby llegó a la tarde siguiente al callejón. La historia y sus detalles corrió de boca en boca, y todos los vecinos la escucharon con una mezcla de estupefacción e inquietud. Cuando se enteró, a la señora Saniya Afify le dio un ataque de histeria. Rompió a sollozar y se arrancó la

dentadura de oro para tirarla lejos de sí, abofeteándose las dos mejillas. Después se desplomó al suelo desmayada. Su nuevo marido estaba en el baño y, al oír los gritos, quedó sobrecogido de pánico. Se puso un albornoz sobre el cuerpo mojado y salió precipitadamente a ver qué había sucedido.

El tío Kamil dormía como de costumbre, sentado en una silla, en la entrada de su tienda, con el matamoscas sobre el pecho. Un cosquilleo en la calva lo despertó y, sin levantar la cabeza, se dio un manotazo para espantar a la mosca. Pero su mano topó con la de otro. La agarró enfadado, gruñendo contra el que le había interrumpido el sueño. Levantó la cabeza para ver quién había sido. Se quedó mirando con expresión incrédula. Era Abbas. Después, el rostro se le iluminó de alegría e hizo un esfuerzo por levantarse de la silla. Su amigo lo detuvo, abrazándose estrechamente a su pecho.

—¿Cómo estás, Kamil? —le preguntó cariñosamente.

—¿Y tú, Abbas? —respondió el otro con alegría—.

Bienvenido. He estado muy solo sin ti, ¿sabes?

Abbas se enderezó y sonrió, mientras el tío Kamil lo miraba también sonriendo. Abbas iba muy elegantemente vestido, con camisa blanca y pantalón gris. Llevaba la cabeza descubierta y el pelo muy bien peinado; tenía el aspecto saludable y un buen color en el rostro. El tío Kamil se fijó en todo con admiración y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Qué buen aspecto tienes!

Abbas, de muy buen humor, se rió y respondió en inglés:

—*Thank you...* Ahora no es sólo el jeque Darwish el que sabe inglés en el callejón.

Los ojos del joven recorrieron de un extremo al otro el callejón. Se detuvieron unos instantes en su antigua barbería, en la que el nuevo barbero afeitaba a un cliente. Sus ojos cobraron una expresión melancólica, pero inmediatamente se dirigieron hacia la ventana de Hamida, que estaba cerrada. Se preguntó si estaría en casa o si habría salido. ¿Cómo reaccionaría al verlo? Abriría la puerta y se quedaría atónita mirándolo con sus hermosos ojos. Iba a ser uno de los días más felices de su vida.

—¿Has dejado el trabajo? —oyó que le preguntaba Kamil.

—No, vengo unos días de permiso.

—¿No sabes lo que le ha pasado a tu compañero Hussain Kirsha? Se marchó de la casa de sus padres y se casó. Luego le despidieron y ha tenido que volver, con la mujer y el cuñado auestas.

Abbas se entristeció.

—¡Qué mala suerte! Están despidiendo a mucha gente últimamente. ¿Cómo le recibió el señor Kirsha?

—Quejándose, naturalmente. Pero todavía están en la casa. — Permaneció callado unos instantes y luego, como si se acordara repentinamente de ello, le espetó—: ¿Sabías que el doctor Booshy y Zaita están en la cárcel?

Le contó la historia de cómo los habían detenido en el sepulcro de Taliby y los habían acusado de haber robado la dentadura de oro del difunto. La noticia dejó a Abbas atónito. De Zaita no le sorprendió que se dedicara a este tipo de fechorías, pero nunca se lo hubiera imaginado del doctor Booshy. Recordó que éste le había hablado de venderle una dentadura de oro cuando regresara del campamento. Se estremeció al recordarlo.

El tío Kamil continuó:

—Se ha casado la señora Saniya Afify...

Estuvo a punto de añadir: «A ver cuándo te casas tú», pero se mordió los labios al recordar a Hamida. Últimamente se asombraba de las frecuentes fallas de su memoria. Abbas no notó nada. Le pareció que a Kamil le entraba sueño, como de costumbre. Retrocedió unos pasos y dijo:

—Bueno, me marchó. Hasta luego.

Su amigo temió el efecto que la noticia podía tener en él si se enteraba abruptamente, y se apresuró a preguntarle:

—¿Adonde vas?

—Al café, a ver a mis amigos —contestó Abbas comenzando a caminar.

El tío Kamil se levantó pesadamente de la silla y fue tras él.

Era la última hora de la tarde, el café estaba prácticamente vacío, fuera de Kirsha y el jeque Darwish. Abbas y Kirsha se saludaron y Abbas fue a estrechar la mano del jeque Darwish. El viejo lo miró fijamente, sonriendo, pero no habló. El tío Kamil lo observó todo desde un rincón, sombríamente obsesionado por la dificultad de cómo darle la noticia.

—¿Vienes un rato a la tienda conmigo? —le sugirió finalmente.

Abbas dudó entre acompañar a su amigo o ir a hacer la tan esperada visita. Pero como quería complacer al tío Kamil y no veía inconveniente en estar un rato más con él, optó por acompañarlo, disimulando su impaciencia.

—La vida en Tell el-Kebir es perfecta —le dijo alegremente una vez se hubieron sentado—. Hay trabajo y dinero de sobra. Además, he podido ahorrar dinero, ¿sabes? Vivo con la misma sencillez de siempre. He fumado muy poco hachís, y eso que allí es tan común como el agua. Mira, Kamil, qué cosa más bonita he comprado.

Se sacó una cajita del bolsillo del pantalón y la abrió. Era una cadena de oro de la que colgaba un corazón del mismo metal.

—Es el regalo de boda para Hamida. Ya lo sabías, ¿verdad? Me quiero casar aprovechando estos días de permiso.

Esperó el comentario de su amigo, pero Kamil se limitó a apartar la mirada como temiendo encontrarse con la del otro. Abbas lo miró sorprendido y descubrió, por primera vez, la sombra de preocupación en el rostro del amigo. El tío Kamil era de los que no sabía disimular sus emociones, por lo tanto la alegría de Abbas también se empañó al sentirse sobrecogido de una inesperada angustia. Cerró el estuche y volvió a metérselo en el bolsillo. Se dedicó a inspeccionar con mayor atención la cara de Kamil y su temor fue aumentando por momentos. La expresión sombría del amigo era tan obvia que no pudo por menos que preguntar:

—¿Qué ha ocurrido, Kamil? No pareces el mismo. ¿Por qué te has puesto así? ¿Por qué no me miras?

El tío Kamil alzó lentamente la cabeza y lo miró con ojos tristes. Abrió la boca para hablar, pero no dijo nada. Abbas presintió el desastre. Vio desesperado que el buen humor de hacía unos minutos se había desvanecido por completo.

—¿Qué te pasa, Kamil? —le gritó irritado—. ¿Por qué no me lo dices de una vez? Te preocupa algo. No me tortures más con tu silencio. ¿Es sobre Hamida? Sí, es sobre Hamida. Bvieno, suéltalo de una puñetera vez.

El tío Kamil se pasó la lengua por los labios y dijo susurrando:

—Se ha marchado. Ha desaparecido de casa. Nadie sabe qué le ha pasado.

Abbas escuchó las palabras con estupefacción. Dejó que las palabras se fueran grabando en su corazón, a la vez que le daba una especie de fiebre.

—No entiendo —dijo con voz temblorosa—. ¿Qué has dicho? ¿Que se ha marchado, que ha desaparecido? ¿Qué quieres decir con eso?

Entonces el tío Kamil dijo tristemente:

—Tómatalo como un hombre, Abbas. Dios sabe la pena que me da darte esta noticia, y lo que he sufrido pensando en ti. Hamida ha desaparecido. Nadie sabe nada de ella. Salió una tarde a dar su paseo de costumbre y no volvió. La buscaron por todas partes, pero fue inútil. Han ido a la policía y al hospital, y en ningún sitio hay rastro de ella.

Abbas quedó un momento con expresión aturdida. Sin hablar, sin moverse y con la mirada vacía. ¿En el fondo no lo había sentido? Sí. La desgracia había pasado, allí estaba, delante de él, y tenía que aceptarla. Pero ¿cómo? ¿Que Hamida había desaparecido? ¿Cómo puede desaparecer una persona como si fuera un alfiler o una simple moneda? Si le hubiera dicho que se había muerto o casado con otro, sufriría menos, su

desesperación sería menos dolorosa que aquella incertidumbre torturante. ¿Qué iba a hacer? De pronto reaccionó y volviendo a mirar a su amigo, le espetó:

—¡Hamida ha desaparecido! ¿Y qué habéis hecho vosotros? Habéis avisado a la policía, habéis preguntado en el hospital. ¿Y qué más? Luego habéis vuelto a casa y habéis reanudado vuestras vidas. Tú has vuelto a la tienda y su madre a corretear por ahí arreglando matrimonios. Y ya está. Os habéis olvidado de Hamida y de mí... ¿No tienes nada más que decir? ¿No sabes nada más de su desaparición? ¿De cómo ha desaparecido? ¿De cuándo?

Al tío Kamil le afectó vivamente ver la cólera de su amigo.

—Hace dos meses que desapareció —le dijo con voz triste—. La desaparición nos conmovió mucho a todos. Y hemos hecho todo lo posible por encontrarla. Pero no hay nada que hacer.

El rostro de Abbas estaba congestionado y sus ojos parecían a punto de saltar de las órbitas.

—¡Dos meses! —exclamó como hablando consigo mismo—. ¡Tanto tiempo! Ahora ya no hay esperanza de encontrarla. ¿Habrá muerto? ¿Se habrá ahogado? ¿La habrán raptado? No hay manera de saberlo. Cuéntame qué dice la gente.

El tío Kamil lo miró con ternura y dijo:

—Se han hecho muchas suposiciones. Se ha pensado que quizá ha tenido un accidente. Pero ahora ya nadie piensa nada.

—¡Claro! —exclamó el joven con un gemido—. ¡Como no es la hija de nadie! ¡Ni de la familia de nadie! Ni su madre era su verdadera madre. ¿Qué le habrá pasado? He pasado estos dos meses soñando que era el hombre más feliz de la tierra. Y mientras yo soñaba como un bendito, ella seguramente era atropellada por un camión o se ahogaba en el fondo de las aguas del Nilo. ¡Dos meses! ¡Hamida! Todo está en manos del Señor.

Se levantó y con gesto contrariado se despidió:

—Adiós —dijo.

—¿Adonde vas? —le preguntó con inquietud el tío Kamil.

—A ver a su madre —contestó Abbas sin entusiasmo.

Y al acercarse tristemente a la puerta de la calle, se acordó de la alegría con que la había cruzado no hacía ni una hora. Se mordió el labio y se detuvo un instante. Sentía un dolor insoportable. Se volvió a mirar a su amigo y vio que éste lo observaba con los ojos empañados de lágrimas. Entonces volvió a entrar en la tienda y se echó sobre el pecho del amigo rompiendo a llorar desconsoladamente, como un niño pequeño.

¿No sospechaba realmente la verdad sobre la desaparición de la muchacha? ¿No le habían asaltado nunca los temores y celos comunes a los enamorados en circunstancias similares? La verdad era que siempre que la sombra de una duda le había venido a la mente, la había disipado en el acto, negándose a contemplarla seriamente. Abbas era, por naturaleza, confiado y con tendencia siempre a pensar bien de la gente. Tenía un corazón de oro y era de los que siempre encuentran excusas para el comportamiento ajeno y aceptan en seguida las más ridículas explicaciones de los demás. El amor no lo había cambiado, más bien le había reforzado esta tendencia: por eso los celos y las dudas habían pasado por él sin hacerle mella. Había amado profundamente a Hamida y no había confiado plenamente en el amor. Había vivido convencido de que su novia era un dechado de perfecciones: al fin y al cabo su experiencia del mundo era muy limitada.

Aquel mismo día fue a ver a su madre, pero ésta no le dijo nada nuevo, limitándose a repetir, entre lágrimas, lo que ya le había dicho el tío Kamil. Le aseguró que Hamida no había cesado ni un minuto de pensar en él y que lo había esperado ansiosamente. Sus mentiras entristecieron todavía más al pobre joven que se marchó de la casa en peor estado que cuando había entrado.

Abbas salió del callejón. Comenzaba a atardecer; era la hora en que acostumbraba a verla salir de casa para su paseo cotidiano. Caminó al azar, sin poner atención a dónde se dirigía, pero con la sensación de que la veía, cubierta con el velo negro, buscándolo con sus hermosos ojos negros. Recordó la despedida en la escalera a oscuras y el corazón pareció que se le paralizaba.

¿Dónde estaría? ¿Qué habría hecho Dios con ella? ¿Estaría viva o enterrada en el cementerio de los pobres? ¿Cómo no lo había sentido a tiempo? ¿Cómo se explicaba que pudiera suceder una cosa así?

Los empujones de la gente le obligaron a poner atención en lo que hacía. Estaba en la calle de Mousky, la que ella prefería, por sus tiendas y por la gente que circulaba en ella. Todo seguía igual, sólo que Hamida no estaba. Como si jamás hubiera existido. Le entraron unas ganas horribles de gritar, de desfogarse, pero no pudo. Las lágrimas entre los brazos del tío Kamil lo habían aliviado un poco. Ahora sentía, sobre todo, una profunda tristeza.

Se preguntó qué debía hacer. ¿Ir a la policía y al hospital? ¿Para qué? ¿Recorrer las calles gritando su nombre? ¿Llamar a todas las puertas de las casas, una por una? Se sintió débil e impotente. ¿Regresar al campamento y olvidarse de todo? Pero ¿por qué regresar allí? ¿Por qué

añadir a su dolor el sufrimiento de vivir alejado de los suyos? ¿Para qué trabajar y ahorrar dinero? Sin Hamida la vida se convertía en un peso insoportable y absurdo. Ya no tenía ganas de vivir, todo le daba igual. La vida le parecía un vacío sin fondo, cercado por la desesperación. El sentido de la vida lo había descubierto al amarla, ahora ya no podía tenerlo. Continuó caminando, sin propósito alguno. Pero aunque él no se diera cuenta, algo le impedía perder totalmente la conciencia, y de pronto vio que por el otro lado de la calle venía el grupo de obreras jóvenes, amigas de Hamida. Fue a su encuentro, automáticamente. Ellas se pararon, sorprendidas, y en seguida lo reconocieron. Sin vacilar, les abordó diciendo:

—Buenas tardes. Perdonad si os molesto. ¿Os acordáis de Hamida, la que había sido amiga vuestra?

Una chica muy vivaracha se apresuró a responder:

—Claro que nos acordamos de ella. Desapareció de repente y no la hemos vuelto a ver.

—¿Tenéis idea de por qué?

Otra chica, de mirada más maliciosa, respondió:

—Sólo sabemos lo que le dijimos a su madre cuando vino a preguntarnos. La vimos varias veces caminar acompañada de un señor muy bien vestido. Abbas sintió que se le helaba el corazón, pero sacando fuerzas de flaqueza, siguió preguntando:

—¿La visteis paseando con un hombre muy bien vestido?

Al ver la angustia del joven, desapareció la malicia en los ojos de la muchacha. Tomó la palabra una compañera:

—Sí, es verdad.

—¿Se lo habéis dicho a su madre?

-Sí.

Les dio las gracias y se alejó. Estaba seguro de que hablarían de él durante el resto del camino. Se reirían de él, del ridículo que había hecho yéndose a trabajar a Tell el-Kebir para ganar dinero para su novia, mientras ésta se dejaba seducir por el primer desconocido. ¡Qué estúpido! Probablemente era el hazmerreír de todo el barrio. Comprendió que el tío Kamil no le había dicho toda la verdad, y que la madre de Hamida tampoco. «¡Me lo temía!», se dijo al recordar, de repente, todos los celos y temores de que había rehusado hacer caso.

Entonces se puso a gemir: «¡Dios mío!, me cuesta creerlo. ¿De veras se ha ido con otro? ¿Me lo he de creer?». O sea que estaba viva. Se habían equivocado yendo a la policía y al hospital a por ella. No habían comprendido que estaba durmiendo dichosamente en los brazos de un

hombre que no era él. ¡Pero ella se había comprometido formalmente con él! ¿Le habría mentido desde el principio? O simplemente fue un error, creyó que se sentía atraída por él y luego... ¿Cómo habría conocido al desconocido? ¿Cómo se habría enamorado de él? ¿Por qué se había marchado con él?

Abbas estaba pálido, sentía frío y los ojos le brillaban oscuramente. De pronto le dio por levantar la cabeza y mirar a todas las ventanas de la calle. «¿En qué habitación estaría ella, durmiendo reclinada sobre el pecho de su amante?» Ya no dudaba. Las dudas habían sido reemplazadas por una mezcla de furia y odio. Le comenzaron a atormentar los celos. ¿O era la decepción? El orgullo y la arrogancia son el combustible que dan pábulo a los celos y él carecía de ambas cosas. Pero había tenido esperanzas, ilusiones que habían sido destrozadas. Necesitaba vengarse, aunque sólo fuera escupiéndola. El deseo de venganza se apoderó de él y de buena gana le hubiera clavado un puñal a la muchacha.

De repente le pareció comprender el verdadero significado de los paseos de Hamida: la chica había querido lucirse desfilando ante los lobos. Se habría enamorado perdidamente de aquel hombre, de lo contrario, no hubiera abandonado el proyecto de matrimonio con Abbas.

Se mordió el labio al pensarlo y dio media vuelta, cansado de caminar solo. Su mano topó con el estuche de la cadena de oro que todavía llevaba en el bolsillo. Se echó a reír, aunque más que una carcajada, lo que le salió fue un grito furioso. Ojalá pudiera estranglarla con la cadena. Se acordó de la alegría con que la había escogido en la joyería. Los recuerdos le llegaban como una brisa dulce, que al topar con su destrozado corazón, se convertía en un devastador huracán.

Apenas había firmado Salim Alwan el contrato cuando el hombre que estaba sentado delante de él, se levantó y alargándole la mano, dijo:

—Felicidades, Salim Bey. Acaba de hacer un negocio redondo.

Salim lo siguió con los ojos hasta la puerta. Sí, el negocio era excelente. Se había librado de todas las existencias de té y de los dolores de cabeza del estraperlo. Sin embargo, estaba furioso y se decía para sus adentros: «Mucho dinero, sí, pero es un dinero maldito. Últimamente toda mi vida está maldita». La verdad era que Salim Alwan se había convertido en una sombra de sí mismo.

Los nervios lo consumían y no paraba de pensar en la muerte. Y eso que, en principio, era un hombre religioso, un hombre de fe. Pero no cesaba de pensar en la hora de la agonía, de la que ya había saboreado algo durante su enfermedad, y de recordar las de sus antepasados. ¡Si sólo con que le arranquen una uña, el hombre es capaz de enloquecer de dolor, qué sería cuando le arrancaran el alma! Sólo el agonizante sabe lo que realmente está pasando y se lleva el secreto a la tumba.

Se agarraba a la vida con toda la fuerza de la desesperación y el miedo, a pesar de que encontraba la vida amarga, sin otro placer que el de repasar los libros de contabilidad y de firmar contratos. Terminada la convalecencia, el médico le había asegurado que estaba repuesto del corazón, pero le había aconsejado prudencia y moderación en todo. Al quejarse él de insomnio y de los nervios, el médico le había dicho que fuera a visitarse con un especialista neurólogo. A partir de entonces se había dedicado a consultar todo tipo de especialistas, de los nervios, del corazón, del pecho, de la cabeza, introduciéndose en un mundo de gérmenes, microbios y enfermedades secretas. ¡Lo sorprendente era que nunca había creído ni en los médicos ni en la medicina!

En los momentos de mayor serenidad, cuando trabajaba, sobre todo, se empeñaba en emponzoñar las relaciones con todo lo que le rodeaba. Cuando no estaba en guerra consigo mismo, libraba la guerra a los demás. Los empleados de la casa no tardaron mucho en comprender que su amo se había convertido en una persona intratable. El encargado principal se marchó después de veinticinco años de servicio leal y los otros se quedaron a regañadientes. La gente del callejón decía que se había vuelto un poco loco. La panadera había dicho, riendo: «Ha sido el plato de trigo condimentado». Y un día el tío Kamil, inocentemente, le dijo:

—Déjeme que le confeccione una buena bandeja de dulces, señor, y verá como mejora.

Pero Salim se puso furioso.

—¡Vete de aquí, cuervo! —le gritó—. ¡Estás loco y ciego! Hay que ser muy bruto para tener un estómago como el tuyo.

A partir de aquel día, el tío Kamil le evitaba.

En cuanto a su mujer, se había convertido en la presa fácil en la que descargar su odio. No cesaba de culparla de ser la causa de su enfermedad.

—Siempre has tenido envidia de mi salud —le decía—. Y ahora debes de estar muy satisfecha, víbora...

Comenzó a sospechar de ella hasta el punto de creer que había barruntado lo de Hamida y que, para vengarse, le había provocado la enfermedad. La pobre mujer lo aguantaba todo pacientemente, hasta que un día él le dijo:

—Estoy harto de verte. Me voy a casar con otra, voy a tentar otra vez la suerte.

Su esposa se lo creyó. Corrió a la casa de sus hijos a contarles lo que pasaba. Los hijos se asustaron. Convencidos de que su padre se deslizaba por una peligrosa pendiente, fueron a hablar con él para proponerle liquidar el negocio y descansar. El viejo comprendió perfectamente sus temores y se indignó, insultándoles con una grosería inusitada en él:

—La vida me pertenece y pienso hacer de ella lo que se me antoje. Trabajaré hasta que me plazca. Ahorraos vuestros consejos interesados.

Después se echó a reír sarcásticamente y dijo:

—¿Os ha dicho vuestra madre que pienso volver a casarme? Es verdad. Vuestra madre se ha propuesto matarme. Quiero refugiarme en el pecho de una mujer más compasiva. Y si se duplica el número de mis hijos, no temáis, que tengo dinero para manteneros a todos.

Pero les advirtió que no pensaba continuar ayudándoles económicamente, que a partir de entonces tendrían que vivir con sus propios recursos.

—Como habréis constatado, no disfruto ya más que de la amargura de los medicamentos —les dijo—. Y no veo por qué los demás han de disfrutar de mi dinero.

—¿Cómo puedes hablarnos así, a tus hijos que tanto te queremos? —le preguntó el mayor.

—Sois los hijos de vuestra madre —contestó Salim.

Cumplió sus amenazas y sus hijos no recibieron más dinero de él.

Luego, para asegurarse de que su familia, especialmente su mujer, pasaba privaciones como él, prohibió que sirvieran en la mesa los platos que él no podía probar a causa de su enfermedad.

Y continuó hablando de su nuevo matrimonio, para atormentar a su mujer. Sus hijos decidieron cargarse de paciencia y continuar mostrándosele fieles.

—Dejémosle tranquilo, hasta que Dios decida —aconsejó el mayor.

—Si de veras decide casarse con otra mujer —replicó el abogado—, será cuestión de tomar cartas en el asunto para que no caiga en manos de gente que sólo se interesa por su dinero...

La desaparición de Hamida fue un golpe terrible en su vida. A pesar de que casi nunca pensaba en ella desde que estaba enfermo, su desaparición le impresionó mucho. Siguió ansiosamente las pesquisas para encontrarla y cuando se enteró del rumor de que se había fugado con otro hombre, quedó vivamente afectado. Pasó todo el día de un humor terrible y por la noche regresó a casa con dolores de cabeza y los nervios rotos. No consiguió dormir hasta el amanecer. Sentía un gran rencor hacia la muchacha. Se la imaginó colgada de un patíbulo, con los ojos a punto de saltarle de las órbitas, la lengua fuera.

Pero cuando se enteró de que Abbas había regresado de Tell el-Kebir, se calmó, sin comprender por qué. Lo mandó llamar. Lo hizo sentarse a su lado y le preguntó por su vida, muy amablemente, sin mencionar para nada a Hamida. Abbas quedó encantado de este recibimiento, le habló con toda sinceridad sin darse cuenta de la expresión con que lo miraba Salim Alwan.

A los pocos días de la desaparición de Hamida, en el callejón pasó una cosa insignificante, pero de la que la gente del barrio nunca se olvidará mientras viva. Una mañana, al dirigirse Salim Alwan al bazar, se topó con su amigo el jeque Darwish. A decir verdad, desde que estaba enfermo, Salim Alwan había negligido su relación con el jeque, como si se hubiera olvidado de su existencia.

Aquella mañana, al encontrarse delante del bazar, el jeque Darwish dijo, como si hablara solo:

—Hamida ha desaparecido.

Salim quedó estupefacto al oírlo y gritó de mala manera:

—¿A mí qué me cuentas?

Pero el otro insistió:

—De hecho no ha desaparecido; se ha fugado. Y no se ha fugado simplemente, sino que se ha fugado con un hombre. Esto en inglés se llama *elopement* y se escribe E-L...

Pero Salim no le dio tiempo a terminar y gritó furioso:

—¡Eres un loco! ¡Maldita sea la hora en que te conocí! Desaparece de mi vista y que Dios te maldiga.

El jeque quedó petrificado, clavado contra el suelo. Miró con ojos perdidos, como un niño al que acabaran de amenazar con un bastón. Arrancó a llorar. Salim se metió en el bazar sin hacerle caso. El llanto del jeque cobró un tono tan agudo que los que estaban en el café, Kirsha, el tío Kalim y el doctor, salieron a ver qué le ocurría. Le hicieron entrar en el local, le sentaron, Kirsha le dio un vaso de agua y el tío Kamil procuró calmarle dándole golpecitos en la espalda y diciéndole:

—¡No pierda la fe en Dios, jeque Darwish! ¡Dios mío líbranos de mal! El que usted llore es de muy mal agüero. Ay Dios, ¿qué nos va a pasar?

Pero el llanto del jeque arreció. Además, temblaba incontroladamente. Había cerrado los ojos que apretaba con convulsiones y se tiraba de la corbata como si quisiera estrangularse.

Las ventanas del callejón se abrieron. Todos los vecinos se asomaron a ver qué pasaba. La panadera corrió al café y Salim Alwan encontró dificultad para fingir que el asunto no le concernía. Tuvo la impresión de que el jeque le quería perseguir con sus lloros. Se indignó contra él. Finalmente le pasó la indignación y se dijo suspirando: «Estoy enfermo y más me valiera no tener que reconciliarme con Dios y no enemistarme con sus santos». Hizo un esfuerzo para tragarse el orgullo y salió a la calle en dirección al Café de Kirsha. Se acercó al jeque sin prestar atención a las miradas asombradas de los presentes. Le puso una mano sobre el hombro y con voz humilde dijo:

—Perdóname, jeque Darwish.

Abbas se había refugiado en el piso del tío Kamil, estaba en él sentado con las manos cruzadas cuando oyó que llamaban a la puerta. Fue a abrir y vio a Hussain Kirsha, plantado ante el umbral, vestido con camisa y pantalón y el acostumbrado brillo en los ojos.

—¿Por qué no has venido a verme? —exclamó—. ¡Hace dos días que llegaste! ¿Cómo estás?

Abbas le alargó la mano sonriendo tristemente y le dijo:

—¿Que cómo estoy? No te enfades conmigo, Hussain. Estoy muy cansado. Salgamos a dar una vuelta.

Abbas había pasado la noche sin dormir y la mañana muy preocupado. Tenía dolor de cabeza, le pesaban los párpados. Apenas le quedaba rastro de la rebelión del día anterior. Sus ideas vengativas se habían disipado y en su lugar había quedado una profunda tristeza y una oscura desesperación.

—¿Sabías que me marché de casa al poco tiempo de irte tú? —preguntó Hussain.

-Sí.

—Me casé y comencé una nueva vida...

Abbas tuvo que hacer un esfuerzo para fingir que le interesaba lo que le contaba el amigo.

—¡Bravo! ¡Te felicito! —dijo.

Habían llegado a Ghouriya. Hussain dio una patada en el suelo y exclamó lleno de rencor:

—¡Qué mala pata! Me despidieron y me vi forzado a volver al podrido callejón. ¿Y a ti? ¿Te han despedido también?

—No, estoy de permiso —contestó Abbas sin entusiasmo.

Hussain se rió con amargura y dijo:

—¡Y pensar que fui yo quien te dio la idea de coger este trabajo! Tú continúas aprovechándote de él mientras que a mí me han puesto de patitas en la calle.

Abbas, que conocía mejor que nadie el carácter envidioso y el mal genio de su compañero, se apresuró a decir:

—Pronto terminaremos. Eso me han dicho.

Hussain se calmó un poco, pero no tardó en reanudar con el mismo tono:

—¿Cómo es posible que la guerra haya durado tan poco? ¿Quién lo hubiera creído?

Abbas no dijo nada. Que la guerra continuara o no, que él tuviera trabajo o no, todo le daba igual. La conversación del amigo más bien le aburría, pero prefirió soportarlo a quedarse solo con sus pensamientos. Además con Hussain lo más prudente era seguirle la corriente.

—¡Qué pronto ha terminado la guerra! —volvió a decir Hussain—. Se esperaba que Hitler la prolongara indefinidamente. ¡Qué mala suerte!

—Es verdad.

—¡Qué desgraciados somos! —exclamó Hussain—. Un país miserable. ¿No es triste pensar que sólo podemos ser un poco felices cuando todo el mundo se des troza en una guerra sangrienta? Sólo el diablo se compadece de nosotros en este mundo.

Calló mientras se abrían paso entre la multitud de la calle Nueva. La noche había comenzado a desplegar las alas. Hussain prosiguió al cabo de un momento con un suspiro:

—Me hubiera gustado mucho ser soldado y comba tir. Me imagino la vida de un combatiente: lanzándose a la batalla, yendo de victoria en victoria, subiendo a aviones y a tanques, atacando, matando, llevándose cautivas a las mujeres que tratan de huir, rico, emborrachándose y dándose todos los gustos. Esto es vida. ¿No te gustaría ser soldado?

La verdad era que Abbas se ponía a temblar en cuanto oía sonar la sirena y era de los primeros en correr al refugio. Difícilmente hubiera podido ser un buen soldado. Aunque no le hubiera desagradado combatir en primera fila para, sediento de sangre, encontrar fácilmente oportunidades de vengarse de los que le habían hecho sufrir y habían destrozado sus esperanzas de una vida feliz.

—¿A quién no le gustaría ser soldado? —dijo con su habitual tono poco entusiasta.

Prestó atención a la calle por la que pasaban, la cual le volvió a provocar tristes pensamientos. ¿Cuándo olvidaría los buenos momentos pasados en el callejón? Por aquella calle solía pasear ella, aquél era el aire que le gustaba respirar. La podía ver con los ojos de su imaginación, su cuerpo esbelto caminando delante de él. ¿Cómo podía olvidarla? Frunció el ceño a la idea de dedicar sus pensamientos a una persona que había demostrado no estar a la altura de su amor. Se le endureció el rostro, azotado por un manotazo de la furia y rebeldía de la noche anterior. No quería consumirse por una cualquiera que dormía tranquilamente en los brazos de otro.

Le despertó de su sueño la voz vigorosa de Hussain:

—¡El barrio judío! —exclamó.

Hussain le agarró de la mano y lo hizo detenerse.

—¿Conoces la taberna de Vita? ¿No bebes vino en Tell el-Kebir?

—No —contestó lacónicamente Abbas.

—¿No? ¿Vives con ingleses y no bebes vino? Eres un cordero. El vino consuela y es bueno para el alma. Ven.

Tomó del brazo a Abbas y se metió con él en el barrio judío. La taberna de Vita no estaba lejos. Parecía una tienda corriente, sus dimensiones eran medianas y tenía forma cuadrada. A la derecha había una mesa cubierta de mármol, detrás de la cual estaba el señor Vita. En la pared de detrás había estanterías llenas de botellas y en el fondo los toneles de vino. Los bebedores se apretaban alrededor de la mesa: era gente sencilla, trabajadores, constructores, etc. Iban descalzos y vestidos como pordioseros. En la taberna había suficiente sitio para unas cuantas mesas más, de madera, donde se sentaba la élite del pueblo o los que, ya fuera por orgullo, o por impotencia de mantenerse derechos, preferían beber sentados. Hussain vio una mesa vacía en el fondo de la sala y se dirigió a ella arrastrando a su compañero. Abbas observó el ruidoso lugar con una mirada angustiada. Sus ojos se detuvieron en un chiquillo de unos catorce años, gordo y bajo, descalzo, con la cara y la *galabieh* manchadas de barro. Abbas parpadeó. Hussain se dio cuenta.

—Es Awkal —le dijo—. De día vende periódicos y de noche bebe. Es un niño todavía. Pero hay muy pocos adultos como él, ¿no te parece? — Hussain acercó la cabeza a la de Abbas y prosiguió—: Un vaso de vino hace mucho bien a un pobre despreocupado como yo. Hace un mes bebía whisky en el bar de Vince. Los tiempos han cambiado. La ruleta de la vida.

Pidió dos vasos de vino que les trajo el dueño del bar con un platito de nueces amargas. Abbas miró recelosamente su vaso.

—Dicen que hace daño.

—¿Tienes miedo? —le espetó Hussain—. Deja que te mate... ¡Qué importa una vez ya en el infierno! ¡A tu salud!

Chocó su vaso contra el de Abbas y luego lo apuró de un trago, con aire indiferente. Abbas cogió el vaso, tomó un sorbo y lo apartó de los labios con expresión de asco. Había sentido una lengua de fuego en la garganta. Se le contrajo la cara, como la de un muñeco de goma entre los dedos de un niño.

—Horrible. Amargo. Quema —dijo.

Hussain se rió irónicamente. Se sentía orgulloso de sí mismo.

—¡Ánimo, bebé! —le dijo—. La vida es más amarga que eso y sus efectos son mucho peores.

Alzó el vaso de Abbas y lo puso contra la boca de éste.

—Bebe, si no te mancharás la camisa.

Abbas tragó todo el vino que había en el vaso. Asqueado, dio un respingo. Sintió una vaga ola de calor que le subía por el pecho, a una velocidad asombrosa, que se le propagó por todo el cuerpo. La novedad de la sensación le hizo olvidarse de la repugnancia que acababa de sacudirlo. Sintió que el fuego le circulaba por las venas y que, al llegarle a la cabeza, el mundo se hacía más liviano.

—Hoy conténtate con dos vasos, no más —le dijo con ironía Hussain.

Pidió otro vaso para él y prosiguió diciendo:

—Ahora vivo con mi padre, con mi mujer y mi cuñado. Pero éste ha encontrado trabajo en el arsenal y se irá dentro de unos días. Mi padre me propone trabajar en el café por tres libras al mes. ¡Tendré que trabajar de sol a sol por tres libras mensuales! El mundo está en contra de mí, y yo lo odio. Sólo hay una manera de vivir: o haces lo que te da la gana, o el mundo y su gente se te come vivo.

Abbas, que comenzaba a sentirse más relajado, le preguntó entonces:

—¿No has ahorrado dinero?

—Nada —contestó agriamente Hussain—. Alquilé un piso muy bonito, con agua corriente y electricidad. Tenía una criadita que me decía «sí, señor» muy respetuosamente. Iba al cine y a escuchar música. Ganaba mucho y gastaba mucho. La vida es efímera, no vale la pena ahorrar. Pero el dinero tiene que acompañarte hasta el último día, de lo contrario, Egipto acabará mal. No me quedan más que unas libras y las joyas de mi mujer... —Dio una palmada para pedir un tercer vaso de vino y añadió con expresión aprensiva—: Lo peor es que desde hace una semana a mi mujer le dan vómitos por las mañanas...

Abbas dijo, fingiendo interés:

—No hay nada de malo en ello.

—¡No! Como dice mi madre es la señal del embarazo. Parece como si el feto ya sintiera asco de la vida que le espera.

Abbas apenas podía prestarle atención de tan aprisa como hablaba. Además le interesaba muy poco lo que decía. El otro notó su aire ausente y le dijo:

—¿Qué te pasa? No me escuchas...

—Pide otro vaso para mí —dijo con voz triste Abbas.

Hussain obedeció, muy contento. Después lo miró de reojo y dijo:

—Estás preocupado y sé por qué.

El corazón de Abbas se puso a latir violentamente.

—No es nada —se precipitó a decir—. Continúa con lo que me contabas.

Pero Hussain no estaba dispuesto a soltar su presa e insistió:

—Hamida...

El corazón de Abbas se puso a latir con mayor fuerza y tuvo la sensación de sentir los efectos del tercer vaso que todavía no había bebido. Se sintió invadido por una ola de tristeza y furia.

—Sí, Hamida se ha fugado... Un hombre se la ha llevado —dijo con voz temblorosa—. ¡Qué desgracia y qué vergüenza!

—No te apenes tanto por ello. ¿Es la vida mejor para los que la mujer se queda en casa?

Abbas, sin poder disimular más, preguntó:

—¿Qué debe de estar haciendo en este momento?

Hussain se rió sarcásticamente.

—¡Ya te puedes imaginar! Lo que hace una mujer que se fuga con un hombre...

—Te burlas de mi sufrimiento.

—Tu sufrimiento es una estupidez. ¿Cuándo te enteraste? ¿Ayer? Hoy ya debieras haberte olvidado... En aquel momento, Awkal, el embriagado muchacho que se dedicaba a vender periódicos, hizo algo que llamó la atención de toda la concurrencia. Fue tambaleándose hasta la entrada de la taberna y se detuvo en el umbral; tenía los ojos semicerrados y la cabeza tirada hacia atrás con un gesto orgulloso. De pronto se puso a gritar:

—¡Soy Awkal! El chico más listo del mundo. Estoy borracho y me siento estupendamente. Me voy a ver a mi querida. ¿Alguien se escandaliza por ello? El periódico de la mañana... el Ahram, el Misry, el Baakuuka...

El chico desapareció y todo el mundo se echó a reír, menos Hussain Kirsha, que escupió violentamente al suelo y lanzó una blasfemia. Si el chico no hubiera desaparecido, lo hubiera golpeado. Su hostilidad era incontrolable. Se volvió a Abbas, que bebía su segundo vaso de vino, y le dijo:

—La vida no es una broma de muchachos. Hay que vivirla. ¿Entiendes?

Pero Abbas no lo escuchó. Estaba demasiado ocupado diciéndose: «Hamida no volverá. Se ha ido para siempre. ¿Y si regresara? Si la vuelvo a ver, le escupiré a la cara. Le hará más daño que si la matara. Lo mataré a él».

—Dejé el callejón pensando que era para siempre —prosiguió diciendo Hussain—. Pero Satán me obligó a volver. Le prenderé fuego, es la única solución.

—Nuestro callejón es una maravilla —comentó melancólicamente Abbas—. El deseo de mi vida es poder vivir en él en paz.

—¡Tú eres un cordero sin cerebro! Te debería sacrificar en la fiesta de al-Adha. ¿Y ahora por qué lloras? ¿No tienes trabajo? Tienes dinero en el bolsillo. Has ahorrado. ¿De qué te quejas?

—Tú te quejas mucho más que yo, y nunca te he oído decir un «Alabado sea Dios» en la vida.

Su compañero lo miró duramente. Abbas volvió en sí y dijo con mansedumbre:

—Bueno, tú no tienes la culpa. Tú tienes tu religión, y yo la mía.

Hussain se echó a reír tan estrepitosamente que las paredes de la taberna parecieron temblar. El vino había comenzado a achisparle.

—Mejor me iría trabajando en un bar como éste que en el café de mi padre. Seguramente aquí hacen dinero de verdad. Además, en una taberna como ésta, se puede beber gratis.

Abbas sonrió desanimadamente y decidió ir con más cuidado con lo que le decía su a compañero. El alcohol le había calmado los nervios, pero en vez de aminorarle el dolor, no pensaba más que en ello.

—¡Tengo una idea! —gritó de pronto Hussain— ¡Me haré inglés! En Inglaterra todo el mundo es igual.

Los hijos de un pacha y los de un basurero tienen los mismos derechos. En Inglaterra el hijo de un tabernero puede llegar a ser primer ministro.

La idea gustó a Abbas.

—¡Yo también me haré inglés! —gritó con entusiasmo.

—Imposible —le contestó Hussain con un gesto desdenoso en la boca—. Eres demasiado blando. Tú hazte italiano... Bueno, los dos zarparemos en el mismo barco... Vamonos.

Pagaron la cuenta y salieron a la calle.

—¿Y ahora, adónde? —le preguntó Abbas a Hussain.

De su vida anterior, lo único que Hamida echaba de menos era el rato, por la tarde, en que acostumbraba a dar un paseo. Ahora, en cambio, lo pasaba delante del espejo, acicalándose.

Después de una hora dedicada a vestirse y a maquillarse, parecía una mujer nacida en el lujo y la opulencia. Se había puesto un turbante de seda blanca del que salían sus trenzas delicadamente teñidas y perfumadas. Se había aplicado colorete en las mejillas y pintado de carmín los labios, pero el resto de la cara conservaba su color natural: con la experiencia había aprendido que a los soldados aliados les atraía el bronceado de su piel. Se había reseguído con *kohl* la línea de los párpados y las pestañas estaban sedosas y separadas. En vez de cejas, una mano experta había dibujado dos bonitas lunas crecientes. De las orejas colgaban sendas cadenitas de platino, adornadas de perlas, llevaba un reloj de oro en la muñeca y un broche en forma de media luna en el turbante. Se había puesto un vestido blanco que, por la parte de arriba, se transparentaba sobre una camisa roja. Llevaba medias de seda de color carne por la única razón de que eran carísimas. De todo su cuerpo emanaba un fuerte perfume.

Desde el primer momento tomó este camino por propia voluntad. Con el tiempo aprendió que su vida futura era una mezcla de placer, felicidad, dolor y amargura. De hecho, la vida la había dejado totalmente perpleja.

En seguida comprendió lo que se esperaba de ella y si al principio se rebeló, fue sobre todo por su natural combativo y su imperioso deseo de doblegar la voluntad de su amante. Luego se sometió, al comprender, asistida por los contundentes métodos de Ibrahim Faraj, que para nadar en la abundancia había que arrastrarse por el lodo. Una vez comprendido esto, Hamida se lanzó a la nueva vida con entusiasmo y celo. Tal como había dicho su amante, tenía un talento natural para ello y al poco tiempo aprendió a acicalarse mejor que nadie, a pesar del mal gusto que había demostrado los primeros días y del que las otras se habían burlado. Ciertamente escogía los vestidos con poco tino y que sus joyas manifestaban vulgaridad. Había aprendido danza oriental y occidental y había demostrado una gran facilidad para los conocimientos de inglés. No era de extrañar, pues, que fuera muy popular entre los soldados. Los ahorros ya acumulados eran una buena prueba de su talento.

Hamida no había conocido la vida corriente de una muchacha sencilla del pueblo. No tenía buenos recuerdos de la niñez, por lo que no le costó

entregarse con cuerpo y alma al presente. Su caso era bastante diferente del de la mayoría de las demás chicas que se habían visto forzadas por la necesidad y circunstancias a prostituirse, y a las que atormentaban los remordimientos. En cambio, para Hamida, aquella vida representaba la materialización de todos sus sueños: dinero, ropa, joyas, lujo.

Un día se paró a reflexionar sobre la decepción que había tenido al descubrir que Ibrahim Faraj no tenía intención de casarse con ella. Se preguntó si ella había verdaderamente deseado casarse con él. La contestación, negativa, no tardó en aparecérsesele con absoluta claridad. El matrimonio la hubiera confinado en una casa, en la que hubiera pasado las horas cumpliendo sus deberes de esposa, primero, y de esposa y madre, más tarde. Ahora veía, sin ninguna duda, que ella no estaba hecha para la vida doméstica.

Sin embargo, Hamida no era una mujer esclavizada por su sensualidad. La vida que llevaba no manaba de la fuerza de sus instintos. Continuaba sintiendo la imperiosa necesidad de afirmar su voluntad y de combatir. En los brazos de aquel hombre, a los que se entregaba llevada de un verdadero amor, buscaba una compensación emocional. En las bofetadas y en los golpes trataba de ver un rastro de amor. Precisamente porque se daba cuenta de que no conseguía doblegar la voluntad de su amante, aumentaba la fuerza de los lazos que la ligaban a él, como también la sensación de amargura y resentimiento.

Reflexionaba de pie ante el espejo, sobre su frustración emocional, cuando oyó unos pasos que se acercaban y vio la imagen de su amante al irrumpir en la habitación, su rostro serio y cerrado, como de costumbre, tan distinto del que se hubiera podido esperar de un apasionado amante. La mirada de Hamida se heló; su corazón se crispó. Ya no era el hombre de los primeros días; si lo hubiera conocido desde hacía más tiempo, seguramente el cambio no la hubiera sorprendido. Faraj había pasado bruscamente de la embriaguez de los primeros días, en los que ella había disfrutado de la ilusión de ser amada, abandonada a los sueños y fantasías más deliciosos, a la actitud práctica del comerciante, del hombre brutal que ganaba dinero comerciando con mujeres. En realidad, aquel hombre no sabía qué era el amor y parecía extraño que toda su vida se basara, precisamente, en aquel sentimiento desconocido para él. Cuando una presa caía en su red, su táctica era representar durante unos días el papel de amante, papel que desempeñaba muy bien gracias a su potente virilidad; cuando la presa comenzaba a abandonarse, plenamente confiada en él, gozaba de ella brevemente para afianzar su dominio. Obtenido su

objetivo, se revelaba descaradamente su naturaleza de traficante de mujeres.

Hamida llegó a la conclusión de que la indiferencia con que él la trataba se debía a que estuviera constantemente rodeado de mujeres solícitas. Comenzó a vivir obsesionada por una mezcla de sentimientos, en los que entraban el amor, la hostilidad, el recelo.

—¿Estás lista? —le preguntó Faraj con impaciencia.

Pero ella no le hizo caso. Había decidido mostrarle su desaprobación no contestándole. No soportaba que sólo le hablara de trabajo y negocios. La naturaleza del trabajo, combinada con la tiranía de sus propias emociones, le impedían disfrutar de la libertad por la que había luchado durante toda su vida.

Hamida sólo se sentía verdaderamente libre cuando se dedicaba a recorrer las calles y las tabernas en busca de hombres. El resto del tiempo lo pasaba torturada por un sentimiento de encarcelamiento y humillación. Si pudiera estar segura del cariño de su amante, si pudiera hacerle morder el polvo de la humillación del amor, entonces viviría satisfecha. La hostilidad hacia él era su sola vía de escape.

Faraj se daba perfectamente cuenta de su hostilidad, pero esperaba que pronto se acostumbrara a su frialdad y que no pusiera obstáculos a la separación que tenía proyectada. Juzgaba que lo mejor era ir despacio hasta el momento de asestarle el golpe definitivo.

—Date prisa, querida, el tiempo es oro.

Hamida se volvió bruscamente y lo miró.

—¿Cuándo aprenderás a no usar expresiones tan vulgares?

—¿Y tú, cuándo aprenderás a no ser tan brusca?

—¿Éste es el tono con que has decidido hablarme ahora? —preguntó Hamida, furiosa.

—¡Vaya! ¿Me obligarás tal vez a discutir sobre eso? —dijo él fingiendo aburrimiento—. «No me hables en este tono». «Si me amaras, no me tratarías así». Es inútil. Te puedo querer sin necesidad de recordártelo a cada momento. ¿Es necesario olvidar el trabajo y las obligaciones porque dos se aman? Afila el cerebro como afilas la lengua, y comprende de una vez que con el trabajo no hay que andarse con bromas.

Hamida lo escuchaba, pálida de cólera, escuchaba estas frías palabras, estas palabras maquiavélicas en las que no se detectaba rastro de sentimiento. Cuántas veces le había oído decir aquello. Súbitamente, se acordó de la primera vez que la había criticado:

—Cuídate las manos, hazte la manicura —le había dicho—. Tus manos son el detalle que te afean.

Luego, unos días después:

—Ten cuidado con la voz, querida, es otro de tus puntos negros. Grita, si quieres, pero hazlo con la boca; no con la garganta. Te sale una voz vulgar, que recuerda el callejón de Midaq, aunque ya no vivas en él.

Estas observaciones la habían herido y humillado. Cada vez que ella abordaba el tema de su amor, él se hacía el distraído, le besaba las manos afectando dulzura, pero con el tiempo, dejó incluso de usar esta artimaña. Un día llegó a decirle, con impaciencia:

—El amor es una chiquillada; nosotros somos personas serias.

Y otra vez:

—Vamos a trabajar. Hablar de amor es perder el tiempo.

Indignada, un día ella le contestó:

—No tienes derecho a hablarme así. Sabes perfectamente que soy mejor que las demás, que gano mucho más dinero que todas las otras chicas juntas. No lo olvides. Me estás hartando con tus argucias. Dime honestamente si todavía me quieres o no.

El se dijo que quizá había llegado la hora de decirle la verdad. La miró intensamente con sus ojos almendrados, dando tiempo a su cerebro para calcular la estrategia correcta. Pero decidió que, de momento, más valía comprar la paz al precio que hiciera falta.

—No volvamos al tema de siempre —aseveró.

—Dime una cosa —explotó Hamida—. ¿Crees que me moriré de pena si me dices que no me amas?

No era el momento oportuno, evidentemente. Si se lo hubiera preguntado en la madrugada, a la vuelta del trabajo, hubiera tenido más espacio para maniobrar. En cambio, a aquella hora, si le decía la verdad, arriesgaba perder las ganancias de todo un día.

—Yo te quiero, cariño —le dijo dulcificando la voz.

Nada es peor que una palabra de amor en una boca que se aburre. Es peor que un escupitajo. Hamida se sintió profundamente herida. Sintió que la invadía el odio. Se acercó a él con los ojos encendidos y le preguntó, decidida a desafiarlo definitivamente:

—¿De verdad me quieres? Pues vamos a casarnos.

En los ojos de Faraj asomó la sorpresa. La miró con incredulidad. La verdad era que Hamida no había reflexionado sobre el significado de sus palabras; solamente lo había querido poner a prueba.

—¿Qué cambiaría el matrimonio en nuestro caso? —preguntó él.

—Podríamos cambiar de vida.

Él perdió la paciencia y decidió acabar con la comedia. Se echó a reír y con sarcasmo le dijo:

—¡Una idea espléndida! Nos casaremos y viviremos como señores. Ibrahim Faraj y Esposa, con Hijos, S. A. En el fondo, ¿qué es el matrimonio? La verdad es que me he olvidado de lo que es, como de tantas cosas sociales. A ver, déjame pensar... El matrimonio es una cosa muy seria, me parece recordar. Es el vínculo que une al hombre con la mujer. Hay un funcionario que preside la ceremonia, se firma un contrato, existen una serie de ritos religiosos... ¿Dónde lo aprendiste Faraj? ¿En el *Corán* o en la escuela? Ya no me acuerdo. Dime, querida, ¿se casa todavía la gente?

Hamida se puso a temblar de pies a cabeza. Sintió que no podía aguantar más. Se abalanzó contra su cuello, pero él se le adelantó y afrontó su ataque con la calma más absoluta. La agarró por los brazos, se los separó y la soltó, sonriendo con insolencia. Hamida alzó la mano y le dio un bofetón. Él dejó de sonreír, una mirada hosca, amenazante, asomó en sus ojos. Ella le devolvió valientemente la mirada, impaciente, con ganas de que la batalla comenzara de una vez. Él se dio perfecta cuenta de que comenzar una batalla física con ella significaría estrechar el vínculo que la ataba a él, vínculo que quería eliminar de una vez por todas. Optó, pues, por recular. Retrocedió un paso, le dio la espalda y se marchó, diciendo:

—No te olvides de presentarte al trabajo, querida.

Hamida permaneció clavada en el suelo, sin dar crédito a sus ojos, ni a sus oídos. Entendió lo que significaba la retirada de Faraj. Sintió unas ganas locas de matarlo.

Comprendió que debía salir inmediatamente de la casa. Se acercó a la puerta, consciente de que era la última vez que salía del dormitorio. Se volvió para despedirse de él y de pronto sintió que iba a desplomarse al suelo, desmayada. ¡Dios mío! ¿Cómo podía terminarse todo tan rápidamente? Aquel espejo en que se había visto colmada de felicidad. La cama en que habían anidado tantas ilusiones. El sofá en que se había sentado abrazada a él, atenta a sus consejos y palabras de ternura. El tocador, sobre el que había un retrato de los dos, vestidos de noche.

Huyó del cuarto como llevada por el viento.

El aire de la calle casi le quemó la cara. Se puso a caminar, respirando con dificultad, a la vez que se decía que iba a matarlo. Sería una manera de consolarse, si no tuviera que pagarlo con su propia vida. Comprendió que aquel amor la había marcado para siempre, pero también que ella no era el tipo de mujer que se desmoronaría aniquilada por él. Esta reflexión la animó un poco y paró un carruaje descubierto que pasaba en aquel momento. Se encaramó a él, con la necesidad de respirar mejor y de descansar un rato.

—Vaya a la plaza de la Ópera y vuelva por la calle de Fuad. Lentamente, por favor.

Se sentó en el centro del asiento, con las piernas cruzadas, enseñando los muslos por debajo del corto vestido de seda. Encendió un cigarrillo que se puso a fumar nerviosamente, sin darse cuenta de las miradas de los transeúntes.

Hamida pasó un rato absorta en sus pensamientos. Una serie de ilusiones sobre el futuro acudieron a consolarla del presente, sin ocurrírsele que un nuevo amor pudiera sustituir y hacerle olvidar el viejo.

Al cabo de un rato se fijó en la calle por la que pasaban. En aquel instante oyó un grito agudo: «¡Hamida!». Se volvió asustada y vio a Abbas, a menos de un metro de distancia de donde ella estaba.

—¡Abbas!

El joven jadeaba sin aliento después de haber corrido tras el vehículo desde la plaza de la Ópera. Había corrido a ciegas, a empujones, sin prestar atención a las miradas indignadas y a los comentarios molestos de la gente. La había visto mientras paseaba con Hussain Kirsha, al salir de la taberna de Vita. De hecho había sido Hussain el que se había fijado en ella, en la plaza de la Ópera.

De momento no la había reconocido. Hussain había alzado las cejas con un gesto automático de aprobación al ver a la hermosa muchacha. Y había hecho que su amigo también se fijara en ella. La muchacha parecía absorta en sus pensamientos. Le pareció una figura familiar. Pero la impresión había sido tan vaga, que fue su corazón, en realidad, el que la reconoció. A pesar de su ligera embriaguez, había gritado: «¡Para!».

El carruaje doblaba la esquina y tomaba los Jardines de Ezbekiya. Abbas arrancó a correr como un loco, dejando a su amigo plantado, gritándole que se detuviera. El denso tráfico de la calle de Fuad le obligó a detenerse, pero no perdió de vista el vehículo. Volvió a arrancar a correr en cuanto pudo y a punto estuvo de que le fallaran las fuerzas. La alcanzó en el momento en que ella se disponía a entrar en la taberna a la que se dirigía. Entonces gritó su nombre. Ella se volvió y pronunció el suyo. Al instante se desvanecieron sus dudas. Se quedó plantado delante de ella, jadeando, incapaz de hablar, incapaz de creer lo que veían sus ojos. Ella también parecía desconcertada. De pronto se percató de la gente que los miraba y le hizo un gesto para que la siguiera. Se dirigió a paso vivo hacia una calle lateral, con Abbas pisándole los talones. Entró detrás de ella, en una floristería. La dueña conocía a Hamida, que era una buena cliente de la tienda. Se saludaron y condujo a Abbas a la trastienda. La dueña presintió que querían estar los dos a solas y se sentó detrás de un ramo, como si no hubiera nadie más en el local.

Los dos se miraron. Abbas temblaba de excitación, ponía cara de total desconcierto. ¿Qué lo había arrastrado en pos de su mortal enemiga? ¿Qué esperaba entrevistándose con ella? ¿Por qué no la había dejado pasar como a una simple desconocida? De pronto la mente se le había quedado en blanco, sin ideas ni proyectos. Durante su carrera, apenas si había pensado en lo que había pasado con Hamida. Había corrido ciegamente, llevado por un instinto, hasta gritar su nombre. Y ahora era como un sonámbulo que la había seguido, hipnotizado, hasta la trastienda.

Poco a poco, al observar a la extraña mujer que tenía ante sus ojos, volvió en sí. Trató en vano de encontrar a la chica que había amado. Abbas no era tan inocente que no pudiera interpretar, en el atuendo de la muchacha, los signos que delataban su profesión. Además, los rumores del callejón de Midaq ya le habían hecho suponer lo peor. No obstante, lo que veía le dejaba atónito. Sintió que la vida era fútil y que, inexplicablemente, no deseaba hacer daño a la muchacha, ni siquiera deseaba humillarla.

Hamida lo miró confundida, como una niña sorprendida con las manos en la masa. Su presencia no le despertó remordimientos ni ningún sentimiento afectuoso, sólo desprecio y hostilidad. Maldijo silenciosamente la mala suerte que lo había cruzado en su camino.

El silencio comenzó a poner nerviosos a los dos. Abbas lo rompió para decir:

—¡Hamida! ¿Eres tú? ¡Dios mío! Me cuesta creerlo. ¿Cómo pudiste abandonar tu casa, a tu madre, y terminar así?

Azorada, aunque no avergonzada, Hamida contestó:

—No me preguntes nada. No tengo que darte ninguna explicación. Todo ha sido por la voluntad de Dios. No hay remedio.

El azoramiento y el autocontrol de la muchacha tuvo el efecto contrario del que ella se había esperado. Abbas sintió que se le despertaban de nuevo la furia y el odio. Se puso a rugir:

—¡Embustera...! ¡Un degenerado como tú te sedujo y te fuiste con él! En el callejón la gente habla mal de ti.

Y por la expresión de tu cara, comprendo que tienen razón...

Su furia encendió el vivo temperamento de Hamida, que dejó, súbitamente, de ser la azorada y comedida muchacha de hacía unos instantes. La muchacha se puso pálida.

—¡Cállate! —chilló—. ¡No grites como un loco! ¿Te crees que me vas a asustar? No tienes ningún derecho sobre mí. Desaparece de mi vista.

Abbas se calmó antes de que ella parara de hablar. La miró, desconcertado, y con voz temblorosa le preguntó:

—¿Cómo puedes hablar de esta manera? ¿Acaso no fuiste... no éramos novios?

Ella sonrió y se encogió impacientemente de hombros.

—¿De qué sirve recordar el pasado?

—Bueno, el pasado pasado está, pero yo quiero saber qué ocurrió entre nosotros. ¿No aceptaste mis proposiciones de boda? ¿No me marché a trabajar para ahorrar dinero y poder tener una vida feliz contigo?

Hamida permanecía sin asomo de azoramiento delante de él, preguntándose para sus adentros: «¿Cuándo acabará con el tema? ¿No lo entenderá nunca? ¿Por qué no se irá de una vez para siempre?».

—Yo quise una cosa y el destino dispuso otra —respondió con tono de aburrimiento.

—¿Qué has hecho? ¿Por qué te has lanzado a esta vida de perdida? ¿Qué te cegó? ¿Qué sinvergüenza te arrastró a eso, a la cloaca de la prostitución?

—Es mi vida —dijo ella con firmeza y cierta impaciencia—. Entre nosotros todo ha terminado, no tenemos nada que decirnos. Somos un par de desconocidos. Yo no puedo volver atrás y tú no puedes cambiarme. Cuidado con lo que dices, porque no estoy dispuesta a perdonarte. Quizá te parecerá una cobardía pero la verdad es que huyo de mi horrible destino. Ódiame si quieres, pero déjame en paz.

Era realmente una desconocida. No quedaba rastro de la Hamida que él había amado. ¿Lo habría amado ella? ¿Qué significó para ella el beso en la escalera? ¿No le prometió, aquel día, al despedirse, rezar por él junto a la tumba del Señor Hussain? ¿Quién era aquella chica que tenía delante? ¿Era posible que no sintiera remordimientos? ¿Que no sintiera una sombra de cariño por él? Se puso de nuevo a hablar, con voz abatida por la desesperación:

—No entiendo nada. Volví ayer de Tell el-Kebir con el propósito de casarme contigo durante el permiso. Y cuando me lo dijeron, no pude creérmelo. Mira lo que te traje. —Se sacó el estuche en que guardaba la cadenita—. Mi regalo de boda...

Mientras ella miraba en silencio el estuche, Abbas se fijó en sus pendientes y en su broche. Sin decir nada más, volvió a metérselo en el bolsillo.

—¿No echas de menos nada en tu nueva vida? —le preguntó entonces.

—No sabes lo desgraciada que soy —le contestó ella con voz burlona.

Él abrió los ojos con sorpresa y recelo, y finalmente exclamó:

—¡Qué horrible, Hamida! ¿Cómo te dejaste tentar por el diablo? ¿Tanto odiabas la vida del callejón? ¿Cómo pudiste dejar una vida buena por... — al llegar a este punto la voz se le quebró— la de una desvergonzada? Lo que haces es un pecado que no tiene perdón.

—Bastante lo pago, con mi carne y con mi sangre —respondió Hamida en tono melodramático.

Abbas acabó de desconcertarse, pero de alguna manera las palabras de Hamida le consolaron. Lo que él no sabía era que la hostilidad de Hamida no se había desvanecido sin razón. Hamida acababa de tener una idea

diabólica. Se le había ocurrido la posibilidad de utilizar a Abbas contra el hombre del que ella deseaba vengarse. Abbas sería el instrumento de su venganza y ella podría mantenerse al margen de lo que ocurriera.

—Soy una desgraciada, Abbas —reanudó con voz triste—. No te enfades conmigo. Bastante he sufrido ya. Tú lo has dicho, el diablo me ha engañado. No sé cómo pude caer en la tentación. No trato de disculparme, ni de pedirte perdón. He pecado y he de pagar por ello. Perdóname el mal genio y ódiame todo lo que pueda tu bondadoso corazón. Estoy en manos de este hombre horrible. Él me obliga a recorrer las calles después de haberme despojado de mi más precioso don. Lo desprecio y lo aborrezco. Por culpa de él sufro, pero ya no hay remedio. No existe manera de librarme de él.

Su mirada de mujer herida hizo olvidar a Abbas a la histérica que hacía unos momentos hubiera sido capaz de asesinarlo. Sus palabras habían surtido el efecto que ella había deseado.

—¡Es horrible, Hamida! Los dos sufrimos por culpa de esta bestia. Pero lo que has hecho no tiene remedio. Sufriremos y la vida continuará. No volveré a vivir tranquilo hasta que no lo haya matado...

Estas palabras llenaron de alegría a Hamida, que tuvo que volver el rostro para que Abbas no se diera cuenta. El joven había caído en la trampa más rápidamente de lo que ella había calculado. Lo que más le agradó fue oírle decir aquello de «Lo que has hecho no tiene remedio», porque significaba que no iba a perdonarla, cosa que la alivió. Por encima de todo, lo que no quería era que tratara de hacerla volver con él.

—No podré olvidar nunca que me has abandonado y que la gente te ha visto en la calle con él... Entre noso tros dos todo ha terminado, Hamida. La muchacha que he amado ya no existe. Pero el monstruo ha de sufrir. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Hoy es imposible. Ven el próximo domingo. Esta rá en el bar que hay al comienzo de esta calle. Será el único egipcio del local. Yo lo miraré cuando tú me des la señal. ¿Qué piensas hacerle? —le preguntó como si temiera las consecuencias que ello pudiera acarrearle a Abbas.

—Le romperé la cara.

Le miró, preguntándose si Abbas sería capaz de cometer un asesinato. Tuvo sus dudas, pero abrigó la esperanza de que, por lo menos, el encuentro acabara en comisaría y Faraj tuviera que enfrentarse a la policía. De esta manera ella conseguiría ser vengada y libre, a la vez. La idea le encantó. Esperaba sinceramente que Abbas saliera ileso del incidente.

—Tendrás mucho cuidado, ¿verdad? Pégale y llévalo a comisaría. Y que la policía se haga cargo de él.

Pero Abbas no escuchaba. Murmuró, apesadumbrado y hablando a solas:

—Sufrimos los dos. Lo tiene que pagar. Ha arruinado nuestras vidas. No hay derecho de que el sinvergüenza viva en paz y se ría de nosotros. Lo mataré. ¡Lo estrangularé! —Entonces miró a Hamida y le preguntó—: ¿Y tú, Hamida? ¿Qué harás cuando haya muerto el gángster?

Era la pregunta que Hamida más temía porque implicaba la posibilidad que le pidiera volver con él.

—Mis vínculos con la vida de antes se han roto definitivamente —contestó con voz resuelta—. Venderé las joyas y buscaré un trabajo digno. Me iré lejos de aquí.

Abbas permaneció pensativo. Su silencio inquietó a la muchacha. Finalmente el joven agachó la cabeza y murmuró con voz casi inaudible:

—No puedo perdonarte, mi corazón no llega a tanto. Pero te ruego que no desaparezcas hasta ver cómo termina todo eso.

La nota de perdón que se detectaba en su voz impacientó a Hamida. A ambos, a Ibrahim Faraj y Abbas, los quisiera muertos.

Desaparecer le sería fácil, pensó, pero antes deseaba asegurarse de que iba a ser vengada. Después se marcharía a Alejandría, la ciudad de la que Ibrahim le había hablado con frecuencia. Allí podría vivir libremente.

—Como tú quieras, Abbas —dijo dulcemente.

El corazón del joven clamaba venganza, a la vez que estaba profundamente conmovido por el afecto que le inspiraba Hamida.

Era un día alegre de despedida. En el callejón no se respiraba otra cosa que el amor y el respeto por su santo varón, Radwan Hussainy. Aquel año, Hussainy había rogado a Dios que le concediera la posibilidad de hacer el peregrinaje a la Meca y a Medina, y el Señor se lo había concedido. Todo el mundo sabía que ese día Hussainy partía para Suez, desde donde iría a Tierra Santa. Su casa estaba abarrotada de amigos, de gente que le quería bien y de devotos musulmanes.

Estaban todos apiñados en el cuarto en que tan a menudo habían platicado sobre asuntos sagrados. Hablaban del peregrinaje y evocaban recuerdos. Las voces se mezclaban con el humo que subía del brasero. Se contaron anécdotas de los peregrinajes más recientes, se narraron viejas y tradicionales leyendas y se recitaron versos sobre el tema. Uno cantó, con voz melodiosa, versículos del *Corán*. Radwan Hussainy dio un elocuente discurso que todos oyeron con religioso silencio.

Uno de sus amigos le deseó un buen y feliz retorno, a lo que Hussainy replicó, con rostro resplandeciente:

—No me menciones el regreso, amigo. Quien parte para la casa de Dios pensando en el regreso, no se merece la gracia del santo viaje, ni que sus plegarias sean escuchadas, ni alcanzar la felicidad que ha ido a buscar. Pensaré en el regreso cuando haya dejado el lugar de la revelación y me encuentre de nuevo en Egipto. Quiero decir que por «regreso» me refiero a volver a hacer el peregrinaje, con la ayuda y la gracia del Todopoderoso. Ojalá pudiera pasar el resto de mi vida en Tierra Santa, contemplando el suelo que pisó el Profeta, el cielo que antaño se llenó de ángeles, cantando y escuchando la revelación que descendía de lo más alto para volver a subir acompañada de las almas de la Tierra. En aquella tierra uno no piensa más que en las verdades eternas. Sólo vive para amar a Dios. Allí se curan todos los males. Ay, hermano, cómo añoro la Meca y su cielo resplandeciente. Qué ganas tengo de escuchar el murmullo de los siglos en sus rincones, de mezclarme con los peregrinos que hacen sus ritos, de recogerme solo en sus capillas y satisfacer mi sed en el pozo de Zamzam. Me muero de deseo de seguir la ruta que siguió el Profeta en su hégira y que la multitud no ha cesado de seguir desde hace siglos. De refrescar mi espíritu visitando la tumba del Profeta y rezando en su noble jardín. Ya me veo, hermanos, paseando por los caminos de la Meca, recitando versos del *Corán*, tal como fueron revelados por primera vez, como si los hubiera oído directamente de la Voz Divina. ¡Qué felicidad! Ya me veo postrado delante del santuario de la Piedra Negra, implorando perdón por mis

pecados. ¡Qué descanso, qué tranquilidad! Y me veo de nuevo yendo a los bordes del Zamzam a beber de sus aguas capaces de curar las pasiones. ¡Qué paz más grande, hermanos! No me habléis del regreso, rogad a Dios que me conceda lo que yo tanto deseo.

Su amigo respondió:

—Que Dios te lo conceda y que te dé una larga y feliz vida.

Radwan Hussainy se llevó la mano a la barba y, con ojos reluciendo de alegría y emoción, reanudó:

—¡Gracias! Mi amor por la vida eterna no me -ha convertido en un asceta, ni me ha hecho despreciar esta vida. Todos me conocéis y sabéis que soy un vividor. ¿Por qué no debería serlo? Esta vida forma parte de la creación divina; Dios la ha colmado de dolores y de placeres. Seámosle agradecidos. Amo la vida en todos sus aspectos, en sus noches y días, con sus alegrías y sufrimientos, comienzos y finales. Amo todo lo vivo, todo lo que se mueve y está quieto. Todo es bondad de la más pura. El mal no es más que la incapacidad del enfermo por ver el bien oculto en las grietas. Sólo el débil y el enfermo recelan de Dios. Estoy convencido de que el amor a la vida es una parte importante del culto que rendimos al Creador, y que la otra mitad consiste en el amor a la vida eterna. Yo también me escandalizo ante las lágrimas, el sufrimiento, el odio y la cólera, la malicia y la maldad que apesadumbran al mundo, y ante las críticas de que lo colman los débiles y enfermos. ¿Preferirían no haber nacido? ¿Hubieran tenido jamás la posibilidad de conocer el amor si no hubieran sido creados de la nada? ¿De veras pretenden negar la Sabiduría divina? No me considero un ingenuo. Yo también he conocido el dolor, mi corazón fue destrozado por el sufrimiento. En los peores momentos me llegué a preguntar por qué Dios no había permitido que mi hijo participara también de la vida y la felicidad. ¿No lo había creado ÉL, el Todopoderoso? ¿Por qué no podía, entonces, reclamarlo cuando quisiera? Si Dios lo había creado, el niño permanecería en la Tierra hasta que ÉL lo decidiera. Cuando Dios reclamó a mi hijo, supo por qué lo hacía, Su sabiduría es mera bondad. El Señor deseaba mi bien y el de mi hijo. Cuando finalmente me di cuenta de Su infinita sabiduría, fui feliz. Fui feliz cuando supe que Su sabiduría era más grande que mi dolor. Entonces me dije: Dios me ha hecho desgraciado para ponerme a prueba. Yo he pasado la prueba y mi fe se mantiene firme, segura de Su sabiduría. Gracias, Dios mío. Y desde entonces tengo la costumbre que cuando me llega una desgracia o un contratiempo, doy gracias al Señor por ello. Cada vez que paso una prueba y vuelvo a encontrarme en la tierra de la fe y de la paz, veo con mayor claridad la sabiduría con que Dios usa Su poder. De esta

manera el sufrimiento me mantiene en contacto con Su sabiduría. Me imagino que he sido un niño jugando, absorto en su mundo. Dios tuvo que regañarme, tuvo que darme una lección y asustarme con Su severidad para que aprendiera a gozar de Sú verdadera y eterna bondad. A menudo los amantes se ponen a prueba, y si se dan cuenta de que la prueba es sólo eso, una prueba, su gozo aumenta. Siempre he creído que los afligidos de esta tierra son los escogidos de Dios. En ellos derrocha Él Su amor secretamente, observándoles de cerca para ver si son dignos de Su amor. Alabado sea Dios porque gracias a su generosidad he podido consolar a los que creyeron que yo necesitaba ser consolado.

Se puso la mano extendida sobre el pecho, como un cantante feliz y, perdido en el ritmo de la melodía de su recital. Imbuido del poder de su arte, reanudó con firmeza:

—Los hay que creen que las tragedias que afligen a las personas aparentemente inocentes son señales de una justicia vengativa, de una sabiduría incomprensible para los humanos. Dirán, por ejemplo, que un padre que ha perdido un hijo, si reflexiona seriamente, descubrirá que la muerte del hijo es el castigo de una antigua falta, cometida por él o por sus antepasados. Sin embargo, Dios es demasiado justo y compasivo para tratar como culpables a personas inocentes. Esta gente justifica su creencia citando la descripción que el *Corán* hace de Dios como un Ser «todopoderoso y vengativo». Pero yo os digo que Dios no tiene necesidad de venganza y que adoptó este atributo para enseñar al hombre cómo practicarlo. Dios decidió que los asuntos de esta tierra tenían que regirse según la ley del premio y del castigo. Los atributos del Dios Todopoderoso son la sabiduría y la compasión. Si yo viera en la muerte de mis hijos un castigo merecido por mí, tal vez estaría de acuerdo con esta doctrina. Pero mis hijos son inocentes y no veo por qué habrían de pagar por los pecados ajenos. ¿Es eso compasión y perdón? ¿Y por qué ha de verse como una tragedia lo que es una manifestación de sabiduría que colma de alegría y bondad?

Las opiniones de Radwan Hussainy fueron discutidas y rebatidas según interpretaciones escolásticas de los textos del *Corán*. Algunos insistieron que la venganza era compasión. Otros se expresaron con mayor elocuencia y erudición que Radwan, pero el propósito de éste no era suscitar una discusión.

Su única intención era expresar el amor y la alegría que sentía. Sonrió, como un niño inocente, con el rostro un poco subido de color, y reanudó:

—Perdonadme, amigos. Permitidme que os revele un secreto. ¿Sabéis por qué he querido hacer el peregrinaje este año, precisamente?

Radwan Hussainy calló unos instantes para volver a hablar, en respuesta a las miradas inquisitivas de los presentes:

—No niego que siempre había deseado la oportunidad de partir en peregrinaje, pero Dios no me la concedía. Hasta que ocurrieron ciertas cosas en nuestro callejón. Ya sabéis a qué me refiero. El diablo se las arregló para engatusar a tres de nuestros vecinos, a una muchacha y a dos hombres. Los dos hombres robaron una tumba y están en prisión, la muchacha ha sido seducida por la vida de la sensualidad y el placer carnal y se ha hundido en un pozo de depravación. Son cosas que casi me partieron el corazón. Y no os ocultaré, amigos, que me sentí culpable por uno de los ladrones de la tumba. Era un hombre que vivía de las sobras de comida que tirábamos los demás. Su hambre me hizo pensar en mi cuerpo bien nutrido, y sentí vergüenza. Me pregunté qué había hecho yo con la fuerza que la bondad divina me había concedido para prevenir la desgracia. ¿No había permitido que el diablo se divirtiera a sus anchas con mis pobres vecinos, mientras yo permanecía tan contento, complacido conmigo mismo? ¿No es posible que una persona, por buena que sea, sea cómplice, inconscientemente, de las patrañas del diablo? La conciencia me dijo que debía ir a buscar el perdón a la tierra del perdón, y quedarme en ella hasta que Dios lo dispusiera. Regresaré con el corazón limpio, decidido a dedicar mis buenas obras al Reino del Señor...

Los devotos elevaron plegarias por él y después reanudaron felizmente la conversación.

Antes de partir, Radwan Hussainy fue al Café de Kirsha a despedirse. Encontró a Kirsha, al tío Kamil, al jeque Darwish, a Abbas, el barbero, y a Hussain Kirsha. Entró un momento la panadera a besarle la mano y a pedirle que saludara de su parte la Tierra Santa. Radwan Hussainy habló de esta manera, dirigiéndose a la concurrencia en general:

—El peregrinaje es un deber para el que tiene los medios para emprenderlo. Debe hacerse por uno mismo y por todos los que no pueden costárselo.

El tío Kamil dijo con su voz de niño:

—Mi paz te acompañe. A ver si nos traes un rosario de la Meca.

Hussainy sonrió y dijo:

—No haré como aquel que se burló de ti haciéndote creer que te había comprado una mortaja.

El tío Kamil se rió y hubiera recordado el incidente de no ser el rostro sombrío de su amigo Abbas. Radwan Hussainy había mencionado la

broma a propósito para tratar de aligerar un poco la pesadumbre de Abbas. Se volvió a él con simpatía y le dijo:

—Abbas, escúchame, por favor, con un poco de sensatez. Sigue mi consejo. Regresa a Tell el-Kebir hoy mismo. Trabaja y ahorra dinero para una vida nueva. No pienses más en la mala suerte del pasado. Eres todavía muy joven, apenas si tienes veinte años, y tu desilusión es una pequeña parte de los sufrimientos de la vida. Lo superarás como un niño supera el sarampión. Demuestra que eres un hombre valiente. Un día lo recordarás con la sonrisa del vencedor. Confía en las virtudes de la paciencia y de la fe. Gana todo lo que puedas y sé feliz como el hombre piadoso que está convencido de que Dios lo ha escogido para ayudar a los necesitados.

Abbas no dijo nada, pero al ver que los ojos de Rad-wan Hussainy seguían fijos en él, sonrió.

—Todo pasará, como si nunca hubiera sucedido —dijo.

Entonces Radwan Hussainy se dirigió a Hussain Kirsha:

—¡Bienvenidas al más listo de todos! Rezaré a Dios por ti. Espero que cuando vuelva, te encontraré en el puesto de tu padre, al frente del café.

De pronto el jeque Darwish rompió su silencio para decir pensativamente:

—¡Radwan Hussainy! Acuérdate de mí cuando te hayas puesto la túnica ritual. Dile a la Gente de la Casa que la pasión ha consumido a su enamorado. Diles que se ha gastado toda su fortuna en pos del amor fútil.

Quéjate de cómo ha sido tratado por la Señora de las Señoras.

Radwan Hussainy se marchó seguido de sus amigos. A su encuentro salieron dos parientes que iban con él hasta Suez. Hussainy entró en el bazar y encontró a Salim Alwan ocupado con sus libros de cuentas.

—Me voy. Vengo a despedirme de ti.

Alwan alzó, sorprendido, el rostro; sabía que Hussainy partía, pero le tenía sin cuidado. Radwan Hussainy estaba al corriente, como todo el mundo, del lamentable estado en que había sucumbido Alwan y no había querido marcharse del callejón sin saludarle. Alwan se avergonzó un poco de su indiferencia. Radwan Hussainy le abrazó, de pronto, y elevó una larga plegaria para él.

—Roguemos a Dios que nos permita hacer el peregrinaje juntos el año próximo —dijo.

—Con la voluntad del Señor —respondió como un autómatas Alwan.

Se abrazaron de nuevo y Hussainy salió. Se unió a sus amigos y se dirigió a la entrada del callejón, donde les esperaba un coche cargado con el equipaje. El peregrino estrechó las manos de los amigos y subió al vehículo.

con sus dos parientes. Los amigos se quedaron mirando como el coche bajaba lentamente por la calle de Gnounya y giraba por la de Azhar.

El tío Kamil dijo a Abbas:

—Haz caso del consejo de Radwan Hussainy y regresa hoy mismo al campamento. Yo te esperaré el tiempo que haga falta. Volverás triunfante y serás el mejor barbero del barrio.

Abbas estaba sentado en una silla de la tienda de Kamil y escuchaba en silencio las palabras del amigo. Nadie sabía su nuevo secreto. Cuando Radwan Hussainy le aconsejó, pensó en decirle lo que había decidido hacer, pero dudó y al ver que el otro se dirigía a Hussain Kirsha, lo dejó correr. No tardó en ocupar su mente en otras cosas y el consejo de Radwan Hussainy no había sido en vano, porque pensaba en él repetidamente. Pero no podía olvidarse de la cita del próximo domingo, ni de Hamida.

Una noche y un día habían transcurrido desde el extraño encuentro en la floristería. Lo meditó todo con calma y llegó a la conclusión que todavía amaba a la muchacha, a pesar de que era evidente que todo había terminado entre los dos. Descubrió, también, que su deseo de venganza era irresistible.

El tío Kamil le preguntó con cierta impaciencia:

—Dime qué has decidido.

El joven se levantó diciendo:

—Me quedaré unos días más, hasta el domingo, por lo menos. Después haré lo que Dios disponga.

—No cuesta tanto consolarse y olvidar —le dijo Kamil— si de veras lo deseas.

—Tienes razón. Adiós —respondió Abbas, y se fue.

Se marchó con la intención de pasar por la taberna de Vita en la que confiaba encontrar a su amigo Hussain. Esperaba con impaciencia que llegara el domingo, aunque no estaba muy seguro de lo que haría. ¿Iría con un puñal escondido entre la ropa para clavarlo en el pecho de su rival? ¿Sería capaz de cometer un asesinato? ¿Tenía su mano la fuerza para asestar un golpe de esta índole? Meneó la cabeza melancólicamente. Nadie más alejado que él de este tipo de actos violentos, su pasado daba testimonio de su natural apacible. ¿Qué haría, pues, el domingo? Deseaba encontrar a Hussain Kirsha para contarle el encuentro con Hamida y pedirle ayuda y consejo. Sobre todo ayuda. Sin él no podría hacer nada. Al reflexionar sobre su impotencia, volvió a recordar el consejo de Radwan

Hussainy: «Vuelve a Tell el-Kebir hoy mismo». ¿Por qué no olvidar el pasado y concentrar sus fuerzas y su coraje para afrontar el futuro?

Entró en la taberna de Vita en un estado de completa confusión. Vio a Hussain en su sitio de costumbre, bebiendo vino tinto a conciencia. Fue hasta él, lo saludó y le dijo, exaltadamente:

—Vamos, ya has bebido bastante. Te necesito. Ven conmigo.

Hussain alzó los ojos, contrariado al sentirse levantado de la silla por Abbas, que lo había agarrado del brazo.

—Aprisa, te necesito en seguida —le volvió a decir.

Hussain gruñó, pagó la cuenta y salió de la taberna con su amigo. Abbas quería pedirle consejo antes de que se emborrachara más.

Cuando llegaron a la calle de Mousky, dijo:

—He visto a Hamida, la he encontrado, ¿sabes?

—¿Dónde? —preguntó Hussain con curiosidad.

—¿Te acuerdas de la mujer del carruaje? ¡Era ella!

—¿Estás borracho? —le gritó Hussain—. ¿Qué dices?

—Créeme —contestó emocionado Abbas—. Era Hamida. Hablé con ella.

—¿Esperas que crea lo que no vieron mis propios ojos? —le preguntó asombrado Hussain.

Abbas le contó la conversación que había tenido con la muchacha y acabó diciendo:

—Eso es lo que quería decirte. Para Hamida ya no hay esperanza. Está perdida para siempre, pero no puedo permitir que ese sinvergüenza se escape sin escarmiento de ninguna clase.

Hussain se lo quedó mirando un rato, tratando de comprender qué le pasaba a su amigo. Su natural irresponsable hizo que tardara un poco en comprender la situación; por fin dijo con brusquedad:

—Toda la culpa es de Hamida. ¿No se fugó con él? ¿No se entregó a él? ¡Pues qué quieres! A él no puedes echarle la culpa de nada. Se encontró con una chica fácil y consiguió lo que quería. Luego ha tratado de aprovecharse del talento de la chica y la ha obligado a correr por las tabernas para vender sus encantos. El hombre ha sido muy listo y ya me gustaría a mí tener la suerte que ha tenido él, para sacarme del apuro en que estoy. La culpa la tiene Hamida.

Abbas conocía muy bien a su amigo y no dudaba que la conducta de su rival podía tenerle sin cuidado. Evitó, por lo tanto, moralizar sobre Ibrahim Faraj y procuró despertar su amor propio:

—Pero ¿no comprendes que este hombre nos ha insultado y que necesita un buen escarmiento?

Hussain comprendió perfectamente lo que había querido decir. Comprendió que Abbas se refería a los vínculos casi de sangre, de hermandad, que los ligaban. De pronto se acordó de cómo su hermana había acabado en la cárcel por algo muy similar.

—¡Y a ti qué más te da! La culpa es de Hamida —dijo furioso.

La verdad era que no había hablado con sinceridad. Si el sinvergüenza hubiera estado a mano en aquellos momentos, no hubiera dudado en abalanzarse sobre él como un tigre. Pero Abbas se tomó al pie de la letra sus palabras y le reprochó:

—¿No te indigna que un hombre se porte así con una chica de nuestro callejón? De acuerdo con que la culpa es de Hamida, que al hombre no podemos criticarlo. Pero ¿no crees que nos ha insultado y que hemos de vengarnos por ello?

—Eres un estúpido —respondió Hussain—. Lo del insulto no te preocupa de verdad, lo que te pasa es que estás celoso. Si Hamida volviera contigo, la aceptarías sin problemas. ¿Qué le hiciste cuando te encontraste con ella? ¡Discutir y quejarte! ¿Por qué no la mataste? Yo, en una situación como la tuya, si el destino me deparara volver a encontrar a la mujer que me ha traicionado, la estrangularía en el acto. Y luego desaparecería sin dejar rastro. Es lo que debieras haber hecho tú.

Su rostro casi negro había tomado una expresión diabólica.

—No lo digo para escurrir el bulto. Estoy convencido de que este hombre tiene que pagar por lo que nos ha hecho. Iremos juntos los dos y le moleremos a palos. Si hace falta, pediremos refuerzos y no le dejaremos escapar vivo si no nos entrega una buena cantidad de pasta. Así nos vengaremos y ganaremos un poco de dinero.

Abbas se puso muy contento ante la idea.

—Me parece muy bien —dijo entusiasmado—. Para estas cosas eres un genio.

El elogio complació a Hussain que se puso a pensar cómo poner en práctica el plan. No porque sintiera una especial necesidad de vengar su honor o dignidad, sino simplemente porque era de natural pependenciero. Murmuró siniestramente para sus adentros: «El domingo no está lejos».

Cuando llegaron a la plaza de la Reina Farida, se detuvieron y Hussain sugirió volver a la taberna de Vita.

Abbas hesitó y finalmente dijo:

—Sería mejor que fuéramos a echar un vistazo a la taberna del domingo. Así sabrás donde se encuentra.

Hussain se hizo el remolón un momento para acabar acompañando a su amigo. El sol estaba a punto de ponerse y emitía ya muy poca luz. El cielo

había recobrado la calma habitual que precede a la noche. En la calle se habían encendido las farolas. Se oía un ruido enorme, mezcla de gritos, chirridos y bocinazos. Comparado con el callejón, parecía que al salir de él, hubieran surgido de un profundo sueño para despertar al estruendo del mundo. Abbas se sintió más relajado y tranquilo. Al lado de su compañero se sintió capaz de cualquier cosa. En cuanto a Hamida, prefirió dejar que las circunstancias siguieran su curso natural. En el fondo, temía decidirse definitivamente sobre ella. Por un instante sintió la tentación de comunicar a su amigo lo que pensaba, pero luego optó por callar. Continuaron en silencio hasta la calle donde la encontró aquel día.

—Mira, en aquella floristería entramos para hablar —le dijo Abbas a Hussain.

Hussain miró la tienda.

—¿Y dónde está la taberna?

—Debe de ser aquélla —dijo Abbas.

Se encaminaron lentamente hacia ella. Hussain miró cuidadosamente a su alrededor antes de entrar. En el interior, el espectáculo dejó petrificado a Abbas, que dio un respingo y empalideció al instante. A partir de aquel momento todo sucedió tan aprisa que Hussain no tuvo tiempo de reaccionar. Vio a Hamida en medio de un grupo de soldados. Uno le llenaba el vaso de vino desde detrás. Ella estaba con el cuerpo vuelto hacia él, las piernas apoyadas sobre el regazo de otro sentado enfrente suyo. Alrededor de la muchacha había otros soldados bebiendo ruidosamente. Abbas continuó clavado en el suelo mirando, como si se hubiera olvidado de la nueva profesión de la muchacha. Se precipitó como un loco al fondo de la taberna y gritó:

—¡Hamida!

Asustada, la chica se volvió y miró a Abbas con ojos encendidos. Permaneció unos segundos estupefacta, pero no tardó en sobreponerse.

—Sal de aquí —rugió con su gruesa voz—. No te quiero volver a ver.

La indignación de la chica, sus gritos, fueron como un chorro de gasolina sobre las llamas. Abbas se puso hecho un basilisco. Su timidez desapareció como por encanto, y la desesperación y humillación de aquellos días resurgieron con mayor fuerza. A su izquierda vio varias botellas de cerveza vacías sobre una mesa. Agarró una, sin darse cuenta de lo que hacía, y la arrojó a la cara de Hamida. El gesto fue tan rápido que nadie reaccionó. La botella dio contra el rostro de la chica que se puso a sangrar abundantemente. De la nariz, el mentón, la boca, manaba sangre que se mezclaba con los polvos y crema del maquillaje. Hamida

gritó y los soldados también. Éstos se abalanzaron sobre Abbas y comenzaron a asestarle puñetazos, patadas, botellazos...

Hussain Kirsha estaba en la puerta de la taberna viendo a su amigo en medio del pelotón, como un balón indefenso. Abbas gritaba su nombre a cada golpe que recibía, pero Hussain, que jamás en su vida había retrocedido ante una pelea, no supo cómo abrirse paso para llegar hasta Abbas y rescatarlo. Furioso, empezó a buscar a izquierda y derecha un objeto cortante con el que apartar a los soldados borrachos. No encontró nada y permaneció observando, impotente, rodeado de los numerosos mirones que se habían agolpado desde la calle, al oír los gritos del interior de la taberna.

La luz de la mañana iluminaba el callejón y un rayo de sol daba contra la parte superior de las paredes del bazar y de la barbería. Sanker, el camarero del café, rociaba el suelo con agua de un balde. El callejón se disponía a pasar otra de las páginas de su vida cotidiana. Los habitantes daban la bienvenida a la mañana con sus gritos habituales. A aquella hora temprana, el tío Kamil, de manera poco usual en él, se afanaba en torno a una fuente de dulces que una pandilla de chiquillos adquiriría por unas monedas antes de entrar en la escuela.

Enfrente, el barbero afilaba las navajas y Jaada, el panadero, volvía de recoger las masas de las casas vecinas. Los empleados de Alwan comenzaron a llegar, abriendo puertas y ventanas, irrumpiendo con sus ruidos en la calma del callejón. Kirsha estaba sentado detrás de la caja, sumido en su habitual sopor, escupiendo de vez en cuando al suelo lo que masticaba, y sorbiendo café. Cerca de él estaba el jeque Darwish, silencioso y postrado. Entonces se asomó la señora Afify a la ventana para decir adiós a su joven marido, camino de la comisaría en que trabajaba.

Así continuaba la vida en el callejón de Midaq, cuyo ritmo apenas podía ser interrumpido por la súbita desaparición de una de sus muchachas o por el encarcelamiento de un hombre, incidentes que encrespaban las aguas durante unos instantes para volver, luego, a la calma del lago. Llegaba la noche y los incidentes del día pasaban al olvido.

Aquella mañana, hacia el mediodía, se vio llegar a Hussain Kirsha, con el rostro sombrío y los ojos enrojecidos por el cansancio. Se le vio subir pesadamente la pendiente del callejón, entrar en el local de su padre y derrumbarse en una silla. Sin tomarse la molestia de saludar, anunció:

—Han matado a Abbas, padre.

Kirsha, que estaba a punto de armarle un escándalo por haber pasado la noche fuera, guardó silencio. Miró a su hijo con los ojos semicerrados y permaneció un momento con expresión de no haber comprendido lo que acababa de oír. Finalmente preguntó, con aire contrariado:

—¿Qué has dicho?

Hussain, que permanecía atónito con la mirada perdida, dijo casi a gritos:

—¡Han matado a Abbas! Un inglés lo ha matado.

—Se humedeció los labios y repitió la historia que Abbas le había contado la tarde anterior. Con voz preñada de emoción dijo—: Me quiso enseñar la taberna en que la maldita chica lo había citado. Al pasar por delante, la vimos en medio de un grupo de soldados. Se puso furioso, perdió el juicio, entró y tiró una botella a la cara de la chica. A mí no me dio tiempo de

reaccionar. Los soldados se indignaron y lo molieron a palos. —Apretó los puños y los dientes con rabia, y prosiguió—: Fue horrible... No pude ayudarlo. Eran demasiados soldados.

Si hubiera podido coger aunque sólo fuera a uno de ellos...

—Todo el poder y la fuerza está en manos de Dios —exclamó Kirsha—. ¿Y dónde está ahora?

—Llegó la policía y acordonó la taberna. Pero no sirvió de nada. Han transportado su cadáver al hospital de Kasr el-Aini y a la puta también, para curarla.

—¿La han matado también a ella? —preguntó Kirsha.

—No, no creo —contestó Hussain—. Qué mala pata.

Ha dado su vida en vano.

—¿Y el inglés?

—Quedaron cercados por la policía —respondió tristemente Hussain—. Pero no hay muchas esperanzas de que se haga justicia.

Kirsha volvió a juntar las manos, y exclamó:

—Somos criaturas de Dios y a Él hemos de volver. ¿Lo saben los parientes de Abbas? Corre a decirlo a su tío Hassan, el que vive en Khurunfush, y que se haga la voluntad del Señor.

Hussain se levantó y salió del café. La noticia se propagó rápidamente al transmitirla Kirsha, tal como se la acababa de contar su hijo, a todas las personas que entraron en el café. El acontecimiento corrió de boca en boca, con las variaciones que eran de suponer.

El tío Kamil entró en el café a trompicones y se dejó caer en una silla. De pronto se tiró de bruces en un sofá y se puso a llorar como un niño. No podía creer que el joven que le había hecho la broma de la mortaja ya no viviera. Cuando la noticia llegó a la casa de la madre de Hamida, la mujer salió enloquecida a la calle. Malas lenguas dijeron que lloraba por el asesino y no por la víctima.

El más apenado de todos fue Salim Alwan. No porque le afectara realmente la desaparición de Abbas, sino porque el drama le despertó el miedo a la muerte. Volvió a imaginarse la angustia de la agonía, del entierro, de todo lo que le destrozaba los nervios. Se levantó, presa de angustia, se puso a caminar por el bazar, y salió a la calle, a mirar sombríamente la barbería que había sido del joven difunto. Y él, que a causa del calor, había prescindido del uso del agua tibia que le había recetado el médico, ordenó a uno de los criados que le calentara un poco de ésta, como en invierno.

Pero aquella burbuja, como las otras, acabó también reventando y el callejón de Midaq cayó de nuevo en el olvido y la indiferencia. En él se lloraba por la mañana, si había algún motivo, y se reía ruidosamente por la noche, al crujido de las puertas y las ventanas que se abrían o cerraban.

Siguió un período en que no pasó prácticamente nada, salvo que la señora Afify decidió vaciar el piso que había ocupado el doctor Booshy antes de que fuera encarcelado. El tío Kamil se ofreció a guardar los trastos en su casa y se dijo, para explicar su gesto, que prefería compartir el piso con el doctor Booshy que vivir afrontando la soledad. Nadie se lo criticó, al contrario, se juzgó que era una buena acción, porque, para los habitantes del callejón de Midaq, pasar un tiempo en la cárcel no era una vergüenza.

Se dice que por aquella época Umm Hamida decidió ir en busca de su hija, convaleciente, casi recuperada de las heridas, y que planeaba sacar beneficios del importante tesoro reencontrado.

Después, el interés de los vecinos del callejón se concentró en la familia de carniceros que fue a ocupar el piso de Booshy. La familia del carnicero consistía en su mujer, siete hijos y una chica muy hermosa de la que Hussain Kirsha dijo que era tan bonita como la luna en cuarto creciente. Pero cuando llegó el día del regreso de Radwan Hussainy, nadie pensó en otra cosa que en su recibimiento. Se colgaron luces y extendieron alfombras de arena en el callejón, dispuestos a pasar una noche de alegría inolvidable.

Un día, el jeque Darwish vio al tío Kamil bromeando con el viejo barbero y, elevando los ojos al techo del café, dijo en voz alta:

—Que el que muera de amor, muera de tristeza. De nada sirve amar sin morir. —Dichas estas palabras, se estremeció, para después continuar—: ¡Ay, Señora! Tú que satisfaces las necesidades de todos, ten piedad. ¡Oh, Gente de la Casa! Tendré paciencia mientras viva, puesto que todas las cosas tienen su fin. Sí, todo encuentra su fin, que en inglés se dice *end* y se escribe E-N-D.
